# DIOS SABRÁ VENGARNOS

NOVELA

SERGIO SARRIA



LIBROS CÚPULA

# Índice

**Portada**

**Portadilla**

**Dedicatoria**

**Cita**

**Prólogo. Noche del alumbrao Ayamonte, domingo 5 de mayo de 2019**

**Primer día de feria. Lunes 6 de mayo de 2019**

**Segundo día de feria. Martes 7 de mayo de 2019**

**Tercer día de feria. Miércoles 8 de mayo de 2019**

**Cuarto día de feria. Jueves 9 de mayo de 2019**

**Quinto día de feria. Viernes 10 de mayo de 2019**

**Epílogo**

**Créditos**

# DIOS SABRÁ VENGARNOS

SERGIO SARRIA

LIBROS CÚPULA

*A Marcela y a Pepe, sin ellos,*
*esta saga no hubiera sido posible*

*Me imaginas pura*
*ves en mí una página a punto de emborronar.*
*Quieres vestirme de blanco desde la boca a las piernas:*
*imaginas a tu antojo mi garganta y mis rodillas.*
*Cierras los ojos, te empeñas,*
*tus manos predicen un manso revoloteo.*
*Te dispones a encalarme como a una casa sucia.*
*Pero no puedes:*
*no eres menos oscuro que tu sombra.*

LAURA R. GARCÍA

# Prólogo
# Noche del alumbrao
# Ayamonte,
# domingo 5 de mayo de 2019

A veces vivir o morir depende de algo tan simple como una buena pregunta. Desafortunadamente, aquella madrugada ella hizo la que no debía.

—¿Te llevas bien con tu padre? —quiso saber Carmen mientras se metía otra raya en el baño del Paraíso, un bar de medio pelo en la desembocadura del Guadiana cuyo nombre extendía cheques que las fotos descoloridas que se exhibían en la pared en honor a la Virgen del Rocío apenas podían pagar.

—No me gusta hablar de eso —contestó Rodrigo mientras le arrebataba el billete de veinte euros de la mano y esnifaba.

—¿Y de qué te gusta hablar? —insistió ella restregándose la lengua contra las paletas antes de apurar el último trago de cubata que le quedaba.

—No me gusta hablar... En general —salió del paso tras una larga pausa, que no dejaba claro a su interlocutora si lo que le había sentado mal era el tiro que se acababa de meter o la pregunta.

—Eres un poco rarito, ¿sabes? Tengo un imán para los tíos como tú —señaló ella con pesar, colocándose el pelo grasiento frente al espejo.

Lo cierto es que no era tan raro. Tan solo no había ido hasta allí para hablar de sí mismo. Si había recorrido tantos kilómetros en coche era justo para silenciar su cabeza, para tapar con otro cuerpo el agujero que le consumía las tripas. ¿Acaso no eran para eso las citas de Tinder? ¿Quién se hacía una hora y media de coche para hablar de la relación tóxica que mantenía con su padre o con cualquiera que se le acercara últimamente? ¿No estaba claro para qué estaban los dos allí? ¿Cuántas más preguntas personales y cuántas más rayas tendría que aguantar para acostarse con ella?

No, Rodrigo no era raro, tan solo era una persona rota, alguien a quien se le habían caído todos los tabiques que apuntalaban su existencia apenas hacía dos meses, cuando a la vuelta de hacer la compra en el supermercado, Macarena le dijo en el coche que «lo nuestro» se había acabado.

«Lo nuestro», como su ex lo había bautizado fríamente aprovechando un semáforo en rojo entre los cruces de Gonzalo Bilbao y Juan Antonio Cavestany, no era una abstracción, sino algo tangible; una relación de cinco años, un piso en la Alfalfa y un aborto.

«Lo nuestro» se podía definir. Tenía límites y fronteras como un país. Y hasta un idioma propio lleno de diminutivos almibarados y palabras con doble intención cuyo verdadero significado tan solo conocían ellos dos. Una de las múltiples lenguas que inventan las parejas cuando el idioma materno se les queda pequeño y necesitan un nuevo lenguaje que exprese con mayor precisión su universo doméstico.

«Lo nuestro» se podía experimentar. Tenía gusto a las croquetas de Casa Ricardo. A chocolate con churros en La Centuria. O a adobo de cazón en Blanco Cerrillo. Sabía a provincias. A una vida fraguada a fuego lento en la ciudad donde has nacido. No era sofisticado, ni lo

pretendía. Te dejaba en el paladar un sabor a cosas que ya habías probado un millón de veces.

«Lo nuestro», en definitiva, era una vida en común, no solo un cadáver que había que incinerar a toda prisa en un semáforo frente al Mercadona de Santa Justa.

Rodrigo sintió rabia. Ira. Y sobre todo tristeza. ¿Qué clase de persona era capaz de hacer la compra de un mes sabiendo que aquella tarde sería la última que tendrían en común? ¿Qué tipo de indiferencia le permitía elegir yogures, atún, cereales, carne picada y dos botes de humus antes de decirle a la persona que había amado durante los últimos cinco años que todo había terminado? Le hubiera gustado decirle todo aquello, pero el efecto del anuncio fue tan devastador que cuando el semáforo se puso en verde solo pudo acertar a pronunciar un par de palabras, tres a lo máximo.

*—Sí, tienes razón.*

Un sí tan indeterminado como «lo nuestro», tan frío y mortecino como acabar una relación en los alrededores de un supermercado. Un *«sí, tienes razón»* tan categórico como el dictamen de un forense confirmando que «lo nuestro» era un cadáver en descomposición y que ya podían enterrarlo.

—¿Nos vamos a mi casa? —preguntó Rodrigo, harto de alargar lo inevitable y de exponerse ante aquella desconocida más de lo necesario.

—¿A Sevilla? ¿Ahora? Paso —dijo contundente mientras le quitaba el pestillo a la puerta del baño, dispuesta a apretarse otro cubata en la barra.

—No, aquí —respondió por sorpresa.

—¿Tienes casa en Ayamonte? —sintió curiosidad Carmen.

Él no, su padre. Pero era un dato personal que no quería revelar. Sabía que después de eso tendría que dar otras explicaciones. Y

como siempre que salía el tema, acabaría siendo categórico y diría frases demasiado solemnes como que su padre no tenía tiempo, pero tenía cosas. Un dúplex en el centro de Sevilla. Un chalet con piscina en Ayamonte. Y un pequeño velero en el puerto deportivo. Un escaparate de concurso de televisión con el que paliar su absoluta falta de afecto hacia los demás. Y una vez que acabara con su padre, empezaría con Macarena, y le diría que era una persona distante, que nunca le había querido realmente, que solo lo usaba como un cajero automático. Y sonaría patético. Y mezquino. Justo la clase de persona que es incapaz de superar una ruptura y vuelca toda su rabia y frustración en hacer de menos a su ex ignorando por completo que solo se ridiculizaba a sí mismo.

—¿Quieres venir o no? —le lanzó un ultimátum a la joven, escabulléndose de dar más explicaciones.

Carmen no dijo nada. Lo miró fijamente, decidiendo si merecía la pena abandonar el Paraíso por aquel hombre sumido en la crisis de los treinta y con pocas ganas de hablar.

Consciente de ello, el pretendiente subió la apuesta en un último intento desesperado de tener sexo aquella noche.

—Tengo keta.

Lo dijo con un extraordinario pudor, de la misma forma que si estuviera admitiendo ante ella que tenía un fuerte olor corporal. Tal y como lo haría alguien que solo utilizaba las drogas para hacerse el interesante y tratar de seducir a alguien que estaba muy lejos de su rango habitual.

Aun así, a Carmen parecieron salirle las cuentas. Rodrigo abonó las consumiciones mientras ella se persignó ante una imagen de la Virgen del Rocío ataviada de pastora sosteniendo una oveja en su regazo. Lo hizo más por superstición que por fe. Al fin y al cabo, solo había intercambiado con aquel desconocido un par de mensajes

guarros y una foto de sus tetas. No tenía certezas de cómo funcionaba la intervención divina, pero sí de cómo funcionaba la cabeza de los tíos como Rodrigo.

A pesar de las dudas, los dos abandonaron definitivamente el Paraíso y se adentraron en las profundidades de la noche.

Tres besos y un magreo más tarde, llegaron al chalet de su padre en Isla Canela, y allí pasaron de la ketamina al vodka y del vodka a la cocaína.

Después follaron. En la piscina. En la mesa del comedor. Y en la cocina.

A la hora se acabó el vodka. Se acabó la ketamina. Y se acabó la cocaína. Así que Carmen llamó a su camello de confianza, la segunda persona en la que más confiaba en este mundo después de su profesora de yoga. Mientras esperaban su llegada, se bebieron lo que encontraron en aquel lugar destinado a los meses de verano.

Una botella de tinto de verano y un cartón de vino blanco para cocinar fue toda la recompensa que hallaron en la residencia. Les valió igualmente. No estaban para exquisiteces.

Antonio, «el nota con el corazón más grande que se había echado a la cara», según definió Carmen a su camello de confianza, llegó. A primera vista, a Rodrigo, más que a la decimocuarta reencarnación del dalái lama, le pareció un simple *cani* con el cuello tatuado, una brecha en la nariz y una riñonera colgada del hombro. Más tarde, cuando les entregó un pollo de cocaína de nueve gramos con la cara de Adolf Hitler sobreimpresionada en el envoltorio, Rodrigo descartó definitivamente que fuera la bellísima persona que Carmen aseguraba. Algo que terminó confirmando cuando rechazó comprar heroína.

—¿Qué pasa, eres alérgico al gluten? —se burló de él «el nota con el corazón más grande que se había echado a la cara».

Antonio se fue. Aquel poligonero podía ser muchas cosas, la mayoría de ellas relacionadas con el crimen, las adicciones y la exaltación del nazismo, pero sabía un par de cosas de la vida. Y una de ellas era tener claro cuando sobraba en una fiesta.

Rodrigo y Carmen se volvieron a drogar. Y después volvieron a follar. Y mantuvieron ese ritmo diabólico hasta que se cansaron y se durmieron. Ella encima de la mesa del comedor. Él en el suelo. Desnudos. Agotados. Desconectados del mundo.

A una hora indeterminada, ni de día ni de noche, Rodrigo despertó. No había ni rastro de Carmen, pero la luz del dormitorio estaba encendida. Así que intuyó que se habría ido a la cama. Trató de incorporarse, pero en cuanto lo hizo, se cayó al suelo. Y se rio. Necesitaba una noche así. Estaba seguro de que a partir de entonces su vida iba a ir a mejor. Por fin había roto el duelo y se había acostado con otra mujer. Era cuestión de tiempo que dejara de pensar en su ex y se volviera a enamorar.

Con una abultada erección abandonó la penumbra de la sala de estar y siguiendo la luz que salía del dormitorio, fue en busca de su conquista de Tinder con el entusiasmo del que tiene la sensación de estar iniciando un nuevo ciclo.

Sin embargo, lo que encontró sobre la cama no fue una casilla de salida, sino el cuerpo desnudo de Carmen embadurnado en sangre de arriba abajo.

# Primer día de feria
# Lunes 6 de mayo de 2019

## 1
## San Julián, Sevilla

Aquella primera mañana de feria, Lucía Gutiérrez se miró en el espejo y se toleró. Incluso dedicó tiempo a fijarse en la oreja izquierda, que tenía ligeramente más grande que la derecha, y que se ocultaba tras el pelo como si temiera desvelar al mundo que era un monstruo de circo. A decir verdad, nunca antes se había percatado de aquella anomalía. Fue Juan quien se la descubrió una noche en un restaurante italiano del centro.

—¿Y eso? —preguntó con un trozo de *pizza* cuatro quesos en la mano.

—¿El qué? —respondió ella sin saber que estaba abriéndole la puerta a la enésima inseguridad de su vida.

—Tienes una oreja más grande que la otra.

No dijo nada más. Sonrió y le dio un bocado a la *pizza*. Pero el daño ya estaba hecho. Le habían llamado de todo en la vida. Borde. Loca. Histérica. Mandona. Puta. Y, por supuesto, reputa. Se podría decir que casi todos esos calificativos los exhibía como una medalla al mérito, una suerte de premio por haber sido incómoda y no haberse callado ante cualquier intento de los demás de hacerla sentir inferior. De alguna forma, aquella mujer de cincuenta y dos años, áspera y brusca, estaba genéticamente diseñada para resistir

todo tipo de humillación, desprecio o abuso. Sin embargo, era profundamente sensible a los defectos físicos. Se deshacía por dentro al no saberse dentro de los cánones. Ella que nunca encajaba en ningún sitio y en ningún rol, se sentía miserable si su físico no se ajustaba al que los demás esperaban.

Había convertido su cuerpo en una valla de seguridad, en un muro con alambre de espino que la mantenía a salvo de cualquier borde. Loca. Histérica. Mandona. Puta. Y, por supuesto, reputa. Y, de repente, una insignificante deformidad, una oreja de algún milímetro de más, la dejaba en evidencia, desnuda y sin protección alguna.

Así que desde que tomó consciencia de aquella rareza, la intentaba disimular por todos los medios posibles. Con una gorra. O con un mechón de pelo pertinazmente colocado sobre el lóbulo. O incluso poniendo siempre su mejor perfil a los demás, dejando tan solo visible al mundo su oreja estándar y normativa, apartando en las tinieblas aquella aberración, aquella ligera desproporción que la avergonzaba y le señalaba como la peor persona del mundo.

Pero aquella mañana, frente al espejo, se vio guapa. Ni siquiera esa imperfección consiguió restarle seguridad. Llevaba un vestido de flores amarillas que le sentaba realmente bien. Había ido a la peluquería. Y a la esteticista. E incluso se había dejado maquillar.

Aquella mañana Lucía Gutiérrez, tras tantos fracasos en la vida, iba a obtener una pequeña victoria y se iba a casar con Juan, la persona que evidenciaba un defecto y seguía comiendo *pizza* cuatro quesos, el hombre que había visto todos sus demonios y seguía allí, sentado un domingo por la noche en un Tagliatella como si nada le asustara, como si vivir en el filo de un barranco no le supusiera ninguna incomodidad, como si la quisiera con todas sus heridas.

Definitivamente, aquella mañana Lucía Gutiérrez estaba radiante. Tanto que decidió recogerse el pelo y mostrarle al mundo su oreja

ligeramente más grande.

***

## 2
## Isla Canela, Ayamonte

Rodrigo volvió a comprobar el pulso de Carmen y el resultado fue el mismo que las otras cinco veces, aquella mujer había sufrido una hemorragia y estaba muerta. No cabía otra opción. Pero él se comportaba como un niño cuando se le muere una mascota. Se resistía a aceptar que hubiera fallecido y albergaba la ingenua esperanza de que en algún momento su cita de Tinder despertara, que aquello solo fuera un sueño profundo, una confusión de la que se reirían más tarde en una caseta de la Feria rodeado de sus amigos.

Como un autómata, le abofeteó de nuevo la cara tratando de reanimarla.

—¡Carmen! ¡Carmen! ¡Despierta!

Pero ella no despertaba. Y sus esperanzas comenzaban a desparramarse sobre el colchón a la misma velocidad que la sangre de aquella mujer. No obstante, le gritó una última vez. Más por agotar los límites del pensamiento mágico que por la firme convicción de que aquello sirviera de algo. A esas alturas, Rodrigo ya había digerido que su acompañante estaba clínicamente muerta y que todo apuntaba a una sobredosis. Por desgracia para él, no tenía forma de comprobarlo. De lo que no tenía dudas era de que estaba ante un grave problema.

Por supuesto que le hubiera gustado mostrar compasión por ella. Siempre había imaginado que, en una situación trágica, sería de los que actúan correctamente. Se le removían las tripas con las

imágenes de los migrantes llegando en cayuco a las playas. O con la de los sintecho los días de lluvia en invierno. ¿Cuántas veces había discutido con compañeros de trabajo por hablar con ligereza de los desahucios?

Sin embargo, allí estaba él, frente al cadáver de una mujer pensando exclusivamente en cómo se lo iba a explicar a sus padres. O en qué iba a pensar Macarena de él cuando se enterara. Porque ella se iba a enterar. Y él iba a pasar una vergüenza horrorosa.

Por momentos, no era Carmen la que estaba de cuerpo presente sobre la cama, sino su ex enfadada, con esa mirada de decepción que tanto daño le hacía, echándole en cara que se comportara igual que lo haría un crío, bebiendo y drogándose sin poner límites, abriéndose un perfil en Tinder para quedar con mujeres más jóvenes que él, elevando el patetismo hasta las más altas cumbres de la vergüenza ajena.

Quería estar preocupado por Carmen, sentir lástima por ella, guardarle al menos cinco minutos de luto, pero era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera él. Porque a fin de cuentas ella se iba a escaquear de dar explicaciones de lo que había pasado allí, pero él no. Rodrigo se iba a llevar la peor parte, tener que dar la cara ante los demás.

Y fue entonces cuando se dio cuenta de que no solo tendría que darle explicaciones a Macarena o a sus padres, también a la policía. ¿Cabía la posibilidad de que le culparan de la muerte de Carmen? ¿Y si no era una sobredosis? ¿Y si había pasado algo más que no recordaba? ¿Le habría pegado en algún momento? ¿Se lo había pedido ella porque le excitaba? ¿Le había complacido? Desde luego le parecía un escenario probable. Carmen no era una mojigata. No se había mostrado nada tradicional o conservadora en la cama. En

aquel chalet había hecho cosas que nunca se habría atrevido a pedirle a Macarena.

Por más que trataba de recordar, no lograba tener una idea concreta de lo sucedido. Lo más que lograba rescatar era un torrente de imágenes borrosas y cuerpos desnudos ¿Qué podía haber ocurrido desde que perdió el conocimiento hasta que descubrió su cadáver?

Rodrigo dejó de intentar que aquella mujer recuperara el conocimiento cuando se percató de que él también estaba lleno de sangre. Y de que sus huellas estaban por toda la habitación. Y sobre el cuerpo de la víctima. Y de que en algún momento la policía le haría preguntas que no sabría responder. Y encima no dejaba de escuchar la voz aguda de Macarena, que se le había metido bien adentro en la cabeza.

Le gritaba idiota. E Imbécil. Y tonto de los cojones para acabar con un contundente y preciso, ¡carajote!

Rodrigo deambuló por el dormitorio sin saber qué hacer, si llamar a la policía o borrar todo rastro. Pero no era una decisión fácil. Tenía que pensar y tenía que hacerlo sin dejar de escuchar a Macarena lamentarse de haber estado tantos años con alguien tan subnormal. ¿Cómo no iba a romper con él? ¿Cómo iba a estar con una persona que perdía el control con tanta facilidad? El que tendría que estar muerto sobre la cama era él y no esa pobre chica.

Y por alguna razón, la idea no le pareció descabellada. La única forma de escabullirse de dar explicaciones era dar lástima, ser una víctima igual que Carmen y no un ridículo superviviente de una noche de farra.

Fue un pensamiento fugaz, sin mucha reflexión, pero cuando se quiso dar cuenta, estaba abrazado a una botella de butano dejando salir pacientemente el gas.

La voz de Macarena seguía en su cabeza, pero ahora en lugar de insultarle, le consolaba.

—Por fin estás haciendo las cosas bien —le dijo ella más calmada.

***

## 3
## Sevilla, San Julián

Lucía Gutiérrez se encendió un cigarrillo y abrió la ventana del dormitorio para que el humo saliera. Desde allí contempló a un jinete cruzando la calle de camino al Real mientras se grababa *stories* para Instagram. En Sevilla, tradición y vanguardia se entrelazaban de manera tan estrecha que era imposible determinar con precisión en qué época se vivía. El ahora era un lugar arbitrario: pasado, futuro y presente existían simultáneamente en aquellas calles estrechas y serpenteantes. El tiempo abarcaba todas las direcciones. Más que un color, Sevilla tenía un agujero negro especial.

—¿Tú crees que se me ha ido la cabeza? —lanzó la pregunta al mismo aire que expulsaba la nube de nicotina, y sin esperar respuesta, siguió hablando—. Lo hago por él, tú ya lo sabes. A mí nunca me han gustado estas cosas. Odio ser el centro de atención. Y los abrazos. Y las palmaditas en el hombro. Si pudiera me ausentaría hasta de mi propio funeral.... Pero a él le hace feliz, y a veces toca comerse el orgullo, ¿no? —volvió a preguntar como si hubiera alguien más en la habitación.

Y tal vez lo hubiera. O al menos ella así lo creía. Desde que se había trasladado con Juan a Sevilla, Lucía había abandonado todos sus malos hábitos. Menos del tabaco, se había quitado de todo, hasta de competir con los demás. En parte gracias a la terapia de

grupo, donde le habían dado herramientas con las que poder gestionar la frustración y frenar sus instintos de autosabotaje al primer revés, pero también porque había descubierto una nueva válvula de escape.

Hay quienes consiguen canalizar con el deporte la necesidad de confrontación. Otros lo hacen a través de la meditación. Y ella lo había logrado con la ayuda de la religión. Una religión hecha a su imagen y semejanza. Estaba, por así decirlo, la Iglesia de Roma y la Iglesia de Lucía Gutiérrez, que era mucho más heterodoxa que la primera. Para empezar, no había intermediarios. Lo gestionaba ella misma desde su casa. Normalmente, desde la ventana del dormitorio con una única liturgia; hablarle a Dios como si fuera un amigo mientras se fumaba el primer cigarro de la mañana. Y, en segundo lugar, como cualquier otra religión, la de Lucía Gutiérrez también tenía sus propios muertos. Dedicaba el mismo tiempo a acordarse de los vivos que de los difuntos. Arrastraba cadáveres de los que no se podía deshacer desde tiempos remotos y en torno a ellos había construido un santoral que tenía a la cabeza a san Luis, su difunto marido.

Eso era todo. No había más misterios, ni más mandamientos. Tan solo un pacto no escrito en el que ella se desahogaba y sacaba a la luz todos los pensamientos que la atormentaban en su día a día. Tal vez le hubiera valido con un diario, pero no tenía paciencia para escribir. Ella era más directa, más espontánea y aquellas oraciones le ayudaban a verbalizar de forma natural todo lo que se le pasaba por la cabeza. Una manera tan lícita como cualquier otra para mantenerse alejada del alcohol y de hacerse daño a propósito.

Lucía dio una nueva calada y siguió compartiendo sus preocupaciones con aquella idea sui géneris que tenía de Dios, que por alguna razón, estaba convencida de que debía tener la cara de

Andrew Scott. Probablemente, porque su idea de un Ser Superior estaba asociada a la belleza y no había visto una representación más hermosa de la divinidad que la del cura de *Fleabag*.

—He aprendido algunas cosas estos últimos años. No muchas, las suficientes para soportarme. La más importante es que da igual tener razón. No sirve para nada. O al menos para nada que valga la pena. Lo que sí sirve es tener la capacidad de cambiar de postura. Y sé que me voy a arrepentir de esto en cuanto Juan me ponga el anillo. O me pida bailar delante de todos. O cuando vea las fotos horribles de la boda dentro de una semana. Pero... la vida mancha. Y yo no quiero tener razón, si me voy a perder todo lo demás. Yo quiero mancharme. Y escuchar música pachanguera en el convite, aunque no la soporte. Y que me regalen una aspiradora. O un horno. O lo que coño hayan elegido los padres de Juan de la lista de bodas. A mí me da igual a estas alturas de la vida, me da igual pasar vergüenza ajena toda la noche, si mañana cuando me despierte Juan va a estar a mi lado, no sé si me entiendes...—. Le dio una nueva oportunidad a su interlocutor de que le contestara.

Pero no lo hizo. En el último año Lucía Gutiérrez había deseado un millón de veces que Él le dijera algo, cualquier cosa, hasta un: «Cállate ya, que estás muy pesada». Incluso había fantaseado con la posibilidad de que por unas horas tomara forma humana y pudieran pasar una tarde juntos compartiendo confidencias, fumando y haciendo compras en la calle Tetuán. Aunque es posible que, si eso hubiera sucedido, habría dejado de creer con la misma intensidad con la que creía ahora. La más mínima variación en el tono de voz que con el que lo había imaginado, el tipo de ropa que llevara, la forma en la que tratara a los camareros o la rara, pero no nula, posibilidad de que Dios le gorroneara tabaco, era susceptible de que

le decepcionara profundamente. Definitivamente Él existía mejor en su imaginación que en el centro histórico de Sevilla.

—Mira, lo vamos a dejar, que hoy estoy un poco espesa. Mañana te cuento cómo fue todo —se despidió apagando el cigarrillo en el cenicero.

En cuanto cerró la ventana, hizo su aparición una tos tan áspera como habitual después de cada pitillo mañanero.

—Ya sé, ya sé... Tengo que acabar con este puto vicio.

Con aquella grosería en lugar de un amén, dio por finalizada la oración. Algo que se podría considerar como un sacrilegio en la Iglesia de Roma, pero que desde luego era una bendición en la de Lucía Gutiérrez.

***

## 4
## Real de la Feria, Sevilla

El candidato le echó la mano por encima del hombro a la lideresa regional y sonrió ante los fotógrafos como si no fuera público que uno y otra se detestaban. Sin embargo, en la caseta del partido, durante la tradicional invitación a la prensa a una copa, parecía que Jesús Carranza nunca había intentado hacerle la cama a su jefa para quedarse con su silla. Era la magia de las elecciones municipales, en la que el cinismo solía ser la única promesa que los políticos cumplían a rajatabla.

A lo largo de la historia, solo en otras dos ocasiones, en 1983 y en 2011, habían coincidido los comicios locales con la Feria de abril. Una rareza que ningún primer espada nacional o autonómico se quería perder. Era una ocasión única para mostrarse ante la prensa en una actitud desenfadada y acercarse a los ciudadanos sin

necesidad de pedirles el voto, el escenario ideal para hacer populismo barato, a ser posible con un traje de flamenca o una camisa de rayas en el caso de ellos. Detalle en el que ninguno de los dos había escatimado.

Carranza, como maestro de ceremonias y adicto a la atención, fue el primero en levantar su copa de manzanilla y desear a los periodistas una feliz feria. Algo a lo que pronto se sumó Adriana Requena, que se permitió añadir a la felicitación un *todes* para cubrir la cuota inclusiva del partido y, de paso, fingir que era más joven de lo que era.

Una vez hechas las fotos y consumida la manzanilla, les relevó en la primera línea Sorderita, un cantante de sevillanas que fue relativamente conocido en los años ochenta y que ahora se paseaba por los platós de televisión hablando de su milagrosa rehabilitación de las drogas. Mientras Sorderita intentaba crear una atmósfera especial anunciando a los presentes que llevaba seis meses limpio y que la cocaína hacía más daño a la música que Spotify, Adriana y Jesús discutían alejados del foco entre farolillos y mantones.

—Si no ganas, estás muerto.

—¿Qué haría yo sin estas muestras de apoyo del partido? —ironizó el candidato.

—Te han dado más oportunidades que a ningún otro. Y no te merecías ninguna de ellas. Esta es la última. O consigues la alcaldía o vuelves a tu carrera de abogado.

—Espero que vengas así vestida a mi funeral. Te sienta bastante bien el traje de gitana, presidenta —insistió en tomarse a broma las amenazas de Adriana Requena.

—No hace falta que te esfuerces en disimular. Se nota que tienes miedo. Yo también lo tendría. Has malgastado más de media vida en

busca de un éxito que no llega. Entre lobos nos reconocemos Jesús, y tú te vas a retirar con mucha hambre.

—No soy un lobo. Soy un gato. Y todavía me queda una vida —dijo el candidato antes de marcharse de la caseta del partido, retando con la mirada a su enemiga.

***

## 5
## Finca La Antigua, Lepe

A Sabali se le daba bastante bien tomar una fresa sin arrancar la planta. Levantaba el fruto hacia arriba con sutileza y se llevaba el peciolo consigo. Daba igual el número de veces que llevara a cabo aquel movimiento, el resultado era siempre el mismo; una fresa perfecta en su mano. De todos los dones posibles que le podía haber regalado la vida, a ella le tocó el de tener una gran destreza para recoger fresas. Se había convencido de que la gente humilde también padece dones humildes y el suyo era tan modesto como su origen.

Había nacido en Chiffae, un barrio periférico de Tánger olvidado por el desarrollo y el crecimiento que Marruecos había experimentado en los últimos años. Mientras el resto de la ciudad se enganchaba al siglo veintiuno y se modernizaba a pasos agigantados, allí el asfalto no había cambiado y los edificios se veían viejos y desfasados, como si su barrio siguiera atrapado en otra centuria.

Hubiera deseado ser electricista o albañil como sus hermanos y saltar de siglo con ellos, pero en la lotería de las habilidades, de primeras, le tocó ser mujer y estar al cuidado de su padre. ¿Ayudar a orinar a un anciano era un talento? ¿Bañarle era una cualidad que

la hacía especial? Durante algún tiempo se quiso convencer de que sí, que nadie más podía hacer aquel prodigio de mantener con vida a un deshecho. Pero en cuanto cumplió la mayoría de edad, llegó a la conclusión de que lo suyo más que un don, era un castigo.

Desde uno de los muchos descampados de Chiffae se podía divisar un trozo de tierra lejana, España. Sabali la contemplaba todas las tardes. No era la única. Junto a ella se congregaban otros jóvenes de condición humilde, que habían convertido los atardeceres de un páramo abandonado en su propia versión del café del Mar de Ibiza. Mirar aquel montículo remoto, al que se referían como El Dorado, era lo único que les daba cierta esperanza de tener un futuro mejor.

—Estás de suerte —le dijo Aicha, la más veterana, mientras ella tomaba otra fresa con una destreza inusual.

Sabali no dijo nada, la suerte le era una palabra desconocida, un territorio que nunca había explorado, por lo tanto, no se sintió interpelada y siguió a la suyo.

—Le gustas a Joaquín. —Le agarró de la mano Aicha para que dejara de trabajar y se centrara en lo que le tenía que decir—. Si eres cariñosa con él, vas a tener la vida solucionada.

Aicha no añadió nada más. No hacía falta. En aquella finca todas conocían de sobra los tejemanejes de la alcahueta con los capataces y que el cariño era más rentable que las peonadas.

Sin hacer ningún comentario al respecto, Sabali se concentró de nuevo en lo que mejor se le daba. El trabajo mecánico le evitaba pensar demasiado. Pero, a pesar de aquel mecanismo de defensa, una idea perturbadora se le incrustó en el cerebro. Aunque ahora estaba en El Dorado, en aquel montículo que contemplaba desde la lejanía en su adolescencia, Sabali tuvo la certeza de que el futuro

para ella siempre iba a estar a la misma distancia, que estuviera donde estuviera, iba a mirar de lejos la felicidad.

Tal vez por eso tiró la fresa al suelo y empezó a correr ante la mirada de estupefacción del resto de las temporeras, que habían comprendido mucho antes que era inútil escapar de la mala suerte.

***

## 6
## Isla Canela, Ayamonte

Ni siquiera el cansancio acumulado hizo mella en Rodrigo, que llevaba más de media hora encerrado en la cocina inhalando gas y el sueño seguía sin hacer acto de presencia. Muy al contrario, se encontraba exactamente igual de excitado que cuando descubrió el cadáver de Carmen.

Algo no estaba funcionando. Se sintió tentado de consultar en internet cuánto tiempo debía pasar para perder el conocimiento. Pero incluso a él le pareció patético compartir con Google sus planes de suicidio. Más práctico, comprobó el estado de la bombona de butano y con una leve sacudida percibió enseguida que estaba vacía.

—¿Ves? ¿Ves cómo eres un puto retrasado? —volvió a surgir la voz de Macarena en su cabeza para mortificarle.

Y esta vez le tuvo que dar la razón, era un completo idiota. ¿Cómo no la había revisado antes? Bastante difícil era ya asimilar todas las estupideces que hizo la noche anterior como para seguir confirmando que incluso sin drogas y alcohol no valía ni para suicidarse.

Por un momento sondeó otros escenarios. Ahorcarse con la cortina del baño. Saltar desde el balcón. Arrojarse por las escaleras. Pero las fue descartando una a una. Si había algo que rechazaba

más que su propia existencia era el dolor. Inhalar gas butano y no despertar era hasta cierto punto seductor. Una muerte placida y poética. No podía decir lo mismo de sentir cómo se le fracturaban los huesos, se destrozaba las cervicales o se ahogaba lentamente. Rodrigo era estúpido, pero no tanto.

Solo le quedaba una opción, una que había querido evitar a toda costa, pero que, llegados a aquel punto, parecía la única realmente viable.

—Eso, humíllate como haces siempre, fracasado —le gritó Macarena mientras él agarraba el teléfono móvil y buscaba en la agenda el número de su padre.

***

## 7
## Polígono San Pablo, Sevilla

Manolo agitó una última vez el aerosol del grafiti y dibujó una *a* torcida sobre la fachada de la casa de apuestas. A sus sesenta años, el pulso le fallaba casi tanto como la vista. Consciente de ello, dio un par de pasos atrás para tener una mejor perspectiva de su obra.

—Está perfecto. —Se mostró indulgente con él Mariángeles, que le daba más importancia al mensaje que a la estética—. ¡Vámonos!

Manolo miró disgustado el cristal del salón de juegos y leyó para sí: «La próxima visita será con dinamita». La consigna, aunque se podía leer, estaba claramente combada en sentido descendente. A pesar de la violencia que contenía, parecía obra de un niño pequeño más que de un adulto. Algo que le irritaba profundamente.

—Voy a hacer otra —anunció a sus compañeros convencido de que lo podía ejecutar mejor.

El comando de vándalos, formado por otros dos jubilados y dos amas de casa, se quedó en silencio. Habían pactado que estarían allí cinco minutos y ya habían empleado en aquel estúpido grafiti más de media hora. Si se quedaban más tiempo, se exponían a que alguien les reconociera.

Manolo no necesitó confirmación alguna para seguir garabateando el escaparate. Tampoco nadie se atrevió a llevarle la contraria. Todos conocían sus malas pulgas. Había terminado liderando aquella protesta como podría haber terminado liderando a los ultras de un equipo de fútbol. Estaba furioso con la vida, no solo con el dueño de aquella casa de apuestas por haberle arruinado la vida a Fali. Odiaba su trabajo de charcutero, su piso de ladrillo visto en un barrio obrero lleno de edificios exactamente iguales y su coche de segunda mano. Hasta la adicción de su hijo apestaba a barato, a gente humilde, a sucedáneo de la vida que merecía.

Manolo no distinguía entre izquierda o derecha, no tenía ideología, para él todos eran *unos perros*, un atajo de ineptos que de alguna forma se habían aliado para boicotear cada uno de sus planes por prosperar. Una frustración incontenible que solo podía canalizar a través del rencor y la violencia verbal. Insultaba con la misma vehemencia a un político que a un sindicalista, acusaba de vagos a empresarios y trabajadores y se cagaba en los muertos de ricos y pobres día sí y día también. Un arte que había ido depurando como internauta en los comentarios que iba dejando en las noticias de periódicos de actualidad. Bajo el seudónimo «Don Manué», Manolo confrontaba al sistema y a las élites azotando con vehemencia a los borregos que se dejaban avasallar. A veces era más prosaico y su discurso se limitaba a menospreciar a sus adversarios con un genérico «ladrones e hijos de puta».

Así que, aunque ahora pareciera una especie de padre coraje dispuesto a todo por defender la salud de su hijo, en realidad, solo era un marginado iracundo al que internet se le había quedado pequeño y aprovechaba aquella excusa para culpabilizar a alguien de todos sus males. Mientras que para el resto de los padres aquella adicción había sido una desgracia, para él había sido una bendición.

—Es mejor pegarle una pedrada —dijo Manolo después de volver a torcerse y aceptar que era incapaz de escribir con trazo recto—. Esto no sirve de nada.

—Sirve para que nos escuchen —le respondió Mariángeles, que empezaba a estar cansada de las actitudes de aquel cascarrabias.

Manolo esbozó una sonrisa de superioridad, como si en lugar de publicar comentarios que incitaban al odio en internet hubiera liderado antes miles de revueltas y revoluciones en América Latina y tuviera claro que la violencia era el único camino para ser respetado.

—Tú haz lo que quieras, yo no le voy a fallar a mi hijo —sentenció el anarquista de salón, haciéndole creer al resto de los padres que eran unos cobardes incapaces de jugarse el tipo por una causa noble.

Y como siempre que alguien ponía en duda la valía de los demás como padres, aquello fue el pistoletazo de salida para una concatenación de malas ideas que se inició arrancando adoquines de la acera y acabó con el destrozo del cristal del escaparate de la casa de apuestas Winchester, en el que ya no se podía leer la consigna ladeada.

Algunos minutos más tarde del estropicio, Manolo, Mariángeles, Julián, Rosa y Luis eran arrestados por primera vez en su vida.

***

## 8
## Comisaría de policía Distrito Nervión, Sevilla

A primera vista el edificio Vizcaya de la Avenida Cruz del Campo parecía ubicado en el lugar equivocado, como si el arquitecto hubiera extraviado los planos y en lugar de construirlo en una esquina del barrio latino de París lo hubiera proyectado como resultado de un tremendo despiste en la frontera entre el estadio Sánchez Pizjuán y la Hermandad del Santísimo Cristo de la Sed. Allí, a más de mil kilómetros de la Sorbona, de las cafeterías del *boulevard* Saint-Germain y de ese perfume de apatía que recorre el asfalto de las calles del distrito V, sobrevivía como una suerte de paracaidista recién aterrizado tras la línea enemiga.

Donde debería haber panaderías, coquetas librerías de segunda mando y estudiantes universitarios acusando de burgueses a todo el que se duchara de lunes a viernes, habitaban locales dedicados al repuesto de automóviles y mecánicos con más pelo en el pecho que en la cabeza. Se trataba de uno de los «decalajes» más célebres de la ciudad.

Entre tapacubos, llantas y neumáticos recauchutados se proyectaba esta joya arquitectónica pensada como lugar de residencia para diplomáticos, inversionistas extranjeros y altos funcionarios durante la exposición universal de 1929.

Hoy, a pesar del paso de los años, el edificio seguía estando reservado para las fuerzas vivas de la ciudad y desde su terraza el comisario Martínez tenía la costumbre de contemplar las ganas de complicarse la vida que tenían los demás.

Veía muchas cosas y al mismo tiempo no veía nada. Su trabajo no era juzgar, era mucho más sencillo. Se limitaba a abrir y cerrar la puerta de la azotea a quien se lo solicitaba y los escuchaba sin

entrar en valoraciones. Se sentía como san Pedro, pero al revés, cualquier descarte de las puertas del cielo era bien recibido en su comisaria afrancesada.

Y entre aquel selecto club de insidiosos siempre dispuestos a enredar, había uno que se dejaba ver con más frecuencia que los demás, Jesús Carranza, abogado de formación y político de izquierdas de profesión.

—Pensaba que lo habías dejado —dijo Martínez mientras apuraba un cigarrillo.

—Y lo he dejado. Esto no es fumar —se excusó el candidato dándole una larga calada al pitillo.

—¿Y qué es?

—Hacer tiempo mientras te decides —expulsó una bocanada de humo.

—No puedo soltarlo sin cargos, Jesús.

—¿Qué cargos?

—Daños y coacciones.

—Déjalo en daños y a cambio te pongo en las quinielas para comisario general.

—Todavía no eres alcalde.

—Todavía... pero cuando lo sea, ¿dónde quieres estar, Juanito? ¿En mi grupo de confianza o en el de los apestados que acaban en el Distrito Sur haciendo redadas en Las Tres Mil? —amenazó el candidato sin apenas pestañear, apurando el cigarrillo como si aquella conversación fuera de lo más trivial.

—Entonces más te vale ganar —sonrió Martínez, fingiendo que lo que acababa de pasar era una broma entre amigos y no una clara amenaza.

—Sabía que podía confiar en ti, eres el comisario que necesita esta ciudad, una persona con cintura.

Jesús Carranza se despidió de Martínez y tiró la colilla por la cornisa sin importarle lo más mínimo a quien pudiera caerle, más o menos lo mismo que hacía con cada una de las decisiones que tomaba al día.

***

## 9
## Finca La Antigua, Lepe

Sabali cayó de rodillas al suelo y su cara de cansancio se reflejó en un charco. Estaba completamente agotada. Llevaba más de media hora corriendo sin apenas pausa. No tenía un plan. Ni tampoco un lugar a donde ir. Por no tener, no tenía ni la más remota idea de dónde se encontraba. Lo único que tenía claro era que le costaba respirar.

Dudó un par de veces antes de quitarse el hiyab. Por norma general no le molestaba ni en los días de más calor. De hecho, lo había convertido en una suerte de resistencia. Le irritaba sobremanera que las pocas españolas que se dedicaban a la fresa le preguntaran una y otra vez por aquella prenda: «¿No te lo puedes quitar ni para trabajar? Te va a salir un sarpullido».

Procuraban, de todas las formas posibles, restregarle por la cara que su religión era peor que la suya, que el catolicismo no las oprimía y que ellas eran mucho más tolerantes que su familia. Y puede que así fuera, pero llevaba bastante mal que la mirasen por encima del hombro. Especialmente aquel grupo de mujeres, que venían a pregonarle los milagros de la libertad sin darse cuenta de que estaban siendo igual de explotadas que ella cuando a fin de mes recibían el mismo sueldo de mierda.

En Tánger, el hiyab no significaba nada para ella, tan solo una costumbre que pasaba de madres a hijas. A veces hasta salía a la calle sin él. Pero allí, en El Dorado, cada vez que se lo ponía, sentía poco menos que era Batman, una heroína que desvelaba su verdadera fortaleza cuando se ocultaba el rostro.

A pesar de su amor propio, el sudor, el cansancio y la ausencia de españolas a su alrededor a las que pudiera alegrar verla con el rostro al descubierto, provocaron que abandonara a la superheroína en el campo y volviera a dejar salir a Sabali.

Con un gesto sencillo, como si aquel acto no tuviera ninguna implicación simbólica, se desprendió de él y se lo guardó en el bolsillo del pantalón.

Todavía fatigada, levantó la cabeza y observó el paisaje. No había rastro de otro ser humano en los alrededores. A izquierda y a derecha, solo veía cultivos de invernadero. Centenares de hectáreas cubiertas de plástico en lo que se asemejaba a un campamento infinito de refugiados. O incluso a la barraca donde dormía con el resto de las temporeras en las inmediaciones del cementerio municipal. Estaba sola en mitad de la nada.

O eso creía.

A lo lejos, en su horizonte, el sonido del motor de un camión le indicó que en las proximidades había una carretera.

El viento meció su cabello y experimentó un profundo alivio. En parte por lo refrescante, pero muy especialmente por tener al fin un lugar concreto hacia el que correr. La vida, al fin y al cabo, se reducía a eso, a aparentar que uno tenía claro su próximo destino.

Más aliviada, con la fuerza extra que da volver a tener esperanza, Sabali se levantó y reemprendió la huida. Estuvo a punto de caerse al suelo un par de veces. Llevaba horas sin comer y acumulaba

esfuerzo físico por encima de sus posibilidades. Sin embargo, ahora nada la podía frenar. Ni siquiera el rugido de las tripas.

Por fortuna para ella y sus escasa reservas de energía, la carretera cada vez estaba más cerca y el mar de plásticos más lejos. Ya casi podía visualizar el alquitrán del asfalto cuando, de buenas a primeras, observó a un vehículo en un cambio de rasante. Era una furgoneta de color blanco.

Los ojos de Sabali se iluminaron y como un acto reflejo, arrancó a gritar. En un principio, casi sin voz, enmudecida por el sobresfuerzo. Pero al cabo, con desesperación.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —chilló sin dejar de hacer aspavientos con las manos.

A pesar de desgañitarse, la furgoneta no aminoró la velocidad. La joven tuvo miedo entonces de que el vehículo pasase de largo y se lanzó a la carretera con la intención de detenerlo a toda costa.

De pie, en mitad de la vía, exactamente igual que aquella fotografía del hombre frente a una columna de tanques durante las protestas de la plaza de Tiananmén, la furgoneta se aproximó a ella sin que la temporera hiciera ningún ademán de apartarse.

Todo parecía indicar que la iban a atropellar. Tanto que Sabali cerró los ojos para no mirar a la muerte directamente a los ojos y se le escapó entre susurros un diminuto: «Te quiero, papá» con el que resolver las deudas pendientes que tenía con aquel viejo desagradecido.

Se estaba despidiendo mentalmente del resto de sus seres queridos, cuando percibió que el conductor de la furgoneta frenó bruscamente. Al escuchar el derrape y darse cuenta de que no había sido arrollada, la joven abrió los ojos de nuevo y respiró aliviada.

El sol le daba de frente y la cegaba por completo. Apenas podía vislumbrar la silueta de la persona que se acercaba a ella si bien

intuía que se trataba de un hombre.

Incómoda, se llevó las manos a la cara para tratar de descifrar de quién se trataba. Antes de que pudiera lograrlo, el desconocido la agarró con fuerza del brazo y la empujó hacia la furgoneta.

—Estás más guapa así —le dijo Joaquín abriéndole la puerta del vehículo—. Deberías ir siempre sin pañuelo, que se te vea bien la carita.

Aunque Sabali comprendió que había perdido la partida, no permitió que fuera una derrota humillante y en contra de la opinión del capataz, en cuanto la furgoneta echó a andar, se colocó de vuelta el hiyab.

***

## 10
## Estudios Cavalo, Lisboa

—Estamos fuera de tiempo. Lee el teleprónter y despide de una puta vez —le dijo enfadado el director a Bruna a través del pinganillo.

En lugar de hacerle caso, la presentadora se quitó el auricular y se quedó pensativa frente a cámara. Con el rictus serio y sin que nadie tuviera claro qué es lo que iba a ocurrir a continuación.

Desde luego, no estaba siendo una mañana fácil en el plató B de los estudios Cavalo, donde era evidente que entre ambos había más tensión de la habitual. Los desplantes de ella y los malos modos de él se habían sucedido a lo largo de tres horas que se les hicieron eternas al equipo técnico de *Las mañanas de Bruna*.

Para bien o para mal, aquel tira y afloja parecía haber llegado a su punto máximo. El prolongado desafío de la presentadora, que permanecía callada frente a cámara, estaba a punto de llevar el enfrentamiento a otro escenario diferente. Puede que para el ojo

inexperto apenas fueran unos segundos de pausa, pero en televisión los silencios se hacían eternos. Tanto que el regidor buscó con la mirada al director por si este le hacía alguna señal para cortar a publicidad y poner fin a aquel desastroso directo.

Antes de que pudieran ponerse de acuerdo, Bruna reaccionó.

—Espero que los compañeros de informativos no se molesten, pero hoy tengo que quitarles algo de tiempo para compartir con ustedes una exclusiva de impacto.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Sosa al director cuando estaba a punto de saltar al plató con un ramo de flores.

—No lo sé, pero no me gusta cuando improvisa —se temió lo peor el ejecutivo, que conocía de sobra los arrebatos de Bruna.

A lo largo de los últimos ocho años las había tenido de todos los colores con aquella mujer egocéntrica. Los motivos eran de lo más absurdos. Planos que se colaban en la retransmisión de su perfil malo, guiones impresos en un color que no fuera el azul, su favorito, o el aire acondicionado por encima de los veintitrés grados, la temperatura que consideraba adecuada para evitar transpiraciones en las axilas y que, según ella, hasta el espectador podía ver desde su casa. Cualquier excusa era buena para que terminara lamentándose de trabajar con simples aficionados.

Pero aquel seis de mayo, Bruna tenía un buen motivo para provocar un cisma, la iban a fulminar al final de temporada y a sustituir por una presentadora de treinta años que conectara con un público más juvenil. Tal vez «fulminar» fuera un verbo excesivo cuando, en realidad, se iba a ir después de haber pactado un finiquito millonario negociado durante meses.

No es que Bruna fuera un carcamal. Acababa de cumplir cincuenta y cinco años y lucía una buena figura. Sin embargo, las audiencias bajaban un día tras otro, y los ejecutivos achacaron el declive del

programa estrella de la cadena a sus arrugas. Querían recuperar al público masculino que les había ido abandonando paulatinamente y estaban convencidos de que la mejor manera de lograrlo era colocando al frente a alguien con mayor sexapil. Los gurús de la televisión no necesitaban una periodista experimentada para comentar la actualidad, necesitaban crear una fantasía, una válvula de escape para cuarentones y divorciados que dejaron atrás sus años de esplendor. Una cara, en definitiva, que resultara sexual hasta cuando tenía que dar la noticia de un terremoto con miles de víctimas en Turquía.

—Quiero agradecerle a la audiencia el honor de haberme dejado entrar en sus salones cada mañana para compartir las noticias desde que empezó este programa. Ha sido un privilegio y un sueño hecho realidad. Supongo que no me hubiera ganado su confianza si no hubiera sido siempre sincera. Incluso cuando resultaba incómodo. Y pueden creerme, lo que les tengo que contar hoy... es de lo más incómodo. A final de temporada les contarán que me marcho, que dejo el programa para dedicarme a otros proyectos personales. No lo crean. No me voy. Me echan. Y no porque no valga para esto, sino porque consideran que soy demasiado mayor. Puede que lo sea, al menos para esta cadena, pero pueden tener la seguridad de que habrá otras oportunidades y nos seguiremos haciendo compañía muy pronto. Palabra de Bruna.

Tan pronto como la destronada reina de las mañanas se despidió de los televidentes y se apagó el piloto rojo de la cámara, Sosa se fue hacia ella enfurecido.

—Hemos tardado dos meses en firmar el acuerdo. ¿A qué coño ha venido esto? —le preguntó el presidente de la cadena entregándole el ramo de flores con desprecio.

—Ahora todo el mundo sabe que busco trabajo —dijo Bruna con descaro.

Y antes de marcharse a su camerino, añadió:

—Lo siento, soy alérgica a las flores. —Le devolvió las rosas de mala gana.

—¿Desde cuándo? —se sorprendió Sosa, que en los últimos años le había entregado más de un ramo como ese cada vez que hacían un buen dato de audiencia. O cada vez que tenía que hacer las paces con ella. O cada vez que se sentía menos querida que otros rostros de la cadena, algo que sucedía con bastante frecuencia.

—Desde que soy una vieja chocha —contestó antes de marcharse.

La gran dama de las mañanas portuguesas caminó sobre el suelo del plató de manera heroica, tal y como lo haría un general victorioso que deja atrás soldados heridos en un campo de batalla y no operadores de cámara, maquilladoras o técnicos de sonido. Tan cierto como que iba a perder su programa injustamente era que había tenido la satisfacción de vengarse en directo de toda aquella panda de machistas ingratos.

En cuanto la presentadora salió del estudio y entró en su camerino, la máscara de insolencia cayó por completo y se echó a llorar. Primero de manera avergonzada y después amargamente. Lo hizo frente a una foto de ella misma que la cadena le había hecho años atrás para promocionar el programa.

La Bruna exitosa del pasado contemplaba desde la pared a la Bruna quebrada del presente. Aquella sonrisa perfecta. Aquella cara tersa y sin arrugas. Aquella estúpida seguridad de que siempre iba a estar en la cima. Llevaba subyugada por esa imagen irreal demasiados años.

Y no pudo soportarlo. Con una mezcla de resentimiento y nostalgia por una época que estaba a punto de desaparecer,

descolgó el retrato y se lo llevó consigo.

***

## 11
## Asentamiento chabolista del cementerio, Lepe

—Si vuelves a hacer una estupidez así, todos en Tánger van a saber que eres una ramera —dijo Joaquín después de estacionar—. ¿Quieres que tus hermanos se enteren de lo que haces aquí por las noches?

Sabali negó con la cabeza, no le salían las palabras, algo que le pareció insuficiente al capataz.

—No te oigo, ¿quieres que se enteren de que eres una puta? —elevó la voz Joaquín.

—No —respondió avergonzada la joven.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer —sentenció el encargado después de desbloquear la puerta de Sabali—. Y quítate el pañuelo cuando vaya a verte —le escuchó decir apenas puso los pies en el asentamiento chabolista donde vivía.

Se trataba de un gueto salpicado de basuras e inmundicia ubicado junto a las proximidades del cementerio municipal, el más grande y poblado de toda la provincia de Huelva. Alrededor de más de quinientos temporeros de origen subsahariano y magrebí vivían allí hacinados en infraviviendas levantadas con los plásticos, cartones y maderas que encontraban en los invernaderos. Y lo hacían sin luz ni agua potable en una clara demostración que hasta los nichos del vecino camposanto resultaban más acogedores que todas aquellas chabolas miserables que conformaban un auténtico pueblo de pobres.

Aquello no era una bochornosa excepción en la provincia. Otros treinta asentamientos, de iguales o peores condiciones, salpicaban la geografía onubense con una población que oscilaba en torno a los tres mil residentes. Cifra que variaba en función de si era o no tiempo de recoger la cosecha.

Todo el que tenía la mala fortuna de acabar allí, lo hacía porque se les negaba el alquiler de un inmueble en el casco urbano, por carecer de documentación en regla o simplemente por ser pobres.

Aunque había casos, como el de Sabali, en el que sencillamente había sido engañada y a pesar de venir contratada en origen desde Marruecos como jornalera, con todos sus papeles en regla, cuando llegó a Huelva nadie le asignó tarea alguna, ni recibió dinero para su manutención ni le proporcionaron comida.

Había hecho un viaje absurdo para llevar una vida peor de la que tenía en Tánger. Sin techo y sin ninguna red familiar que le pudiera echar una mano, le tocó vivir varios días en un contenedor dentro de la finca agraria junto a otras mujeres en su misma situación.

Fue entonces cuando las trabajadoras marroquíes con mayor antigüedad le ofrecieron la posibilidad de ganarse el pan prostituyéndose con los capataces. Algo a lo que accedió de manera temporal hasta que pudiera trabajar en la fresa y ganarse la vida de otra forma. Pero una vez que entrabas en aquel círculo, era casi imposible salir de él o de vehículos como el de Joaquín.

La furgoneta se fue levantando un poco de tierra y ninguna compañera se acercó a consolarla, muy al contrario, dejaron que el silencio ejerciera el alivio que ellas no le daban, probablemente por temor a represalias.

Así que a falta de un abrazo o de una palabra de aliento, la joven se fue a su chabola y siguió con las tareas del día como si no

hubiera pasado nada o como si aquella estructura cochambrosa donde dormía fuera un hogar.

Tan concentrada estaba en limpiar, que no se dio cuenta de la llegada de los voluntarios de Asnuci, la ONG que intentaba paliar las condiciones indignas en las que vivían los temporeros en los asentamientos chabolistas.

—Tengo buenas noticias —le dijo Claudia nada más verla—. La abogada cree que tenemos base legal para interponer una demanda colectiva.

La hija de Lucía Gutiérrez estaba tan entusiasmada que siguió hablando sin percatarse de que a Sabali se le había puesto la cara pálida, exactamente del mismo color traslúcido que si estuviera expuesta en una vitrina de cuerpo presente. Era la segunda vez que fallecía esa mañana. Por fortuna para ella, tenía bien cerca el cementerio.

—... va a ser proceso largo, ya lo sabes, pero tienes que ser fuerte. Nosotras te vamos a apoyar —continuó argumentando Claudia.

—No lo voy a hacer —la interrumpió finalmente sin dejar de barrer.

Por primera vez desde que empezó a hablar, Claudia la miró a la cara. Estaba completamente desconcertada. Llevaba más de seis meses trabajando en aquella demanda. Lo que en un principio solo fue una ocurrencia de su madre para reducir la condena con un voluntariado, se convirtió en un motor, en una especie de motivación. Había dejado atrás la confusión de la adolescencia y al fin tenía un propósito en la vida, un objetivo; reparar una injusticia. Y si Sabali se echaba atrás, lo harían también el resto. Y si eso ocurría, ella se iba a quedar sin una meta. Y volverían las dudas. Y las fiestas. Y el alcohol. Y el miedo a quedarse sola en casa. Aquello

no iba solo de Sabali. Aquello era más grave, también afectaba a su vida y a su futuro. Le irritaba profundamente el comportamiento caprichoso y egoísta de los que no se dejaban ayudar.

—No me puedes hacer esto. Ahora no. Lo hemos hablado muchas veces.

—No es buen momento —se justificó Sabali.

—¿Y cuándo va a ser un buen momento? ¿Cuándo ocurra una desgracia? —la presionó la hija de Lucía.

—Para ti es fácil decirlo. Para ti todo es fácil —quiso poner de manifiesto la marroquí los privilegios de aquella chica blanca siendo lo más educada posible.

—¿Crees que he tenido una vida fácil? —se ofendió Claudia—. No tienes ni idea. Ojalá yo hubiera tenido a alguien que me echara una mano cuando estaba perdida —señaló la hija de Lucía, dándose cuenta de que estaba compitiendo por ver quién de las dos lo había pasado peor.

—No necesito tu ayuda. Necesito que me dejes en paz.

—¿Eso es lo que quieres? Luego no me vengas llorando cuando necesites agua. O medicinas. O compresas. O...

—¡Vete! —rompió a llorar Sabali finalmente, que por más abatida que estuviera no dejaba de pegar escobazos, en esa creencia firme de que cuanto más se aferrara al trabajo físico, más alejaba los pensamientos intrusivos.

—Lo siento —se disculpó Claudia, que, aunque tarde, reconoció que estaba siendo excesivamente egoísta—.Ya hablaremos en otro momento.

La joven jornalera ni siquiera se despidió de ella. Siguió limpiando indiferente a lo que hiciera Claudia.

Las cosas no habían salido como las tenía planeadas. Debía ser un día de alegría y empezaba a torcerse pronto. Al menos todavía le

quedaba la boda de su madre. Después de todo, Sabali llevaba algo de razón, en el fondo era tan privilegiada, que una vez que saliera del poblado, se olvidaría de todas aquellas mujeres y celebraría por todo lo alto la noticia más feliz que había tenido en mucho tiempo.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó su compañero al verla de vuelta tan pronto.

—Bien —mintió Claudia, segura de que podría hacerla cambiar de opinión y retomar sus metas—. Confía mucho en mí.

***

## 12
## Isla Canela, Ayamonte

Mientras el teléfono hacía tono de llamada, Rodrigo ensayó la mejor manera de contarle a su padre lo sucedido.

«Sabes que nunca te he pedido nada» fue la primera frase que se le ocurrió. Por desgracia para él, era mentira. Le había pedido muchas cosas. Que le ayudara con el alquiler, con la compra de un coche, con un portátil, con las vacaciones a Hong Kong, con la publicación de su libro de fotos... Todo lo que había conseguido en la vida había sido gracias a su padre. Hasta conoció a Macarena a través de él.

No, definitivamente, aquel no era el mejor comienzo posible. Necesitaba tenerle de su lado, no a la defensiva. Fue entonces cuando pensó en jugar el comodín de la lástima. Dejar de lado aquel juego pasivo agresivo que se traía con él y explotar por completo el campo de las emociones.

«No lo estoy pasando bien. No soy capaz de pasar página.» Si bien le gustaba presentarse como una víctima en esta historia, tal vez aquello fuera excesivo. No tenía claro cómo iba a pasar de «me

está costando mucho olvidarme de Macarena» a «hay un cadáver en tu cama, papá». Incluso impregnando todo el relato de melodrama barato, parecía un giro complicado.

¿Y si simplemente era directo? ¿Qué había de malo en comenzar con «ha ocurrido algo terrible»? No solo era honesto y respetuoso con Carmen, también parecía la mejor manera de tener su atención de inmediato. Algo que con su padre nunca era sencillo. Cualquier vida resultaba mediocre, gris y sin apenas importancia comparada con la de él.

—No puedo hablar ahora. Llámame más tarde. Pero solo si es importante, que nos conocemos —le advirtió Jesús Carranza sin dejarle hablar, arruinando por completo toda su estrategia de resultarle interesante.

Rodrigo se sintió insignificante, como siempre, y después de dudar, aceptó que una muerta no era lo bastante importante para modificar la agenda de su padre.

—¿Te viene bien en media hora? —preguntó mansamente mirando de reojo el cuerpo ensangrentado de Carmen.

Tardó unos segundos en descubrir que su padre ya había colgado y que no iba a recibir respuesta alguna. Ni siquiera la voz de Macarena instalada en su cerebro creyó necesario añadir nada más. Rodrigo era inane hasta en la tragedia.

***

## 13
## Polígono San Pablo, Sevilla

El candidato pegó el cartel electoral en uno de los muros de la fachada de la peña flamenca Manuel Mairena, ubicada en la plaza de la Toná, el centro neurálgico del polígono de San Pablo.

—¡Mucha suerte, Jesús! —Le abrazó el presidente de la peña—. Mi voto lo tienes, el mío y el de toda la gente que ha aprendido a fuerza de palos que aquí no queremos limosna, que la limosna prolonga la enfermedad, que aquí lo que queremos es que nuestros hijos tengan las mismas oportunidades que los de los que nacen en Nervión —añadió el anfitrión, que un año antes había sido detenido como presunto autor de un delito de estafa en la venta de participaciones de la Lotería de Navidad y que ahora se le llenaba la boca ante sus vecinos hablando de justicia social sin el más mínimo pudor.

O pueda que sí le diera algo de vergüenza, pero qué otra cosa podía hacer. Le debía un favor. Y de los grandes. Si estaba allí enardecido y no en un centro penitenciario era gracias a que Jesús Carranza había mediado para rebajar los cargos. Y siempre que Jesús hacía algo, esperaba otro favor a cambio. Así que allí estaba él, poniendo al servicio del candidato todo el predicamento que tenía en el barrio para allanarle el camino y conseguir votos obreros.

—Sabéis que no me gusta meterme en cosas de política, que lo mío es el Betis y Manolo Caracol, pero esto ya no se puede aguantar. El barrio se cae a pedazos. Vosotros lo sabéis, yo lo sé, y Jesús también lo sabe. ¿Qué vais a hacer para cambiar las cosas?

Pepe, que siendo presidente de una peña flamenca no podía llamarse de otra forma, se estaba gustando como solo se gusta un sevillano hablando, paladeando cada silaba, alargando las vocales y las consonantes al final de las palabras, convenciéndose de que prácticamente estaba inventando el lenguaje en aquel mismo momento, asombrándose de que nadie antes hubiera tenido la idea de juntar una palabra con otra hasta construir una oración. A su modo de ver, aquello no era una arenga ni mucho menos un mitin, aquello era inventar el fuego. La rueda. La imprenta. La máquina de

vapor. El acento sevillano de Pepe era el gran invento de todos los siglos y, aunque aparentemente solo pedía el voto para Jesús Carranza, en realidad, estaba reclamando al mundo que el ceceo fuera patrimonio inmaterial de la humanidad.

—¿Sabéis lo que voy a hacer yo? Votar a Jesús.

Mientras Pepe alargaba el «sús» de «Jesús» hasta la noche de los tiempos con la firme convicción de que su garganta estaba bendecida por todos los santos del cielo, el candidato progresista permanecía completamente abstraído, consumido por las dudas de si la foto del cartel le hacía justicia o parecía más mayor de lo que era.

¿Debería haber invertido más tiempo en reducir las ojeras que las desigualdades entre barrios ricos y barrios obreros? La respuesta era evidente; sí. Todavía estaba a tiempo de enderezar al menos la caída del cabello y hacerse un injerto. No es que fuera frívolo, tan solo un poco cínico. Por desgracia, una vida dedicada a la política le había hecho comprender que se conseguían más votos pareciendo joven que pareciendo honrado.

—Muchas gracias, Pepe. Espero no defraudarte. —Se incorporó el candidato al mitin con una facilidad pasmosa, como si no llevara los últimos diez minutos pensando en ponerse pelo, botox y toxina botulínica—. Ni a ti ni a ninguno de los que os habéis acercado hoy hasta esta peña flamenca, que debe ser ya de las pocas fachadas en las que no han puesto una casa de apuestas. Ocurre en todos los barrios obreros. Las administraciones públicas las han dejado crecer y ahora hacen negocio a vuestra costa. Se les permite hasta estar presentes a pocos metros de los institutos a los que acuden vuestros hijos. Muchos vendrán aquí y os prometerán cosas abstractas. Yo no, yo vengo a pactar con vosotros una medida clara, acabar con las casas de apuestas, tratar los barrios con el mismo respeto que si fueran el centro de la ciudad.

Los aplausos no se hicieron esperar. El candidato había dado en el clavo. Una medida como aquella no implicaba inversión y encima era igual de válida en el polígono de San Pablo como en Cerro Amate. Podía repetir aquello como un loro allá donde fuera sin necesidad de prometer más colegios ni más centros de salud. Bueno, bonito y barato. Una jugada redonda que estaba dispuesto a celebrar dejándose abrazar y sobar por cada uno de los vecinos que se habían arremolinado en torno a la plaza de la Toná.

Pero todavía, no. Todavía tenía una jugada maestra reservada para el final.

—Los dramas cuando no tienen cara, parecen menos drama. Por eso os quiero presentar a Manolo Lara. Alguien con un hijo menor de edad al que permitían entrar en uno de estos salones y que ha contraído una deuda de cincuenta mil euros que ahora no sabe cómo va a pagar. Alguien desesperado al que esta mañana han detenido por protestar. Alguien a quien, en lugar de ayudar, le ponen más obstáculos. Una víctima a la que tratan como si fuera culpable y a la que acusan de violento por defender sus derechos. Alguien como vosotros que necesita que la Administración no mire hacia otro lado. Y os puedo prometer aquí y ahora, que si yo soy alcalde, los que van a terminar acusados son los que permiten apostar a menores de edad. Pero hasta que ese día llegue, os pido un fuerte aplauso para Manolo, que sienta que no está solo.

Los vecinos del polígono rompieron a aplaudir y Manolo Lara, otrora un forero soez que metía a todos los políticos en el mismo saco, se vio convertido en un héroe de barrio que servía a los intereses de una causa progresista sin sentirse mínimamente incómodo. Al contrario, parecía como si al fin hubiera encontrado su lugar en el mundo, como si todo el odio que había vertido en internet en los últimos años nunca hubiese existido. Manolo había

muerto en la comisaría de Nervión y la crisálida que había salido de allí era una suerte de Rosa Parks. Un líder con carisma al que se unen los demás y siente, por un momento, que no todo está perdido, que, si se lucha, realmente hay alguna posibilidad de construir un mundo más justo. Y eso fue exactamente lo que experimentaron todos los que se encontraban en la plaza de la Toná, al menos durante el minuto que duraron los cánticos.

El acto acabó con Jesús y Manolo siendo fotografiados por la prensa. Cuando el candidato todavía estaba paladeando el primer: «Tiene usted los cojones así de gordos» de uno de los vecinos, alguien le interrumpió.

—El teléfono no deja de sonar. Parece importante —le dijo preocupado su secretario.

Jesús miró la pantalla y se dio cuenta de que no era importante, solo Rodrigo. ¿Qué clase de padre sería si no eligiera antes los halagos de desconocidos que una queja de su hijo?

El candidato colgó y se quitó de encima aquella tarea insignificante para un paladín de las desigualdades.

***

## 14
## Barrio Alto, Lisboa

Al abrir la puerta de su piso en Barrio Alto, Bruna se encontró de golpe a su marido discutiendo con su representante en el salón. En principio no le llamó la atención. Era algo habitual en los últimos meses. Las negociaciones con Sosa habían sido duras y Joao Gutierres les visitaba con frecuencia para ponerles al día.

Ninguno de los dos gritaba o gesticulaba en exceso, pero en sus caras había una preocupación inusual. Un tipo de inquietud que no

había visto antes.

—¿Nadie me va a dar un abrazo? Está bien, lo entiendo, solo ha sido el peor día de mi vida... —requirió atención mientras arrastraba su retrato al interior del edificio.

Aquella actitud de prima donna caprichosa y consentida era el disfraz que elegía para disimular su gigantesca inseguridad. Un escudo con el que poder desviar los miles de comentarios que recibía al día sobre su aspecto físico o su tendencia política. Desde el clásico «fascista manipuladora» al más sofisticado y completo «vieja fascista cheposa comepollas». Últimamente, sus detractores se habían puesto de acuerdo en dejar de lado su presunto conservadurismo y resaltar por encima de todo, su chepa, como si les ofendiera más ver a una mujer envejecer lentamente en televisión que el hecho de que sirviera de muleta al liberalismo portugués.

A su modo de ver, solo había dos formas de afrontar aquel acoso constante: con ansiolíticos o con una actitud que dejara claro a los demás que ella estaba muy por encima de sus opiniones de mierda. Y ella había elegido la segunda opción, comportarse como una estrella.

Tan fuerte se había abrazado a aquella idea que poco a poco lo que empezó como una estrategia defensiva se transformó en una psicopatía. Devoraba halagos y atenciones sin apenas saborearlos. Siempre quería más y más. No había manera de saciarla. Jamás se cansaba de parecer una ególatra desmedida. En el mundo normal alguien le habría dado un toque de atención, pero por suerte para ella vivía en otra realidad alternativa en la que todos adoraban sus excentricidades, desfases e idas de olla: la industria de la televisión. Un universo desquiciado hecho a su medida en el que todo el mundo le decía sí, por disparatada, absurda o imprudente que fuera su

propuesta. Convertirse en alguien famoso consistía básicamente en que nadie se atrevía a decirle la verdad a la cara. Nunca. Por muy desagradable que fuera, siempre la disculpaban. Podía echar broncas. Gritar. Cambiar de humor. Jugar a llevar la contraria. Suspender un ensayo porque no le gustaba cómo olía su camerino o despedir a su mánager por alojarla en un hotel de tres estrellas. Podía hacer eso y mucho más y que nadie le dijera absolutamente nada. Ser una estrella de la televisión era un cheque en blanco para poder hacer todo el rato lo que se le antojara sin pensar en las consecuencias.

Tenía la impresión de que a poco que pisara el freno y se comportara de una manera más humana, se iban a colar sin remedio por la gatera de la normalidad todos los «malfollada», «amargada», «intensa» o «puta vieja» que aguardaban su momento para zarandearla y arrebatarle su delicado equilibrio mental. Prefería parecer una diva altiva que una diva deprimida.

A Bruna le extrañó que ninguno de los dos acudiera en su auxilio, a su cotidiana demanda de atención. Podía perdonárselo a su marido, que de tanto en tanto, necesitaba un breve respiro para no acabar con una soga al cuello. Pero no a Joao, que no era otra cosa que su fiel esclavo, por mucho que la nomenclatura lo definiera como su representante.

—¿Qué pasa? —preguntó finalmente al constatar que nadie le iba a regalar un piropo o un abrazo—. Si son malas noticias, avisadme y me pongo una copa primero. —Trató de colocarse como siempre tres escalones por encima de la situación.

—Será mejor que te pongas un *gin-tonic* —sugirió su marido.

Definitivamente algo iba mal. Muy mal. ¿Pero el qué? ¿Qué podía haber peor que perder un programa cerca de los sesenta años? ¿Qué otro escenario más catastrófico podía existir para ella que

tener la certeza de que la única posibilidad de volver a la televisión iba a ser para anunciar cremas antiedad, fajas o pañales para la perdida de orina?

Antes de montar un numerito del que se pudiera arrepentir, recurrió a su disfraz de famosa malcriada y se preparó delante de ellos un *gin-tonic*. Por supuesto se tomó su tiempo y por supuesto fingió que no estaba en absoluto preocupada.

—*Correio da Manhã* va a publicar en cinco minutos una exclusiva sobre el proceso irregular de adopción de las gemelas en Angola. Nos han avisado antes por tener un detalle de cortesía —dijo sin dar rodeos Joao.

Bruna vertió la ginebra en el vaso cómo el que vierte sus vísceras en un cubo, con un dolor sobrehumano que por primera vez no pudo disimular.

—¿Cómo se han enterado? —preguntó nerviosa después de beberse de un largo trago el combinado.

—¿De verdad hace falta que te lo diga? —respondió Joao como si hubiera detectado al fin la debilidad del cacique y se dispusiera a sacar los tanques para acabar con años de tiranía—. Has cabreado a mucha gente esta mañana. A gente que no debías. No sé qué se te ha pasado por la cabeza, pero la has cagado.

Antes de que siguiera por ese camino, Bruna trató de contener la hemorragia y le cortó abruptamente. Necesitaba afrontar con cierta dignidad lo que parecía el derrumbe definitivo de su carrera.

—Estás aquí para arreglar problemas, no para leerme la cartilla —se defendió.

—Esto no hay quien lo arregle, querida.

Que alguien tan mediocre como Joao, que llevaba años viviendo a su costa, le diera por acabada, le dolía casi tanto como que todo el

país se enterara de que sus hijas habían llegado a Portugal de la manera más miserable posible.

Bruna tuvo entonces la tentación de tirar el vaso contra el suelo. Y después las botellas del mueble bar. Y la vajilla. Quería hacer añicos el salón. Después de todo, recurrir a la destrucción para calmar la rabia era algo que estaba a la altura de lo que se esperaba de ella. Tenía público y acumulaba impotencia, por qué no regalarles el espectáculo de histeria que estaban deseando.

Pero antes de que pudiera ni tan siquiera abrir la mano para reventar el vaso contra el suelo, a su marido le vibró el móvil y la tragedia llegó por otro lado.

—Acaban de publicarlo —dijo mostrando la pantalla del teléfono.

Desde donde la alcanzaba la vista, la reina de las mañanas contempló su imagen en la portada de la edición digital. Era la misma que lucía en el camerino de PPTV.

Y fue entonces cuando entendió que el vaso, las botellas y la vajilla no tenían la culpa de nada. Que hacer añicos aquello no le iba a calmar ni lo más mínimo. Solo había una cosa que realmente le apetecía destrozar; el retrato de la Bruna exitosa, aquella mujer que ya no existía y que seguía mirándola con una estúpida sonrisa como si todavía fuera una celebridad y no una vieja reliquia que ya nadie sabía dónde colocar.

La veterana presentadora dejó el vaso en la mesa y seguidamente la emprendió a patadas contra el retrato que había traído hasta allí. Por supuesto nadie hizo nada por frenarla. De un modo o de otro, la Bruna exitosa había sido una losa para todos ellos.

***

## 15
## Polígono San Pablo, Sevilla

El BMW atravesó la avenida de La Soleá cuando el candidato recibió una llamada. Era la quinta vez que su hijo trataba de ponerse en contacto con él. Aunque no le apetecía estar pendiente del enésimo capricho de Rodrigo, decidió descolgar. No tanto por el temor de que le hubiera ocurrido algo como por puro interés. En breve le tendría que pedir una sesión de fotos familiar con el *ABC* de Sevilla y era mejor tenerlo contento. Carranza era político las veinticuatro horas del día, también cuando ejercía de padre, de marido e incluso de hermano en la cofradía de los Gitanos. Ninguno de sus actos era altruista, cualquier gesto, por insignificante que fuera, tenía un propósito.

—¿Qué pasa? —preguntó Jesús Carranza con los ojos entornados.

—¿Puede verte? Creo que es mejor que te lo cuente en persona.

—Tengo la agenda cerrada de aquí a dos semanas. ¿Qué quieres? ¿Dinero? Habla con tu madre.

—No, no es eso.

—¿Y qué es? ¿Te has aburrido ya de la fotografía? ¿Qué quieres estudiar ahora? ¿Macramé? —se burló de él mientras sonreía a Sebastián, su ayudante.

—Hay... hay una chica muerta en la casa de Isla Canela —dejó Rodrigo los preámbulos ante el miedo de que la conversación se centrara en su incapacidad para encontrar un oficio que le entusiasmara.

—¿Es una broma? —preguntó sorprendido su padre—. A veces no te pillo.

—No, lo he comprobado muchas veces. Está... está muerta.

—¿De qué cojones estás hablando, Rodrigo? Me estás empezando a preocupar —quiso saber Carranza, que apartó de una manotazo a

su secretario, que le practicaba una felación mientras hablaba por teléfono.

Rodrigo respiró y después miró una vez más el cadáver que había sobre la cama. Y tras ordenar sus pensamientos, se lanzó a relatarle todo lo que había ocurrido desde el día anterior cuando hizo *match* en Tinder con Carmen.

No había terminado de explicarle los hechos cuando el candidato se dio cuenta de que, si aquello salía a la luz, sus posibilidades de victoria eran mínimas. Estaba prácticamente descartado de la carrera electoral el primer día de campaña si no hacía algo. Se encontraba en uno de esos momentos en que era bueno tener amigos en el infierno, y él, por suerte o por desgracia, tenía el contacto del mismísimo Satanás.

—No hables con nadie de esto. Con nadie —recalcó Jesús Carranza rebuscando una tarjeta en su cartera—. Conozco a alguien que nos puede ayudar.

No dijo una palabra más. No hacía falta. Rodrigo conocía bien a su padre y sabía que cuanto más turbio parecía algo, menos preguntas debía hacerle. Si había alguien que le podía ayudar a escapar de este apuro era él. Estaba curtido en mil batallas, había logrado salir absuelto hasta en tres ocasiones de delitos de cohecho y tráfico de influencias. Cuanto más le llegaba el agua al cuello, más increíbles eran sus trucos de escapismo. No en vano, en Sevilla, a Jesús le conocían como Jesús del Gran Poder. Lo que no pudiera conseguir él, no lo podía conseguir nadie.

***

## 16
## Plaza de San Francisco, Sevilla

La ciudad parecía una de las postales que compraban los turistas. El sol radiaba con fuerza sobre un cielo azul intenso. El azahar escupía desde los naranjos de la plaza de San Francisco su fragancia de primavera. El edificio Laredo exhibía con orgullo su arquitectura regionalista a visitantes, curiosos y grupos de amigas ataviadas con vestidos de lunares. Y Sevilla, en definitiva, estaba a la altura de Sevilla, que es algo que difícilmente puede decir ninguna otra ciudad. Porque guste más o guste menos, en la categoría de mejor Sevilla del mundo solo estaba llamada a competir Sevilla y rara era la vez que en la que no salía victoriosa de esta disciplina. Roma, Nueva York o Buenos Aires nunca tuvieron ni la más mínima oportunidad. Es posible que ni siquiera estuvieran interesadas en medir su sevillanía con ella o que no tuvieran claro que aquello era a lo máximo que se podía aspirar en esta vida, o al menos no tanto como para alguien que desde que aprende a decir *miarma*, tiene la certeza de que no ha venido al mundo a dejar huella sino a dejarse pisotear por la leyenda de su ciudad. Uno no nacía en Sevilla, contraía una deuda de amor con ella.

—Todavía estás a tiempo de echarte atrás —le dijo Juan al salir del taxi.

—Tarde, ya me he puesto la faja. Esto ya no hay quien lo pare —ironizó Lucía, más nerviosa de lo que quería admitir.

Según puso en pie en el adoquinado se arrepintió de llevar tacones. Siempre se arrepentía, aunque el suelo fuera plano. Solo que esta vez apenas tuvo tiempo de despotricar y jurar en arameo cuando Claudia se acercó a ella y le empezó a hacer fotos con el móvil.

—Estás guapísima —dijo contemplando el resultado en la pantalla del móvil.

—¿Lo puedes repetir mirándome a la cara? —preguntó Lucía, que incluso en el día más feliz de su vida necesitaba alimentarse de algún que otro reproche.

—Estás guapísima, mamá —reincidió Claudia, pero esta vez dándole un sentido abrazo.

—Gracias.

Por un momento, sondeó la posibilidad de regalarle un «y tú también». Pronto, lo descartó. Iba a ser un día tremendamente largo donde unos y otros iban a poner a prueba sus escasas habilidades sociales. Era mejor reservar halagos para cuando el cansancio le llevara a ser más impertinente de la cuenta y tuviera que disculparse por ello. Administraba los elogios con cuidado, teniendo la certeza de que vendrían tiempos peores. Puede que hubiera dejado atrás el alcohol, pero no la mala leche.

Tras un par de fotos más, la madre del novio advirtió que era la hora y los invitados que se habían congregado en los alrededores de la plaza se reagruparon para entrar en el espléndido edificio de estilo platerense.

Como muchas parejas sevillanas, Lucía y Juan eligieron el salón Colón del Ayuntamiento para celebrar su matrimonio civil. Aunque normalmente allí se celebraban los plenos del Consistorio, también eran frecuentes las bodas, no solo por ser un espacio coqueto en el que quedaban bien las fotografías de rigor, también por ser económico; se trataba de un servicio gratuito, algo que se valoraba mucho cuando las facturas del convite se ensanchaban.

Los primeros acordes de *Se telofonando* de Mina Mazzini sonaron cuando Juan entró de la mano de su madre en el salón de plenos y el cuchicheo desapareció de inmediato. Madre e hijo avanzaron entre las sillas casi levitando, flotando a través de la melodía compuesta por Ennio Morricone.

Entre las primeras filas, se encontraba el grupo de alcohólicos anónimos de Málaga, que en cuanto vieron a Juan aplaudieron a rabiar como parte de una broma, pero en el fondo de sí mismos, emocionados al comprobar que acabar humillados en una playa hablando de adicciones no era el final sino tan solo el principio de algo mejor.

En cuanto se colocaron frente a la concejala que iba a oficiar la ceremonia, fue Lucía la que hizo su acto de aparición acompañada de Enrique Urbizu que, como siempre, llevaba un traje que le quedaba grande de mangas y arrastraba con pesar su saco de huesos por el salón Colón. En la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, de boda o degradado, la cara de aquel hombre era siempre la de querer estar en otra parte, la de marcharse de allí estuviera donde estuviera.

—¡Guapos! —gritó la sargento María Sánchez, su compañera de fatigas en Morón de la Frontera, que se había desplazado desde Madrid para poder asistir al evento.

—Un piropo más y te denuncio por acoso —le amenazó sarcástico el que años atrás fuera hombre fuerte de Asuntos Internos y ahora se tenía que conformar con ser padrino de una boda.

Mina acabó la canción cuando Lucía Gutiérrez se puso a la misma altura que Juan y se cogieron de la mano. Y con ese gesto de cariño se dio por finalizada toda muestra de espontaneidad. A partir de allí, todo sucedió de una manera más o menos administrativa y carente de emoción. Los novios leyeron los votos y la concejala enunció los artículos 66, 67 y 68 del Código Civil en la enésima prueba de que el romanticismo moría siempre en la orilla de la formalidad y que desde que el mismo momento que salieran del consistorio iban a tener que remar a contracorriente en busca de algún resquicio de magia, pasión y deseo.

—Y ahora tiene la palabra el padrino —dijo la concejala sin abandonar el tono burocrático con el que estaba despachando la ceremonia, dejando serias dudas entre los presentes si allí se estaba festejando el amor o la entrega de una fotocopia compulsada para el cumplimiento de un formulario municipal.

Urbizu miró a Lucía Gutiérrez e hizo algo impropio de él, sonrió. No era una sonrisa de emoción, sino de sorpresa. Hasta a él le costaba entender el largo y tortuoso proceso que había recorrido con aquella mujer insufrible, empeñada en complicarle la vida. ¿Cómo había sucedido? ¿En qué momento dejaron de hacerse la zancadilla el uno al otro para convertirse en algo parecido a dos viejos amigos? Sin duda, era uno de esos misterios que hacían de la vida una experiencia única.

Recordaba perfectamente cada una de los broncas, discusiones y malentendidos que habían protagonizado a lo largo de los últimos años. No exageraba si reconocía que le había deseado en más de una ocasión una larga y dolorosa enfermedad que la apartara de su camino. Una de esas que ya estaban erradicadas como el escorbuto o la escarlatina. Algo que la mantuviera postrada en una cama y sin ganas de enmendarle la plana a los demás.

Sin embargo, allí estaba, en el salón Colón ejerciendo de padrino de la novia, con la mano temblorosa y experimentando un estúpido sentimiento de orgullo al ver a Lucía Gutiérrez entregar las armas para construir algo mucho más difícil que el rencor.

—¿Qué es el amor? —repasó nervioso Urbizu los papeles donde tenía escrito el discurso—. Es como leer tu libro favorito. Quieres leerlo mil veces, sin importar que ya te lo sepas de memoria. Se te pasa la historia por la cabeza, no a propósito. Pero te agrada que permanezca allí, contigo. Lo cuidas, lo proteges, esperando que

nada malo le pase. Y sabes que si encuentras un nuevo libro que ames.... ninguno podrá reemplazar a tu favorito.

Eventualmente, la novia alteró su cara de felicidad y miró a Urbizu como le solía mirar, con desprecio. Esperaba de él algo menos empalagoso. No frío, pero sí más impertinente. Un discurso que le ayudara a soportar estar allí. Odiaba las bodas, todas, las clásicas y las que pretendían ser diferentes. Y obviamente detestaba la suya. Necesitaba a alguien que le recordara que aquello era cursi y remilgado. Alguien que la rescatara de aquel exceso de azúcar y la hiciera reír con un sermón totalmente inapropiado. ¿Por qué creía aquel gañán sin corazón que le había elegido para leer? Justo para meter la pata, no para recitar frases motivacionales que se podían encontrar en una taza de desayuno.

—Obviamente esto no lo he escrito yo. Es un fragmento de *Cumbres Borrascosas* de Emily Brontë que copié desesperado ayer a las cinco de la mañana de una página web de bodas después de estar semanas sin que se me ocurriera nada. Bodaselegantes.com, la recomiendo mucho, sobre todo si lo que queréis es divorciaros.

Lucía Gutiérrez se río y comenzó a ver al Urbizu que esperaba en aquel discurso

—Veréis, hay dos tipos de peticiones que siempre acepto sin prestar atención a las consecuencias, una es la política de *cookies* de todo lo que se me ponga por delante y la otra confirmar que he leído las condiciones de las aplicaciones que instalo en el móvil. Confirmo compulsivamente sin tener en cuenta que tal vez esté consintiendo donar mis órganos a la mafia china o entregando mis propiedades a una secta. Más allá de esta ruleta rusa, me considero una persona responsable que medita cada una de sus decisiones. Al menos eso creía yo. Al parecer, hace un mes, también acepté escribir un discurso sobre el amor para esta boda. Obviamente lo hice sin

pensar en las consecuencias, sin dedicarle un solo segundo a si yo era la persona adecuada. Acepté como si estuviera actualizando wasap y ahora me encuentro con que no tengo ni la más remota idea de qué decir al respecto. ¿Qué es el amor? ¿Y cómo lo voy a saber yo si ceno una lata de atún todas las noches solo y triste? ¿Por qué aceptaría hacer esto, Lucía? ¿Por qué no se lo pediste a Claudia, que tiene mejor pelo que yo? ¿Puede ser que sí se lo pidieras y ella fuera más sensata y lo rechazara? Seguro que sí, seguro que ella es de ese tipo de personas prudentes que se leen todas las condiciones antes de instalar el Word. Yo no. Yo soy una persona horrible con tan poco talento que ni siquiera sabe instalarse el paquete Office sin pagar sesenta euros por él todos los años. Así que aquí estoy, con sesenta euros menos en la cuenta y preguntándome qué es el amor. Supongo que se parece a esto, a no tener miedo a hacer el ridículo para demostrarle a otra persona que eres importante para ella. Lucía, Juan, os deseo lo mejor y que lo vuestro dure muchos años... porque francamente, no soportaría tener que escribir otro discurso.

En el mismo momento en que Urbizu terminó de leer, la concejala, con unas ganas feroces de irse a la Feria, se dirigió a la pareja y puso fin a la discreta ceremonia.

—Puedes besar a la novia.

Juan besó a Lucía. Y Lucía le correspondió. Y por un momento, el salón Colón, los alcohólicos anónimos, María Sánchez, la concejala, y hasta Claudia y Urbizu desaparecieron. En un edificio consagrado a los grandes próceres de la ciudad, no había nadie que destacara más que aquellos dos modestos supervivientes que lo más relevante que habían hecho en la vida era darse una segunda oportunidad.

A Claudia se le escapó una lágrima y a Urbizu un estornudo. Las muestras de afecto publicas le daban alergia. Unos y otros, emocionados y escépticos, salieron a la plaza y allí esperaron a

marido y mujer para tirarles arroz y desearles una relación feliz y duradera.

Tras años de caos y desorden, al fin todo parecía estar en su sitio. Incluso los granos de arroz que se le colaron a Lucía en el escote debían estar allí. En la plaza de San Francisco, rodeada de seres queridos y abrazada a Juan, el diminuto universo de la exguardia civil encontró un equilibrio improbable.

Salvo que la armonía es frágil y apenas dura unos segundos. El tiempo necesario hasta que un elemento extraño perturba de repente el orden de las cosas. Una presencia lejana, casi anecdótica, una anomalía que se cuela sin hacer demasiado ruido y destruye el sistema. Así fue cómo se arruinó la boda de Lucía Gutiérrez, contemplando en la distancia al brigada Reyes saludándole con la mano.

En ese preciso momento, mientras todos seguían celebrando y gritando de alegría, ella supo que el caos estaba a punto de desatarse.

***

## 17
## Asentamiento chabolista del cementerio, Lepe

A Joaquín le gustaba follar a la hora de la siesta. Ni por la noche ni por la mañana. Al mediodía. Mientras al resto de los trabajadores del campo a esas horas les invadía una intensa modorra, aquel capataz se ponía rumbero. Llegaban las cuatro de la tarde y le poseía una furia sexual desconcertante para haber nacido en Lepe y no en La Habana. Ni siquiera sus sesenta años recién cumplidos o sus continuos problemas de gota por abusar del alcohol le influían lo más mínimo en su lívido. Aquello era algo de lo que le gustaba

presumir. Se sentía como un toro y lo achacaba a su portentosa herencia. Su padre era igual. Y su abuelo también, aseguraba siempre que se le iba la mano con el *whisky*. Pero, aunque quisiera establecer una línea directa entre la genética y aquel vigor sexual, lo cierto era que la única característica que unía a abuelo, padre e hijo era que ninguno de los tres había dado un palo al agua en su vida. Follaban como conejos porque era la única forma que conocían de llegar cansados a casa.

Los usos y costumbres de Joaquín eran bien conocidos por sus trabajadores, y, muy especialmente, por sus trabajadoras. Por eso a Sabali no le extrañó en exceso que se plantara en su chabola mientras ella todavía estaba haciendo la comida en un infiernillo.

—Una buena polla sí que te dejaran que te comas, ¿no? ¿O lo tienes prohibido como el jamón? —dijo bajándose el pantalón.

Sabali apagó el hornillo y se aproximó a él con la misma distancia emocional que se acercaba a una mata y arrancaba una fresa. Ni siquiera se lo pensó dos veces. Si algo había aprendido en estos veinticinco años era a detectar situaciones irreversibles. Para bien o para mal aquello era voluntad de Dios. O del demonio. A efectos prácticos, daba igual. Nada se podía hacer para evitarlo.

Pragmática, se arrodilló y ejecutó movimientos de forma mecánica de la misma manera que una jornada de trabajo en el campo.

Tal vez fue el hecho de verla sin pañuelo. O la sumisión con la que se entregó a la tarea, pero hasta a la joven le sorprendió la velocidad con la que su jefe se corrió y más aún con la que se quedó dormido inmediatamente después.

Sabali no supo qué hacer, si despertarle o dejarle allí hasta que se espabilara. Y como siempre que no tenía una respuesta, siguió como si nada. Volvió a encender el hornillo de gas y terminó de calentarse la comida.

Y fue entonces cuando tuvo la idea. Un pensamiento que nunca antes había tenido. Algo que iba en contra de la voluntad de Dios, del demonio y hasta del código penal.

***

## 18
## Plaza de la Alfalfa, Sevilla

Lucía no había probado bocado. Empalmaba un cigarrillo con otro mientras el resto de los invitados comían, bebían, se iban desanudando corbatas y cambiando zapatos de tacón por bailarinas. Menos ella, el resto cumplía escrupulosamente con el protocolo de un banquete de bodas de clase media, donde no faltaba un señor mayor achispado con ganas de bailar y una tía que intercalaba llantos con desmayos queriendo dejar claro que ella era la que más emocionada estaba cuando lo único que deseaba era llamar la atención de los demás.

Entre toda aquella fauna con ganas de pasarlo bien, Lucía hubiera deseado pasar más tiempo con María Sánchez, de la que no había estado muy pendiente desde que dejaron el ayuntamiento. Apenas había tenido tiempo de cruzar un par de palabras con ella. Lo justo para saber que tenía pareja y se habían comprado una casa en Coslada. ¿O había dicho Móstoles? Ni siquiera le había prestado la suficiente atención. Se moría de vergüenza por haberla dejado a su suerte en una mesa con su primo, el que creía tener las claves para convertirse en un hombre de éxito en solo diez pasos, y los tíos franceses de Juan, que apenas hablaban una palabra de español, pero no por ello permanecían callados. Más bien todo lo contrario. Les entendiera el resto o no, ellos eran de los que monopolizaban la conversación, casi siempre para criticar lo fea que era España. Si a

aquellas alturas María no se había intentado suicidar con el cuchillo y el tenedor, le debía una copa y media hora de charla. Y tal vez también una orden de alejamiento de su primo el emprendedor.

Los camareros sirvieron los segundos, solomillo al Pedro Ximénez, que en términos jurídicos era como firmar el acta de matrimonio; no estabas realmente casado hasta que no dabas de comer a tus invitados el plato estrella de la gastronomía nupcial. Algo nuevo, algo viejo, algo prestado, algo azul para la novia y algo de Pedro Ximénez sobre la carne parecían ser los cuatro básicos para garantizar el amor eterno en las bodas del siglo XXI. Aun así, Lucía rompió la tradición y después de marear el solomillo, se disculpó una vez más con Juan y salió a fumar.

Llevaba un rato observando a Urbizu charlar por teléfono en la calle con rostro serio, algo que unido al encontronazo con el brigada Reyes en la plaza de San Francisco, la tenía intranquila. Necesitaba hablar con él y compartir su desasosiego. Si había alguien que la podía entender era el exteniente.

Sin apenas disimular, se encendió el cigarro y le observó fijamente moverse entre los columpios del parque infantil, dejándole claro que en cuanto colgara, debía hablar con ella.

Y eso fue exactamente lo que hizo. Tan pronto como acabó la llamada, se acercó a pedirle tabaco.

—¿Qué hace el hijo de puta de Reyes en Sevilla? —preguntó a bocajarro mientras le pasaba el mechero y la cajetilla de Chester.

—Darte su regalo de bodas. Acabo de hablar con él, quiere que hagamos un trabajo —dijo encendiéndose el pitillo.

—¿Cuándo?

—Esa es la mala noticia, tiene que ser ahora. Es urgente.

Lucía Gutiérrez encajó la noticia como encajaba el resto de los sucesos en la vida, con la necesidad apremiante de meterse nicotina

en los pulmones. Chupó la boquilla del cigarro e inhaló con fuerza.

—No puedo hacerle esto a Juan —dijo después de una larga calada—. No puedo irme. Hoy, no...

—Llevamos mucho tiempo esperando esta llamada. Al fin lo tenemos a tiro. Si no lo hacemos, no volverá a confiar en nosotros. Lo sabes tan bien como yo —dijo Urbizu preocupado.

Lucía Gutiérrez miró a través del cristal del restaurante y vio a su marido echarse en su plato el solomillo que ella había dejado prácticamente intacto. Siempre le cubría las espaldas. Se comía por ella todo lo que detestaba, como la grasa de las chuletas o los bordes de la *pizza*. La disculpaba en los eventos familiares de los que se ausentaba por pereza. Inventaba todo tipo de excusas para ella. Migrañas. Bajadas de tensión. Gripes. Virus estomacales. Quien más, quien menos pensaba de ella que era prácticamente una mujer decimonónica que consumía sus días enferma en la cama en lugar de simplemente una persona antisocial. Obviamente, era él quien también se ocupaba de felicitar a todos los amigos en los cumpleaños y de incluirla en los mensajes. A veces podía llegar a ser un poco paternalista, pero no tanto como para enfadarla. Juan era todo ternura y sabía que lo que estaba a punto de hacer le iba a romper el corazón.

A pesar de ello, no tenía alternativa. Urbizu estaba en lo cierto, no podían desaprovechar aquella ocasión.

—Me voy a arrepentir toda la vida de esto —dijo aplastando el cigarrillo con el zapato.

—También te ibas a arrepentir de verme bailar *Mi gran noche* —intentó hacerle menos amargo el mal trago su compañero.

***

## 19
## Polígono San Pablo, Sevilla

Aquella tarde Manolo no era Manolo. Era otra persona infinitamente mejor. Una de esas que sale en la edición digital del *Diario de Sevilla* con nombre, apellido y cargo; Manuel Lara, portavoz de la plataforma contra las casas de apuestas en el distrito San Pablo-Santa Justa. Desde luego le sonaba bastante mejor que «Manolo, el charcutero del Día», «Manolo, el viudo de Paquita, al que se le fue la cabeza» o «Manolo, el zumbao de internet».

Manuel Lara era un líder, alguien con carisma que llenaba plazas y cuya opinión era requerida en los medios de comunicación. De hecho, tenía concertadas tres entrevistas para al día siguiente y una charla sobre adicciones en un instituto de Cerro Amate.

Manuel Lara había escapado del vagón de cola de la irrelevancia. Ya no era insignificante, ni iracundo ni culpaba a los demás de la muerte de su mujer, de la adicción de su hijo o de vivir en un barrio modesto. Ahora tenía un propósito en la vida. Algo importante que decir y no esas estúpidas quejas que vertía en todos los foros a los que tenía alcance.

El homicidio se había perpetrado, Manuel Lara, el héroe del extrarradio, había matado a Manolo, el *amargao* del barrio y como prueba de bautismo, compartió la noticia del *Diario de Sevilla* con su hermano Paco, con el que no se hablaba desde hacía años.

Le brotó una sonrisa de satisfacción cuando su vecina Aurora, en lugar de cerrar la puerta del ascensor, la dejó entreabierta, en lo que él entendió una señal de respeto. Una evidencia más de que las cosas habían cambiado definitivamente.

Animado por su nuevo estatus, incluso se atrevió a compartir con ella un par de frases hechas sobre el tiempo, como si realmente disfrutara de la compañía de los demás, como si Manolo ya no

tuviera poder sobre él y no viera en los demás simples obstáculos para hacerle la vida imposible.

Salió del ascensor en paz consigo mismo, valorando la posibilidad de compartir con su hijo un momento de calidad y no los encuentros fortuitos que tenían en el pasillo donde él se limitaba a regañarle hasta por respirar.

—¿Te apetece una *pizza*? —le preguntó en cuanto abrió la puerta.

—No tengo hambre —gritó su hijo desde el salón.

—Yo sí —se sumó una voz que le resultaba familiar.

Al cruzar el pasillo y llegar hasta la sala de estar, sus temores se hicieron realidad y descubrió a su hijo jugando a la PlayStation con Ibrahim.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Manuel a la inesperada visita.

—He venido a felicitarte, eres una estrella, Manolo —le contestó Ibrahim sin dejar de mirar la pantalla del televisor, donde estaba ametrallando sin piedad a un contrincante.

Aunque ninguno de los tres dijera nada al respecto, era evidente que se respiraba tensión en el ambiente. El único ajeno a todo aquel escenario de violencia contenida era Cachorro, el bodeguero de la familia que se acercó hasta Manuel para darle la bienvenida con cuatro lametazos.

—Vamos por la *pizza* y de paso saco al perro —le propuso a Ibrahim.

—Tú mandas, ahora eres una persona importante —dijo el joven con evidente retintín.

Ibrahim y Manuel bajaron en el ascensor en absoluto silencio. Tenían muchas cosas que decirse, pero ninguno parecía con ganas de aclarar nada.

No fue hasta que Cachorro orinó en el alcorque de un naranjo cuando Manolo no pudo aguantar más la presión y arrancó a hablar.

—¿A qué has venido?

—¿Hace falta que te lo diga? Teníamos un trato...

—He cumplido mi parte.

—Tu parte era acojonar al dueño del Winchester para que cerrara el local, no dar discursos con políticos —le cortó Ibrahim antes de que pudiera defenderse.

—Yo no lo he buscado.

—No, claro, se te ve muy incómodo con la fama.

—Podemos usarlo a nuestro favor, no tiene que ser un problema... —se defendió el charcutero, tratando de no tener que renunciar a su inesperado ascenso social. Le había costado mucho esfuerzo dejar de ser un paria y no podía creer que le fuera a durar tan poco.

—¿A nuestro favor? ¿Quién coño te crees? Solo eres un mierda pagando una deuda. No quieras cagar más arriba del culo.

—¿Eso qué significa? —preguntó ya sin mucho afán, retrasando unos segundos más lo que era inevitable.

Ibrahim se limitó a sonreír, no dijo nada. Esperó a que el perro acabara de orinar y echó a andar, obligando a Manolo a hacer lo mismo.

Diez minutos más tarde en la calle Adoración de los Pastores, el bodeguero de Manuel Lara deambulaba solo, sin rastro de su dueño.

***

## 20
## Barrio Alto, Lisboa

—Ya basta, tienes que calmarte. Te estás comportando como una loca —le dijo Joao después de que le pidiera demandar a PPTV, a Sosa y al diario *Correio da Manhã* por acusarla de un presunto pago de sobornos para acelerar la adopción de sus hijas angoleñas.

En el mismo momento en el que el representante le corrigió su conducta, Bruna Pinheiro se dio cuenta de que ya no era una estrella. Primero había perdido su programa y después el privilegio de comportarse como una estúpida. Y, por si fuera poco, también había perdido la credibilidad ante los espectadores.

EL *Correio da Manhã* documentaba de manera precisa los pagos realizados por una sociedad suya al exasesor presidencial Caetano Da Silva para adoptar a dos gemelas durante el Gobierno del presidente Fernando Gonçalves. El denunciante, un expolicía con múltiples procesos por estafa, que fue guardaespaldas de Bruna durante su estancia en Angola, también acusaba a la presentadora portuguesa de haber pagado a la exfiscal de la nación María Fátima Cardoso entre 2003 y 2004 cuando la justicia angoleña empezó a investigarla por este supuesto pago. Sabía de sobra que había perdido la partida, que no tenía manera de recuperarse de ello, pero llevaba demasiados años siendo consentida por todos para convertirse en una persona razonable de la noche a la mañana.

—¿Y qué vamos a hacer? Algo tenemos que hacer... —balbuceó mientras buscaba la cajetilla de tabaco que guardaba para momentos como aquel.

—Primero te vas a disculpar y luego te vas a quitar de en medio —señaló Joao, que parecía tener trazado ya el plan de contención.

Disculparse era una palabra que no aparecía en los registros de Bruna. No practicaba esa religión. ¿Disculparse de qué? ¿Disculparse ante quién? Estaba segura de que tenía que existir una solución mejor. Una en la que no tuviera que rebajarse y dejar que la humillaran. Tan solo necesitaba encenderse un cigarrillo y pensar con claridad.

Pero el tabaco no aparecía por ningún lado y la ansiedad la estaba consumiendo.

—Sosa dejará de filtrar información si te disculpas públicamente —soltó finalmente el representante.

Eso era. Por supuesto. Querían lapidarla. Exhibirla en esa plaza de pueblo que era Twitter y que se dejara acribillar por unos y otros. A nadie le importaban los sobornos, ni el bienestar de sus hijas ni que la echaran de la televisión por una decisión éticamente cuestionable. Tan solo necesitaban una distracción de sus aburridas vidas, un cabeza de turco al que poder culpar de todos sus males. No progresaban en el trabajo, ni tenían una casa mejor ni podían irse de vacaciones por culpa de Bruna. Cada cierto tiempo el pueblo exigía un sacrificio, una ejecución que de alguna manera equilibrara un mundo injusto. Los poderosos también podían caer. Y si bien eso no mejoraba sus vidas, les daba un soldado caído en el otro bando. Con eso era suficiente.

—Joao y yo hemos estado hablando y creemos que lo mejor será escaparnos unos días del foco mediático. He reservado toda la semana en el Algarve, en ese hotel de la Albufeira que tanto le gusta a las niñas.

Bruna no dijo nada. Al fin había dado con la cajetilla de tabaco y estaba distraída tratando de encender el pitillo con un mechero al que le quedaba poco gas. Tal vez por eso, Antonio insistió en la conveniente de quitarse de en medio.

—Nos va a venir bien a todos —dijo en el mismo momento en el que Bruna consiguió dar la primera calada al cigarro.

—El daño ya está hecho. ¿De qué iba a servir disculparse? —se reenganchó finalmente la reina de las mañanas a la conversación—. Que filtre lo que le dé la gana, pero no me voy a arrodillar.

—Si no lo haces, perderás la indemnización pactada. Has roto la cláusula de confidencialidad. Discúlpate y Sosa será generoso.

—¿Me representas a mí o a Sosa? —se quejó con los últimos trazos de diva que le restaban.

—Bruna, has perdido. Asúmelo.

Era la segunda vez en menos de cinco minutos que su representante no tenía miedo de decirle la verdad a la cara. No había ninguna duda de que la habían expulsado definitivamente del Olimpo de los dioses y ya solo era una persona normal y corriente, una vieja a la que le recomendaban irse de vacaciones al Algarve para rellenar el tiempo libre.

***

## 21
## Los Remedios, Sevilla

Coldplay sonaba en el hilo musical de la consulta haciendo creer a los asistentes que la vida era tan sencilla como sus melodías, que, en realidad, no había que esforzarse demasiado para que te fuera bien, solo había que tener una buena actitud y una canción como *Viva la Vida* sonando en tu cabeza. Todo en aquella clínica estaba profundamente estudiado para tener fe en el futuro. O al menos para soportar la existencia media hora más. Desde la elección de la música hasta los muebles de madera de acacia, pasando por las paredes blancas y sin decoración. Más que un gabinete de psicología aquello se asemejaba a un centro pijo de yoga.

Pese a los esfuerzos del diseñador de interiores para que todo el que se sentara allí alcanzaran el nirvana, Jesús Carranza se encontraba mal. Experimentaba un dolor insoportable, que apenas podía disimular mientras se pasaba compulsivamente la mano por la mejilla.

—¿La muela? —preguntó Candela.

—Sí, creo que es un flemón —contestó el candidato en el momento exacto en que Chris Martin y los suyos cantaban «oh-oh-oh, oh-oh, oh». Algo que el matrimonio entendió como una demostración de lo que era el humor inglés.

—Tendrías que ir al dentista —opinó con buen criterio su mujer.

—No puedo, ya lo sabes. Y tampoco debería estar aquí. Podías haber esperado a que pasara todo esto —señaló mirando de reojo la pantalla del teléfono, atento a cualquier novedad sobre Rodrigo y el suceso de Isla Canela.

—¿Y cuándo te viene bien?

—Dentro de quince días, cuando haya terminado toda esta locura.

—Para ti nunca es buen momento.

—Ya empezamos...

Antes de que el candidato se quejara amargamente de lo pesada que era su mujer, la puerta de la consulta se abrió y a través de ella asomó su rostro Sofía haciéndoles señas para que entraran.

La pareja se puso en pie y dejó atrás el falso nirvana del vestíbulo. A partir de entonces, no habría música pop, ni madera de acacia ni fe en un futuro mejor. Tan solo estarían ellos dos y un incómodo silencio.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó Sofía para romper el hielo.

Al advertir que ninguno de los dos se atrevía a dar una respuesta, insistió.

—¿Que os ha ocurrido para tener que pedir ayuda a una terapeuta de pareja?

De nuevo los dos se quedaron en silencio. Ni ella ni el aspirante a la alcaldía querían ser el primero en poner nombre y apellido al problema que tenían. Sofía había visto aquello miles de veces, parejas que acababan calcinadas por temor a ser claros y enfrentar una conversación incómoda.

—Hagamos una cosa para relajar el ambiente —propuso la terapeuta—. ¿Qué os parece cambiar los roles? Si tú fueses Candela, ¿qué crees que diría ella de ti?

—Esto es ridículo —dijo Jesús Carranza, al que el dolor de muela le estaba matando y no veía el momento de salir de allí, drogarse con antibióticos y ocuparse de las cuestiones que realmente le preocupaban.

—No le haga caso, solo intenta tocar los cojones porque no quiere estar aquí.

—¿Y por qué estáis aquí? —le preguntó Sofía directamente a la mujer, que parecía más dispuesta a hablar.

—Discutimos mucho. Todo el tiempo —aseguró ella.

—¿Y sobre qué discutís? —repreguntó la psicóloga.

—Discutimos por tonterías.

—No son tonterías —se apresuró a contradecirle su mujer.

—¿No? Entonces ¿qué son? —levantó la voz el candidato, que ya no ocultaba que estaba de mal humor.

Candela meditó la respuesta y después se quedó callada, como si temiera decir algo inoportuno de lo que se pudiera arrepentir.

Acostumbrada a hacer de mediadora, Sofía buscó las palabras para trazar un puente entre aquellas dos islas, que a cada minuto que pasaba, parecían más alejadas la una de la otra.

—En esta última semana, ¿podríais recordar de qué habéis discutido?

—De trabajo —se adelantó Jesús Carranza.

—No fue por trabajo. Esa es la excusa —dijo su esposa, midiendo una vez más las palabras que utilizaba.

—Entonces ¿por qué fue? Me gustaría saberlo —le desafió el candidato.

—¿Quieres que hable claro? —aceptó el duelo Candela.

Antes de que ambos volvieran a tener cuidado con lo que decían, Sofía tomó el mando.

—Yo sí.

Candela miró a la terapeuta y después a su marido, y tras considerarlo un par de segundos, finalmente se desahogó.

—No quieres admitir que tienes otra relación. Sabes que soy una persona abierta, que puedo soportar que tengas una aventura, pero necesito que seamos sinceros el uno con el otro. —Puso Candela finalmente nombre y apellido al problema, y el problema se llamaba Sebastián Álvarez, el secretario personal del candidato.

Sofía tomó notas al advertir la cara de sorpresa de Jesús Carranza, como si realmente pensara que aquello era un secreto blindado al que nadie tenía acceso.

Inseguro, avergonzado y terriblemente enfadado al haber sido descubierto, el político la atacó con furia.

—¿Qué ha apuntado? ¿Qué soy maricón?

La psicóloga dejó a un lado el bloc de notas y examinó con seriedad a Carranza.

—He anotado, que tenéis un grave problema de comunicación. Creo que por hoy he visto suficiente. Me parece que tenéis cosas que hablar antes de que podamos avanzar.

***

## 22
## Asentamiento chabolista del cementerio, Lepe

Joaquín roncaba a pierna suelta sin que Sabali le quitara ojo. Le escocía horrores que aquel hombre pudiera tener la conciencia tan tranquila. Cada ronquido se lo tomaba como una nueva humillación,

una especie de recordatorio de que aquel hombre podía hacer lo que quisiera sin consecuencia alguna.

Y estalló.

Le había dado muchas vueltas sin atreverse a dar el paso. Era muy posible que, de no haber roncado, nunca hubiera tenido el coraje suficiente para tomar la decisión. Pero no podía soportar más los resuellos del capataz y tuvo claro lo que debía hacer.

Con la misma convicción que antes se había arrodillado, se sublevó contra un destino injusto y subió la potencia del hornillo de gas al máximo.

Por momentos consideró que sus actos pudieran parecer contradictorios y que llegado el caso tendría difícil su defensa. Primero había consentido y luego se había arrepentido. Pero aquella idea no resistió demasiado en su cabeza. Después de todo, la coherencia era un privilegio que solo tenían las mujeres blancas.

Cuando el cazo empezó a hervir, tomó su teléfono móvil y escribió un mensaje a Claudia: «Está todo ardiendo. Ayuda».

Ni siquiera esperó a ver si la hija de Lucía lo había leído. De una patada volcó el infiernillo y el cazo hirviendo se vertió sobre el plástico de la pared, tomándose unos segundos para ver cómo aparecían las primeras llamas.

Después se puso el hiyab en la cabeza y salió a toda prisa de la chabola, dejando allí a Joaquín entre ronquidos. Desde el somier desvencijado, que hacía las funciones de puerta, comprobó que el muy depravado seguía empalmado aun en sueños.

***

## 23
## Isla Canela, Ayamonte

Lucía se quitó lentamente el vestido de flores que tan bien le sentaba. Cuando se quedó en ropa interior, se colocó encima un mono blanco de protección de la Guardia Civil que le cubría de la cabeza a los pies. Un breve vistazo en el espejo del cuarto de baño le hizo preguntarse si de verdad se había casado hacía unas horas. Le parecía tan lejano e irreal que empezó a considerar que la celebración solo había existido en su cabeza.

Por desgracia para ella, la cara de decepción de Juan al decirle que se tenía que ausentar un par de horas del convite había sido lo suficientemente real como para pensar que todo fue un sueño. Tampoco ayudaron los reproches de Claudia. Ni las miradas furtivas de los familiares de Juan. De un modo o de otro, todos sus invitados se sintieron defraudados con ella y su enigmático imprevisto.

Estos plantones se habían convertido en una costumbre. En el último año se había escaqueado de reuniones y citas de manera repentina más de una vez. Lo hacía con excusas de todo tipo. Inverosímiles la mayoría. Nadie sabía a ciencia cierta adónde iba, pero temían que hubiera sufrido una recaída. Hipótesis que no podían demostrar. Jamás volvía oliendo a alcohol o con gestos que delataran que había estado bebiendo. Se ausentaba una o dos horas. Nunca más. Y regresaba aparentemente sobria y sin dar ninguna explicación de dónde había estado. Sus extrañas y breves ausencias se habían convertido en todo un misterio para la familia.

—¿Quién te ha visto con ella? —preguntó Urbizu a Rodrigo Carranza mientras Lucía salía del baño y se incorporaba al interrogatorio.

—No lo sé... No me acuerdo —contestó nervioso el hijo del candidato.

—No se acuerda, ¿qué te parece? —le ridiculizó ya en presencia de su compañera.

A Lucía le pareció una broma de mal gusto. Lo menos que podía hacer aquel pijo sevillano después de haberse visto obligada a ausentarse de su propia boda era recordar lo que había pasado la noche anterior.

Durante el trayecto a Ayamonte, Urbizu no le había contado gran cosa, salvo que había que limpiar una casa en Isla Canela y deshacerse del cadáver de una mujer. Reyes había omitido toda clase de datos personales. Cuanto menos supieran, mejor para todos. Así funcionaban las cosas desde que ambos fueron apartados de la Guardia Civil. Ya no resolvían homicidios, ayudaban a ocultarlos.

—Ve a cambiarte. Yo me quedó con él —dijo Lucía segura de sí misma, como si tuviera claro cómo hacerle hablar y necesitara intimidad.

Urbizu, que todavía llevaba el traje negro que le quedaba grande de mangas, resopló y se fue al cuarto de baño a regañadientes, barruntando que se iba a perder la parte divertida.

—Recuerdas al menos cómo la conociste —preguntó ella en cuanto perdió de vista al exteniente.

—En Tinder, nos conocimos en Tinder. Fue una cosa rápida. Hicimos *match* por la tarde y por la noche quedamos.

—¿Dónde quedasteis?

—En un bar frente a la desembocadura del Guadiana.

—¿Te acuerdas del nombre?

—Paraíso, creo que se llamaba.

—¿Había más gente en el bar?

—No, era tarde. A esas horas solo estaba el camarero.

—¿Alguien más sabía que habíais quedado allí?

—Creo que no.

—¿Sí o no? No me vale una opinión.

—No.

Lucía Gutiérrez quedó satisfecha. *A priori* no les debería llevar demasiado tiempo borrar el rastro que había dejado. Todavía estaba evaluando cómo proceder, cuando cayó en la cuenta de algo.

—Una última pregunta, ¿tienes un martillo?

—Creo que en la cocina hay uno.

—Tráemelo.

A Rodrigo Carranza le extrañó la petición, pero su padre había insistido tanto en que hiciera todo lo que le ordenaran, que acató la orden sin rechistar. Después de todo, qué sabía él de limpiar la escena de un crimen más allá de haber visto series policiacas por televisión. Obediente, fue a la cocina y cogió todo lo que encontró en la caja de herramientas que pudiera ser útil.

—Te he traído también un par de destornilladores y una llave inglesa —dijo entregándole los utensilios a Lucía.

—No hace falta, tengo de sobra con el martillo.

—¿Para qué lo quieres? —No pudo aguantar por más tiempo su curiosidad.

—Para darte una coartada.

Antes de que Rodrigo Carranza pudiera hacer una nueva pregunta, Lucía Gutiérrez le golpeó sin miramientos con el martillo en la rodilla. Fue un impacto seco y certero que le postró instantáneamente en el suelo.

—Nunca has estado aquí. Tienes un esguince de rodilla desde hace un par de días que te ha impedido salir de casa. Mañana recibirás la baja médica —le dijo mientras el hijo del candidato se retorcía de dolor en el suelo sin entender muy bien lo que acababa de ocurrir.

—Y ahora quítate la ropa y déjala en esta bolsa de basura.

Pese al dolor, Rodrigo le hizo caso. Tenía restos de sangre en la camiseta y el pantalón, lo que podía suponer una grieta en la coartada.

—Veo que has empezado la fiesta sin mí —dijo Urbizu celoso cuando salió del baño con el mono puesto y se encontró al hijo del candidato desnudo y cojeando.

***

## 24
## Aeropuerto internacional de Faro, Algarve

El Airbus A330 de la TAP aterrizó con diez minutos de retraso en el aeropuerto internacional de Faro, pero a Bruna no le importó en exceso. Tenía la cabeza en otra parte. Ni siquiera le molestó que las niñas jugaran con su pelo o que otro de los pasajeros le hiciera una foto a escondidas. Tan solo habían pasado unas horas desde que se consumó su despido y posterior humillación cuando la presentadora ya había trazado con mano de hierro la que sería su siguiente meta en la vida.

La cabeza de la presentadora funcionaba a todas horas. Daba igual que hubiera mezclado alcohol con ansiolíticos. No había forma de narcotizar sus pensamientos. Sobrevivían a todas las catástrofes e imprevistos. Desde a una caída a los infiernos, como la que estaba viviendo, a un viaje familiar que no le apetecía nada. Encabalgaba una idea tras otra sin remedio. Más que neuronas tenía caballos desbocados que la mantenían en una continua excitación.

Así que mientras su marido y sus hijas la veían esperando las maletas en la sala de equipaje, mirando atenta la cinta transportadora, en realidad, estaba a miles de kilómetros de allí,

sumida en una profunda reflexión, poniendo patas arriba su trayectoria laboral para reinventarse con más de cincuenta años.

Cualquier otra persona se hubiera tomado al menos una semana para encajar el golpe. Tomar una decisión como la que estaba a punto de tomar requería de cierta perspectiva y la cabeza fría. No resultaba recomendable pensar desde la frustración. Pero Bruna no era así. El hemisferio derecho e izquierdo de su cerebro estaban conectados directamente con su bilis. Allí se cocinaban a fuego rápido todas las decisiones, las importantes y las insignificantes. Devoraba propósitos y razonamientos a una velocidad tan alta que le resultaba imposible vivir en el presente. Bruna siempre iba, al menos, seis meses por delante que el resto. Coincidir con ella en tiempo y espacio era prácticamente una quimera.

No compartió inmediatamente la decisión que había tomado con su marido. Esperó a llegar al resort de Albufeira en el que se iban a alojar y a que las niñas se fueran jugar a la piscina para soltar la bomba.

—Me voy a Siria en dos semanas —le dijo a Antonio mientras este deshacía la maleta, pensando absurdamente que estaban allí para desconectar.

—¿De qué estás hablando? —preguntó él sorprendido con un bañador en la mano.

—Lo he estado pensando... Y la única forma de volver a televisión es cubrir una guerra. Bruna Pinheiro, corresponsal en Alepo, piénsalo bien, es un gran titular.

—Es una estupidez. Y una irresponsabilidad. Por el amor de Dios, Bruna, nunca has estado en una zona de conflicto. No tienes experiencia, ni contactos... ¿Qué crees que va a pasar? Eres un blanco fácil. En el mejor de los casos te secuestrarían y en el peor...

Antonio no tuvo coraje para terminar la frase. En lugar de mencionar la muerte, eligió tirar el bañador a la maleta de mala gana. Conocía de sobra los delirios megalómanos de su mujer, pero aquello le había sorprendido hasta a él. Definitivamente, había perdido la cabeza si pensaba que ir a Siria iba a resolver sus problemas.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta? Tienes una familia, no puedes decidir esto por tu cuenta.

—Esperaba un poco de apoyo por tu parte. Ya veo que es pedir demasiado —señaló decepcionada Bruna.

—¿Quieres irte a Siria? Vete, pero esta vez no te vamos a esperar. Ni las niñas ni yo. ¿Cuántos años de éxito necesitas para empezar a disfrutar de lo que has conseguido? ¿Qué más premios quieres? ¿Qué reconocimiento te falta?

Antonio siguió echándole en cara su obsesión por el éxito y la validación sin advertir que Bruna ya no estaba allí. Su cabeza se había puesto en marcha de nuevo mientras su marido gritaba y tiraba ropa por el suelo. Puede que irse a Siria fuera un disparate y que no estuviera preparada para ir a un conflicto armado. Pero necesitaba hacer algo que llamara la atención de los medios de comunicación. Y tal vez ese algo no tuviera que ser peligroso. Nunca le había dado importancia a las redes sociales. Los seguidores habían llegado hasta allí sin que ella los hubiera buscado, sin que les hubiera ofrecido contenido alguno más allá de un par de fotos de los ensayos o las pruebas de vestuario. El caso era que tenía un canal de más de un millón de personas sin sacarle verdadero rendimiento y una nueva oportunidad de reconectar con su audiencia.

—Está bien, está bien, lo haré por ti y por las niñas —le tranquilizó Bruna, como si hubiera recapacitado durante todo ese tiempo en

lugar de trazar un nuevo plan desesperado con el que reconquistar el amor de la audiencia—. ¿Vamos a la piscina?

***

## 25
## Lepe, Polígono industrial La Gravera

¿Habría muerto ya Joaquín o se habría despertado a tiempo para escapar de las llamas? ¿La estaría buscando ahora? ¿La habría denunciado a la policía? El cerebro de Sabali era una olla a presión a punto de estallar. Parada haciendo autostop en la avenida principal del polígono La Gravera, lejos de estar eufórica por haber escapado de una pesadilla, empezó a sentir remordimientos por lo ocurrido.

Tenía la sensación de ser demasiado orgullosa, de haberse convertido en una persona ambiciosa que no se conformaba con nada. ¿Realmente no podía soportar más aquella situación? Tenía techo, trabajo y un sueldo que le permitía comer todos los días. Y a cambio solo debía soportar un cuarto de hora a gente como Joaquín. A veces ni eso, a menudo aquellos hombres rudos tan solo necesitaban cinco minutos para descargar su desencanto sobre ella. ¿Tan terrible era como para quemarlo todo y tener que empezar de nuevo desde cero? Hasta le hacían regalos de vez en cuando. Paco, el más veterano de los capataces, le había traído perfume un par de veces. Alberto, por su parte, le llevaba siempre sobras de puchero como si necesitara disculparse por lo que hacía. Y luego estaba Curro, más aficionado a comprarle lencería. Tenía la costumbre de regalarle bragas decoradas con animales, con lacitos, con flores y, en general, con todo tipo de motivos infantiles, como si le molestara su mayoría de edad y tratara de aniñarla en la cama.

A Sabali eso le daba igual. Las bragas eran bragas. No le exigían mayor esfuerzo que cambiar unas por otras.

En la distancia, en aquel polígono donde ningún vehículo paraba y la incertidumbre crecía a su alrededor, aquella vida sometida a los abusos no le parecía tan desagradable. Alberto, Paco, Curro e incluso Joaquín eran monstruos sencillos si los comparaba con esa bestia gigantesca que era la sensación de vacío.

—Voy a Portugal. ¿Te viene bien? —le preguntó un camionero cuando ella estaba planteándose seriamente volver a la finca y enterrar su amor propio entre las raíces de las matas de las fresas.

—Me viene bien —dijo ella, a la que cambiar de país le sonó mejor que volver a ponerse unas bragas de Piolín.

Sabali subió al inmenso vehículo ligera de equipaje. Sin ropa, sin dinero y sin teléfono móvil. Y lo más importante de todo, sin el síndrome de Estocolmo que le venía acompañando desde hacía meses.

***

## 26
## Isla Canela, Ayamonte

Lucía Gutiérrez y Enrique Urbizu depositaron con cuidado el cadáver de Carmen en el maletero del coche. Sus monos ya no estaban blancos, sino embadurnados de una mezcla de manchas marrones y rojas. Se habían pasado más de dos horas limpiando restos de sangre y eliminando cualquier evidencia que pudiera demostrar que aquella desgraciada había pasado una noche de juerga allí.

En cuanto el cuerpo quedó encajado entre la rueda de repuesto y una garrafa de aceite lubricante sintético, los exguardias civiles le dieron sepultura de la forma más modesta posible: cubriéndola con

una toalla de playa. Sin una oración ni una palabra despedida. Abandonada en el portaequipajes de un Renault Megane como si fuera la bolsa de un supermercado o un carrito de bebé. Hecho que turbó a Rodrigo Carranza, que cuando salió del chalet cojeando y se dio cuenta de que los pies de Carmen sobresalían de la toalla, quiso darle algo de dignidad.

—¿Fue una sobredosis? —se interesó sin dejar de mirar a la difunta.

—¿Importa ya eso? —contestó con otra pregunta Urbizu.

—A mí, sí —se defendió el hijo del candidato, queriendo dejar claro que lo sucedido no le había restado un ápice de humanidad.

Lucía Gutiérrez se quitó la capucha del mono protector y le contempló con desdén. Durante unos segundos le mantuvo la mirada y cuando consideró que ya lo había menospreciado lo suficiente, hizo lo que más le gustaba en esta vida, dictar sentencia.

—Si de verdad te importara no estaríamos aquí. Estaría la policía. Y un equipo forense dictaminando la causa de la muerte. Pero ni tú ni tu padre queréis eso. Así que hazme un favor y ahórrate el teatrillo. No te importa una mierda lo que le haya pasado. Lo único que quieres es que alguien te diga que tú no has hecho nada, que estas cosas pasan y no hay que buscar culpables. Pero yo no te voy a dar ese capricho.

—No me conoces de nada —dijo dolido Rodrigo.

Lucía no contestó de inmediato. Antes rebuscó en el bolsillo del mono y sacó la cajetilla de tabaco. Los oradores necesitaban beber agua tanto como las justicieras precisaban de alquitrán en los pulmones. No fue hasta que le dio la primera calada al cigarrillo que decidió fulminarlo.

—Por desgracia sí que te conozco. Te he visto un millón de veces. Eres de los que le cuesta admitir ser un hijo de puta. Pero, tranquilo.

De aquí en adelante, vas a tener que aceptar que no eres la persona que dices ser, sino la que hoy ha pedido que escondan un cadáver para seguir con su vida como si nada.

Aquello le dolió a Rodrigo Carranza más que el martillazo en la rodilla. Por segunda vez a aquella mujer no le temblaba el pulso a la hora de destrozarle. Y lo peor de todo era que llevaba razón, se había pasado media vida responsabilizando a los demás de todas sus malas decisiones. A su padre, a su ex... Permanentemente tenía a un chivo expiatorio que le disculpaba, que le limpiaba, que le reflejaba en el espejo la persona que deseaba ser y no el ególatra que era en realidad.

El teléfono de Lucía Gutiérrez interrumpió su caída del caballo y Rodrigo aprovechó para marcharse de allí con un mínimo de autoestima antes de recibir otro golpe del que ya no se pudiera reponer. Después de todo, al contrario que Carmen, él tenía una nueva oportunidad para cambiar. O para aceptar que era un hijo de puta. Lo que le costara menos esfuerzo.

Mientras el hijo del candidato se alejaba en su coche, Lucía miró en la pantalla del móvil y descubrió que se trataba de Claudia. Dudó un par de veces hasta que decidió ignorar la llamada. Urbizu acababa de cerrar la puerta del chalet y llevaba consigo varias bolsas de basura con los restos que habían sacado de allí. No era el mejor de los momentos para tener una conversación con su hija.

—Tenemos un problema —dijo el exteniente mientras metía las bolsas en el maletero—. Un camión se ha estrellado en la A-49 a la altura de Ayamonte y hay patrullas de la Guardia Civil de aquí a Punta Umbría. Es demasiado peligroso.

—¿Y qué hacemos? —preguntó inquieta Lucía Gutiérrez.

—Esperar a que se calmen las cosas.

Urbizu cerró la puerta del maletero resignado cuando Lucía se percató de que Claudia insistía en llamarla una y otra vez. Finalmente, decidió que no podía permitirse ser la peor esposa y la peor madre posible. Al menos no el mismo día. Con una excusa peregrina, se fue a un rincón alejado y descolgó.

Lo primero que salió de su boca no fueron palabras, fue un ataque de tos que se prolongó en el tiempo más de lo habitual.

—Deberías ir al médico —le dijo su hija preocupada. Se le pasó por la cabeza añadir: «Y volver al convite de tu boda». Si no lo hizo fue porque tenía que pedirle un favor y necesitaba tenerla de su lado.

—Estoy ocupada, ¿es importante? —prefirió ir al grano y dejar en un segundo plano sus problemas de salud.

—Necesito que me ayudes —aclaró finalmente Claudia el motivo de la llamada.

Cuando su hija acabó de contarle el problema, contempló a Urbizu con una sonrisa en los labios.

—¿Todo bien? —le preguntó al verla de vuelta.

—Más que bien —contestó ella—. Se nos ha presentado una oportunidad inesperada en Lepe —señaló enigmática.

—¿Y qué quieres que hagamos allí?

—Esquivar los controles policiales.

Y seguidamente volvió a toser.

—Sé que no te gusta escucharlo, pero un médico tendría que echarle un ojo a esa tos. No tiene buena pinta.

—Estoy aquí en lugar de comiendo tarta de boda, no te conviene tocarme los cojones —eludió una vez más afrontar la realidad.

***

## 27
## Los Remedios, Sevilla

El paseo desde la calle Asunción hasta la avenida República Argentina fue un auténtico calvario para Jesús Carranza. Resultaba difícil avanzar en una calle atestada de gente con ganas de pasarlo bien de camino al Real de la Feria mientras él y su mujer estaban sumidos en una profunda crisis de pareja.

En el fondo quería arreglar las cosas con Candela, tener la conversación incómoda que tanto se había retrasado y hablarle desde el corazón, confesarle que Sebastián era solo un arrebato, un pequeño devaneo sexual con el que sentirse vivo, o especial, o un poco de las dos cosas. Pero cada vez que lo intentaba, lo único que le venía a la cabeza era preguntarle quién más lo sabía, hacer un control de daños y evaluar de qué forma le podría afectar aquello en la campaña.

Su mayor virtud era también su principal pecado: era incapaz de pensar en otros términos que no fueran los políticos, en ganar o en perder votos, en subir o en bajar en las encuestas. En su vida no había zonas grises, solo golpes de efecto. En cada segundo se jugaba su elección y eso hacía que la convivencia con él fuera prácticamente imposible.

Después de darle muchas vueltas, dio con una forma de entablar una conversación que no le hiciera parecer del todo un cretino.

—Me... me gustaría que me acompañaras algún día de la campaña.

Candela metió las llaves en la cerradura del portal y sin mirarle a la cara le contestó.

—No creo que sea buena idea.

—Ya sabes cómo es esta ciudad, jamás votarían a un candidato en trámites de divorcio. Necesito que te vean conmigo. Al menos

mientras dure la campaña.

En el mismo momento en el que dijo aquellas palabras, Jesús Carranza se arrepintió. Si no quería parecer gilipollas, había fracasado estrepitosamente. No solo estaba manteniendo una relación extramatrimonial, sino que había dejado claro que lo único que le importaba de su matrimonio era el rédito electoral.

—Será mejor que me vaya a dormir con mi hermana —dijo Candela sacando las llaves de la puerta, vislumbrando que salvar su matrimonio no iba a ser cosa de dos, sino que dependía exclusivamente de las tragaderas de ella.

Cabizbajo, el candidato entró en la vivienda y mezcló alcohol con antibióticos, dejando a su cerebro la responsabilidad de resolver qué era más importante, si acabar con el dolor de muela o con el de su fracaso matrimonial.

Se estaba preparando una segunda copa cuando llamaron a la puerta. Automáticamente pensó en que Candela se habría arrepentido. La conocía bien. Era una mujer complaciente, difícilmente se la podía molestar. Y mucho menos con una infidelidad. Tal vez por eso se decidió a experimentar con Sebastián, mucho más primario y posesivo que ella. Con él había sentido por primera vez lo que eran los celos, el enfermar de rabia por no sentirse correspondido, un juego malsano que le divertía horrores.

El político ya estaba diseñando mentalmente cómo sería una relación a tres y de qué forma podría rentabilizar en la comunidad LGTBI su bisexualidad cuando descubrió al otro lado al brigada Reyes.

—Para haberte salvado la vida, no pareces contento de verme —sonrió con aire de suficiencia el guardia civil.

—Creo habértelo agradecido con una generosa cantidad de dinero.

—Me temo que no es suficiente.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Has cabreado a mis jefes.

—Dime una cifra y acabemos con esto. No he tenido un buen día.

—No estamos hablando de dinero.

—¿Y de qué estamos hablando?

—De esto —dijo el brigada mostrándole la pantalla del teléfono.

En ella se podía ver la imagen de Manuel Lara con un tiro en la sien. Aunque el candidato era experto en aparentar tranquilidad, aquella fotografía le desestabilizó por completo.

—De tu hijo y su amiguita también tengo fotos que ni tú ni yo queremos que salgan a la luz. Pero si sigues haciendo promesas que no puedes cumplir, lo mismo te tenemos que sacar de la campaña.

***

## 28
## Estadio Sánchez Pizjuán, Sevilla

—¿A que es mejor que Cristiano? —preguntó Miguel después de salir del Volvo 343 de su padre, un coche con el que sabía no podía competir en cariños y atenciones.

Marcos Montoya guardó silencio. En un principio estuvo tentando de llevarle la contraria y explicarle que Vinicius era solo una moda pasajera, que para ser grande de verdad no bastaba con un bonito regate, sino que había que ganar títulos y meter goles en finales como había hecho Cristiano Ronaldo. Pero no era el momento. Estaba allí para compensar una larga lista de ausencias que habían culminado en una desastrosa fiesta de cumpleaños de la que se tuvo que marchar por motivos de trabajo.

A Montoya le habían ascendido recientemente y cada vez pasaba menos tiempo con su hijo, por lo que no estaba en disposición de

ser sincero sino de regalarle los oídos y comprarle un bocadillo de jamón con el que tapar su fuerte sentimiento de culpabilidad.

—Ahora lo vamos a ver —concluyó de manera aséptica, sin terminar de darle la razón, pero tampoco quitándosela, con ese prodigio de la equidistancia que los sevillanos dominaban tan bien.

Montoya no era un tipo que llamara excesivamente la atención. Llevaba el pelo hacia atrás y lucía una espesa barba con la que disimulaba una cicatriz en el labio superior de sus tiempos de boxeador. Hacía tiempo que no se ponía unos guantes, pero como decía el dueño del club Avispón, Humberto «Relámpago» Salazar, lo que bien se aprende, nunca se olvida. Y así era. Montoya tenía claro que el día que lo necesitara, podría recurrir a sus puños. Después de todo, nunca entendió el boxeo como un deporte sino como una forma de quitarse el hambre a golpes y cuando un gitano como él se había criado en Los Pajaritos, nunca estaba a salvo del todo de pasar necesidad.

Aparte de esa cicatriz, lo único que le delataba como alguien peculiar era el pesado abrigo de color verde que llevaba a pesar del calor que hacía. Pertenecía a esa rara especie de frioleros impenitentes que se sentían incómodos yendo en manga corta, aunque el termómetro rozara los treinta grados.

Sin embargo, aquella noche tuvo que renunciar pronto a sus creencias más íntimas y quitarse el abrigo cuando el taquillero le anunció que se habían agotado las entradas desde hacía una hora.

Un golpe de calor le invadió todo el cuerpo en el mismo momento en que Miguel le miró pidiéndole explicaciones.

—¿Te parece que lo veamos por la tele? —le preguntó Montoya avergonzado, sintiendo que le estaba decepcionando una vez más y que le sobraba hasta la camisa.

—Tal vez pueda conseguirlas en reventa —le dijo el taquillero de manera confidencial—. Los madridistas están revendiendo en la puerta once. Los hijos de puta hacen negocio hasta en nuestra casa —concluyó de forma airada.

Montoya le dio las gracias y pidió a su hijo que le esperara en el coche. No quería que le viera hacer negocios con ese tipo de personas que se movían en el alambre y de los que nunca se sabía cómo podían reaccionar.

A Miguel no le importó demasiado. Con tal de ver a Vinicius habría sido capaz hasta de aceptar resolver una ecuación de segundo grado si se lo hubieran pedido.

Una vez que le vio a buen resguardo dentro del Volvo 343, puso rumbo a la puerta once. En cuanto llegó a la explanada se dio cuenta de que había hecho bien. Marcelo, que así se llamaba el reventa argentino, confundía la picaresca con ser un maleducado. Uno de esos porteños que habían hecho del tonito altivo un pasaporte con el que moverse por el mundo y que ponía inmediatamente a la defensiva a cualquier interlocutor que hubiera nacido más allá del Río de la Plata.

—Déjate de joder, hermano. Por esa guita no te doy ni la hora. Ochocientos euros por cada una, y te estoy haciendo un favor —fue la respuesta del reventa a la primera propuesta de Montoya de cerrar la operación en doscientos euros por dos entradas.

Una contestación ocho octavas por encima de la media sevillana, arrastrando una palabra tras otra con esa musicalidad superlativa, con esa especie de cumbia clasista que desprecia a todo lo que tenga un tono de piel cercano al color café. Un aire de superioridad que le provocó aún más calor a Montoya y que le obligó a desabrocharse un par de botones de la camisa.

Aquel regateo no iba a ser sencillo, pero tenía la obligación de mostrarse prudente para compensar a su hijo por muchas ganas que tuviera de mandarle a la mierda.

—Seiscientos, ni un euro más —contraofertó sin entrar en la provocación.

—¿Qué pasa, hermano? ¿Tu mujer no te deja gastar la platita?

Descamisado y sin abrigo, traicionando todos sus usos y costumbres, Montoya se rio. Le hacía gracia que aquel argentino fuera condescendiente por sistema sin saber a quién tenía en frente. Una actitud que desconcertó por completo a Marcelo, acostumbrado como estaba a ser siempre el más arrogante.

—Ándate a reír de tu vieja, pelotudo —dijo irritado al ver que la sonrisa se convertía en carcajada.

Marcelo no aguantó la insolencia y se retiró de allí guardándose las entradas en el bolsillo. Lo hizo con gesto afectado, como si en lugar de ser un buscavidas insolente fuera un lord inglés al que han ultrajado en un club de caballeros. Al verle marcharse tan digno, dispuesto a no cerrar el negocio, Montoya dejó de reír y se metió la mano en el bolsillo, como si estuviera buscando más dinero con el que hacerle cambiar de opinión.

—Espera, tienes razón, quiero hacerte una oferta más justa.

Marcelo se detuvo de inmediato y se regodeó en su victoria, sabedor de que le iba a sacar a aquel desgraciado más dinero del que tenía previsto.

—¿Y sabes qué es lo justo? Que me regales las dos entradas —dijo Montoya sin dejar de remover la mano dentro del bolsillo del pantalón y luciendo de nuevo aquella sonrisa petulante que ponía tan nervioso al reventa.

—¿Y por qué voy a hacer eso? ¿Te pensás que soy un tarado yo? —Aceptó finalmente el duelo el porteño, que tenía la impresión de

haber juzgado demasiado a la ligera a su contrincante y ahora empezaba a respetarle.

—Lo vas a hacer porque soy policía y si me obligas a darte 1.600 euros, te voy a tener que arrestar por venta de entradas con precio superior al autorizado. ¿Lo entiendes ahora, Marcelo, hermano? —dijo Montoya sacando la placa de inspector de la policía del bolsillo y colocándosela al reventa en toda la cara, presionándole los ojos con la chapa hasta hacerle una pequeña brecha de la que pronto brotó un hilillo de sangre.

—Sin embargo, las leyes de nuestro país no tienen nada en contra de los regalos —continuó hablando sin quitarle la placa de las narices.

Con suficiencia, el oficial empleó su otra mano para quitarle las entradas de la mano a Marcelo y lo dejó en la explanada preguntándose quién diablos era realmente aquel tipo.

Poco más tarde, Miguel y Montoya estaban sentados en unos asientos del Gol Norte escuchando el himno del Sevilla con el corazón en un puño. El ambiente era increíble. Más de cuarenta mil personas llenaban el Pizjuán esperando que sus jugadores resolvieran en el campo la desigualad histórica con la capital.

El árbitro dio el pitido inicial y el partido comenzó a toda velocidad. Viniendo de lo que venía de hacer en Copa del Rey, no era extraña la confianza que mostró el siete blanco desde el inicio. En su primera intervención tiró una ruleta, en la segunda dejó solo a Benzema en una acción de estrategia, en la tercera la bajó de espuela y en la siguiente le pegó desde fuera del área en una acción que acabó en gol anulado.

Al verle empalmar una jugada espectacular tras otra, Miguel entró en un estado similar al paroxismo, en esa fiebre infantil por fabricar ídolos y modelos que imitar.

—¿A que es mejor que Cristiano? —le volvió a preguntar a Montoya, que estaba más atento a dos policías que bajaban por las gradas que a los constantes halagos de su hijo al jugador brasileño.

—Todavía no ha ganado nada —dijo su padre algo más amargo de lo que le hubiera gustado, dejando de lado la diplomacia de la que hacía gala con su hijo.

Antes de que Miguel pudiera contraargumentar, los policías se situaron a su altura y Montoya les reconoció. Se trataban de Cárcamo y Fernández, dos brutos de Cerro Amate sin ninguna formación que habían acabado por casualidad en homicidios y que disfrutaban ampliamente del uso de la violencia. Para ellos no había mucha diferencia entre representar al Estado o a un matón a sueldo, a fin de cuentas, la forma que tenían de hacer respetar las leyes civiles o las del barrio eran las mismas; fracturar vertebras y tabiques nasales. Por fortuna, el paso de los años en el cuerpo de la Policía Nacional en Sevilla les había refinado mínimamente y solo hacían uso de la brutalidad policial en interrogatorios. Prueba de este fino barniz de compasión y civismo fue que, al encontrarle acompañado de su hijo, le pidieron que le acompañaran a la cafetería un momento para no traumatizar al menor.

—¿No podéis esperar a que acabe la primera parte? —quiso Montoya disfrutar un poco más del partido con su hijo.

—Han parado la búsqueda de Manolo Lara. Lo han encontrado —indicó Fernández, dejando a las claras que se trataba de un asunto grave que no podía esperar.

—¿Y dónde estaba? —preguntó distraído el inspector, tratando de arrancarle más minutos al reloj sin moverse de su asiento.

—En un vagón abandonado en Santa Justa. Con un tiro en la cabeza —dijo menos paciente Cárcamo, sin tener en cuenta si podía

herir la sensibilidad de Miguel. Su barniz de civismo apenas resistía cinco segundos.

***

## 29
## San Julián, Sevilla

Cuando Lucía Gutiérrez abrió la puerta no se encontró con nadie en el salón. Claudia estaba en su dormitorio escuchando música y Juan en la cocina haciéndose una menta poleo para aplacar los ardores que le habían provocado los excesos de la comida.

—Te he fallado en el convite, pero no te voy a fallar en la noche de bodas —se disculpó con su marido como siempre lo hacía, tapando los errores con sexo.

Sin embargo, aquella noche Juan no estaba por la labor de ceder a la tentación y olvidar lo que había pasado. Tampoco es que tuviera ganas de enfrentarse a ella o iniciar una discusión que pusiera en duda el compromiso que acababan de aceptar esa misma mañana. No, no había ganas de revancha en su actitud, tan solo de comprender lo que estaba ocurriendo.

—¿Dónde has estado? —preguntó dándole un sorbo a la taza.

—Mejor que no lo sepas —dijo ella evitando convertirle en cómplice.

—Te has ido de tu propia boda... Has dejado tirada a mi familia, a tus amigos, a tu hija, a mí... Creo que lo mínimo que me merezco es una respuesta.

Lucía miró al suelo y permaneció en silencio unos segundos contemplando las baldosas como si tras sus formas geométricas se encontrará la respuesta correcta para salir del paso. Pero allí tampoco se escondía ninguna excusa que le satisficiera o no lo

hiciera parecer la persona más egoísta del mundo. De modo que eligió el camino más cobarde y siguió callada, dejándole a él la iniciativa.

—¿Has vuelto a beber? ¿Has conocido a otro? ¿Qué es lo que está pasando, Lucía? No quiero montar el número, pero tampoco quiero que pienses que soy idiota. Estás rara desde hace tiempo y lo de hoy... Lo de hoy no hay por dónde cogerlo.

La exguardia civil se encendió un cigarrillo. Por supuesto que Juan merecía una explicación, pero cómo dársela sin comprometerle, sin ponerle en peligro. Tras una primera calada catártica, comprendió que tenía que ser cuidadosa con la información que estaba a punto de revelarle.

—Estamos cerca de desmantelar el entramado del brigada Reyes y poner negro sobre blanco la estructura criminal para la que trabaja —dijo exhalando el humo y aguantando las ganas de toser—. No puedo darte más detalles, de verdad que no puedo. Si lo hiciera, podrías acabar en la cárcel.

Juan miró su taza y por un momento deseó que en lugar de menta poleo hubiera ginebra. O *whisky*. O ron. O cerveza. Aquello lo había dejado descolocado por completo. Desde hacía meses tenía la certeza de que Urbizu y ella trabajaban en una tienda de suvenires cerca de la Maestranza. Uno de esos pequeños establecimientos en el que lo mismo podías comprar unos calcetines con estampados de nazarenos que una botella de vino de naranja. Una idea de negocio poco original, pero que aparentemente les daba grandes beneficios.

—¿De qué me estás hablando? —preguntó sorprendido.

—De hacer justicia.

—No te equivoques, eso no es justicia, es venganza. Si quisieras justicia, dejarías trabajar a la policía.

—¿Para hacer qué? He sido guardia civil más de veinte años. Sé perfectamente qué clase de trabajo se hace allí. Interrogamos a la gente y escribimos informes. Combatimos el mal redactando informes. Eso no es hacer justicia, es burocracia.

La exteniente sabía bien de lo que hablaba. Durante años había sentido vergüenza y bochorno por ser una pieza fundamental de un enorme engranaje destinado a decepcionar a la población. ¿Qué otra cosa podía sentir alguien que tenía sobre la mesa cinco homicidios diarios y no podía resolver ninguno de ellos? ¿Qué fe en la justicia podía tener una funcionaria que empleaba la mayor parte de su semana en redactar partes para que le pagasen la gasolina, o las hojas donde redactaba los informes, o el tóner para la impresora en lugar de investigar?

Lucía entendió en poco tiempo que lo máximo que podía hacer la Guardia Civil era abrir expedientes. Casos y casos abiertos que ni se archivaban ni se cerraban. Se quedaban en el limbo por la falta de medios para investigarlos. Y de eso se beneficiaban tipos como Reyes.

Pero ahora las cosas habían cambiado. Estaba fuera del sistema. No tenía que dar explicaciones, ni rellenar informes ni pedir autorizaciones. Podía hacer lo que quisiera, hasta delinquir con tal de acercarse a una organización y conocer de primera mano su *modus operandi* o su estructura. Había dinamitado la burocracia y por fin se dedicaba para lo que de verdad era útil, investigar, aunque para ello tuviera que hacerlo con métodos poco edificantes.

—Puedes llamarlo como quieras, pero tú y yo sabemos la verdad. Eres incapaz de aceptar una derrota. Confundes la justicia con la soberbia. Y eso va a ser tu tumba.

—Va ser algo temporal, te lo prometo, solo hasta que pillemos a ese hijo de puta —se defendió ella sin mucha fe en lo que decía.

No en vano, llevaba demasiados años viviendo así, como si todo fuera provisional. Como si acabar con el brigada Reyes, con la mafia china o con el teniente Andrew Taylor en Morón de la Frontera fueran un preámbulo de la vida maravillosa que le esperaría después. Un esfuerzo titánico para persuadirse de que toda aquella gigantesca galería de retos y obsesiones en la que estaba atrapada era tan solo una sala de espera, un lugar frío y diáfano en el que permanecía sentada hasta que la llamaran a consulta y le concedieran su vida. La de verdad. La que se merecía. Solo se trataba de esperar. Porque un día no habría nadie que le amargara la existencia. Y después de eso ya podría disfrutar de su hija, de su matrimonio, y hasta de ese viaje a Londres que llevaba años aplazando. Pero el tiempo pasaba y siempre aparecía alguien como Reyes que la dejaba atrapada en esa salita de espera postergando su felicidad.

Juan dejó la taza en el fregadero de la cocina y se marchó al dormitorio sin despedirse de ella. Y fue entonces cuando a Lucía Gutiérrez se le quedó cara de gilipollas al descubrir que al final su vida, la de verdad, era esa sala de espera horrible.

Tuvo un amago de llorar, pero en lugar de eso, rompió a toser sin que su marido le ofreciera un vaso de agua como siempre que se le irritaban las vías respiratorias.

# Segundo día de feria
# Martes 7 de mayo de 2019

## 1
## Santa Justa, Sevilla

Pese al empecinamiento de los policías, Montoya esperó a que terminara la primera parte del partido para salir del Sánchez-Pizjuán. Por mucho que Cárcamo y Fernández insistieran, que Miguel no le mirara como si fuera un villano de Disney pesaba más en su balanza que un charcutero muerto. Ser padre, después de todo, no le había convertido en la persona más generosa del mundo. Amigos, familiares e incluso el pescadero de su barrio le habían jurado que en cuanto su hijo naciera, dejaría atrás el ego y su centro de gravedad pasaría a estar en otro lado. Pero lo cierto es que no era así. El tiempo pasaba y él sentía que todo lo que hacía por él escondía la más ruin de las motivaciones: que le quisiera sin condiciones. Si permanecía allí sentado no era solo porque albergaba el deseo de que Miguel pudiera ver a su ídolo marcar un gol antes de marcharse, sino para que recordara toda la vida que fue su padre el primero que le llevó a un campo de fútbol. Aunque el crío no fuera consciente de ello, estaba contrayendo una deuda de afecto de por vida.

Desafortunadamente para Montoya y sus planes quinquenales de amor eterno, el resultado se mantuvo sin cambios al descanso y no pudo hacer esperar más a los dos cafres que tenía por compañeros,

que no soportaban la inacción y empezaban a entretenerse golpeando a todos aquellos aficionados del Gol Norte que saltaban sobre sus asientos.

Todavía estaban atrapados entre miles de personas deseosas de comprar cerveza en los vomitorios del estadio cuando se reanudó el encuentro y, casi de manera inmediata, llegó el primer tanto del delantero brasileño.

Los gritos de gol hicieron estremecer de rabia a Miguel, que no podía creer su mala suerte, y mucho menos, Montoya, que maldecía a todos los brasileños del mundo, especialmente a Vinicius, al que jamás le perdonaría que se hubiera tomado tanto tiempo para destapar el tarro de las esencias.

La mala fortuna de Montoya no había hecho más que comenzar y antes de que llegaran al auto, Vini Junior ya había hecho el segundo. Apenas unos minutos después, el siete volvió a marcar un golazo que hizo encolerizar al Pizjuán.

—¿No podías esperar? —dijo Miguel enfadado al abrir la puerta del Volvo 343.

Montoya no encontró defensa posible y en lugar de responderle, optó por encender la radio y que su hijo pudiera al menos escuchar la narración del resto del partido mientras llegaban a Santa Justa, donde según le habían señalado Cárcamo y Fernández habían encontrado el cadáver.

Su intento de salvar los muebles con aquel premio de consolación también supuso un fracaso. El partido entró en los minutos de la basura y nada significativo ocurrió desde que sintonizaron *Carrusel Deportivo*. En palabras de uno de los comentaristas, fue como si el Sevilla hubiese reconocido la derrota con el 2-0, como si le hubiese dicho al Madrid que vale, que admitían que eran mucho peores que ellos y que lo dejaban así. Una actitud que el propio inspector había

experimentado con frecuencia. Aunque no apareciera en su currículo, reconocer las derrotas a tiempo era uno de sus grandes talentos. Un don con el que no había nacido, pero que había adquirido a lo largo de los años. Especialmente en la Academia de Guardias y Suboficiales de Baeza, donde ser gitano le había convertido en el blanco fácil de todos los chistes.

Ni era vago ni hijo de chatarreros, pero eso a nadie le importó para asignarle un pasado que en absoluto le pertenecía. Cuando alguien nuevo se incorpora a un grupo, descubre rápidamente que nunca será lo que él quiere sino lo que los demás piensan de él.

Al principio se molestaba en desmentirlo. Explicaba con orgullo que había estudiado Derecho en la universidad y que su madre y su padre eran profesores en un instituto, algo que solo le valió para lapidarle con otro cliché: era un mentiroso, como todos los gitanos. Hiciera lo que hiciera, Montoya refutaba con cada uno de sus actos todos y cada uno de los estereotipos que tenían contra el pueblo gitano. Así que se rindió y dejó que construyeran su vida a imagen y semejanza de sus prejuicios.

Un día era hijo de chatarreros. Otro su padre vendía bragas en el rastro. O tenía gallos de pelea. Cualquier otro gitano que vieran por la calle era automáticamente primo suyo. Si salían por la noche, le pedían que le hiciera la prueba del pañuelo a todas las solteras con las que se encontraban. Y, por supuesto, si conseguía buenas calificaciones, se reían de él como de un loro que imita a un humano montando en bicicleta. Por mucho que se esforzara, nunca iría en un coche patrulla sino en una «fragoneta».

—Espera aquí —le pidió Montoya a su hijo cuando estacionó lo más cerca que pudo del escenario del crimen junto al puente de la carretera de Carmona.

Miguel no dijo nada. Se limitó a subir el volumen de la radio. Su padre le había arruinado el mejor día de su vida y lo único que merecía era indiferencia por su parte.

—Y no se te ocurra salir —advirtió antes de cerrar la puerta del Volvo, fingiendo que todavía tenía el control de la situación y que de alguna forma sabía lo que era mejor para él.

En cuanto se separó del vehículo, observó que se trataba de una zona de complicado acceso, con un desnivel considerable y rodeada de árboles de elevado tamaño. El tipo de sitio que un asesino elegiría para deshacerse de un cuerpo.

A pesar del calor, se puso de nuevo el abrigo y descendió el barranco con dificultad, apoyándose en los troncos de los eucaliptos para no caerse. De forma inverosímil, como si a ellos no les costara esfuerzo alguno mantener la verticalidad, Cárcamo y Fernández aparecieron a su lado y le pusieron al día ya sin la presencia incómoda del crío.

—Lo encontró un *cani* que estaba paseando al perro. El olor le llamó la atención al animal. Dice Rubi que lo tiraron desde el puente.

—Él solito se lo ha buscado —añadió Cárcamo, dejando en el aire un profundo aroma de equidistancia, señalando con la misma intensidad a víctima y verdugo, como si acabar tiroteado dependiera de buenas o malas energías.

—En cuanto terminemos quiero hablar con el hijo. Tenedlo localizado —zanjó el debate Montoya, que estaba acostumbrado a ese tipo de comentarios pandilleros y no quería alimentarlos ni por un segundo.

Sin más intercambio de palabras, llegaron hasta el cordón policial. Una cinta blanca rodeaba un vagón de tren de media distancia que se encontraba en las proximidades de los talleres de reparación y limpieza de ADIF. Alrededor del mismo, un corrillo de curiosos se

había acercado hasta allí como el que se arrima a una procesión, haciendo gala de la obsesión que tenían por hacer festivo cualquier evento que transcurriera en la calle. Si no se plantó también allí una banda de cornetas y tambores fue de pura casualidad. Pero a más de uno le hubiera encantado que aquel homicidio hubiera estado amenizado con los acordes de una marcha de Semana Santa.

—Está en el techo —le indicó a Montoya uno de los agentes que estaba al frente del cordón.

El inspector trepó acompañado de Fernández y dejó a Cárcamo fumándose un pitillo junto a los fanáticos del *true crime*.

Encima del vagón, los de criminalística recogían cuidadosamente muestras alrededor del cadáver de Manolo Lara, al que el brutal impacto le había roto el cuello. Un poco más alejado se encontraba el perito forense, que en cuanto les vio curiosear en sus dominios, se acercó hasta ellos.

—¿No tiene calor? —le preguntó Rubinstein al verle con el abrigo puesto.

Poco amigo de los protocolos y de las conversaciones triviales, el inspector ignoró la pregunta y se fue hasta el cadáver. Lara estaba tumbado sobre el suelo en posición decúbito supino y con un orificio de bala en la frente, lo que indicaba que no había muerto por el golpe. Presentaba magulladuras en los brazos, probablemente *post mortem*, causadas por la fricción al ser arrastrado con anterioridad.

—No habrán pasado más de dos horas desde que le dispararon y lo arrojaron desde el puente. Por suerte para él ya estaba muerto cuando la catenaria le electrocutó —dijo sin inmutarse Rubinstein.

En el mismo momento en el que el forense hizo mención a la descarga eléctrica, Montoya se fijó en las terribles quemaduras que presentaba el cadáver de Lara en la cara. Algo que le hizo darse cuenta del enorme error que había sido desplazarse con Miguel

hasta la escena del crimen. Tan cierto era que no había tenido otro remedio, como que podía traumatizarlo de por vida si llegaba a ver el cadáver.

—Es posible que la descarga también le haya quemado los órganos internos. Habrá que comprobarlo en la autopsia —añadió el forense.

Rubinstein sacó de su bolsillo un paquete de chicles y se introdujo uno en la boca. No mascaba exageradamente, pero a Fernández le desquició por completo el ruido que hacía. Aquel bruto podía lidiar perfectamente con la sangre y las vísceras, pero era extremadamente sensible ante determinados ruidos, como comer, sorber o respirar fuerte. No podía estar en la misma habitación en la que alguien masticaba palomitas. Incluso si era su pareja. El crujir contra los dientes le provocaba una ansiedad descontrolada hasta el punto de querer romperlo todo. Un trastorno al que la ciencia había dado el nombre de misofonía, pero al que en comisaría se referían más prosaicamente como: «Eres más delicado que la mierda de pavo».

—Entre el disparo y la descarga eléctrica no pasó mucho tiempo. Por lo que me atrevería a decir que le asesinaron cerca de aquí —indicó Rubinstein sin dejar de mascar, provocando que Fernández tuviera que hacer verdaderos esfuerzos para no arrancarle el chicle de un guantazo.

El sonido se había implantado por completo en su cerebro y sentía ganas de vomitar. Mientras el forense continuaba ofreciendo sus primeras impresiones y Fernández aguantaba las arcadas, el inspector elevó la cabeza en dirección a la carretera, hacia la enorme estructura de hormigón que cruzaba las vías del tren.

A aquellas horas había poco tráfico. Algún vehículo de transporte que otro y poco más. La madrugada se abría camino y dejaba

narcotizada la parte de la ciudad que no quedaba cerca del Real de la Feria.

—Quiero ver las imágenes de las cámaras de tráfico del puente —requirió Montoya cuando el *flash* de un radar saltó al paso de un camión que excedía la velocidad permitida.

—Yo me encargo —se ofreció Fernández, que al fin encontró una excusa para marcharse de allí y dejar de oír aquel terrible ruido que le estaba taladrando el tímpano.

***

## 2
## Albufeira, Portugal

—Si quieres puedes quedarte conmigo —le ofreció cobijo el transportista cuando llegaron a las afueras de Albufeira.

Lo dijo con un tono cercano a la seducción. Algo que a Sabali no le entusiasmó. Si había acabado en aquel camión de madrugada era justo para evitar a hombres como él. Así que, aunque no tenía dónde pasar lo que restaba de noche, la joven declinó la oferta y se bajó del vehículo.

—Ten cuidado —le advirtió el camionero después de abandonarla en la rotonda que daba acceso al municipio costero—. No son horas para que una mujer ande sola por la calle —la quiso intimidar una última vez para que se quedara con él.

Ciertamente el panorama era desalentador. No había un alma en los alrededores y las escasas farolas que sobrevivían con luz dejaban entrever una mezcla de loma agreste y chalets abandonados en espera de la temporada de verano.

La joven caminó con el miedo metido en el cuerpo, mirando atrás de manera compulsiva por si alguien la seguía. Se comportaba de la

misma manera que un perro que ha sido maltratado durante años, incapaz ya de mirar el mundo como un lugar amable, sospechando hasta de su sombra.

Mientras recorría la rotonda, un largo grito le sacó de su psicosis persecutoria. No era un lamento de dolor. Tampoco de terror. Era una especie de queja que procedía de la cercana parada de autobús que había al final de la glorieta.

—Aaaaaaaaah.

Si bien la marquesina, empañada por la humedad, le impedía ver de quién se trataba, resultaba evidente que era el chillido de una mujer, algo que le hizo animarse a comprobar qué estaba pasando y auxiliarla lo más rápido posible.

—Aaaaaaaaah*.*

Lo escuchó una última vez antes de cruzar la mampara de la parada y encontrarse a una joven también de origen magrebí. No tendría más de dieciocho años. Llevaba en las manos una tarta de cumpleaños en cuyo centro se podía leer «Nahid». Su tez estaba completamente pálida y tenía los ojos rojos y brillantes. A su lado había restos de un vómito reciente.

—¿Estás bien? —le preguntó Sabali en árabe.

La joven intentó recomponerse en cuanto descubrió que no estaba sola, pero su rostro evidenciaba síntomas de encontrarse en mal estado. La cabeza le daba vueltas y apenas se podía mantener erguida. Resultaba un auténtico milagro que el pastel siguiera en su regazo y no hubiera acabado esparcido junto al vómito.

—Tía, la he liado, la he liado... Lo he hecho todo al revés —se lamentó la adolescente incapaz de expresar con mayor precisión lo que le acababa de ocurrir—. ¿Me la sujetas un momento? —Le cedió la tarta y en cuanto salió de sus manos, volvió a vomitar.

—Aaaaaaaaah.

—Aaaaaaaaah.

—Aaaaaaaaah.

Fue todo lo que logró decir en los siguientes minutos mientras un hilo de hiel traslúcido le colgaba de los labios y de los ojos le caían dos lagrimones que provocaron que se le corriera el rímel.

—Con las prisas, lo he hecho todo al revés, me he bebido el Aquarius antes de fumarme el porro y me ha dado un blancazo —se justificó la joven tras recuperar las fuerzas.

—Dame tu mano —dijo Sabali después de depositar el pastel sobre el asiento de la parada de autobús.

No esperó a que la chica lo pudiera procesar. Antes de que volviera a agachar la cabeza por las náuseas, la jornalera tomó la palma de su mano y la masajeó con fuerza a la altura de la muñeca. Lo hizo durante unos minutos y luego repitió el procedimiento en la otra muñeca obrando un auténtico milagro.

—Se me han quitado las ganas de potar —dijo ella secándose las lágrimas—. ¿Cómo coño lo has hecho?

—Acupresión, me enseñó... mi padre —mintió Sabali, que no creyó conveniente señalar que, en realidad, lo había aprendido de las chinas que vivián con ella en el asentamiento chabolista del cementerio.

El autobús de línea asomó en la rotonda e interrumpió la conversación de las dos mujeres. Todavía no había estacionado, cuando la más joven tomó la tarta del asiento y se levantó con ímpetu renovado.

—Me has puto salvado la vida. Me llamo Zaida, ¿y tú?

—Nahid —volvió a mentir Sabali, que decidió que cuanto menos supiera aquella adolescente de su pasado, mejor.

—¡Hostias! Como mi mejor amiga —dijo sorprendida señalando el centro de la tarta, a esa edad en la que todo parecen buenas

señales—. ¡Es su cumple! —gritó excitada con la divertida coincidencia.

Las puertas del autobús se abrieron y Zaida decidió que, pese al guiño del destino, había llegado el momento de marcharse. Tras un par de besos en la mejilla y un agradecimiento efusivo, que incomodó a Sabali, la joven subió al autocar, presionada por el conductor, que no veía el momento de terminar la ruta y volver a su casa para ponerse el pijama.

No se habían cerrado las puertas, cuando Zaida no pudo soportar por más tiempo el peso del azar y asomó de nuevo la cabeza.

—¿Te quieres venir?

***

## 3
## Alfalfa, Sevilla

Rodrigo Carranza no estaba despierto ni tampoco dormido, habitaba en una fase diferente, un estado de trance en el que era difícil saber si tenía conciencia o no, y en el que todo daba vueltas. La habitación, la cama y, por supuesto, su cerebro.

La sensación de vértigo era superior a todas las demás. A los remordimientos, al sentimiento de culpa e incluso al dolor de la pierna. Ni siquiera recordaba que tenía un esguince en la rodilla. Hacía menos de una hora que se había tomado un par de relajantes musculares y ya empezaba a desconfiar de que lo ocurrido fuera real. ¿Y si todo había sido un sueño, un mal sueño? ¿Qué probabilidades había de que hubiera pasado lo que había pasado? Él era una buena persona. Nunca se había metido en líos. Lo más cerca que estuvo de algo turbio fue aquella vez que robó en El Corte Inglés una antología de Antonio Machado y le descubrieron. Tendría

quince años, la cara llena de espinillas y muchas ganas de impresionar a Quique Ponce, el repetidor de clase. ¿Pero quién podía enfadarse realmente con él por robar un libro de poesía?

Desde luego su padre no, al que aquello le pareció de lo más oportuno. Incluso lo utilizó en un mitin para atacar al Gobierno central y solicitar una reducción de la tasa del IVA sobre los bienes culturales. Salvo aquel incidente, siempre había ido por el camino recto, haciendo lo que se esperaba de él. Estudió cuando había que estudiar. Ciencias, por supuesto, que era lo que tenía futuro. Se sacó el carnet de conducir a la edad en que le tocaba. No se fue de Erasmus, se quedó por amor en Sevilla. Nunca se desvió un milímetro de lo que se esperaba de un chico de provincias. Hasta retrasó la edad de empezar a beber con sus amigos por miedo a decepcionar a su familia ¿Podía realmente alguien así ser el protagonista de los sucesos de la noche anterior? ¿Podía una persona tan sensata de repente echarlo todo a perder?

A pesar de que hacía malabarismos para convencerse de lo contrario, la realidad tenía el firme propósito de demostrarle que sí, que uno se podía desviar del camino en cualquier momento. Que no hacía falta ser un monstruo ni situar lo ocurrido en el territorio de lo anormal. Lo que había pasado no solo era real sino fruto de sus propias decisiones. Una consideración que aceptó en el mismo momento en que la pantalla de su teléfono se iluminó.

Con la cabeza ida, hizo un esfuerzo superlativo para acercar el brazo hasta la mesita de noche y agarrarlo. El vértigo le impedía calcular con precisión la distancia real y necesitó de un par de intentos hasta que logró acercarlo a la cama.

Se trataba de una notificación de Tinder. Un mensaje aparentemente inocente: «Hola, ¿estás despierto?». Algo que de

primeras no le llamó la atención. Era una fórmula recurrente en aquella red social para iniciar una conversación.

Lo que resultaba inquietante era que lo enviaba Carmen Camacho. La misma Carmen que había encontrado aquella mañana embadurnada en sangre de arriba abajo en la cama de su padre en Isla Canela y, más tarde, envuelta en una toalla y encajada en el maletero de un coche.

Incapaz de saber si estaba delirando o viviendo una escena de una película de terror, Rodrigo Carranza eligió vivir en la ignorancia y apagó el móvil de inmediato.

***

## 4
## Albufeira, Portugal

—No tengas miedo —le tranquilizó Zaida cuando Sabali se dio cuenta de que el pasillo de la segunda planta estaba totalmente apuntalado —. He venido muchas veces y nunca ha pasado nada —insistió la joven, dándole un par de golpes a uno de los postes para demostrarle que era perfectamente seguro.

El gesto, en lugar de tranquilizar a Sabali, la angustió más. Si decidió seguirla a través de aquel corredor destartalado fue solo para que dejara de zarandear los puntales de obra y la estructura no se viniera abajo. Como le sucedía siempre en su vida, no era la valentía lo que le impulsaba hacia delante sino el temor a una catástrofe mayor.

El Albufeira Garden había vivido tiempos mejores. En los años sesenta fueron unos famosos apartamentos turísticos a tan solo cincuenta metros de la Praia da Falésia, en una de las zonas más solicitadas del municipio, Olhos de Água. Sus jardines eran

conocidos en aquella época por celebrar las fiestas más alocadas de todo el Algarve portugués. Arquitectos, modelos, fotógrafos, actrices... el perfil de los inquilinos era bastante concreto; creativo, nocturno, con una profunda sensibilidad estética y muchas ganas de complicarse la vida experimentando con relaciones extramatrimoniales y sustancias de dudosa legalidad. Sin embargo, el paso de los días y la falta de reformas habían provocado que el edificio estuviera prácticamente en ruinas e intervenido por el consistorio para evitar que se viniera abajo. La alarmante falta de seguridad unida a los constantes cortes de luz había obligado a los propietarios a reducir considerablemente los precios de los alquileres y, por consiguiente, a modificar el perfil de sus residentes. Donde antes había algo parecido a una *jet set*, ahora había empleados de los cercanos hoteles con contratos precarios que solo se podían permitir vivir allí durante los meses de temporada alta.

—No veo una mierda —se quejó Zaida al tropezar con una maceta. La joven tenía una facilidad pasmosa para intercalar el árabe con el español sin ninguna justificación, a menos que el castellano le resultara más efectivo a la hora de soltar tacos, insultar y ofender a los demás—.¿Por qué no enciendes la linterna del móvil? Yo me he quedado sin batería.

—No tengo... Paso de esas cosas —mintió de nuevo Sabali.

—Illa, eres más antigua que una pedida de mano. —Se río de ella la joven, que cuando hablaba en español, lo hacía con un marcado acento sevillano, dejando a las claras que era inmigrante de segunda generación y que se había criado en España—. A mí me pidieron la mano con trece años, ¿sabes? —siguió hablando al ver que su nueva amiga no decía nada—. Un moro conocido de mis padres. Quiso comprarme con una hectárea de melocotones el hijoputa. Los moros

son así. Te quieren sacar de tu casa para encerrarte en la suya. Le dije que no. Eso no es vida, eso es cárcel. ¿Tú tienes marido?

Sabali no tuvo tiempo de responder, la luz volvió de golpe en el edificio y las sorprendió frente al estudio número cuatro, desde donde se podía escuchar música a todo volumen, una mezcla desafortunada de reguetón con rumba.

—Es aquí —anunció Zaida, que percutió en la puerta al ritmo de la canción que estaba sonando.

—¿Quién es? —preguntó una voz de mujer al otro lado.

—La Rosalía. —Se río a carcajadas la joven.

En cuanto entraron al estudio, Sabali se quedó fascinada con lo que encontró allí, otras tres chicas marroquíes de su misma edad, pero completamente diferentes a ella: fumaban, bailaban y estaban maquilladas como puertas. Había en ellas una actitud completamente desenfadada que en nada se parecía a la de las temporeras de Lepe.

Aunque se trataba de una vivienda humilde y de tamaño reducido, aquellas mujeres parecían disfrutar del momento como si a fin de mes no tuvieran que enviar casi todo el dinero que ganaban a sus familias. A sus ojos inexpertos eran iguales que actrices de cine.

Sin tiempo para analizar nada más, Zaida agarró el mechero y encendió las velas de la tarta; un dos y un cero. En el momento en el que la llama prendió la cera, las cinco mujeres cantaron al unísono el *Sana helwa ya gamil*, el equivalente árabe del cumpleaños feliz.

No habían terminado de cantarlo, cuando la homenajeada se dio cuenta de que algo fallaba.

—¿Y esta quién es? —preguntó después de soplar las velas.

—¡Vaya mierda de deseo! —le contestó Zaida, que sin hacerle mucho caso, metió el dedo en la tarta incapaz de esperar más —.Necesito azúcar, tía. Me ha dado un amarillo en la parada del

autobús. Ella me ha ayudado. Se llama Nahid, como tú —dijo lamiendo la nata.

Las demás jóvenes la miraron de arriba abajo evidenciando que no encajaba en absoluto. Puede que fuera su ropa, o sus uñas descuidadas, o su evidente timidez. Fuera lo que fuera, representaba un elemento extraño en aquel grupo consolidado. Era diferente.

—Será en lo único que se parece a mí —dijo ofendida la anfitriona, a la que pareció molestar que alguien tan anodina compartiera nombre con ella.

—Tía, no seas borde, no ves que no tiene donde caerse muerta —quiso echarle una mano Zaida, sin darse cuenta de que la estaba humillando de idéntica manera.

—Pues que se busque un trabajo, como todas —se unió a las críticas Rania, una chica que llevaba un pijama y una bata rosa combinada con unas uñas francesas de idénticos colores.

—¿Tú quieres trabajar? —le preguntó Zaida a Sabali, que por aquel entonces se estaba pensando en marcharse de allí.

—¿En dónde? —sintió de repente curiosidad.

—En el Zara, no te jode —se burló nuevamente de ella Rania, que no dejaba de limarse las uñas hubiese o no luz en el edificio.

—Limpiando habitaciones. En el hotel siempre están buscando subnormales como nosotras.

—Bueno... —respondió Sabali, disimulando su entusiasmo.

—Hija, espero que follando seas más expresiva —señaló Nahid encendiéndose un nuevo cigarrillo.

Mientras las chicas decidieron continuar con la fiesta y subir el volumen de la música, Zaida se quedó mirando fijamente a Sabali, como si acabara de tener una idea brillante.

—¿Te fías de mí? —le preguntó sujetándole la mano.

Era una pregunta difícil de responder. No se fiaba en absoluto de ella, como no se fiaba de nadie. Pero, ¿podía decirlo abiertamente? ¿Podía expresar el miedo atroz que le daba abrirse ante los demás con alguien que había sido amable con ella?

—Sí —terminó por decir, sintiéndose presionada.

Media hora más tarde estaba sentada en la taza del váter del cuarto de baño con un nuevo corte de pelo y maquillada como una puerta, exactamente igual que las amigas de Zaida.

Rania le terminó de hacer la raya del ojo mientras Nahid le acercó un espejo de mano y le hizo la pregunta fatídica.

—¿Qué te parece?

Sabali se miró y no se reconoció. Le habían cortado tanto el pelo que parecía otra persona. Por no hablar de que nunca se había visto con los labios pintados o las pestañas con rímel. La persona que estaba allí reflejada no era Sabali, era la Nahid que se había inventado. Y no le disgustó.

—Me encanta —dijo finalmente.

***

## 5
## Santa Justa, Sevilla

Eran las dos de la mañana cuando la mujer de Montoya sacó dormido del Volvo 343 a su hijo.

—¿Te parece normal? —le preguntó al inspector mientras los agentes de la policía se iban retirando de la escena del crimen—. ¿A quién se le ocurre traer a un niño a un sitio así?

Montoya no tenía una buena respuesta que justificara el despropósito. Al contrario, todo lo que le podía decir al respecto le sonaba ridículo: su primer homicidio con arma de fuego, las ganas

de agradar al comisario Martínez, las prisas que le metieron Cárcamo y Fernández. En realidad, nada de eso justificaba que no hubiera pasado primero por casa a dejar a Miguel. Así que hizo lo que hacía siempre que metía la pata, pedir perdón y prometer futuro.

—Lo siento, te juro que os lo compensaré.

—Esta noche te lo llevaste al fútbol para compensar otra cagada. ¿Qué tal si en lugar de pasarte todo el tiempo tapando agujeros empiezas a comportarte como su padre? —le reprochó mientras se puso al niño en brazos.

Aunque Lola tenía razón, Montoya sintió herido su orgullo. No era algo que ocurriera de manera frecuente. En general no se sentía amenazado por cualquier cosa que se apartara de los roles y expectativas tradicionales de los varones gitanos. Ni siquiera reprimía sus emociones en público. Lloraba de la misma forma con La niña de los peines cantando por peteneras que con los anuncios de Lotería en Navidad. Pese a ello, no podía evitar sentirse atacado cuando le cuestionaban como padre. Al contrario que el suyo, se había preocupado desde el primer minuto por todo lo relacionado con el bebé. Hasta solicitó más meses de baja que ella para que pudiera volver a trabajar en el despacho de abogados, algo que había retrasado su licenciatura como inspector. Un sacrificio extraordinario que Lola parecía no tener en cuenta.

Estaba a punto de echárselo en cara cuando Cárcamo evitó que hiciera el ridículo y dejara meridianamente claro que era feminista hasta cierto límite, el que marcaba que su mujer quisiera tener las mismas ganas de trabajar que él.

—Rafael ha identificado el cuerpo de Lara como el de su padre. Está listo para hablar.

—Tengo que marcharme —dijo finalmente Montoya, que se tuvo que guardar en las tripas las ganas de defender su honor como

padre del año.

De vuelta a las vías del tren, Cárcamo le ofreció al inspector una chocolatina, que este no dudo en comerse en un abrir y cerrar de ojos. Había defraudado a su hijo y a su mujer y todavía quedaba noche por delante. Necesitaba estar concentrado y no cometer ningún desliz más. Una tarea para la que confiaba más en las virtudes del azúcar que en las suyas.

—Está muy nervioso, ha pedido un Valium —dijo el agente mientras descendían a través del barranco.

—Hasta que no termine la declaración ni agua.

—Así será. Está esperando en el vagón más cercano al taller. Es el que estaba más lejos de esto... —señaló Cárcamo al cielo, donde una grúa de la policía bajaba del techo el cadáver de Manolo Lara.

Una punzada le perforó el estómago al inspector. Era más que probable que Lola y Miguel estuvieran viendo aquello desde el coche. Desde luego no había tenido su noche más afortunada. Incapaz de enmendar el error, entró en la improvisada sala de interrogatorio y confío en tener mejor suerte a partir de entonces.

—No le importa, ¿no? Es que estoy atacado —justificó así el hijo de Lara el hecho de haberse encendido un cigarro en el interior del vagón.

—Lamento lo ocurrido, Rafael —dijo el policía dándole la mano, tratando de ganarse al chaval lo más rápido posible—. Marcos Montoya, inspector de homicidios.

—Puede llamarme Fali —dijo el adolescente apurando la boquilla del cigarro.

Aunque no dijera nada al respecto, resultaba evidente que le había llamado la atención el color de piel de su interlocutor. No era frecuente ver a policías gitanos. Al menos no en el polígono San

Pablo. Consciente de ello, Montoya lo jugó a su favor para no entrar de lleno en las preguntas delicadas.

—Si te lo estás preguntando, sí, soy el primer inspector gitano en la provincia de Sevilla —dijo sentándose en el asiento de enfrente, con una mezcla de orgullo y tristeza, satisfecho del logro, pero también cansado de tener que justificarse cada dos por tres—. ¿Te puedo coger uno? —Le tomó prestado un cigarrillo sin esperar la confirmación de Fali.

Antes de llevárselo a la boca, Montoya le dio dos toquecitos al pitillo contra la mesa de madera que unía los dos asientos.

—Si estás pensando en hacer un chiste, es el momento. Luego las cosas se van a poner más tensas —dijo encendiéndose el cigarrillo —. Empiezo yo. ¿Sabes por qué los policías gitanos en lugar de arma llevan calculadora? Para ajustar cuentas.

Fali dibujó una sonrisa, no tanto porque aquello le hubiese hecho gracia sino porque le pilló totalmente desprevenido. Fue ahí cuando Montoya supo que iba a poder manipular al chico a su antojo. Ni estaba en guardia ni tenía reflejos. Algo que, en el boxeo y en la vida, le convertía en un rival débil.

—¿En qué estaba metido tu padre? —le pilló de nuevo de improviso al hijo de Lara, al que la mueca de alegría se le congeló rápidamente.

Rafael le dio una larga calada a un cigarrillo menguante, tratando de ganar tiempo mientras decidía si podía confiar o no en aquel policía.

—Pensaba que eras el poli bueno, ya veo que eres el malo.

—Lo que le ha pasado no es muy normal. Ningún charcutero acaba así por cortar mal mortadela —le atosigó el inspector para que se viniera abajo cuanto antes.

—A lo mejor fue un robo que se les fue de las manos —lanzó una cortina de humo sin mucha convicción.

Montoya reposó el cigarrillo en la mesa y agarró del bolsillo del abrigo su teléfono.

—A lo mejor, pero yo creo que tiene que ver con esto... —enfatizó el inspector colocando el móvil en el centro de la mesita.

En la pantalla se podía ver un pantallazo del *Diario de Sevilla* donde Manuel Lara reconocía una deuda con una casa de apuestas durante un mitin con el candidato a la alcaldía, Jesús Carranza.

—Según esto le debes cincuenta mil euros a Bestbet, los dueños de la casa Winchester. Es mucho dinero. La clase de deuda que puede acabar como ha acabado. Podemos seguir fingiendo que detrás de todo esto solo hay un intento de atraco y que el siguiente en acabar con un tiro en la frente seas tú, o puedes empezar a hablar clarito y que te protejamos. De ti depende, Fali.

El hijo de Lara se echó a llorar. El crío no le había durado ni un asalto. Había llegado el momento de bajar los guantes y dejarle respirar.

—Estoy aquí para ayudarte, pero para eso tienes que ser sincero —cambió Montoya el tono de voz por completo.

Fali tomó un nuevo cigarrillo y tan pronto como lo encendió, fue consciente de que solo tenía una salida; poner sobre la mesa el nombre de Ibrahim.

***

## 6
## San Julián, Sevilla

Lucía Gutiérrez apenas pegó ojo. Llevaba desde las cinco de la mañana despierta, luchando contra la almohada, el cuerpo de Juan,

que invadía casi por completo el centro del colchón, y sus propios remordimientos.

Una hora después, en torno a las seis, reconoció que se trataba de una pelea desigual en la que solo podía ganar el insomnio. Por mucho que se esforzara en cambiar de postura o cerrar los ojos, su cerebro llevaba tiempo desvelado y a pleno rendimiento.

Durante un tiempo aguantó un rato más en la cama con la radio encendida. Un hábito que había adquirido de su madre, que se acostaba y despertaba siempre con el boletín informativo. Las noticias para ella eran lo que una ducha y un café para la mayoría; le hacían el despertar más placentero. Si bien Lucía no llegaba a tanto, era frecuente que recurriera a *Radio Cinco Todo Noticias* en esos instantes de vigilia justo hasta que el sol salía.

Sin embargo, los titulares de la mañana le incomodaron casi tanto como la pierna peluda de su marido aplastándole el muslo. Desde Huelva, la corresponsal de los servicios informativos daba el minuto a minuto del incendio que se había producido el día anterior en el asentamiento chabolista de Lepe, donde hasta el momento se habían encontrado dos cadáveres calcinados que no habían podido identificar. Se trataba del tercer incendio que se producía en la zona en el último año, un hecho que había provocado que un grupo de trabajadores migrantes, cuyas chabolas fueron arrasadas por las llamas, acamparan en protesta en la plaza del ayuntamiento de la localidad onubense para exigir una solución.

Antes de que conectaran con los portavoces de las ONG´s que lideraban el plan de erradicación del chabolismo en la provincia, Lucía Gutiérrez decidió que ya había escuchado demasiado y apagó la radio.

Con cuidado, se deshizo de la pierna-cepo de Juan para no despertarle y se marchó al salón. Todavía en pijama, con legañas y

sin desayunar, abrió la ventana y se encendió el primer cigarro de la mañana. E inmediatamente empezó a toser.

Las calles de San Julián aún estaban a oscuras y sin gente que las transitara, en ese extraño duermevela de las horas previas al amanecer donde todavía sobrevuela la esperanza de un nuevo día.

—Pensarás que soy una hija de puta —arrancó su plegaria la exguardia civil de la forma más directa que pudo. Ya fuera con Dios o con los hombres, aquella mujer solo tenía una forma de comunicarse—. Y no te falta razón, lo soy. No me escondo. Te he dado muchos motivos para que lo pienses. Pero quiero explicarte bien lo que pasó ayer antes de que me juzgues.

Lucía Gutiérrez dio una larga calada antes de continuar con su confesión. Encharcarse los pulmones de nicotina y alquitrán eran su forma de mostrar arrepentimiento, de castigarse por sus pecados. Puede que no supiera mucho de liturgia, pero lo sabía absolutamente todo de la culpa.

—No es nuevo. Aunque no hayamos hablado de ello, tú ya sabes que ha ocurrido otras veces. La chica de ayer acabó en ese incendio como antes otros acabaron en el fondo del mar o en una cuneta de la autovía. No lo tenía planeado. Ocurrió por sorpresa. Claudia se puso en contacto conmigo para que utilizara mis influencias y que los bomberos de Lepe actuaran con mayor rapidez. Y eso hice. Solo que antes aproveché la ocasión para deshacerme del cadáver. Sé que suena frío. Y cruel. Pero tienes que creerme, el último año no ha sido fácil. Le he dado muchas vueltas. Millones. No sé cuántas noches llevo sin dormir. He repasado una y otra vez los pros y los contras para al final llegar siempre al mismo sitio, ¿es ético lo que estoy haciendo? Me he tenido que recordar muchas veces que hago lo que hago por un bien mayor, por algo parecido a hacer justicia, y que antes o después, todos los que están detrás de estas muertes

pagaran por sus crímenes. Ellos y todos los policías y jueces que los encubren. Por eso lo hago. Para que nadie más pase por lo que yo tuve que pasar. Sé que suena a excusa, pero a veces el camino equivocado te lleva al lugar adecuado. Con esto no quiero decir que el fin justifica los medios. Aunque no lo creas, tengo principios que no me pienso saltar. Cuando Urbizu y yo aceptamos trabajar en las cloacas, nos impusimos tres normas. Solo tres, pero inquebrantables. No habría mentiras entre nosotros. Nada de lo que hiciéramos sería personal. Y nunca jamás participaríamos de un homicidio. Y hasta ahora así ha sido. Lo que le hicimos ayer a esa mujer me jode tanto como a ti, pero ya estaba muerta. No podíamos hacer nada por ella. Puede que ahora te parezca horrible, aprovechar la desgracia de un puñado de inmigrantes para salvarle la vida a un pijo y a su padre, a ratos a mí también me lo parece, pero gracias a eso vamos a ponerle cara a todos los hijos de puta que están por encima de Reyes.

Lucía Gutiérrez dio una nueva calada y, por un momento, el humo del cigarrillo le envolvió la cara como si fuera una nube de incienso, como si aquella oración estuviera a punto de elevarse al cielo. Uno podía creer o no en el Dios al que le rezaba, pero no podía negar que cada una de sus acciones formaban parte de un culto religioso con el mismo misterio profundo que el catolicismo.

—Ódiame, estás en tu derecho. No serías el primero. Pero yo te necesito tanto como tú me necesitas a mí. Los ganadores no creen en ti. Ese tipo de personas solo creen en sí mismos. Te negaron con la primera victoria. Cuando la gente como yo te busca no lo hace para compartir sus éxitos o sus buenas acciones. A ti recurrimos los perdedores, los marginados, los que llevamos acumulando derrotas y rabia toda la vida. No te engañes, si alguien se acerca a ti es porque se encuentra en una situación límite. Y yo me he pasado casi

el mismo tiempo al borde del abismo que merodeando las barras de los bares. No te pido ayuda, solo consuelo. O compañía. No te responsabilizo de nada de lo que me ha ocurrido. Todo me lo he buscado yo sola. Así que tú no me pidas arrepentimiento ni que pare esto. Me conoces mejor que nadie. Esto solo acabara cuando yo decida que ha acabado.

Lucía Gutiérrez espachurró la colilla en la jardinera del patio y puso fin a la confesión, donde por extraño que pareciera, daba la impresión que había sido ella la que se perdonó a sí misma sus pecados.

***

## 7
## Real de la Feria, Sevilla

El coche de caballos cruzó al trote la Puerta de Jerez. La fuente de la diosa Híspalis, más conocida entre los sevillanos como la de los niños meones, brillaba con los primeros rayos de sol de la mañana. A su espalda, las campanas de la Giralda repicaban llamando a la oración. Todo era sencillo y a la vez todo era hermoso. Colores y proporciones estaban en armonía. Sevilla era tan perfecta que más de uno en la ciudad estaba convencido que para compensar, el universo les castigó con un calor insoportable, como si hubieran cometido un pecado de soberbia de igual magnitud que los que construyeron la torre de Babel.

Ajeno a todo ello, Jesús Carranza soportaba lo mejor que podía el dolor de muelas, que lejos de remitir, se había multiplicado por el estrés del día anterior. Aun cuando se esforzaba en disimularlo, su cara era un poema y delataba que no se encontraba bien. Algo que para un político en campaña era una desgracia, máxime si se

encontraba encima de un carruaje posando para la prensa al lado de la presidenta autonómica.

—Sonríe un poco, que parezca que quieres ser alcalde de Sevilla —le pidió Adriana Requena cuando el enganche paró frente a la sede del partido y un grupo de fotógrafos se acercó a ellos.

Jesús Carranza tragó saliva y alargó la sonrisa todo lo que el flemón le permitió. Aunque trataba de parecer la clase de candidato que inspira confianza en el pueblo, aquel simulacro de sonrisa le convertía en todo lo contrario, en villano de película, en una especie de oficial de la SS que acaricia a su gato de angora mientras disfruta con el sufrimiento de los demás.

—¿Por qué no ha venido Candela? —le siguió presionando Adriana Requena.

—No creo que vaya a ayudarme con la campaña. Estamos... ya sabes... —Optó por unos puntos suspensivos a tiempo y que fuera ella la que resolviera el enigma.

—¡Cojonudo! Un candidato separado. —Por desgracia para Carranza aquella mujer no necesitó más pistas para darse cuenta de lo que estaba pasando—. Conoces tan bien como yo esta ciudad, un divorciado tiene menos posibilidades de ser alcalde que un acusado por corrupción —le dijo mientras seguía sonriendo a los fotógrafos, con una facilidad pasmosa para estar alegre y enfadada al mismo tiempo.

—Todavía no nos hemos divorciado, solo estamos yendo a terapia para arreglar las cosas —se defendió Carranza, que no soportaba estar a merced de los demás y mucho menos si los demás eran la mujer a la que había intentado quitarse de en medio en más de una ocasión.

—Entonces convéncela para que vaya esta tarde al velatorio de Lara. Podemos prescindir de ella en el resto de actos, pero no en el

tanatorio.

La inesperada petición le desdibujó al candidato la ya maltrecha sonrisa. Por su bien y por el de su hijo debía alejarse de aquel asunto de las casas de apuestas cuanto antes. No le convenía colocarse en el foco, al menos no hasta que pudiera llegar a un nuevo acuerdo con Reyes. En política todo se negociaba, solo se trataba de esperar el momento adecuado. Y desde luego el funeral de Manuel Lara era la peor circunstancia posible.

—¿Seguro que es buena idea? No sabemos en qué estaba metido ese desgraciado para acabar con un tiro en la frente. Sería prudente hasta que la policía nos saque de dudas —intentó escaquearse de la forma más diplomática que pudo.

—Si hay algo turbio, mejor. Ajuste de cuentas, mafias, deudas... El miedo da votos. Lo sabes tan bien como yo. Has dado con una buena idea, la única, no la desaproveches.

A petición de los fotógrafos, Carranza y Requena bajaron del carruaje y posaron junto a los dos caballos que tiraban del enganche. Los equinos estaban adornados con cascabeles y madroños y en sus caras se reflejaba el mismo hartazgo de estar allí que el del candidato.

—Me suena demasiado populista. No es mi estilo —lo intentó por última vez.

—No me hagas reír, tu estilo es ser una rata de cloaca que aprovecharía cualquier desgracia para arañar un voto —dijo la presidenta poniéndose las gafas de sol—. Está todo organizado. El alcalde de Málaga quiere venir a apoyarte y el partido quiere lanzar una campaña a nivel nacional. Será mejor que estés allí a las siete... Con Candela —añadió sonriendo, haciendo gala de una gran capacidad para amenazar de muerte sin perder el buen humor.

Estaba acorralado. A Jesús Carranza la mandíbula se le contrajo y los dientes le rechinaron. Tanto que al cabo notó algo raro en la boca, un elemento que no estaba donde debería estar. Se trataba de la muela, que al igual que su esperanza de salir indemne de aquel encuentro, se había desprendido y navegaba sin rumbo por el paladar.

Antes que darle la satisfacción a Adriana Requena de verle derrumbado, se tragó la muela en lugar de sacársela de la boca y escenificar delante de ella un ridículo espantoso.

***

## 8
## Albufeira, Portugal

Bruna y su familia habían desayunado pronto para salir de excursión. Contra todo pronóstico, la idea había sido de la reina de las mañanas, que parecía haber reflexionado y deseaba desconectar de la realidad, del trabajo y de todo lo que le recordara que era una fracasada, al menos por unas horas.

El destino elegido para romper con su existencia fue la cueva de Benagil, un lugar con historia para Bruna. Allí había tomado las grandes decisiones de su vida; abandonar la radio para trabajar en televisión y casarse con Antonio. A sus amigas, si es que la Pinheiro tenía algo parecido a aliadas, les decía que aquella gruta tenía algo mágico, y no solo por su extraordinaria belleza. Estaba convencida de que albergaba en su interior un poder esotérico, algo que no se podía explicar por medio de la razón. Dentro ocurrían cosas que no tenían explicación, como, por ejemplo, ver con claridad el futuro. Así que ahora que estaba desorientada, adentrarse en las tripas de Benagil tenía todo el sentido del mundo.

La estrella de la televisión decidió que la mejor manera era llegar a pie a través de la ruta dos Sete Vales Suspensos, un sendero con vistas panorámicas del océano Atlántico que atravesaba acantilados, playas y faros que harían que las niñas estuvieran entretenidas y que su marido pensara que, de verdad, estaban allí disfrutando del paisaje como parte de un ejercicio de desconexión y no como un nuevo intento desesperado de reengancharse a la fama.

Cuando llegaron a la playa de Marinha y las niñas se fueron a chapotear a la orilla junto a Antonio, Bruna Pinheiro sacó el móvil y reveló sus verdaderos planes con aquella excursión.

—Nos dirigimos a la localidad de Benagil, un pequeño pueblo de pescadores en la costa sur del Algarve —dijo a cámara con énfasis antes de darle la vuelta al móvil y mostrar las espectaculares vistas —. Lo hacemos para disfrutar de una experiencia única; visitar la cueva de Benagil, un espacio majestuoso creado por la erosión del viento y el mar, que se ha convertido en uno de los reclamos turísticos más importantes de la zona. Para acceder a ella puedes ir en barco, la opción elegida por la mayoría. El paseo dura una hora y puedes cogerlo desde varios puntos de Algarve, como Albufeira, Portimão, Faro y la playa de Carvoeiro. El único problema es que está prohibido el desembarco en la cueva y no podrás pisar la arena de la playa que existe en el interior. Si quieres apreciar la cueva en detalle y bañarte en sus aguas cristalinas, lo mejor es alquilar un kayak en la playa de Marinha, que es lo que vamos a hacer nosotros. Solo se tarda unos cinco minutos remando y es muchísimo más divertido. ¿Queréis verlo? —preguntó a su audiencia la aprendiz de *influencer*.

—Creí que habíamos venido a desconectar —le echó en cara su marido cuando todavía estaba subiendo el *reel* a su instagram.

—Nunca nos hacemos vídeos —desvió la atención tan pronto como pudo—. Ahora que tengo tiempo, me gustaría empezar a guardar recuerdos familiares.

Las explicaciones parecieron satisfacer a Antonio, que abandonó el conato de discusión para secar a las gemelas. Con los ánimos más calmados, se repartieron las piraguas e iniciaron la pequeña travesía marítima.

Durante unos minutos, aquella mujer absolutamente dependiente de la atención de los demás, fingió ser una madre normal y corriente y pareció disfrutar de hacer rabiar a sus hijas salpicándolas con el remo. Un trayecto en el que dejó atrás su narcisismo desacerbado y se limitó a ser una más. Incluso se animó a cantar con las gemelas como si no temiera ser excesivamente ordinaria y la gente pensara al verla que era una mujer del montón y no una diva.

Todo cambió en cuanto alcanzaron la espectacular playa de la cueva. La luz solar entraba directamente por el ojo de la gruta e iluminaba con intensidad las escarpadas paredes. Los arcos que la conformaban, vistos desde el exterior, le daban la apariencia de una catedral rocosa de una belleza imponente. Esa clase de grandiosidad que provocaba sentimientos de inferioridad en la mayoría de los seres humanos, excepto en Bruna. Ella, lejos de sentirse diminuta, se sentía emparentada con la monumentalidad, con el exceso. Aquella cueva y ella eran la misma cosa, un espectáculo digno de ser admirado las veinticuatro horas. De ahí que reaccionara mal cuando una de las niñas se quiso subir a su espalda, malinterpretando que seguía siendo la madre domesticada de la piragua y no el gigante televisivo que era.

Con un gesto desagradable se deshizo de ella y volvió a recuperar el teléfono como si hubiera ido hasta allí sola, sin disimular ni un ápice sus verdaderas intenciones.

—Al fin estamos dentro de la cueva. —Recuperó el contacto con su comunidad la yonqui del cariño, que no podía estar mucho tiempo sin consumir *likes* y atenciones—. Para mí es un lugar mágico. Fijaos en el color turquesa del agua. Es como si estuviéramos en una isla paradisíaca del Pacífico, ¿no os parece? ¿Y qué me decís de las paredes? —preguntó a su audiencia, y por un momento dejó de enfocarse en primer plano para hacer un paneo sobre la gruta—. La roca es de caliza y la erosión ha provocado que las paredes tengan esta forma de espiral tan espectacular. ¿Sabéis una cosa? —Volvió a girar el teléfono para colocarse en el foco—. Hace veinte años, en este mismo sitio, decidí que tenía que dejar la radio y aceptar una oferta de trabajo en televisión. Con la misma ilusión que entonces, hoy quiero anunciaros que inicio una nueva vida y a partir de ahora podréis seguirme por Instagram. Aquí me veréis comentando viajes, restaurantes, hoteles... Sin intermediarios, sin filtros, Bruna Pinheiro sin censura. ¿Qué os parece? Os leo. —Abrió la posibilidad a sus seguidores para que opinaran en su cuenta y aumentar así la interactividad.

Tan pronto subió el nuevo directo, miles de comentarios aparecieron en la pantalla. Sin apenas tiempo para leer alguno y disfrutar con aquel baño de masas, el molesto llanto de una de las gemelas la devolvió a la realidad.

Como si aquel *reel* nunca hubiera ocurrido, devolvió el *smartphone* al bolso y se acercó hasta ella, recuperando el disfraz de madre momentáneamente.

—¿Qué le pasa a mi monstruito? —moduló la voz de la misma forma que si hablara con un gato, y acto seguido, le permitió que se subiera a su espalda—. ¿Mejor ahora?

La niña asintió y con la ligereza propia de su edad, pasó del llanto a la risa en cuestión de segundos.

Más resistencia ofreció su marido, que empezaba a entender lo que estaba pasando y no veía el momento de reprochárselo.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que he hecho toda mi vida, trabajar —se defendió ante los ataques de Antonio.

—¿No te parece que eres un poco mayor para ser *instagramer*?

—Aparentemente también lo soy para salir en la televisión. ¿Dónde habéis decidido los hombres que puedo estar? ¿Encerrada en una cocina?

—No vayas por ahí. Lo tuyo no es feminismo, es narcisismo.

—Lo mío es rebeldía.

—Llámalo como quieras, pero ahora todo el mundo sabe dónde estamos.

A pesar de la rabia que sentía, Bruna Pinheiro se dio cuenta de que había cometido un error y, efectivamente, había guiado ella sola a la prensa hasta al Algarve. Era cuestión de tiempo que los *paparazzi* se agolparan en el resort y les arruinaran las vacaciones. Pero lejos de reconocer el fallo, trató de buscar una salida digna.

—Baja la voz, has hecho llorar a la niña —le reprochó en cuanto sintió que Paulina gimoteaba en su costado.

Aunque su marido zanjó la discusión, la presentadora tuvo que aceptar que la suerte le había abandonado definitivamente. Ya ni siquiera la fuerza telúrica de aquella cueva surtía efecto sobre ella. Estaba sola y a merced de las adversidades, como cualquier hija de vecina.

***

## 9
## Nervión, Sevilla

Ibrahim Ben Lahmar tenía apenas diecisiete años y un historial confuso. Involucrado varias veces en delitos de asesinato en grado de tentativa y amenazas leves, sus presuntas faltas nunca superaban la fase de investigación penal. En las seis ocasiones que estuvo en el foco de la fiscalía, dos en Málaga, tres en Algeciras y una en Melilla, había logrado salvarse en el último momento. Un fallo en la instrucción, un nuevo testimonio que cambiaba por completo la investigación, la jubilación de un magistrado... Siempre ocurría un milagro que le evitaba el mal trago de sentarse en el banquillo de los acusados. Una acumulación de elementos fortuitos que, precisamente, hacían pensar que nada de lo que ocurría con ese chico era casual sino premeditado. Alguien le protegía. Alguien con el suficiente poder e influencia para actuar con la misma contundencia en diferentes ciudades y con distinta fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado. Ya fuera policía o guardia civil o con la fiscalía de Málaga, Algeciras o Melilla, nadie tenía forma de meterle mano.

Montoya cerró el expediente del escurridizo Ibrahim y le dio un sorbo al café que Cárcamo le había traído del bar de la esquina. No soportaba el de la máquina de la comisaría. Sabía a rayos y le hacía empezar el día de malhumor. Pero por bueno que estuviera el cortado con leche condensada de La Chicotá, su ánimo no era mucho mejor. Estaba ofuscado. El testimonio de Fali la noche anterior había sido contundente. Inculpaba a Ibrahim de extorsión y amenazas a su padre después de acumular deudas de juego. Según su declaración, utilizaba a Manolo Lara a su antojo con la excusa de ir rebajando los cincuenta mil euros que debían. En principio, eran encargos de poca monta, la mayoría de las veces se limitaba a utilizarlo de chófer. No quería usar ningún vehículo que estuviera registrado a su nombre para sus trapicheos. Más tarde, las cosas se

complicaron y las peticiones fueran más comprometidas. Debía hacer todo lo posible por provocar el cierre de la competencia, la sala de apuestas Winchester. Si lo conseguía, le deuda quedaría liquidada. Así que su padre se esforzó todo lo que pudo para lograrlo hasta que acabó detenido. En el momento en el que se convirtió en la muleta del candidato progresista para acabar con las casas de apuestas, Ibrahim se plantó en la casa familiar para mostrarle su malestar. Eso había ocurrido en la tarde de ayer. Alrededor de las ocho. Después de eso, con el miedo en el cuerpo, presentó una denuncia por desaparición hasta que lo encontraron muerto en los alrededores de Santa Justa.

*A priori* era una declaración sólida que, como poco, obligaría al comisario y a la fiscalía a aceptar un interrogatorio con Ibrahim Ben Lahmar. Sin embargo, el expediente del portentoso escapista no invitaba a soñar. Necesitaba algo más contundente que aquel testimonio si quería tener más éxito que sus predecesores.

—Han encontrado algo en las cámaras de la carretera de Carmona —le anunció Fernández cuando Montoya acabó el café y se estaba planteando volver a casa a dormir un rato.

En el mismo instante en que el agente encargado de revisar las imágenes los vio aparecer en su mesa, le dio al *play* y al inspector le costó creer el giro de los acontecimientos. De manera nítida, se podía ver cómo a las diez de la noche, un vehículo de color blanco con matrícula inapreciable en la distancia estacionaba en los alrededores del puente. Del coche bajaban dos individuos, un hombre con gorra al que no supo reconocer e Ibrahim Ben Lahmar.

El principal sospechoso del homicidio no llevaba el rostro tapado, como si no temiera que pudiera haber cámaras en aquella zona. O, dicho de otra manera, como si le diera igual que existieran porque se sabía intocable.

Con una calma pasmosa, la pareja abrió el maletero, cargó el cadáver de Lara y sin muchas florituras arrojaron el cuerpo por el viaducto. Una maniobra que apenas duraba cuarenta segundos pero que era todo lo que necesitaba Montoya para solicitar una orden de busca y captura con garantías de éxito.

—Quiero saber quién es la otra persona y el número de la matrícula antes de hablar con Martínez —dijo ansioso. Y por si quedaba alguna duda de la urgencia, lanzó un exabrupto—. ¡Vamos, hostias!

***

## 10
## El Arenal, Sevilla

Desde fuera parecía la simple fachada de una tienda de fotografía, tan anacrónica como un videoclub o un salón recreativo. Presidía el escaparate una foto de gran tamaño de una niña vestida de comunión con las manos juntas fingiendo una oración. Su cara estaba más tensa que alegre, como si en lugar de esperar la gracia de Dios estuviera aguardando que le disparara un pelotón de fusilamiento. La clase de imagen *kitsch* que decoraba gran parte de los salones de España desde principios de los años ochenta.

Más o menos desde entonces allí no entraba nadie. Alguna vez se colaba una francesa o un italiano despistado para comprar un refresco o una botella de agua, pero por lo demás era un local de lo más discreto a pesar de estar cerca de La Maestranza.

Precisamente, fue su intrascendencia y total falta de interés lo que llamó la atención de Lucía Gutiérrez. Tenía el mismo aspecto que un anciano moribundo conectado a una máquina de oxígeno. Aquel local no necesitaba que hubiera un cartel de cerrado colgado de la

puerta para que todo el mundo entendiera que aquello era una ruina en peligro de derrumbe. Portarretratos, películas fotográficas y cámaras réflex o compactas componían aquella galería del olvido. Allí no se vendía nada que el ser humano pudiera necesitar salvo tristeza envasada al vacío. El tipo de negocio fantasma cuya existencia solo se explicaba porque escondía algo turbio, como servir al narcotráfico de lavadoras de dinero. O algo todavía más opaco, como los servicios que ofrecían los dos exguardias civiles.

—No tenemos nada —se quejó Lucía en la trastienda del local, verdadero centro de operaciones del comando clandestino.

Frente a ella había una pared con lo que parecía un organigrama con rostros en su mayoría desconocidos. En la cúspide, hombres de nacionalidad asiática que respondían al apodo de «Cabezas de serpiente» y figuraban como capitanes de estructuras criminales dedicadas en su mayoría al tráfico de drogas y al blanqueo de capitales, aunque tampoco hacían ascos al tráfico de personas y a la trata de blancas. Asociados a ellos, figuraban una red de empresas de transporte internacional y paquetería postal regentadas por ciudadanos chinos como elemento intermediario facilitador de su actividad ilegal.

Cada uno de estos denominados *cabezas de serpiente* lideraban los comandos y operaciones de las ciudades en las que operaban en Andalucía. A falta de nombres oficiales, les habían designado unos al azar para poder diferenciarlos. Jian estaba al frente de Málaga, Guodong de Marbella, Yaozu de Algeciras y Yangyang de Sevilla. Los cuatro estaban conectados con una empresa de transportes con sede en Madrid; la sociedad Anda Transportes y Logística SL, cuya actividad se articulaba desde una nave en el polígono Cobo Calleja de Fuenlabrada, que Lucía Gutiérrez conocía bien y donde ahora tenía la seguridad que comenzó su descenso a los infiernos.

Al frente de la misma aparecía como presidenta y accionista Huang Liou, que a su vez dirigía la filial italiana, Euro Anda Srl. Una sociedad que según sus investigaciones estaba estrechamente relacionada con Zhang Naizhong, al que Europol consideraba jefe de la mafia china en Italia y cuyas ramificaciones se extendían también por Hamburgo, Bruselas y Róterdam.

En un escalón inferior aparecía un único nombre; el brigada Reyes. Como habían constatado en el último año, se trataba de la persona de confianza en el bando de la Guardia Civil, una especie de encargado de solucionar los problemas de la organización cuando se topaban con la ley. Ya fuera en Cobo Calleja, donde Anda Transportes y Logística SL estuvo procesada en el conocido como «caso Juguetes», donde se desarticuló una organización dedicada a introducir en España mercancías fabricadas en China alterando su valor real para facilitar así un fraude fiscal masivo, como en Málaga, en el caso del *container* número 35.904 que ocultaba los cadáveres de migrantes de origen vietnamita, Reyes siempre conseguía que los principales responsables quedaran al margen de la investigación.

Sin embargo, a pesar de ser el único agente al que tenían identificado, eran conscientes de que solo no podía hacer todo aquello. Necesitaba la ayuda de otros perfiles con más poder como oficiales, jueces o políticos. Alguien que tuviera la autoridad suficiente para frenar las investigaciones.

Desafortunadamente, en el último año, a pesar de haber realizado multitud de trabajos para él, no habían logrado ninguno de esos nombres, algo que desesperaba por completo a Lucía, que empezaba a plantearse si todo aquello valía la pena.

—Tenemos las manos manchadas de sangre para nada —se lamentó al mismo tiempo que se encendía un cigarro, dos tareas

para las que estaba altamente cualificada.

—Nos hemos ganado su confianza. Eso lleva tiempo... y sacrificios —dijo Urbizu guardando en una carpeta todas las fotografías que hicieron en Ayamonte a Rodrigo Carranza y al cadáver de su acompañante.

—Para eso no hacía falta montar lo de ayer.

—Si fuera fácil, ya lo habrían hecho otros. He trabajado muchos años en Asuntos Internos. Sé cómo funcionan las cabezas como la de Reyes. Nos está poniendo a prueba.

—¿Un año examinándonos? A mí me suena a que nos está tomando el pelo. El hijo de puta nos tiene las mismas ganas que nosotros a él.

—Va a necesitarnos, antes o después. Estoy seguro. Ahora sabe de primera mano que funcionamos bien —fue lo último que dijo Urbizu antes de abrir un cajón donde guardaban el resto de los archivos de los asuntos turbios que les había encargado el entorno de Reyes en aquel tiempo. Al menos habría otras diez carpetas más con sucesos parecidos.

Lucía Gutiérrez le echó un vistazo al cajón y la avalancha de muertos la sepultó. Demasiadas familias sin poder enterrar a sus seres queridos para un plan de largo recorrido que no daba excesivos resultados. Ganarse la confianza del brigada era poca recompensa para el tanatorio que habían construido en aquella mesa de oficina. ¿A cuántas más mujeres y hombres debían quitarse de en medio para empezar a tener nombres relevantes?

Por su cabeza sondeó diversos escenarios en los que poder descargar toda aquella frustración. Entre ellos, los que ganaban más enteros eran volcar la mesa o destrozar contra la pared todas aquellas cámaras fotográficas que nadie quería. Si no lo hizo no fue por falta de ganas, sino por cumplir a rajatabla la promesa que le

había hecho tiempo atrás a Urbizu: nada de lo que hicieran sería personal. Y lo cierto era que más que aquellas víctimas que recibían sepultura en un cajón, lo que de verdad le hacía enfermar era la impunidad con la que se movía Reyes. Sabía que era un sentimiento terriblemente infantil el de no saber encajar que en el mundo había dos velocidades: la de los que se tenían que buscar la vida con su trabajo y la de los que habían sido apadrinados por otros con poder e hicieran lo que hicieran siempre caían de pie. Al menos eso era lo que se decía a sí misma. Pero si de verdad quería ser sincera, lo que no era capaz de admitir era que la hubieran utilizado. No podía digerir que uno de los momentos más felices y liberadores de su vida tan solo hubiera supuesto para Reyes una forma de distracción, una manera de tenerla aturdida para perjudicar una redada. Ella, que era la más lista de la clase, que los veía venir a kilómetros y salía siempre ilesa, de repente, no era más que otra mujer que caía rendida ante los encantos de un fanfarrón que nunca la había deseado realmente. Pero cómo explicarle a Juan, a Claudia o al propio Urbizu que lo que la movía realmente no era una sed desmedida de justicia sino un primario y elemental sentimiento de despecho.

***

## 11
## Nervión, Sevilla

Desde la terraza central del Nervión Plaza se podía ver un mural con los rostros de algunos de los jugadores más emblemáticos de la historia del Sevilla Fútbol Club. Juan Arza, Marcelo Campanal y futbolistas más recientes como Davor Šuker o José Antonio Reyes estaban inmortalizados bajo la leyenda: «Incansables y eternos

jugadores». Cuanto más tiempo pasaba el brigada observando la fachada, más tenía la sensación de estar contemplando una vitrina de mariposas disecadas. Jugadores de no más de treinta años que quedaban allí expuestos en su mejor momento deportivo como si el futuro, la vejez y las lesiones no existieran para ellos. Los aficionados no deseaban recordarlos calvos o pasados de peso, querían que siempre fueran jóvenes y hermosos, exactamente como si estuvieran disecados en un museo taxidermista.

—¿No había otro sitio para quedar? —saludó con una queja el comisario Martínez, que detestaba tanto los centros comerciales como el Sánchez-Pizjuán.

En aquella ciudad de pasiones divididas no valían las medias tintas. Se era de la Esperanza o de la Macarena, de Sevilla o de Triana y, por supuesto, del Betis o del Sevilla. Y él era verdiblanco de rancio abolengo. De los que un domingo de cañas en El Salvador sentenciaba sin ironía que una cosa era el fútbol y otra el Betis, y eso era tan evidente que si, por ejemplo, no existiera el fútbol, existiría el Betis.

—Es un sitio discreto. Aquí parecemos gente normal —se justificó Reyes mostrándole una bolsa de H&M con unos calcetines recién comprados.

Tantos años moviéndose en las sombras le habían servido para aprender que en su oficio ser parte de una mayoría anodina era una virtud y no un defecto. Cuanto menos llamara la atención, cuanto más pudiera mimetizarse con una persona del montón, menos sospechosos parecían sus movimientos y los encuentros que mantenía a diario. De ahí que no mostrara nunca en público ninguna rareza o particularidad. Todo en él era normativo, estándar, gris.

—¿O prefieres que todo el mundo nos vea en comisaría?

—Me basta con movernos un poco y no tener que ver eso. —Martínez echó a andar como si el escudo del Sevilla tuviera el mismo efecto en él que un crucifijo en un vampiro. Solo cuando creyó estar lo suficientemente alejado de lo que consideraba el símbolo del diablo, se relajó—. Si no quieres líos, será mejor que saques a tu chico del país.

—¿A Ibrahim? —preguntó sorprendido Reyes.

—A ese mismo. La orden de busca y captura está al caer. Fue muy descuidado con Lara.

—Es joven, cree que lo sabe todo. Tú y yo también hemos tenido diecisiete años, esa enfermedad se cura con la edad.

—O con la cárcel —dijo serio el comisario—. El muy gilipollas ni se cubrió la cara al arrojar el cadáver por el puente. Está todo grabado.

Reyes se quedó pensativo y valoró todas las posibilidades antes de preocuparse. En su negocio era tan importante no destacar como no desarrollar empatía con nadie. En el momento que se estrechaban los lazos y la parte emocional se volvía importante, uno perdía de vista el foco. Tenía prohibido sentir lástima por nadie. Daba igual que le cayera bien o que le pareciera vulnerable. Si había sobrevivido durante tanto tiempo era por tener dos únicos amigos; su ego y su cuenta corriente. E Ibrahim no era ninguno de ellos.

—¿Hay alguna posibilidad de que esas grabaciones se pierdan? —quiso saber el precio antes de dar por perdido a su pupilo.

—Para ti, sí. Pero no va a ser barato. Por menos de medio millón no me complico la vida —dijo Martínez, que nunca daba un paso en falso hasta saber qué había en la balanza y si le compensaban o no las molestias—. Compréndeme, estoy mayor para follar sin condón.

—Y yo para irme de putas —sonrió Reyes, que en cuanto supo el precio decidió que la operación no era viable. Si el chico no lograba escapar, le saldría mucho más barato liquidarle en los calabozos que

eliminar pruebas. Así funcionaba el mercado, había que dejar de lado las emociones y estudiar la mejor oferta posible—. ¿Te apetece un helado? Te invito. No quiero que te vayas con las manos vacías —bromeó al mismo tiempo que le dejó claro que no estaba dispuesto a pagar tanto dinero por un subalterno.

Al rato, los dos hombres merodeaban la terraza del Nervión Plaza con dos tarrinas pequeñas de helado de chocolate. Ninguno se dejó tentar con sabores extravagantes. Ambos querían fingir que eran gente del montón y no dos mercenarios al servicio de las mafias que entre cucharada y cucharada ponían precio a la vida de los demás.

***

## 12
## Alfalfa, Sevilla

Los rayos de sol penetraban por los agujeros de la persiana y dibujaban en la pared formas arabescas, algo que a Rodrigo le pareció de lo más relajante.

Llevaba despierto unos diez minutos. Entre los efectos de los calmantes y el estrés de las últimas horas se mantenía somnoliento y sin las fuerzas necesarias para salir de la cama y enfrentarse a un nuevo día. Muy al contrario, prefería quedarse entre las sábanas entretenido con las sombras al igual que un bebé que disfruta de los proyectores de estrellas desde la cuna.

Ovillado sobre las almohadas se hacía el remolón. Había llegado a la conclusión de que todos los infortunios derivaban de no saber quedarse tranquilo en la cama. En realidad, no era un descubrimiento nuevo. La primera vez que alguien le habló de aquello fue durante las obras de reforma de su casa. Una mañana, Andrés, el albañil encargado, decidió no acudir al trabajo y quedarse

tumbado en la cama indefinidamente. No pudo darle un motivo concreto. No estaba deprimido, ni enfermo ni había sufrido un percance laboral. Ni siquiera se trataba de un desengaño amoroso. De un día para otro decidió que allí tumbado nada malo le podía ocurrir.

Durante las primeras semanas de su autoimpuesto reposo, el resto de la cuadrilla de albañiles trató de convencerle para levantarse y salir de la cama, pero resultó inútil. Fue al cabo de los meses cuando se dieron cuenta que aquella era una tragedia que carecía de nombre, de causa y de remedio y que podía haberle ocurrido a cualquiera de ellos. ¿Quién no había estado tentado alguna vez de quedarse para siempre en la cama? ¿Quién no había fantaseado con la posibilidad de dejar atrás las incomodidades del día a día, de exponerse a la fatalidad, a las malas noticias, a los atascos, al frío? Aquello era tan inevitable como la lluvia. O al menos así lo entendió Rodrigo, que quiso saber más del tema.

Al parecer, había más personas como Andrés. Se referían a ellos como tumbados, otros los denominaban acostados y algunos, incluso, utilizaban el término francés *encamados*. Tanto unos como otros coincidían en señalar que ni eran unos vagos ni unos neuróticos, sino hombres y mujeres que un buen día decidían suspender toda actividad social y descansar.

Aquella idea de entregarse al reposo le seducía poderosamente. Hacer como Andrés y no volver a salir del dormitorio. Dejar atrás definitivamente una vida que solo le decepcionaba una y otra vez. No tendría que verle la cara nunca más a su padre. Ni cruzarse por la calle con Macarena. Y mucho menos sentirse responsable por la muerte de una mujer que no supo controlar sus impulsos.

De alguna forma, el esguince era lo mejor que le había podido pasar. Un ensayo para demostrarse que él también era un rebelde

como aquel albañil, una suerte de revolucionario que decide plantarle cara al sistema donde más daño se le puede hacer, encerrado en casa sin desear nada de lo que el capitalismo le podía ofrecer. Ni un trabajo ni una pareja ni unas vacaciones. Después de todo, pensó, tendría que agradecérselo a la loca que le destrozó la rodilla en Isla Canela.

Todavía estaba fantaseando con pasar quince años en la cama y observar desde allí el mundo con una enorme apatía cuando se fijó de nuevo en el móvil. No lo había tocado desde la noche anterior cuando creyó recibir un mensaje de Carmen Camacho a través de Tinder. Estaba seguro de que lo había leído mal. Debía tratarse de otra persona. Tal vez incluso aquello fue producto de un delirio provocado por la mezcla de relajantes musculares, alcohol y drogas.

Fuera como fuese, debía encender el teléfono y salir de dudas. En cuanto entró en la *app* de citas, descubrió que tenía más de un mensaje. Uno pertenecía a una tal Patricia, cuya foto de perfil era un inquietante gato sin pelo con una bufanda del Sevilla colgada del cuello. «¿Quieres hablar?», le preguntaba la pretendienta. El resto de sus fotos tampoco invitaban a soñar. Había una de un plato de potaje y otra de la Virgen del Rocío. A Patricia le gustaban por igual los derechos humanos y las corridas de toros. En el mundo real alguien la habría tomado por una perturbada, en Tinder, no. Allí era un perfil muy popular. Una de esas cosas que a Rodrigo le venían a confirmar que lo mejor que podía hacer era quedarse en la cama para siempre.

Los siguientes mensajes, sin embargo, le provocaron una terrible angustia. Eran todos de Carmen, que, ante su falta de respuesta, había seguido escribiendo compulsivamente:

> Hola, ¿estás despierto? 00.12
> Necesito hablar contigo 00.13

No encuentro a mi hermana 00.13
No está en casa ni responde a mis llamadas 00.14
Creo que fuiste la última persona a la que vio 00.20
¿Hola? 00.30
Por favor, dime algo, estoy preocupada 00.45

Lo primero en que pensó fue en que la otra persona podría ver que acababa de leer sus mensajes y que, por tanto, si no contestaba parecería sospechoso. Al igual que cuando descubrió el cuerpo de Carmen lleno de sangre, Rodrigo fue incapaz de empatizar con ella o con sus familiares. Tan solo podía dedicarse tiempo a sí mismo y a la sensación de estar acorralado. Por mucho que le costara aceptarlo se comportaba como un sociópata, alguien que ignoraba los sentimientos de los demás y que no sentía culpa ni remordimiento por sus comportamientos.

El teléfono se iluminó de nuevo y los peores presagios del hijo del candidato se hicieron realidad. Frente a sus ojos aparecieron tres mensajes nuevos de Carmen Camacho:

¿Estás ahí? 11.15
Apareces en línea 11.15
¿Dónde está mi hermana? 11.16

La pantalla del teléfono se apagó, no así el último mensaje, que se quedó grabado en la retina de Rodrigo.

*¿Dónde está mi hermana?*

La pregunta, pertinente y rotunda, le retumbaba en la cabeza como si en lugar de estar escrita, se la estuvieran gritando a la cara.

*¿Dónde está mi hermana?*

Las formas arabescas de la pared desaparecieron y fueron sustituidas por aquellas cuatro palabras que se proyectaron por las

esquinas del dormitorio.

*¿Dónde está mi hermana?*

De golpe, la habitación también dejó de ser un lugar seguro y se transformó en una pared acusatoria. No podía ignorar por más tiempo aquella pregunta. Tenía que hacer algo si no quería que le delataran a la policía. Solo disponía de dos posibilidades: volver a pedirle ayuda a su padre y terminar de confirmarle que era un inepto o tratar de resolver el problema él mismo.

Indeciso, las cuatro palabras malditas se proyectaron de nuevo ante sus ojos.

*¿Dónde está mi hermana?*

Finalmente, eligió el camino del orgullo y tomó con decisión el *smartphone*.

Será mejor que lo hablemos en persona 11.21
¿Dónde nos vemos? 11.22

No había terminado de enviar el último mensaje cuando desde el otro lado ya le estaban escribiendo.

En cuanto salga de trabajar 11.22
Puerta de Jerez 11.22
Esta tarde, a las cuatro 11.23

Pocos minutos después de haberse propuesto rebelarse contra el sistema y no complicarse más la vida, Rodrigo puso fin a su bonita historia como tumbado y salió de la cama cojeando dispuesto a meterse en otro charco. Se le daba igual de mal ser constante que ser el hijo de Jesús Carranza.

***

## 13
## Los Remedios, Sevilla

—¿Cuánto dura el efecto de la anestesia? —preguntó el candidato a Salinas, el dentista que le trataba desde hacía diez años, concretamente desde que le echó una mano con el caso «DentalClean», una red de clínicas para personas sin recursos con deseos de lucir dentadura a precio *low cost* que acabó en el mayor escándalo sanitario dental de Andalucía.

Con aquel asunto Salinas perdió cinco clínicas, pero gracias a los contactos de Carranza salió indemne de una estafa de miles de euros en préstamos y más de cien denuncias por negligencia. Allí donde los demás veían delincuentes y corruptos, el candidato veía oportunidades de negocio.

—De tres a cuatro horas —le respondió el odontólogo sin dejar de revisarle la muela—. A partir de ahí, deberías ir recuperando poco a poco la sensibilidad bucal. —Salinas giró el espejo dental alrededor de la zona afectada y cambió de diagnóstico—. En tu caso, el flemón está muy cerca de una estructura nerviosa y puede ser que la zona intervenida quede adormecida durante más horas e incluso durante más de un día.

—¿Estás de broma? Tengo que dar un discurso en un entierro —se quejó Carranza incorporándose de golpe—. Tiene que haber otra solución.

Al candidato le costaba asumir la realidad. Creía que el poder era una pulserita de todo incluido con el que podía moldear la existencia a su antojo. Si algo no le gustaba, no temía mostrar su descontento hasta conseguir lo que deseaba. A efectos prácticos, más que un político era un adulto infantilizado, un tirano de ocho años que no había madurado y no dudaba en recurrir a agresiones, amenazas e insultos siempre que le llevaban la contraria.

—Si la hubiera, te la daría. Lo siento, pero yo que tú cancelaría la agenda —señaló de manera inconsciente el dentista.

—Y yo que tú no estafaría a gente que no tiene donde caerse muerta. Pero somos lo que somos y hacemos lo que hacemos.

Salinas le miró y entendió que para su cliente hasta un dictamen científico era tan solo una opinión. Si bien le resultaba sencillo tenerle cariño a los niños que actuaban como niños y pataleaban cuando se les llevaba la contraria, le era más difícil entender a alguien que actuaba como ellos en el cuerpo de un adulto.

—Haz lo que sea, me da igual que sea legal o no, pero en tres horas debo tener la boca de puta madre, ¿estamos? —preguntó como si realmente importara algo la opinión de Salinas.

—Puedo hacerlo sin anestesia, pero no va a ser agradable. Es la única manera.

Carranza se dio cuenta de que él mismo se había metido en un callejón sin salida del que ya era demasiado tarde escapar. Le había amenazado para que le diera una solución y ahora no podía mostrar reparos. Era la maldición de Peter Pan, bastaba que le retaran para aceptar cualquier desafío, por disparatado o irresponsable que fuera.

—¿Y a qué esperas? —Disfrazó el temor y la inseguridad colocándose tres peldaños por encima del doctor, a una altura que estaba muy lejos de sentir.

Carranza se recolocó en la camilla y abrió la boca preparando su cuerpo para el dolor.

***

## 14
## Albufeira, Portugal

Una manada de unos veinte delfines saltó al unísono cerca de la playa. Vistos desde la distancia eran como un equipo de natación sincronizada. Un espectáculo que llamó la atención de las gemelas, que los observaban maravilladas mientras sus padres discutían alejadas de ellas para que no les escucharan. Costumbre que lejos de tranquilizarlas, las solía exaltar. Tenían comprobado que cuando hacían eso era para hablarse mal, circunstancia que podía alargarse durante horas y que solía acabar con una *pizza* como premio de consolación.

—Son muy listos —les dijo un guía turístico al verlas solas—.Todo lo hacen juntos. Cazan, comen... hasta respiran a la vez. Se parecen mucho a nosotros.

—Nosotras siempre estamos solas —envidió Paulina la suerte de los delfines.

Las palabras de la niña dejaron descolocado al guía, más acostumbrado a entretener que a consolar. Tanteó la posibilidad de escaquearse y volver con su grupo a hacer bromas con los ingleses sobre lo mal que toleraban el sol. Pero algo le removió por dentro y en el último momento decidió ayudarlas.

—¿Dónde están vuestros padres?

Paulina se giró en dirección al chiringuito y señaló a una pareja que reñía con vehemencia. La tirantez entre Bruna y Antonio era tan obvia que no hacía falta estar cerca de ellos para darse cuenta de que estaban a punto de llegar a las manos.

En un primer momento, el guía no la reconoció. Sin embargo, cuanto más la veía gesticular exageradamente, cayó en la cuenta de que se trataba de la conocida presentadora de televisión. Momento en el que consideró que más allá de echar una mano, podía sacar tajada de aquel encuentro fortuito.

—¿Nos vas a hacer una foto? —le preguntó Roberta al verle grabar con el teléfono móvil a sus padres.

—Sí, claro, con los delfines de fondo —disimuló el guía ante las niñas sin dejar de grabar.

Las gemelas sonrieron y levantaron los dedos índice y medio para hacer el gesto de la victoria. Eran una fotocopia la una de la otra. La misma postura. La misma mueca. Complemente coordinadas le confesaron al desconocido que querían ser tan felices como aquellos animales y pasar todo el tiempo juntas.

—Será mejor que vayáis con ellos, yo me tengo que ir y no me gustaría dejaros aquí solas —disfrazó su maniobra de gesto solidario y al cabo desapareció de la playa.

Las dos hermanas cruzaron los apenas cien metros que las separaban del chiringuito dando saltitos de idéntica longitud y se reencontraron con Bruna y Antonio que, cansados de discutir, recibieron la visita como un merecido descanso.

—¿Queréis que volvamos en coche y pidamos una *pizza*? —preguntó la reina de las mañanas, que no era capaz de soportar una caminata familiar.

Como perros de Pavlov, en cuanto su madre pronunció la palabra *pizza*, se apoderó de las gemelas un fuerte sentimiento de tristeza. Aquellos almuerzos de recompensa sabían a melancolía, a silencios incómodos, a miradas de reproches. Eran peor que una siesta de verano donde el tiempo pasaba terriblemente lento y debían fingir que dormían.

—¿Puede ser hamburguesa? —preguntó Paulina, tratando de engañar al destino y cambiar la suerte de lo que estaba por pasar.

—Claro, con doble de queso. —Les regaló el oído Antonio, que todavía hacía malabarismos para aparentar que estaban allí de vacaciones y no en el funeral de Bruna Pinheiro.

La manada de delfines disfuncionales subió al Uber y puso rumbo de vuelta al resort envuelta en un escrupuloso silencio, que solo se interrumpía de tanto en cuanto con canciones de Taylor Swift que las niñas cantaban de memoria y que crispaban aún más los nervios de la gran dama de la televisión, que no veía el momento de llegar y despejarse con un *gin-tonic*.

Por desgracia para todos ellos, en la entrada del complejo hotelero no le esperaban ni hamburguesas con doble de queso ni copas de balón de ginebra. En lugar de ello, aguardaba una nube de fotógrafos impacientes por recoger el hundimiento profesional y familiar de la diva portuguesa.

Sin tiempo para reaccionar, la turba de periodistas se arremolinó en torno al coche y las preguntas incómodas se entrelazaron sin cesar con cientos de fotografías.

—Te lo dije, joder, ¿a quién se le ocurre poner la ubicación en redes sociales? —se apresuró Antonio a tener sus cinco segundos de protagonismo antes de que la presión les obligara a centrarse en escapar de todos ellos.

Bruna Pinheiro se tomó unos segundos antes de contestar. Cualquiera que la conociera podía intuir que no lo estaba pasando mal por exponer a sus hijas a todo aquello. Al contrario, en lo único en lo que podía pensar era en que iba a abrir todos los magazines y programas del corazón de la tarde. Tal vez no por los motivos deseados, pero en aquel negocio solo había una forma de seguir con vida, que hablaran de una, aunque fuera mal.

—Saca a las gemelas y llévalas a la piscina. Yo me quedo con ellos —dijo con pesar, como si realmente se estuviera inmolando por el bien de su familia y no quitándoselos de encima.

Antonio comprendió que era lo más sensato y no cuestionó la decisión. Con cuidado, cubrió el rostro de las niñas con las cazadoras

y salió del coche abrazándolas con fuerza.

Mientras su familia avanzaba entre los fotógrafos, la reina de las mañanas sacó del bolso un espejo de mano y se maquilló como si estuviera a punto de entrar en un plató de televisión.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno.... —Se dio a sí misma la cuenta atrás de idéntica manera que lo haría un regidor.

La estrella de las mañanas volvía a ser la protagonista de su *show*.

—Estáis destrozando a mi familia —dijo afectada a la prensa.

Por fuera se le veía terriblemente afectada, por dentro solo ella sabía lo feliz y radiante que se sentía.

***

## 15
## Asentamiento chabolista del cementerio, Lepe

Cuando Claudia contempló la chabola de Sabali reducida a cenizas, se le heló la sangre. Se sentía ridícula por haberla presionado para que liderara una demanda colectiva. En cierta medida le había empujado a abandonar el espacio de víctima que ocupaba para desplazarla a uno todavía más incierto, el de heroína, y tal vez ese señalamiento, le había acarreado represalias.

—Han identificado a una de las víctimas —dijo Pablo, su compañero de la ONG—. Era un capataz de la finca, Joaquín Hernández. Ese que era un baboso, ¿te acuerdas?

El dato solo hizo acrecentar su sentimiento de culpabilidad y las preguntas se le acumularon mientras observaba los estragos del fuego; ¿le habría amenazado? ¿Discutieron? ¿Fue un incendio natural o provocado? Una larga lista de interrogantes con el que

deseaba enmascarar lo que realmente le preocupaba, ¿sería el otro cuerpo el de Sabali?

—¿Y la otra? —quiso salir de dudas la hija de Lucía Gutiérrez.

—Todavía no lo saben. Lo único que parece claro es que se trata de una mujer.

Cada nueva información de Pablo la dejaba más intranquila. Si bien se encontraba allí con el resto de los voluntarios para trasladar a los afectados por el fuego al polideportivo municipal, su verdadera misión era descubrir qué había ocurrido con su amiga y despejar definitivamente la incógnita de si había muerto o seguía con vida.

—Nos están esperando. —Le metió prisa Pablo—. Hay que llevarlos a todos antes de la hora de comer.

—Dame un segundo, tengo que ir al baño —se excusó Claudia dirigiéndose a una de las letrinas portátiles que había instalado servicios sociales para que los trabajadores pudieran hacer sus necesidades.

En cuanto vio que su compañero se adentraba en las profundidades del gueto, sacó su teléfono y llamó de nuevo a Sabali. Lo había hecho en repetidas ocasiones desde que la alertó el día anterior. El hecho de que le hubiera avisado del incendio le hacía pensar que pudo escapar antes de que las llamas consumieran la barraca de plástico donde vivía. Era solo una hipótesis, pero sospechaba que el miedo a que le culparan de lo sucedido podría haber provocado que se escondiera y no respondiera a sus llamadas.

Si insistía era porque de verdad creía que entre ambas existía un tipo de conexión más fuerte que el que se daba normalmente entre una voluntaria y una temporera, y tarde o temprano, se daría cuenta de que podía confiar en ella y devolverle la llamada. Justo la clase de pensamiento burgués que sufren los occidentales cuando rozan de lejos una tragedia y quieren gozar de los privilegios que supone

ser considerado una víctima; que te escuchen y admiren con la misma intensidad que ella escuchaba y admiraba a Sabali.

Sin embargo, a pesar del fuerte convencimiento de que una y otra estaban unidas por un hilo invisible que cruzaba continentes, clases sociales y estereotipos, su insistencia no surtía efecto.

Estaba a punto de colgar cuando le pareció oír a lo lejos el sonido de otro teléfono. La coincidencia le hizo tener una especie de presentimiento e interrumpió la llamada de inmediato. Tan pronto como lo hizo, la melodía dejó de sonar, lo que le llevó a repetir la maniobra y marcar el mismo número. Tal y como suponía, la armonía volvió a resonar en la distancia, por lo que pensó en seguir su sonido a través del asentamiento chabolista. Si estaba en lo cierto, debía provenir de algún lugar no muy distante al que se encontraba.

Tras dos intentos nulos en los que dejó de oír la melodía predeterminada, se encontró con dos nigerianos que jugaban al futbolín rodeados de cubos de basura, como si en lugar de estar sobreviviendo en los márgenes de la pobreza, disputaran la final de un Mundial en un estadio colosal.

—¿Lo oís? —les interrumpió Claudia cuando uno de ellos marcó gol.

—¿El qué? —preguntó el que lo había encajado, dispuesto a agarrarse a cualquier excusa que le permitiera interrumpir el partido.

—¡Eso! —insistió ella después de un rato de silencio que les permitió escuchar con claridad el sonido del móvil de Sabali —.Necesito encontrarlo. Es importante.

Los africanos abandonaron el futbolín y se unieron a la búsqueda. En parte por echar una mano y en parte seducidos con la idea de convertirse en detectives durante unos minutos.

—Es Maluma —señaló el más alto de ellos transcurrido un tiempo.

—¿El qué? —Mostró su desconcierto la hija de Lucía Gutiérrez.

—La canción que se escucha en el móvil, es de Maluma.

—No me gusta, es muy machista —opinó su amigo.

—Bueno, yo creo que hay que saber separar la obra del artista —trató de defenderle.

—¿Viene de ahí, no? —interrumpió la discusión Claudia, más preocupada por su amiga que por reivindicar la música urbana.

—Del tendedero —confirmó el presidente del club de fans de Maluma.

Los tres dejaron de hablar y se distribuyeron alrededor de la improvisada cuerda sobre la que estaba colgada la ropa.

La primera en ponerse de rodillas y gatear sobre la tierra fue Claudia. Al cabo, los nigerianos se sintieron obligados a hacer lo mismo y entre los tres rastrearon palmo a palmo la parcela.

—¡Joder! —gritó el más alto.

—¿Lo has encontrado? —preguntó la hija de Lucía.

—Me he equivocado, no es Maluma. Es Don Omar. ¡Joder, qué cagada!

—Es difícil distinguirlos, hermano —le consoló su amigo—. La culpa no es tuya, es de la industria, que lo hace todo igual.

—Eso es por el autotune. Ahora nadie canta de verdad.

—¿Bad Bunny tampoco?

—Tampoco. Le quitas el autotune y canta peor que tú.

—¡No me jodas! Estoy flipando, ¿tú lo sabías? —quiso saber la opinión de Claudia.

—No le sigo mucho, no es mi estilo —contestó seca sin dejar de palpar el suelo con las manos en busca del teléfono.

—¿Y cuál es tu estilo? —Se levantó indignado el más alto.

—¿Podemos centrarnos en encontrar el móvil?

—Lo tengo en la mano, pero no te lo voy a dar hasta que me digas cuál es tu estilo —le amenazó mostrándole el teléfono de Sabali, en cuya pantalla se podía leer «Claudia ONG».

—No sé, ¿Los planetas?

—¿Quiénes son esos? No había escuchado ese nombre en mi vida.

—Se lo está inventando, bro —le apoyó sin condiciones su amigo.

A Claudia aquellos dos africanos melómanos le sacaban de quicio y al mismo tiempo le daban una ternura infinita. En lugar de reaccionar mal, como tantas veces le había visto a su madre, decidió buscar una canción en Spotify y reproducirla.

—Es mi favorita, se llama *Segundo premio* —dijo mientras sonaron los primeros acordes.

La voz de Jota se coló entre las chabolas de los temporeros. A Claudia le resultaba raro oírle allí, rodeado de miseria, poniendo de relieve una ruptura sentimental en lugar de la lucha por unas condiciones dignas. Sin embargo, a sus acompañantes no parecía disgustarles. Al fin y al cabo, ellos también eran jóvenes y vivían el amor con la misma intensidad que ella.

—No está mal —reconoció el más alto—. ¿En qué idioma canta? —preguntó inocentemente.

—Español con acento granadino —Se río la hija de Lucía Gutiérrez.

—¿Eso es español? Pues le vendría bien un poco de autotune —bromeó antes de entregarle el teléfono.

A pesar de las ganas que tenía Claudia de ponerse a revisarlo en busca de alguna pista, concluyó que no debía complicar más las cosas y que lo más sensato era entregárselo a la policía. De modo que se lo guardó en el bolsillo y cambió de plan sobre la marcha.

—¿Cuál es tu canción favorita de Bad Bunny?

—¿Es para reírte de mí?

—No, para escucharla juntos.

—*Me porto bonito* —dijo sonriendo.

—Puf, buenísima —añadió su amigo.

Y como si fuera un grupo de amigos normal y corriente, los tres jóvenes escucharon atentos las primeras estrofas de aquella canción.

***

## 16
## Casa Pilatos, Sevilla

En el Salón Dorado de la Casa Pilatos, apoyada en el alfeizar de la ventana que daba al estanque del jardín, la espectacular escultura de la diosa Venus dormida centraba las miradas de Lucía Gutiérrez, Urbizu y Reyes. Sin duda, se trataba de uno de los puntos claves de la visita. La escultura estaba ubicada estratégicamente bajo un arco de yeso que enmarcaba el paisaje del jardín del palacio, inundado de luz y color, del perfume de las rosas y del sonido del agua del estanque.

Nada de eso llamaba la atención del brigada, que lejos de dejarse embriagar por aquel festival para los sentidos, sentía la obligación de compartir su punto de vista sobre la contorsión del cuerpo de la diosa.

—Está como recién follada, ¿no te parece? —provocó a Lucía—. Ese momento justo después de correrte en que te entra un sueño que te mueres. Como el que te entraba a ti en el coche patrulla.

—No sabía que eras historiador del arte —ironizó ella sin entrar al trapo.

Reyes sacó el teléfono y le pidió a una turista francesa que les hiciera una foto. Por más delicada que fuera la situación, nunca se olvidaba de no llamar la atención, de pasar de puntillas allá donde

fuera, de mimetizarse absolutamente con los demás y ocupar el menor espacio posible en la vida.

—¡Patata! —dijo con una sonrisa estúpida el brigada mientras ella y Urbizu le seguían el juego sin entender muy bien lo que estaba pasando.

—¿A qué viene esto? —acabó por preguntar el exteniente cuando le vio revisar con detenimiento las fotografías que les habían hecho como haría cualquier turista.

—¿Qué hay de malo? Quiero tener un recuerdo de los tres con esta estatua. Si me falláis, daos igual de follados que ella —dijo sin dejar de sonreír—. Os la he enviado por wasap.

—Lo que pides es mucho trabajo —trató Urbizu de buscar un argumento sólido y obviar todo lo que resultara emocional, algo que no funcionaba en absoluto con Reyes—. Me obligaría a ser descuidado y a mí gusta hacer las cosas bien.

Mientras Alfonso Reyes evaluaba si aquel comentario rozaba o no lo emotivo, echó a andar y salió del Salón Dorado. Lucía Gutiérrez y Urbizu lo encontraron en el jardín, junto a la fuente de Baco, tomando con la mano agua del estanque para echársela en el cuello, bajando las revoluciones de la única forma que se le ocurrió.

—Sois dos, ¿no os lo podéis repartir? —dijo en cuanto se refrescó.

—Nunca lo hemos hecho así, dividirse en este negocio es tomar el camino recto hacia al fracaso.

Si había algo que soportaba menos que los discursos emotivos era que le explicaran cómo debía hacer su trabajo, pero antes de estallar y echar por tierra el disfraz de persona vulgar y corriente, volvió a echarse agua por el cuello como si aquel calor de mayo le estuviera pasando factura.

—¿Queréis sentaros en la mesa de los adultos o pensáis estar en la de los niños toda la vida?

—¿A qué te refieres? —preguntó Lucía, aunque sabía de sobra lo que quería decir: exactamente lo que habían buscado desde que se pusieron en contacto con él por primera vez.

—Dadme una prueba de que puedo confiar en vosotros y os subo a primera división.

—¿Y esto lo vas a pagar como primera o como segunda división? —ocultó su entusiasmo Urbizu.

—Ya empiezas a hablar como un adulto —sonrió Reyes.

***

## 17
## Tanatorio de la SE-30, Sevilla

Manolo Lara había dejado poca huella en la vida. Al menos esa fue la impresión que se llevó Carranza cuando entró en el tanatorio de la SE-30 acompañado de Adriana Requena y el alcalde de Málaga.

En la sala que le habían asignado al difunto charcutero había más políticos que familiares o amigos. Al único que se le veía realmente hundido era a su hijo, incapaz de mirar al cristal donde estaba el féretro.

—Siento mucho tu pérdida —se apresuró a decirle Requena, impaciente por ser la primera en darle el pésame, queriendo dejar patente a los demás que con las condolencias también existía un protocolo definido.

—Esto no va a quedar así —dijo con la cara desencajada Carranza, que si bien se había librado de la anestesia, no pudo hacer nada para disimular la hinchazón que le deformaba la mejilla.

Llevaba en el cuerpo tal cantidad de antibióticos que le costaba mantener la concentración. Su cabeza se dispersaba con frecuencia,

tanto que ni se dio cuenta de que aquel comentario molestó a Fali, que se sintió en la obligación de afearle el comentario.

—La gente como usted solo sabe hacer promesas.

Al ver que el candidato no hacía acuse de recibo, fue el alcalde Málaga quien le sucedió en la carrera de relevos de las muestras de dolor. Un arte que había ido depurando a lo largo de doce años al frente del Consistorio. En la ciudad le conocían como «El enterrador», no solo por lo bien que lucía el luto en los funerales sino porque a pesar de tener más de ochenta años, era él quien se despedía de los demás, fueran más jóvenes o tuvieran mejor salud.

—Entiendo tu dolor, pero justo ahora es cuando más hay que creer en la justicia. Nosotros vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano para que algo así nunca vuelva a suceder.

—Pero ha ocurrido... y nadie hizo nada para ayudarnos. Al contrario, nos han metido en más problemas —dijo señalando a Carranza, que en lugar de estar planteándose si había sido buena idea invitar a Lara al mitin del polígono San Pablo, estaba más preocupado de tantearse con la lengua el estado de la encía, que no dejaba de sangrarle desde que salió del dentista.

La comitiva se despidió del joven tras darse cuenta de que no tenían nada que hacer con él. Las personas solo poseían valor para ellos si las podían instrumentalizar y estaba claro que Rafael no estaba dispuesto a dejarse utilizar, al menos no en aquel momento. De una forma tan educada como fría, los tres políticos le dieron idénticos golpecitos en el hombro y se marcharon de la sala cuatro del tanatorio.

—Espero que seas más elocuente con la prensa —le advirtió Adriana Requena a Carranza cuando salieron al pasillo—. Y límpiate antes la boca, tienes restos de sangre.

Hubiera sido comprensible que el candidato se mostrara combativo, pero el dolor le mermaba los reflejos y las ganas de revancha. Así que, en lugar de enfrentarse a ella, obedeció y se fue a los aseos.

Frente al espejo comprobó los estragos de su irresponsabilidad. Una pequeña, pero ostensible costra de sangre en el lado izquierdo de la boca le hacía parecer un vampiro. Algo que reafirmaba la tez más blanca que de costumbre. Lo único que invitaba a pensar que pertenecía a la raza humana era que su rostro todavía se reflejaba en el espejo.

—Las casas de... Las casas de apuestas tienen los días contados en Sevilla —recitó con dificultad el discurso que tenía que dar ante la prensa al mismo tiempo que se frotaba con agua la pústula.

Entre el dolor que le provocaba abrir la boca y el aspecto enfermizo que lucía, Jesús Carranza tenía difícil conquistar a las cámaras. Después de aquella intervención, si no le destruía Reyes, lo harían las encuestas y las redes sociales. La clase de encrucijada en la que se solía mover como pez en el agua y para la que por primera vez no tenía una respuesta clara.

Fue por eso por lo que decidió recurrir a los refuerzos, eufemismo que utilizaba para referirse a la cocaína. Normalmente, le bastaban dos rayas para encontrar el punto exacto entre exaltación y coherencia. Un equilibrio complejo en el que si se pasaba corría el riesgo de parecer un exaltado y en el que si se quedaba corto daba la impresión de ser una persona mojigata y acomplejada, un político incapaz de sobrevivir en el barro. Ninguno de los dos estados resultaba recomendable a la hora de dirigirse a la prensa.

Como si de un químico se tratara, Carranza estudió con detenimiento la situación en la que estaba y eligió meterse tres tiros seguidos.

—Las casas de... Las casas de apuestas tienen..., ¡vamos, joder! —Volvió a fracasar en su intento de parecer convincente frente al espejo.

Solo que esta vez ya no se encontraba solo. A su lado se colocó un desconocido con el mismo aspecto enfermizo que él, Urbizu, que se lavaba las manos mientras el político se lamentaba y empezaba a sudar. Primero por la frente y, más tarde, hasta por las cuencas oculares. El miedo le había ganado la partida.

—Uno nunca está preparado para esto —trató de consolarle el exguardia civil—. Mi padre tenía noventa y cinco años y aun así siento que se ha ido demasiado pronto.

—Lo siento —contestó incómodo Carranza, que se secó el sudor lo más rápido posible para salir de allí y evitar aquella conversación a toda costa.

Pero, a pesar de sus precauciones, fue interceptado con un abrazo inesperado que no tuvo más remedio que aceptar para no quedar como un desalmado.

—Gracias. Ha sido un palo muy grande —dijo metiéndole la mano en el bolsillo de la americana sin que este se diera cuenta.

Incapaz de zafarse, el candidato se vio obligado a prolongar algo que para él era un encuentro fortuito y para Urbizu un delicado encargo.

—A todos nos llega la hora —dijo con la boca torcida, tirando del manual de frases hechas y rezando internamente para que le dejara en paz.

Urbizu sacó la mano del bolsillo del candidato y puso fin a la obra de teatro. Mientras Carranza enfilaba de nuevo el pasillo, él se ajustó la corbata negra del traje y seguidamente escribió un SMS desde un teléfono de prepago:

«Hecho, ahora te toca a ti. Suerte, compañera».

***

## 18
## Puente del Centenario, Sevilla

Lucía leyó el mensaje de Urbizu aprovechando el atasco sobre el puente del Centenario. Aunque era lunes de feria y la gente estaba más apurada por ir al Real que al trabajo, un imprevisto provocó un cambio en el guion de los sevillanos.

Un banco de niebla espeso, como un jarabe infantil, ascendía desde la dársena del río Guadalquivir engullendo por completo la construcción y volviendo invisibles los gigantescos tirantes de acero que lo sostenían. Un suceso que obligó a la DGT a cerrar el carril reversible por la baja visibilidad y derivó en que el tráfico se hiciera más lento aún.

—Si no vas a hablarme, podrías poner algo de música —se quejó Ibrahim, que desde que subió al coche de Lucía Gutiérrez solo la había escuchado hablar para maldecir al resto de los conductores que no hacían lo que ella deseaba.

—Me pagan para sacarte de aquí, no para darte conversación —dijo devolviendo el teléfono de prepago a la guantera.

Pero lo cierto era que no lo hacía porque se sentía incómoda. Por culpa de aquel aprendiz de delincuente su hija había terminado en un correccional y ella fuera de la Guardia Civil. En el fondo sabía que no era más que un pobre desgraciado que se había visto obligado a ello para sobrevivir y que los verdaderos culpables eran otros.

¿Qué se le decía a alguien así? ¿Qué se le preguntaba? ¿Qué tipo de conversación podían tener ellos dos? ¿Qué tenían en común salvo una larga racha de mala suerte? Tal vez podrían hablar de eso, de cómo la felicidad nunca había sido parte de sus caminos, que solo la

habían conocido de refilón y nunca les había durado lo suficiente como para considerarla un lugar real que pudieran habitar. Ellos estaban siempre de paso, eran okupas circunstanciales de cualquier estado parecido a ser feliz.

—El que debería estar ofendido soy yo. Si estoy aquí es por tu culpa. Yo no quería esta vida, tú me empujaste a ello —señaló Ibrahim, que desde que subió al vehículo, no dejaba de jugar con el tambor de la pistola para calmarse.

La niebla empañó la luna delantera y Lucía puso en marcha los limpias. Al no caer agua, chirriaban sobre el cristal estrepitosamente haciendo todavía más incómoda aquella conversación. Siempre había considerado que el espacio de víctima era un coto privado que le pertenecía en exclusiva. Una posición que le otorgaba prestigio, identidad, y derechos y exigía a los demás un reconocimiento constante.

Como víctima no tenía necesidad de justificarse, por más insoportable o caprichoso que fuera su comportamiento, el resto del mundo estaba obligado a compadecerla. Lo que a todas luces era una forma de poder casi inagotable, una posición estratégica desde la que dominaba y, a veces, arrasaba a los demás. De manera que no le hizo gracia tener que compartir ese privilegio con Ibrahim. Le podía perdonar que hace un año hubiera estado a punto de destrozarle la vida, pero no que le arrebatara su condición de mártir y santa.

—¿Quieres que te cuente dónde me has empujado tú? —elevó la voz Lucía Gutiérrez, dispuesta a competir por ver quién de los dos era más infeliz.

Ibrahim lo pensó dos veces y en lugar de prender la mecha que hiciera explotar a aquella mujer, encendió la radio. Al fin y al cabo,

les quedaban horas de viaje por delante y si tenía alguna oportunidad de escapar con vida, dependía por completo de ella.

Sonaban los acordes de *Lágrimas Negras* interpretada por Olga Guillot cuando la exguardia civil reconoció el gesto del chico y al igual que él, eligió volver a quedarse callada y enterrar el hacha de guerra.

El bolero flotaba en el ambiente como la niebla sobre el puente, contagiándolo todo de melancolía y tristeza, un estado que ambos conocían bien y que, al contrario que la felicidad, sí consideraban un hogar. Después de todo, el silencio también era un idioma y si ellos no tenían nada que decirse era precisamente porque ya lo sabían todo el uno del otro.

El tráfico se reanudó y mientras se colocaban en el carril con sentido Huelva, Lucía se percató de que al final del puente del Centenario, un coche de la Guardia Civil estaba haciendo un control rutinario.

—Será mejor que te metas en el maletero —le aconsejó a Ibrahim ante el inminente registro—.Y que reces —añadió mientras le vio asustado quitarse el cinturón de seguridad.

La niebla desapareció y con ella también se fue la melancolía. Al igual que si se tratara de un segundo acto, cuando el telón se levantó, el escenario había cambiado por completo. Ahora el sol pegaba con fuerza y la incertidumbre se apoderó de aquellos dos soberbios infelices.

***

## 19
## Tanatorio de la SE-30, Sevilla

—Las casas de apuestas tienen los días contados en Sevilla —dijo Carranza seguro de sí mismo, a quien el efecto de la cocaína le había llegado justo en el momento adecuado, frente a los micrófonos de la prensa local que se había desplazado hasta el tanatorio. Incluso tenía mejor color y la cara menos hinchada. En la media distancia aparentaba ser un líder carismático y no solo un candidato mellado apurando sus últimas opciones—. Todos lamentamos lo sucedido ayer, pero no puede quedar solo en una queja. La política es el arte de lo posible. Es nuestra obligación adelantarnos a una futura tragedia, no limitarnos a esperarlas. Puede que la oposición esté conforme con convertir Sevilla en una ciudad sin ley donde el crimen campe a sus anchas, pero nosotros no estamos dispuestos a consentir lo que está pasando. De un año a esta parte se han dado ocho casos de suicidio con menores, dos homicidios, varias palizas y un secuestro exprés. Todos ellos relacionados con deudas y ajustes de cuentas en casas de apuestas. Ayer nos comprometimos a sacarlas de los barrios, hoy nos damos cuenta de que no es suficiente y nuestro compromiso es mayor; vamos a sacar las casas de apuestas de nuestras ciudades.

—Y no solo en Sevilla, esta medida también la queremos aplicar en Málaga y en el resto de las capitales andaluzas —apostilló la presidenta del partido.

Mientras Adriana Requena se lucía, Carranza se metió la mano en el bolsillo de la americana para disimular que el pulso de la mano derecha se le había disparado. Le ocurría siempre que consumía. Por algún motivo se le descontrolaba más que la izquierda, como si sufriera algún tipo de descompensación psicomotriz.

Con pose de aristócrata venido a menos, de esos que solo conservan patrimonio, pero no tienen efectivo, escuchaba atento a la

líder del partido hasta que algo le perturbó. Una presencia en el traje que no tenía controlada.

En un principio barajó la posibilidad de que tan solo fuera la copia de una compra efectuada con tarjeta. Pero a medida que la cocaína se iba aposentando en su organismo, una mezcla de desconfianza y excitación le hizo pensar que tenía que ver con el extraño que se había cruzado en el baño y le había abrazado sin ningún motivo.

Por otro lado, aquello no tenía ni el tamaño ni el tacto de un recibo. Era otra cosa, aunque no sabía el qué.

A pesar de que no era un adicto y solo recurría a los *refuerzos* en momentos puntuales, había sufrido experiencias así con anterioridad. Pensamientos compulsivos que le trastornaban durante horas. Con frecuencia tenían que ver con su hermano, del que sospechaba que toda la vida le había tenido celos y conspiraba dentro de la familia para hablar mal de él. Se pasó una noche entera anotando en una libreta cada una de las situaciones en las que había sentido su envidia. Pero esta vez no era como aquellas donde perdía de vista la realidad y se dejaba llevar por obsesiones. Esta vez tenía motivos de verdad para desconfiar.

Las pulsaciones se le dispararon casi al mismo ritmo que las conjeturas. ¿Quién era el tipo del baño? ¿Por qué se había acercado hasta él? ¿Le estarían siguiendo? ¿Le habría colocado un micrófono para espiarle? ¿Un dispositivo para geolocalizarle?

—No has estado mal, Carranza. Lo mismo hasta das la sorpresa. —La devolvió al planeta tierra la presidenta regional.

Cuando los periodistas se dispersaron, el candidato sacó del bolsillo aquel objeto que le estaba torturando. Se trataba de una fotografía de una mujer bañada en sangre posando junto a su hijo. En el dorso había algo escrito a mano:

«Cumple tus promesas, alcalde».

***

## 20
## Esclusa Puerta del Mar, Sevilla

En el mismo instante que los agentes en prácticas le dieron el alto, Lucía Gutiérrez decidió que no merecía la pena rezar, que aquello no era tarea de Dios, sino suya. Un año de conversaciones constantes le habían servido para determinar que el Todopoderoso era bueno escuchando, pero mediocre en la resolución de conflictos.

—Pare el motor —le dijo una guardia civil de veintipocos años con la voz temblorosa, a la que la gorra le quedaba igual de grande que imponer autoridad.

—Soy compañera —aseguró Lucía mostrando su placa insignia—. Tengo algo de prisa.

El anuncio le cogió totalmente desprevenida a la agente, a la que el protocolo no había educado en una situación similar.

Nerviosa, miró al instructor que la estaba formando, buscando en sus ojos una respuesta, algún tipo de evidencia que le aclarara que aun así debía proceder, o todo lo contrario, que tenía que dejarla marchar.

Ante la ausencia de señales, volvió a concentrarse en Lucía, a la que no le costaba demasiado esfuerzo meterse en el papel de superior malhumorada.

—Pare el motor —se refugió en el reglamento como solución intermedia.

—No voy a parar —la desafió Lucía Gutiérrez, sabedora de que la joven no iba a aguantar la presión—. Y te agradecería que te refirieras a mí como mi teniente.

La agente, incómoda, tragó saliva. La situación era tan desagradable que no parecía real sino parte de un simulacro. Una prueba más del instructor para demostrarle que todavía no estaba preparada.

—Si no lo hace, tendré que sancionarla, mi teniente —aguantó el pulso, convencida de que estaba ante una simulación.

—Lo estás viendo desde el lado equivocado. Soy tu superiora y te he pedido que me dejes marchar, la que te voy a sancionar soy yo por insubordinación.

Mirar a Lucía Gutiérrez era como mirar el sol, te derretía las córneas. Fue por eso que, tras la amenaza, la joven prefirió descansar la vista e hizo un breve repaso por el interior del vehículo.

Rápidamente se fijó que en el asiento del copiloto había una bala de un calibre diferente al que usaba la Guardia Civil. Puede que no tuviera temple ni valentía, pero sí buena vista. Debía ser un 22, un tipo de cartucho más habitual entre las organizaciones criminales que en las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado.

—¿Puede volver a enseñarme su placa, mi teniente? —insistió la joven, convencida de que lo que la había mostrado era una insignia falsa.

—Tengo que estar en una hora en Huelva, si no interviene, va a compartir sanción con ella —trasladó al instructor las amenazas.

El guardia civil dejó atrás el arcén y se acercó al vehículo con el ceño fruncido, sin dar muestras claras de lo que pasaba por su cabeza. Si bien se había impuesto no recurrir a Dios, las cartas de Lucía Gutiérrez se empezaban a agotar y sus opciones de escapar con Ibrahim se reducían a un milagro inesperado.

—Siento las molestias, mi teniente —dijo finalmente el agente—. La chica está empezando y no sabe ni por dónde le da el aire. Cada vez vienen más verdes de la Academia.

—Es una cosa generacional, mi hija está igual de perdida.

Lucía Gutiérrez se despidió de él y subió la ventanilla mientras los agentes discutían en segundo plano. Estaba a punto de incorporarse de nuevo a la vía, cuando la joven le dio un golpecito en la luna delantera para llamar su atención.

Aunque trató de ignorarla, la agente insistió y los golpes se hicieron más intensos.

—¿Qué coño pasa ahora? —protestó desde el maletero Ibrahim.

A Lucía Gutiérrez le hubiera gustado saberlo, pero no tenía ni idea de que les había podido hacer cambiar de opinión. Casi de casualidad, se dio cuenta de que en el asiento había una bala y lo comprendió de inmediato. Cabía la posibilidad de saltarse el alto y escapar, pero el atasco era demasiado intenso como para lograr avanzar. De modo que solo tenía una opción, volver a bajar la ventanilla y confiar en su capacidad de manipulación.

En cuanto lo hizo, la agente se puso a su altura y la miró por primera vez a la cara.

—Si tiene prisa, será mejor que se desvíe por la esclusa, mi teniente. Aquí hay cola para rato. —Eligió aquel consejo como forma de disculparse ante ella—. Deje que le abramos camino.

—Gracias —terminó por decir casi sin aliento.

Todavía desconcertada, contempló como el mismo coche patrulla que les había dado el alto, ahora encendía las luces azules de emergencia para escoltarles y facilitarles el acceso a la dársena.

Pegado a ellos, recorrió los apenas cien metros que los separaban del desvío mientras el cielo cambiaba de color y los tonos salmón y violetas se iban apoderando de la tarde. Una estampa amable que hacía presagiar que lo más peligroso ya había pasado.

—En Huelva no se me ha perdido nada. Quiero que me dejes en Málaga —fue lo primero que dijo Ibrahim en cuanto dejaron atrás al

vehículo de la Guardia Civil y se adentraron en la carretera que cruzaba la esclusa del río.

No fue particularmente agresivo, pero el hecho de que ni siquiera le diera las gracias y se limitara a tratarla como una simple taxista, molestó a Lucía Gutiérrez, que no necesitaba mucho más para pasar del miedo al enfado.

Ser maleducado estaba muy arriba en la tabla de comportamientos que detestaba, así que, aunque no era lo más recomendable, echó el freno de mano bruscamente.

—Si crees que esto es un Uber, será mejor que te bajes y te las apañes tú solito —dijo al mismo tiempo que abrió la puerta y salió fuera a fumar.

El atardecer se reflejaba en las aguas solitarias del Guadalquivir, donde tan solo un somormujo refrescándose la cabeza dentro del río interrumpía la tranquilidad de aquel paraje natural en medio de la ciudad.

No había prendido todavía el cigarrillo, cuando Ibrahim, salió del vehículo cubriéndose la cabeza con la capucha de la sudadera.

—¿Estás loca?

—Por supuesto, ¿qué duda tienes al respecto? —dijo sonriendo mientras daba la primera calada y hacía acto de presencia aquella molesta tos de la que no era capaz de desprenderse.

—Sácame de aquí, no tienes ni idea de dónde te estás metiendo —le intentó atemorizar al ver que seguía fumando tranquilamente a menos de quinientos metros del coche patrulla de la Guardia Civil.

Lo cierto era que el chico tenía toda la razón. Llevaba un año sometida a todo tipo de trabajos indeseables y seguía sin tener ni idea de dónde estaba metida. Los nombres que habían conseguido no eran un gran misterio, podían haber llegado a ellos a través de los archivos de Interpol. Más o menos eran de dominio público. Las

muertas como Carmen Camacho le empezaban a pesar. Estaba cansada de encubrir asesinatos y librar de la cárcel a tipos como Ibrahim.

—¿Y dónde estoy metida? —quiso saber Lucía Gutiérrez mientras aplastaba la colilla—. ¿A quién tengo que temer?

Ibrahim desvió la mirada y prefirió concentrarse en la dársena. No quería meterse en líos y hablar más de la cuenta. Con frecuencia sus ganas de impresionar a los demás le llevaban a poner al descubierto secretos y confidencias inconvenientes.

En el agua observó cómo el somormujo levantó el vuelo. Aquel batir de alas distinguido le produjo una extraña sensación de quietud. El animal no huía de nada, simplemente decidía qué momento era el mejor para retirarse. No tenía grandes conocimientos de estética, pero Ibrahim estaba convencido de que la elegancia debía parecerse a eso, a la voluntad de irse de los sitios en el momento adecuado.

—Será mejor que nos vayamos. —Se giró hacia ella más calmado, emulando en la medida de sus posibilidades al ave.

Desafortunadamente, su cómplice en aquella huida no tenía las mismas ganas que él de enfriar la situación y se topó con el cañón de una pistola.

—¿Quién te protege?

—Lo sabes de sobra, él mismo que a ti —eligió concienzudamente la información que iba a revelar—. Y si haces una tontería, vas a tener problemas serios con él.

—¿Todavía no te has dado cuenta? Si Reyes te quisiera proteger, no me hubiera puesto a mí al frente. Todo esto es una excusa para que pienses que hizo todo lo que pudo y guardes silencio en la cárcel.

Ibrahim tuvo dudas. Con la cantidad de buenos contactos que tenía el brigada, Lucía Gutiérrez no parecía la más indicada para sacarle del país. No obstante, prefirió guardar silencio. De momento temía más miedo a Reyes que a aquella mujer apuntándole con un arma.

—Dame un nombre y larguémonos de aquí.

—¿O qué? ¿Vas a dispararme? ¿No aprendiste la lección? ¿Quieres caer más bajo todavía?

Aunque tenía presente las normas que Urbizu y ella se habían impuesto, se le hacía muy difícil no convertir aquello en algo personal. Sabía de sobra que no era más que una pose, una forma cutre de intimidarla, pero tenía casi los mismos años que humillaciones encima como para consentir las faltas de respeto.

—¿Quién te protege? —preguntó mientras cargó el arma y le acercó el cañón al ojo—. Dame el nombre de un policía o te dejo ciego.

La situación sobrepasó a Ibrahim. Solía interpretar mejor a los demás. La gente con la que lidiaba en su día a día era previsible. Actuaban siempre desde la rabia, pensaban con el hígado y nunca con la cabeza. Sin embargo, aquella mujer se movía en todos los escenarios. Tan pronto era cerebral como a los pocos segundos se dejaba dominar por los instintos, algo que le hacía imposible adivinar sus movimientos.

Asustado, incapaz de adivinar si sería capaz o no de apretar el gatillo, Ibrahim cedió y confesó. Lo hizo resignado, sabiendo que partir de entonces caminaría sobre una fina capa de hielo el resto de sus días. Daba igual si lograba escapar del cerco policial o no, por lejos que se marchara, ya nunca estaría a salvo del todo.

Según salió de su boca aquel primer nombre, Lucía bajó el arma cumpliendo con la palabra dada.

No pasó mucho tiempo hasta que se dio cuenta de que la situación era ya insostenible, que tarde o temprano Ibrahim la delataría y complicaría las cosas con Reyes. Así que hizo lo más prudente. Volvió a subir el arma.

Y disparó.

Aquella tarde a orillas del Guadalquivir consiguió finalmente lo que deseaba, pero incumplió las únicas tres normas que le separaban de ser una asesina sin principios.

***

## 21
## Albufeira, Portugal

Sabali estaba a punto de tirar los restos de la bandeja a la basura cuando se dio cuenta de que la pieza de pan estaba casi entera, por lo que no pudo resistirse y la guardó en el bolsillo de la chaquetilla del uniforme. Venía de un lugar donde el pan era considerado sagrado y tirarlo, en consecuencia, era poco menos que un sacrilegio. Así que lo santificó a su manera, echando mano también de los envases de mantequilla, que ni siquiera habían sido abiertos, y decidió sobre la marcha que aquello sería su cena.

Llevaba solo un par de horas limpiando habitaciones en el Albufeira Golf Village, tiempo de sobra para darse cuenta que entre los residentes del hotel lo que resultaba un verdadero pecado era comerse lo que había en el plato, como si de alguna forma quisieran remarcar que la abundancia venía a ser aquello, tener la posibilidad de comer a diario y rechazarlo de forma voluntaria.

Después de vaciar la bandeja del carrito de todo lo que se podía aprovechar, Sabali se miró en el espejo del armario una vez más. Lo hacía en todos los espejos de las habitaciones que limpiaba para

admirar su cambio de *look*. El corte de pelo, las uñas postizas, las pestañas rizadas, el maquillaje exagerado... Aquel disfraz de magrebí adolescente de segunda generación iba encajando poco a poco en su cuerpo, transformándolo de fuera a dentro. De hecho, con cada nuevo reflejo se iba sintiendo más cómoda con lo que veía. Por momentos le parecía que la vida de explotación laboral y sexual que había dejado en Lepe, nunca había ocurrido. O si lo había hecho, lo había vivido otra persona.

Desde que conoció a Zaida, ella era otra mujer. No se trataba de un simple cambio de nombre. También había modificado en apenas unas horas su estilo y tenía un trabajo nuevo en el que la mayoría de sus compañeras no se comportaban como pobres. Habían aceptado que de todas las vidas posibles que podrían tener, a ellas les había tocado aquella y trataban de sacarle el mayor de los partidos sin apenas dramatismo. Escuchaban música a todas horas, bailaban, hablaban de sexo, experimentaban con drogas y hasta se permitían hablar mal de sus familiares, a los que juzgaban como si no tuvieran con ellos una relación de parentesco y estuvieran obligados a ganarse el cariño de la misma manera que cualquier otro desconocido.

Incluso se permitían tener algo parecido a la ambición y soñaban con mudarse algún día a Francia o a Inglaterra y trabajar allí de comadronas o cuidando niños, lo que les dejará más tiempo libre.

La mujer que se reflejaba en el espejo quería ser como ellas. Le apetecía bailar. Y fumar. Y despertar con resaca. E incluso viajar. Quería ser joven y no la adulta que le había tocado ser desde muy temprana edad.

Mientras fantaseaba con la posibilidad de teñirse de rubio y comprarse unos tacones en cuanto cobrara, el espejo le devolvió un reflejo inesperado. Un retrato suyo enmarcado en un periódico tirado

en el suelo. Una imagen de la mujer que era veinticuatro horas antes, la temporera de la fresa que había incinerado una chabola y los demonios que contenía y que según pudo entender, estaba siendo buscada por la policía.

Su portugués no daba para más, pero le bastaba con aquello para saber que estaba en peligro.

—Perdona, no sabía que estabas limpiando. ¿Te queda mucho? —preguntó Bruna sorprendida al ver a la limpiadora en su habitación cuando necesitaba entrar urgentemente al baño.

La joven arrojó el periódico al suelo como si le quemara, como si estuviera hecho del mismo fuego que había devorado en Lepe al capataz.

—Solo serán cinco minutos. Puedes seguir luego —dijo la reina de las mañanas entrando directamente al aseo.

Pero Sabali no esperó. Temiendo ser reconocida, prefirió salir de allí a toda prisa sin acabar de limpiar y dejando todo por medio. Una desconsideración poco habitual en aquel tipo de establecimientos, donde los clientes buscaban algo que no podían tener en sus casas; la irrealidad, la sensación de estar inmersos en una burbuja aséptica en la que la rutina no podía encontrar una rendija por la que filtrarse.

El desorden dejado por la camarera era una grieta demasiado grande para que Bruna la pudiera ignorar. Un agujero negro de cotidianidad, de ropa revuelta y restos del almuerzo que le recordaban de forma angustiosa que no estaba allí de vacaciones sino huyendo del derrumbe de su vida y acorralada por la prensa.

Con una mezcla de curiosidad y rabia, recogió el periódico del suelo y entendió rápidamente lo que estaba pasando al ver la imagen de la trabajadora en la portada del diario: una tragedia. O

como se traducía en su medio, el golpe de suerte que necesitaba para volver a la primera línea.

***

## 22
## Puerta de Jerez, Sevilla

A Rodrigo le daban miedo los vagabundos, especialmente los que, tras negarles una limosna, le contaban sus desgracias tratando de persuadirle. El que se había sentado a su lado en la fuente de Híspalis no estaba interesado en su dinero, tan solo buscaba alguien con el que hablar.

—¿Te has fijado en que los crucificados tienen el mismo color que una pata de jamón? —le interrumpió el mendigo mostrándole una estampita del Cristo de la Sed que guardaba doblada en el bolsillo del pantalón.

Su aspecto era más sucio que desaliñado. No vestía de cualquier manera. Trataba de mantener cierta elegancia a pesar de llevar la ropa sucia y roída. Aunque durmiera en la calle y oliera a vino barato, no cabía duda de que era un dandi.

—Yo cada vez que veo uno, me entran ganas de comer jamón —se río a carcajadas con su propia observación, dejando visible que le faltaban varias piezas dentales y las que conservaba, estaban amarillas y corroídas.

Rodrigo fingió una sonrisa. No quería ser desagradable, pero no estaba para ocurrencias. Su cita se retrasaba ya media hora sin dar ningún tipo de explicación y la ansiedad se había apoderado por completo de él.

«Ocurrealgo?»

Lo escribió a toda prisa. Sin molestarse en corregir ni una sola palabra. Era la segunda vez que le dejaba un mensaje en Tinder sin que aparentemente ella lo hubiera leído.

«dONDE estas?»

Mayúsculas y minúsculas caían atropelladamente en la pantalla como en una carta de secuestro. Cuando el miedo entraba por la puerta del hijo del candidato, las normas ortográficas eran las primeras en saltar por la ventana.

Un ardor de estómago le advirtió de que los nervios estaban ya trepando por su estómago. Afortunadamente, un brillo de esperanza brotó ante él.

«Carmen está escribiendo»

Rodrigo miró atento la pantalla esperando una resolución, un mensaje que al fin le aclarara lo que estaba sucediendo. Pero el tiempo se congeló en aquel prometedor «Carmen está escribiendo».

No tenía claro si habían pasado cinco minutos o diez segundos desde que aquellas tres palabras quedaran fijadas en la pantalla del teléfono.

«Carmen está escribiendo»

¿Pero qué estaba escribiendo? ¿Por qué tardaba tanto? Tan solo tenía que decirle dónde estaba. Nadie necesitaba más de un párrafo para eso.

«Carmen está escribiendo»

Rodrigo leía una y otra vez lo mismo sin que nada apareciera escrito. Hasta que algo cambió. La hermana de Carmen Camacho dejó de escribir y el brillo de la pantalla se apagó. El abismo se debía parecer bastante a aquello, pensó el hijo del candidato. A quedarse sin luz y sin certezas.

A su lado, el vagabundo doblaba la imagen del Cristo de la Sed al darse cuenta de que su ingenio no era bienvenido.

—Le invito a un plato de jamón, que a mí también me ha entrado hambre —dijo finalmente Rodrigo cansado de esperar.

***

## 23
## Nervión, Sevilla

Un crío con un traje azul vomitaba en las inmediaciones de la Comisaría. Ni siquiera había aguantado a la noche para que la feria le pasara factura. Tendría unos quince años y la cara completamente aniñada. Como tantos otros adolescentes jugaba a ser mayor en ese rito iniciático que empezaba en Semana Santa con el primer cigarro y culminaba en el Real con la primera cogorza. A pesar de que uno y otro bautismo les hicieran pensar que eran más mayores de lo que eran, el efecto que conseguían era todo el contrario. Con cada imitación, más pequeños parecían.

Montoya le vio con la cara pálida y los ojos blancos intentando quitarse la chaqueta para no mancharla, exactamente igual que su primera vez en la noche del *pescaíto*. Con tan solo verle, podía sentir en la boca el mismo regusto amargo que le dejó aquella borrachera y el pánico que tenía de volver a casa y que su madre viera el traje lleno de lamparones y restos de vómito.

En otro momento se hubiera parado a preguntarle cómo estaba o, al menos, buscarle un taxi que le llevara a casa, o decirle que no iba a ser tan grave como él pensaba. Que la gestión de esta decepción familiar iba a ser la primera de muchas y que cuanto antes la encarara, mejor le iría en la vida. De eso iba, en realidad, el rito de iniciación. No se trataba de hacerse adulto, ni de beber o de fumar ni siquiera de besar por primera vez a un hombre o una mujer, se

trataba de aprender a lidiar con la desilusión y el desencanto que íbamos a provocar en nuestros seres queridos de ahora en adelante.

Apenas puso un pie en la puerta de entrada, Cárcamo le asaltó con malas noticias. Seguían sin rastro de Ibrahim Ben Lahmar y ambos entendían que cuantas más horas transcurrieran sin dar con él, más difícil sería interceptarle. Pero en lugar de invocar la mala suerte, prefirieron disfrazar la decepción de una absurda motivación.

—Vamos a dar con ese hijo de puta, antes o después —prometió Cárcamo como si capturarle dependiera exclusivamente de la convicción con la que se vocalizara.

Montoya, por supuesto, eligió creerlo. En aquella fe que procesaban los varones de mediana edad en sí mismos, solo había un mandamiento, fingir que todo estaba bajo control.

—Lo sé, mantenme informado —rubricó ante su compañero la fantasía de que en estos casos la voluntad y la determinación eran lo realmente importante.

—Por cierto, tiene visita. Una muchacha que no para de llorar. No me ha querido dar detalles.

Como le había advertido Cárcamo, se trataba de una mujer joven, de menos de treinta años, que no paraba de llorar. A pesar de ello, no irradiaba un aspecto frágil. Más bien todo lo contrario. No sabía definirlo, se le daban mejor las cuentas que las metáforas, pero al verla tuvo la impresión de que más que triste, estaba furiosa, con ganas de venganza y no de un abrazo de consuelo.

—¿Quería verme? —le preguntó abriendo la puerta de su diminuto despacho.

—¿Inspector Montoya? —le respondió con otra pregunta al mismo tiempo que se puso en pie y se secó las lágrimas con un pañuelo que llevaba ya encima varias capas de mocos y lloros.

La mujer, prudente, prefirió no decir nada hasta estar dentro del cubículo del policía, un cuartucho de cuatro por cuatro, lleno de carpetas y vasos de plástico. Tan solo cuando cerró la puerta y se sintió a salvo, decidió darle explicaciones.

—Soy Irene Camacho. Me han dicho que es usted de fiar.

—No hay que creer todo lo que dicen.

—La que me lo ha dicho también es de mi confianza... Por eso estoy aquí. Es un asunto delicado.

—¿Cómo de delicado?

—Mucho. Mi hermana ha desaparecido y la última persona que la vio... es el hijo del candidato Jesús Carranza.

Montoya torció el gesto. Efectivamente, era un asunto complejo y que podía tener relación con el homicidio de Manolo Lara. Al menos en uno y otro suceso había cierta implicación del político. Antes de que ella siguiera, quiso saber en qué terreno se estaba moviendo.

—¿Le puedo preguntar quién le ha dicho que hablara conmigo?

—Su mujer. Nos conocemos del cole de los niños.

Definitivamente no era suelo firme. Un homicidio, una desaparecida, un candidato y una amiga de su mujer. Demasiado fango para un primer caso. Por desgracia para él, no era de los que supieran mirar para otro lado.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —preguntó finalmente, aceptando su destino.

Media hora después, cuando Irene terminó de hablar, Montoya se dio cuenta de que la situación no estaba ni mucho menos bajo su control.

***

## 24
## El Arenal, Sevilla

Debían ser en torno a las nueve de la noche cuando Urbizu depositó en una caja la matrícula con la que había estado siguiendo a Carranza durante todo el día. No era la única placa que guardaba allí. Junto a ella habría otras treinta que tanto él como Lucía Gutiérrez utilizaban con asiduidad.

Trabajar en las cloacas no solo implicaba sepultar los principios morales en las profundidades de la ciudad, también ser prácticamente invisibles. Algo que a Urbizu se le daba bastante bien. Hablaba lo justo y solo salía de casa cuando era preciso. La vida le había dotado de un cuerpo, pero tenía alma de *souvenir*, de ese tipo de objetos que se acumulan en una estantería y que con el paso de los años pasa por completo desapercibido. Era un barco de conchas de Punta Umbría oculto entre libros. Un cenicero de madera recuerdo de Cazorla escondido pertinazmente en la última balda. La artesanía más barata y anodina de un viaje a Marrakech destinada a acumular polvo y olvido en un mueble conglomerado desfasado. Alguien sin encanto alguno cuyo papel era el de mero figurante. Hombre 4. Obrero 10. Enfermo 5. Bulto siempre, protagonista nunca.

Un sospechoso cuyo retrato robot coincidiría con el de esos modelos que aparecen en los marcos de los bazares rodeados de una mujer y unos hijos tan insignificantes e intercambiables como él. Un tipo al que Jesús Carranza sería incapaz de recordar, cuyos rasgos físicos desaparecían pronto en su memoria. ¿Era calvo? ¿Tenía pelo? ¿Gafas? ¿Cómo demonios era esa persona que le había amenazado? A rasgos generales, todo aquello hacían de él un agente casi perfecto.

Estaba a punto de echar la persiana del local e irse a casa a cenar cuando una bofetada de humo le golpeó la cara.

—¿Te fue bien? —preguntó sin mirar.

Lucía Gutiérrez prefirió no contestar. En lugar de eso apagó el cigarrillo y sostuvo la cortina metálica, dando a entender que tenía algo que compartir en privado.

Con la discreción habitual, Urbizu se limitó a seguirla a la trastienda sin hacer más preguntas, silbando una melodía tan fácil de olvidar como su cara.

Sin tiempo que perder, la exguardia civil fue hasta la pizarra y escribió un nuevo nombre en el organigrama, un cargo por encima de Reyes:

«COMISARIO EDUARDO MARTÍNEZ»

Lo anotó en mayúsculas, queriéndole dar toda la importancia que merecía, no solo al hallazgo, también al precio que había tenido que pagar.

—¿Cómo lo has conseguido? —quiso saber Urbizu.

—Será mejor que no lo sepas —dijo ella dejando el rotulador sobre la encimera.

—No es lo que habíamos acordado. Tenemos pocas reglas, pero las tenemos. Es lo único que nos distingue de ellos.

—Ya somos como ellos, no te engañes —sentenció Lucía antes de que se apoderada de ella un fuerte ataque de tos que la dejó fuera de juego.

—Te dije que fueras al médico —le echó en cara su padrino de bodas al verla prácticamente asfixiada—. Pero nunca me haces caso —añadió un tanto dolido mientras le llevaba un vaso de agua.

***

## 25
## Parking Imagen, Sevilla

El escaparate de la tienda de recuerdos de sor Angela de la Cruz entretuvo más de la cuenta a Reyes, que si bien iba con retraso, no podía dejar de contemplar estupefacto un cojín con la cara de la santa. Puede que no fuera creyente y no tuviera una opinión lo suficientemente formada, pero hasta él era consciente de que en aquella ciudad lo blasfemo y lo sagrado iban siempre de la mano.

Incapaz de contenerse, y siempre dispuesto a aparentar estar de paso estuviera donde estuviera, entró en el local y se hizo con uno.

Cojín en mano, cruzó la calle y se metió en el parking de calle Imagen, que durante la noche estaba más despejado que en la mañana, donde resultaba imposible encontrar un hueco.

El guarda apenas se fijó en él o le prestó exactamente la misma atención que a cualquier guiri que deambulaba por allí con maletas, entre poco y nada.

El ascensor se detuvo en la última planta. Un único coche estaba aparcado a aquellas horas. Sin titubeos, se dirigió hasta él, abrió la puerta del copiloto y se sentó como si el vehículo fuera suyo.

—Te he comprado un regalo —dijo mostrando el cojín.

—Precioso —contestó el comisario Martínez deshaciéndose de él.

—¿Qué haces? Está bendecido. Me ha costado una pasta...

—Han denunciado la desaparición de Carmen Camacho y el nombre de Rodrigo Carranza ha salido a la palestra —le cortó abruptamente.

—¿Quién lleva la investigación?

—Montoya, el más nuevo que tenía. No creo que sea un problema, pero nunca se sabe.

—Hablaré con el padre para que se ande con ojo. Gracias —se despidió Reyes saliendo del coche.

—Espera, espera. Me la estoy jugando por ti. Más te vale que, además del cojín, tengas algo que me interese. Las cuentas empiezan a no cuadrarme y ya sabes que eso es mal asunto.

—Los pagos extras los hablas con el Gallo.

—¿Papá no te deja hacer negocios a ti solito?

—¿Qué quieres? —Se volvió a sentar el brigada.

—Si lo tengo que pedir, pierde la gracia.

—Algún día la teta se va a secar... —intentó no arrugarse ante el comisario.

—Si llega ese día, tú tienes más que perder que yo. Te doy veinticuatro horas para sorprenderme con algo que me guste. Si no me entusiasma, dejaré suelto a Montoya —dijo recogiendo el cojín del asiento de atrás.

Cuando lo tuvo en la mano, lo aproximó a su pistola y disparó a través de él al hombro de Reyes.

—Tómalo como un aviso —señaló mientras el brigada se retorcía de dolor—. Mira, al final me ha venido bien esta mierda.

***

## 26
## Albufeira, Portugal

Dónde se esconderían los demás en una situación de peligro, se preguntó Sabali con la certeza de que nadie elegiría tan mal como ella. Sabía moverse en un invernadero, encontrar los puntos ciegos lejos de la mirada de los capataces, pero no tenía ni idea de qué sitios eran mejores o peores para pasar desapercibida en un resort de lujo.

Si eligió el vestuario de los trabajadores, fue de pura casualidad. Terminó allí como podría haber terminado en cualquier otro lugar.

Hasta a ella le pareció ridículo que en el caso de que hubiera una redada, la policía la encontrara en ropa interior.

Una corriente de aire se levantó en el mismo instante en que se abrió la puerta. Aunque de primeras le costó reconocerla, pronto se dio cuenta de que era la misma mujer de la habitación donde vio su fotografía en el periódico.

—No esperaba que fuera tan fácil —dijo Bruna sentándose a su lado.

La reacción automática de Sabali fue la de huir. Si no lo hizo fue porque la presentadora portuguesa se lo impidió agarrándole del brazo.

—¿No crees que en bragas vas a llamar un poco la atención? —trató de tranquilizarla con un poco de humor, pero al comprobar que seguía igual de alterada, añadió algo más—. Puedo ayudarte.

No era la primera vez que una mujer occidental le ofrecía su apoyo. Tenía la suficiente experiencia con esa clase de personas como para no dejarse convencer. Hacían lo que hacían por algún interés particular, nunca para auxiliarla. Todo eso debió quedar reflejado en su cara de una forma tan evidente que Bruna precisó su oferta.

—Y tú puedes ayudarme a mí.

La sinceridad de la desconocida la desconcertó y en lugar de continuar con su huida a través de las instalaciones del resort, eligió volver a sentarse.

—¿Cómo?

—Soy periodista. Cuéntame qué pasó y nadie se enterará dónde estás.

Sabali se quedó en silencio, pero el simple hecho de que no dijera que no, le valió a la presentadora pasa saber que la tenía en su mano y tan solo necesitaba rematar la propuesta.

—Por supuesto te pagaré por ello.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto crees que vale tu historia?

—Mucho dinero —respondió Sabali, que incapaz de vencer al sistema, decidió torpedearlo desde adentro. Ahora que había probado lo que era realmente la libertad, no quería perderla.

# Tercer día de feria
# Miércoles 8 de mayo de 2019

## 1
## Parking Imagen, Sevilla

La sangre empapó la manga de la camiseta de Reyes cuando el ascensor se detuvo en el entresuelo. La herida en el hombro le escocía casi tanto como haber bajado la guardia con Martínez. Las bromas implicaban cercanía, la proximidad derivaba en confianza y la confianza en tener la estúpida creencia de que se está a salvo. Había cometido el mayor pecado que puede tener alguien que se mueve en arenas movedizas, relajarse.

Nunca. Nada. Nadie, se recordó a sí mismo el brigada mientras evaluaba en el espejo el alcance de la bala. Aparentemente había sido un arañazo. Ni siquiera había penetrado en la clavícula, tan solo le había rozado. Pero a pesar de la escasa gravedad, la herida era muy aparatosa y el algodón de su camiseta apenas podía contener la avalancha de sangre.

Las puertas del ascensor se abrieron con Reyes todavía recolocándose la prenda en el cuerpo como si fuera un apósito.

Al otro lado, una pareja que superaba los sesenta años y vestían de cortijeras maneras, le miró con repugnancia, como si más que tropezar con un herido lo hubieran hecho con un adicto a las drogas o un enfermo de lepra, como si lo suyo, fuera lo que fuera, se pudiera contagiar. Para ser exactos, le miraban de la misma forma

que él se observaba en el espejo de caoba que su tía María tenía frente a la cama cuando ella le pedía mirarla mientras se masturbaba. No tendría más de doce o trece años. Sus padres le obligaban a hacerle compañía todas las tardes en su piso de Malasaña, en esa época en que Malasaña en lugar de estudios de tatuajes y restaurantes coreanos tenía yonquis y prostitutas. Llegar hasta aquella casa le causaba un profundo malestar. Las calles estaban sucias y la gente trapicheaba a plena luz del día. Una incomodidad que se multiplicaba en cuanto las puertas de aquel piso de renta antigua se abrían y su tía aparecía con un picardías de color azul petróleo. Tenía más de cincuenta años y ningún novio conocido. Se dedicaba a limpiar portales en la calle Velarde y sus primos decían de ella, medio en broma, medio en serio, en ese idioma fronterizo en el que hablan los adolescentes, que la única relación seria que había mantenido con un hombre era con Mister Proper. Compensaba no haber tenido hijos poniendo todo de su parte para encontrar niños desaparecidos. Seguía todos los programas de sucesos y tenía cientos de libretas con anotaciones del caso del niño pintor de Málaga, un tema que le obsesionaba particularmente. En mayor o en menor medida, todas esas criaturas, como ella los llamaba, que habían quedado en el limbo y de los que no existía constancia de que estuvieran muertos, pero tampoco vivos, le pertenecían. En su salón, en lugar de fotos familiares, los portarretratos estaban colmados de imágenes de cada uno de ellos. Reyes recordó de repente todas y cada una de esas caras. Algo que creía haber enterrado en una fosa séptica de su memoria y que aquella pareja de presuntos rocieros había desenterrado con su desprecio, el mismo que sentía él por sí mismo desde entonces.

—Soy policía —se apresuró a decir el brigada para justificar su aspecto—. Les pido que salgan de aquí inmediatamente. Hay un

hombre armado en la terraza y es peligroso.

—¿Cómo de peligroso? —quiso saber la mujer preocupada—. Es que no hemos cenado y a ver si nos vamos a quedar sin comer —aclaró de inmediato que el origen de su inquietud era el hambre y no la posibilidad de morir en un tiroteo.

—¿En media hora cree usted que habrán terminado o nos compramos mejor unos churros? —negoció el marido con Reyes, evidenciando que para esa clase de persona el estómago estaba por encima de la propia vida.

Sin contemplaciones, el brigada los despachó y les obligó a evacuar el edificio. No tenía tiempo que perder. Martínez se había convertido en un problema y debía consultar cuanto antes qué hacer con él.

—¿No te quieres tocar tú, mi niño? —resonó en su cabeza la voz de la tía María mientras cambiaba la tarjeta del móvil por una de prepago.

Los dedos le temblaron al recordar aquella manera zalamera que tenía al hablarle y le costó acertar más de la cuenta. Hubiera deseado que fuera violenta, que le hablara de malas formas o le amenazara con golpearle con una barra de hierro. O al menos con una zapatilla de felpa. Pero era mucho peor. Utilizaba el cariño como arma arrojadiza. Juntaba una palabra con otra de la forma más empalagosa posible, retorciendo los diminutivos y explorando el vasto campo semántico de lo angelical. Querubín, serafín, ángel, angelito... Eso lo hacía más difícil. ¿Cómo rebelarse? ¿Cómo decirle no a alguien que le mostraba tanto cariño? ¿Cómo explicar a sus padres que aquello era repugnante cuando estaba colmado de atenciones y buenas palabras? ¿Cómo decir a los cafres de sus amigos que se sentía acosado por la persona más dulce sobre la faz de la tierra? Siempre había tenido la sensación de que el infierno era

un lugar turbio, oscuro y sucio. Sin embargo, el suyo estaba lleno de luz, mimos y amabilidad.

Por más que fijaba la vista en el teléfono, era incapaz de ver otra cosa que no fuera su rostro infantil frente al espejo de caoba. Desnudo, frágil, satisfaciendo los deseos de una mujer que se aprovechaba de la confusión para que él se quitara la ropa.

—¡Qué bonito es mi angelito! —le decía siempre que él eyaculaba y se sentía tan vacío como desconcertado—. Ven, vamos a echar la siesta.

Húmedo y avergonzado, Reyes se pegaba al cuerpo de su tía, que no solo le cuadriplicaba la edad sino también el peso. Entre sus enormes muslos, él desaparecía y fingía dormir mientras ella roncaba. Una imagen de sumisión que le avergonzaba y que no se pudo sacar de la cabeza ni cuando al fin pudo cambiar de tarjeta y el teléfono ya hacía tono de llamada.

—Gallo, Martínez se ha puesto chulo —dijo en cuanto descolgaron.

—¿Y para qué llamas? Sabes de sobra lo que hay que hacer.

—Sí, claro —dijo el brigada al instante, cuya docilidad era más valorada que su eficacia resolviendo conflictos.

***

## 2
## Real de la Feria, Sevilla

De todos los lugares equivocados donde podían acabar dos alcohólicos, una caseta en la feria de abril era el peor. Habían terminado allí como terminan todas las parejas que tienen un miedo atroz a tener una conversación incómoda, huyendo de la casa y dejando que los desconocidos, la inercia y el silencio resolvieran sus

cuentas pendientes sin necesidad de tener que decir ni una sola palabra.

Obviamente aquello no podía salir bien. Ni Lucía ni Juan deseaban estar allí viendo cómo el resto de las parejas disfrutaban, bebían y bailaban sevillanas mientras ellos consumían un par de refrescos que sabían a derrota. Jamás lo admitirían, pero miraban la alegría que les rodeaba y de alguna forma lo entendían como algo ofensivo, como si los demás hubieran detectado su infelicidad y falta de comunicación y les restregaran por la cara que a ellos nunca les pasaría eso, que siempre habría una canción, una anécdota o un plato de jamón que les salvaría, que les recordaría que estaban hechos el uno para el otro.

—¿Pedimos algo de comer? Se me ha antojado un montadito de pringá —dijo Lucía sin tener hambre, haciendo un esfuerzo sobrehumano por encontrar un breve intercambio de palabras que les hiciera parecer una pareja feliz como el resto de las que estaban en la caseta. A todos los efectos, no estaba proponiendo un tapeo de feria sino reanimando un cuerpo a punto de fallecer.

—No tengo hambre —se limitó a decir Juan, con esa cara de superioridad que ponía cuando creía llevar razón.

—¿Y qué hacemos aquí?

—No lo sé, tú eras la que quería venir.

Si alguien la conocía profundamente era Juan, tanto como para saber que detestaba todo lo que tuviera que ver con el entusiasmo y esa energía desconcertante que encontraba en las ganas de pasarlo bien, en ese deseo incontrolable de poner un pie en la calle y olvidar por completo un trabajo castrador, una situación familiar compleja, una enfermedad o un desengaño amoroso. Salir a pasarlo bien... ocurriera lo que ocurriera. Sin tener a nadie en cuenta, descartando por completo la posibilidad de que la noche se pudiera torcer, de que

uno pudiera venirse abajo o de que el ambiente no fuera el esperado.

No, Lucía no quería estar allí rodeada de gente dispuesta a dar hasta la última gota de su sangre a cambio de un instante de frenesí. Si lo estaba era por agradar a Juan, por hacerle ver que era algo más que una persona egoísta y desconfiada, que también tenía corazón y estaba dispuesta a cualquier sacrificio por demostrarle lo importante que era para ella.

—¿Sabes lo que sí quiero? —salió de la apatía finalmente su marido—.Que me cuentes la verdad, que no haya más secretos entre tú y yo. Eso es lo que me apetece.

—No puedo —dijo ella profundamente triste, dándose cuenta de que las buenas intenciones siempre van por detrás de la realidad y que por mucho que se quisiera convencer de lo contrario, no estaba dispuesta a todo por demostrarle su amor.

—Y yo no puedo estar con alguien que me oculta una parte de su vida —contestó Juan poniéndose en pie—. Vas a tener que elegir.

Sonaba *A bailar y a bailar* de Los Cantares de Híspalis. La gente reía. La gente bailaba. La gente bebía. Todos participaban de una gigantesca ficción en la que se convencían los unos a los otros, que allí y ahora, quien más, quien menos, eran felices. Tan solo Lucía Gutiérrez no disimulaba y mostraba a los demás que, a pesar de estar profundamente enamorada, su matrimonio se desmoronaba dos días después de haberse casado por ser más leal a Urbizu que a Juan.

***

## 3
## Alfalfa, Sevilla

A la una de la mañana sonó la alarma del despertador para tomarse el relajante muscular. Rodrigo confirmó en su iPhone que quería cancelarla. Apple tenía esa fea manía de cuestionar sus decisiones constantemente. «¿Estás seguro de querer apagar el dispositivo? ¿Confirmas que quieres efectuar la compra?» Era como si aquel aparato no terminara de creer que pudiera tomar decisiones por sí mismo desde que Macarena le había abandonado. No tenía claro si detrás de aquel cacharro estaba Steve Jobs o su padre.

Debería haber dejado el teléfono inmediatamente, pero en lugar de eso, cometió el mismo error de todos los días, contemplar ante sí las 8.554 fotos y 114 vídeos que acreditaban que «lo nuestro» había sido real. Imágenes que vistas ahora en perspectiva, más que recuerdos, parecían la cuenta atrás de su ruptura. Un contenedor de escenas costumbristas de una relación con fecha de caducidad que iban desde aquellas primeras en las que apenas dirigían la mirada a cámara porque no podían dejar de mirarse hasta las más recientes en las que ambos forzaban sonrisas y miraban a un horizonte que no existía. Fotos y vídeos con los que se podía ofrecer con precisión milimétrica el número de días que le restaban a su noviazgo; dos años. Tres meses. Un día. Media hora... Una última foto hecha por error en el pasillo de los congelados mientras consultaba la lista de la compra y en la que se podía ver de fondo a Macarena empujando el carrito disimulando que estaba a punto de finiquitar «lo nuestro».

Rodrigo marcó la imagen para eliminarla y en cuanto lo hizo el dispositivo volvió a cuestionarle: «¿Está seguro de que quiere eliminarla?», Rodrigo dudó. ¿Quería borrarla? ¿Mejoraría en algo su vida si suprimía aquella fotografía o las otras 8.553? ¿Más allá de ceder espacio de almacenamiento en su iPhone, qué otra ventaja podría obtener con aquella acción? ¿Se podía olvidar el pasado simplemente eliminado la galería de fotos? ¿Volvería Carmen

a la vida con el pequeño gesto? ¿Le dejarían de acosar por Tinder? Probablemente no, pero tenía la sensación de que la única forma de salir del bucle en el que andaba metido era dejar atrás la mochila del pasado.

Animado por el efecto del Yurelax, se armó de valor y esta vez sí, decidió que había llegado el momento de liberar espacio y dejar definitivamente atrás el pasado. Cuando la imagen de Macarena empujando un carrito del Mercadona desapareció junto con las otras 8.553, Rodrigo dejó el teléfono sobre la mesilla y se echó a dormir sintiéndose tan vacío como la memoria del iPhone.

Nada más cerrar los ojos, el timbre de la puerta retumbó en toda la casa. En un principio pensó que se trataría de una gamberrada de adolescentes y se quedó en la cama. Sin embargo, ante la falta de respuesta, las llamadas aumentaron de manera intensa, lo que le hizo descartar que los responsables fueran simples niñatos.

Arrastrando la pierna desde el dormitorio hasta la puerta de entrada, Rodrigo acercó el ojo a la mirilla y atisbó a un hombre con una abundante mancha de sangre a la altura del hombro derecho.

—¿Quién coño eres? —disimuló el miedo proyectando la voz.

—Tu ángel de la guarda —respondió Reyes.

—Voy a llamar a la policía. —Trató de deshacerse de él.

—No hace falta. Van a venir ellos solos —hizo una pausa el guardia civil para mirar el reloj—. En unas seis horas la tendrás aquí. ¿Por qué crees que he venido?

Rodrigo no tenía ninguna intención de llamar a la policía, pero tampoco se fiaba de alguien que se plantaba en su casa de madrugada con lo que parecía una herida de bala. Acumulaba demasiadas malas decisiones en los últimos días y no estaba en disposición de complicarse más la vida.

—¿Por qué van a venir? —Intentó ganar tiempo mientras averiguaba de quién se trataba y qué hacía exactamente allí.

—¿De verdad quieres que hablemos de lo que pasó en Isla Canela a gritos? ¿Te apetece que se enteren todos tus vecinos de lo que hiciste?

El Yurelax dejó de hacerle efecto y la piel se le erizó desde la espalda hasta desprenderse por la pierna adormecida. El miedo le hizo recuperar de golpe la sensibilidad perdida en la rodilla y se dio cuenta de que una vez más estaba acorralado y obligado a fiarse de absolutos desconocidos.

—Pasa —acertó a decir Rodrigo cuando abrió la puerta.

—Necesito ropa limpia. Y Betadine —le pidió Reyes quitándose la camiseta, sintiéndose como en casa incluso antes de entrar.

—¿Quién eres?

—Ya te lo he dicho, tu ángel de la guarda. Solo que no me envía Dios sino alguien que manda más.

—¿Quién?

—¿Te suena de algo el nombre de Jesús Carranza? —jugó con él el brigada.

Desprenderse del pasado era tan difícil para Rodrigo como hacerlo de la desconfianza de su padre. Ni uno ni otro estaban dispuestos a darle una oportunidad. Le iban a monitorizar de por vida, infantilizándole de la misma manera que hacía su teléfono, cuestionando cada una de sus decisiones.

—El botiquín está en el baño —dijo resignado, consciente de que debía hacer lo correcto y lo correcto era siempre no tirar de la correa a la que le llevaba atado su progenitor—. Voy por una camisa.

—Mejor ve por un café —le demandó el guardia civil de camino al aseo.

—¿Lo quieres con leche?

—No es para mí, es para ti. La policía viene a interrogarte. Necesito que estés concentrado. No tenemos mucho tiempo para preparar tu testimonio.

La noticia le pilló por sorpresa y se arrepintió de haber borrado todas las fotos de Macarena. Por patético que pareciera, lo único que le apetecía era contemplar aquellas imágenes, refugiarse en ellas y recordar su vida cuando todo era seguro y estable.

—¿Dónde estabas el domingo cinco de mayo? —le preguntó Reyes a bocajarro tras limpiarse la herida.

—Estaba... estaba en Sevilla —improvisó sobre la marcha.

—¿Haciendo qué?

—Me quedé en casa todo el día.

—No, estabas jugando al fútbol con tu padre. Ahí te hiciste el esguince, ¿te acuerdas?

—Sí, estaba jugando al fútbol —rectificó Rodrigo para complacer al brigada.

—No me lo creo. Estás nervioso. Tienes que sonar convincente si quieres que te crean.

—Estaba jugando al fútbol —dijo esta vez más alto.

—Eso es chillar, no mostrar seguridad. Te hace parecer culpable. Hasta que no me convenzas de que el domingo estuviste jugando al fútbol y luego en Urgencias, no me voy a mover de aquí. No te puedo ayudar, si tú no te esfuerzas un poco más.

Rodrigo no aguantó la presión y se echó a llorar. Tenía la amarga sensación de que todo lo hacía mal, incluso mentir. Aquella fragilidad preocupó a Reyes, que empezaba a intuir que no estaba preparado para salir indemne de un interrogatorio.

—¿Dónde estuviste el cinco de mayo? —volvió a preguntarle, ignorando sus sentimientos y procurando que a fuerza de repetirlo terminara creyendo lo que decía.

***

## 4
## Los Bermejales, Sevilla

Disparar excitaba a Martínez. Daba igual el número de veces que lo hiciera. Cada vez que apretaba el gatillo se sentía más masculino. Algo que en su caso no era una cuestión menor. Desde hacía un par de años padecía disfunción eréctil y, aunque trataba de quitarle importancia, lo cierto era que cada noche que no lograba tener una erección se sentía poco menos que un eunuco. A su mujer le decía a veces que era culpa de la vida sedentaria, otras del colesterol, y en los últimos tiempos, del tabaco. Alguna vez incluso le recriminó a ella que hubiera ganado algo de peso y que así le resultaba imposible encenderse. Cualquier excusa le valía para justificar que su miembro hubiera mutado en un «blandiblú».

Otra cosa era lo que pensaba cuando se quedaba a solas. Entonces no era tan autocomplaciente. En el baño se golpeaba los genitales. Los estrujaba. Se hacía daño a propósito por ser un pusilánime. ¿Qué había hecho él para merecer aquel castigo? La mitad de su tiempo lo consumía pensando en si, debería ir a un especialista y la otra mitad muriéndose de vergüenza solo de pensar en confesar aquella mancha en su expediente viril. Acudía a trabajar diariamente, tenía discusiones y hacía informes, pero ninguna de esas tareas lograba difuminar del todo su gran preocupación; ser un hombre que no servía, un descarte del sistema, una triste avería que debía conformarse con mirar en lugar de pasar a la acción. Una persona desesperada y dispuesta a cualquier cosa con tal de recuperar la autoestima.

Había quien se dejaba corromper por dinero o por poder. En ese sentido, Martínez no era tan ambicioso y hacía lo que hacía a cambio de volver a sentir una erección. Un hombre valía tanto como su secreto más oscuro y el precio del comisario era más que asumible: chivatazos a cambio de suministro periódico de viagra chino. Ni más ni menos. Una deshonra en la historia de la Policía Nacional, una ganga para Reyes.

Martínez esperó en el interior del vehículo hasta que sintió que tenía el pene erecto y se deleitó unos segundos con aquel espectáculo de la naturaleza. Lo contemplaba como el que mira embelesado las cataratas de Iguazú o la aurora boreal en el círculo polar ártico. La relación del comisario con su polla era, sin duda, la historia de amor más bonita jamás contada.

En cuanto superó el test de estrés y comprobó un par de veces que estaba bien enderezada, salió de allí dispuesto a demostrarle a su mujer lo bien que le había sentado reducir el número de cigarros al día.

Tan sugestionado estaba por su propia fantasía de ser un superhombre que no se percató de que, a pocos metros de distancia, Urbizu tomaba buena nota de sus horarios. Lo hacía desde el interior del coche sin dejar de hacerle fotos.

«Ya está en casa», le escribió a Lucía Gutiérrez acompañando el texto de una imagen del comisario entrando en el chalet. Casi al instante, recibió una respuesta de su socia:

«Hay que hacerlo rápido. Tenemos que acabar con esto ya».

Tal cual lo leyó, Urbizu supo que la noche iba a ser larga y le dio un sorbo a una lata de Red Bull que tenía apoyada en el embellecedor.

***

## 5
## Puesto Guardia Civil, Lepe

—No me he vuelto loca, te escuchan, te juro que te escuchan. No sé cómo, yo creo que con el micrófono del móvil. Y luego con un algoritmo detectan palabras al azar y así saben qué venderte —dijo la agente de la Guardia Civil mientras le daba un mordisco a un bocadillo de morcón.

—¿De qué estás hablando? —le replicó el sargento, más pendiente del reloj.

—¡De Instagram! De los anuncios de Instagram. Llevo una semana hablando de fajas, porque tengo una boda en dos semanas y no me entra el vestido. Pues el móvil escucha «faja», «faja», «vestido», «michelines», «faja», ¿y qué pasa? —La agente hizo una pausa dramática y le mostró la pantalla de su teléfono a su superior —. ¡Anuncios de fajas reductoras en mi Instagram! Esto no puede ser legal.

Por la cabeza del sargento pasó la idea de recomendarle desayunar algo más ligero que el morcón en lugar de recurrir a la faja, pero aquella conversación le interesaba más bien poco.

Con el rostro serio, miró una vez más el reloj y se puso en pie.

—Será mejor que acabes, está a punto de llegar.

La agente envolvió el bocadillo y siguió al sargento hasta la puerta de entrada, donde un coche patrulla estacionó frente a ellos. Del vehículo bajó Irene, la hermana de Carmen Camacho, que en cuanto puso un pie en el suelo supo que no había posibilidad de evitar una catástrofe. Al igual que todo el mundo, Irene conocía de sobra que cuando el teléfono sonaba de madrugada, nunca era para buenas noticias. Aun así, hizo un último esfuerzo y agotó todas las posibilidades.

—¿La han encontrado?

—Acompáñenos —dosificó la información el suboficial, consciente de que debía amortiguar el golpe.

Irene se metió la mano en el bolsillo y acarició un trozo de hilo rojo tratando de despertar algún tipo de fuerza mágica. Pertenecía a un jersey de la infancia de Carmen, una prenda que ella siempre perdía en excursiones y que milagrosamente volvía a aparecer a las pocas horas. La familia lo había terminado por convertir en una especie de amuleto y se habían repartido entre todos ellos hebras para atraer la buena suerte.

Durante el recorrido hasta el despacho del sargento, Irene lo apretó con fuerza entre sus dedos y deseó que al igual que aquel jersey imperdible, Carmen hubiera aparecido milagrosamente.

—Lo siento mucho —dijo el guardia civil entregándole una carpeta azul con los resultados de las pruebas de ADN de la sala de autopsia —. El director del Instituto de Medicina Legal de Huelva nos acaba de confirmar que los restos aparecidos en el incendio de las chabolas son los de su hermana.

Antes de que abriera la carpeta y pudiera confirmar la información, a Irene se le cayó de la mano la hebra de hilo rojo al suelo. No fue como resultado del impacto de la noticia. Tampoco un accidente. Sencillamente, perdió la fe de golpe.

—¿Y cuándo van a detener a Rodrigo Carranza? —cambió Irene de un momento a otro la esperanza por la rabia.

***

## 6
## Albufeira, Portugal

Bruna ni tan siquiera tocó el *gin-tonic* que tenía apoyado sobre la mesita de noche. Desde que Sabali le contó su historia, tuvo claro

que estaba ante algo gordo, la clase de reportaje que le podía devolver a la primera línea de la televisión. Tras lo que parecía un incendio provocado por las malas condiciones en las que vivían los trabajadores de la fresa en Huelva, se escondía un caso de abusos sistemáticos del que aquella joven no solo era testigo directa sino también víctima, y finalmente verdugo. El día a día de una mujer que se cansa de ser la parte débil del eslabón y se toma la venganza por su cuenta. Alguien de aspecto cándido, humilde y un tanto ingenuo, alguien de la que nunca sospecharías que una tarde de primavera podría echar a arder aquella vida de mierda con todos sus demonios dentro.

—¿Te importa que apague la luz? —preguntó su marido, cansado de la montaña rusa que era la vida conyugal y decidido a que el sueño aliviara todos sus tormentos.

La reina de las mañanas prefirió no contestar. No hacía falta. Antonio conocía de sobra el estado febril y obsesivo en el que entraba su mujer cuando daba con una buena historia. En cierto modo, la prefería así que abusando del orfidal y de su paciencia.

Pero para su sorpresa, por una vez en la vida le hizo caso y la vio salir a la terraza con el portátil en una mano y la copa de balón en la otra. Momento que aprovechó para apagar al fin la luz y descansar.

En penumbra, la periodista le dio un trago al combinado y contempló el mar desde el balcón. Era una de esas noches que el Atlántico rugía y susurraba al que quisiera escuchar. Las olas rompían con fuerza contra el acantilado y Bruna quiso imaginar que todo aquello formaba parte de lo que estaba a punto de ocurrir, una señal de su resurrección. Pese a las evidentes señales, prefirió documentarse en lugar de dejarse arrastrar por la megalomanía. Al fin y al cabo, en aquella historia no era la estrella sino solo la telonera,

Con la mirada fija en la pantalla del ordenador leyó que la provincia de Huelva era líder indiscutible en exportación de fresa, con una producción que superaba las 450.000 toneladas anuales. Sin embargo, entre el verde de sus plantas también crecía la precariedad y la explotación laboral. Detrás de aquel boyante negocio que facturaba más de 1.300 millones de euros al año, miles de trabajadores sufrían condiciones de semiesclavitud con jornadas maratonianas, salarios que rozaban la miseria y chabolas inhabitables como única solución habitacional.

A todas estas carencias, en el año 2018 se le sumaron denuncias de abusos sexuales de varias temporeras marroquíes por parte de responsables de las fincas para las que trabajaban. Mujeres especialmente vulnerables, cuyo desconocimiento del idioma y la dependencia laboral de sus supuestos agresores agudizaba la indefensión.

El *modus operandi* habitual era el de facilitar mejoras de las condiciones de trabajo a cambio de favores sexuales. Según señalaban diversos informes había gran cantidad de testimonios en los que se le ofrecía a la víctima el empadronamiento o un contrato laboral a cambio de sexo. Los abusos, tal y como le había señalado Sabali, se daban incluso por parte de otras mujeres marroquíes que se aprovechaban de su pequeña cuota de poder.

Todo el relato de la joven se ajustaba a los hechos que se venían denunciando y parecían tener base más que fundamentada.

Fue entonces cuando algo empezó a chirriar en aquella historia. En la esquina derecha de la pantalla del ordenador apareció una última hora del *Correio da Manhã*: «Encuentran calcinada en Lepe a la española desaparecida Carmen Camacho».

La noticia la dejó confundida ¿Qué motivos tenía Sabali para matarla? La chica había insistido mucho en que, además del capataz,

no había nadie más cuando dejó caer el infiernillo de gas sobre el suelo. Pero si no había sido ella, ¿cómo acabó aquella mujer incinerada en un asentamiento chabolista? Según le contó la temporera, la única que tenía conocimiento de su situación de abuso continuado era una voluntaria de la ONG que les asistía en el poblado del cementerio de Lepe, una tal Claudia García, a la que, además de confiar sus secretos, le había notificado el incendio antes de huir.

Bruna apuró la copa y decidió echarle un ojo a las redes sociales de la amiga de Sabali. Tan concentrada estaba, que ni siquiera echó en falta sus gafas de periodista de raza. El perfil de Instagram de la voluntaria le llamó la atención de inmediato. Todas las fotos venían acompañadas de textos pretenciosos y supuesta denuncia social a pesar de posar en bikini, frente al espejo del ascensor o en el baño de una discoteca. Citas de Gloria Steinem o Virginia Woolf con las que justificaba la obsesión por mostrar a los demás su figura. La última publicación tenía un par de días. En ella se la podía ver mordiéndose los labios pintados de rojo donde mencionaba a Silvia Federici sin ningún pudor:

> Siempre digo que el cuerpo de la mujer es la última frontera del capitalismo. Quieren conquistar el cuerpo de la mujer porque el capitalismo depende de él.

Bruna sonrió. Reconocía a la legua a las que pertenecían a su misma calaña y mendigaban atención, cariño y *likes* con cualquier excusa. En aquella gigantesca galería dedicada a su propio culto, tan solo localizó una imagen en la que no posara de manera sensual o provocativa. Era una foto en un gimnasio y en la que sonreía junto a otra mujer más mayor que ella, su madre, que respondía al nombre de Lucía Gutiérrez. El texto, al contrario que el resto, era sencillo y cariñoso.

«Orgullosa de ti.»

Ambas sujetaban una moneda donde se podía leer «Un año sobria». De manera impulsiva, Bruna tecleó en el buscador de Instagram «Lucía Gutiérrez», pero ninguno de los resultados coincidía con la madre de Claudia. Lo mismo ocurrió en Facebook o Twitter. No había referencias de aquella mujer en redes sociales, algo que le llamó la atención tanto como para ampliar la búsqueda en Google.

No le llevó demasiado tiempo encontrar un par de noticias en el *Diario Sur* de Málaga donde se informaba que Lucía Gutiérrez era teniente de la Guardia Civil y que había utilizado sus influencias para eliminar las pruebas de un atropello protagonizado por su hija, algo que le había acarreado la suspensión del Cuerpo a ella y el ingreso en un centro de menores a Claudia.

Bruna se relamió. Aquella noticia tenía todos los componentes necesarios para estar en antena varias semanas y posiblemente para poder firmar el desarrollo de un *true crime* con alguna plataforma.

Emocionada, se bebió de golpe los restos de *gin-tonic* y encendió la luz del dormitorio, desvelando a su marido.

—¡La luz! —se quejó él sin querer abrir los ojos y perder definitivamente el sueño.

—No te molestaré mucho. Me voy a España.

A Antonio no le quedó más remedio que espabilarse mientras su mujer hacía la maleta a toda prisa. Su descanso había durado exactamente un cuarto de hora, el tiempo que necesitó Bruna Pinheiro para encontrar un nuevo desafío.

***

## 7
## Alfalfa, Sevilla

—Policía Nacional —gritó Montoya después de llamar con contundencia a la puerta del apartamento de Rodrigo Carranza.

A su lado esperaban Cárcamo y Fernández. Decir que lo hacían de manera impaciente sería redundante. La impaciencia en ellos no era una excepción sino un estado de ánimo. Ambos esperaban una señal del inspector para echar la puerta abajo y descargar allí alguna de las toneladas de frustración que sostenían sobre los hombros.

Montoya miró el reloj. Eran las cuatro y cuarto de la madrugada. Apenas había pasado un minuto desde que diera el aviso, pero era evidente que tenía las mismas ganas que ellos de algo de acción. Estaba a punto de hacer un gesto con la mano para que los policías cargaran con el ariete cuando la puerta se abrió y apareció ante ellos el hijo del candidato perfectamente aseado y vestido.

—¿Ocurre algo? —preguntó Rodrigo Carranza de lo más calmado.

Montoya se rascó la mejilla. Lo hacía siempre que algo no le cuadraba. Y desde luego había algo en la actitud del hijo del candidato que le descolocaba por completo. Aquel tipo de registros de madrugada tenían como principal finalidad sorprender al sospechoso y que no tuviera tiempo de reacción para ocultar posibles pruebas que les incriminaran. En este caso resultaba evidente que les estaba esperando y que alguien le había dado el chivatazo.

—Tenemos una orden de registro —prefirió acogerse el inspector al protocolo entregándole la documentación.

—Mi casa es su casa —respondió Rodrigo con media sonrisa que revolvió el estómago a los policías. Pocas veces Montoya, Cárcamo y Fernández estaban de acuerdo en algo, pero aquella vez fue una de ellas. Cualquiera de los tres hubiera estado encantado de quitarle aquella estúpida mueca de un guantazo.

***

## 8
## Puente de los Remedios, Sevilla

Lucía Gutiérrez no tenía ganas de llegar casa y, aunque las hubiera tenido, tampoco habría podido hacerlo. La parada de taxis estaba tan colapsada como la de autobuses y la única forma de escapar del Real de la Feria era a pie.

Agotada física y mentalmente, atravesó el barrio de Los Remedios entre grupos de borrachos, mujeres que se cambiaban los tacones por bailarinas y entusiastas de las sevillanas, que se veían en la obligación de compartir su mala voz con los demás. Una combinación de tribus urbanas que no hacían sino ensancharle la pena y el dolor.

Fue cruzando el puente de Los Remedios cuando alguien a lo lejos gritó: «Viva Sevilla y viva la gente con arte» a lo que respondieron al unísono con un solemne «viva» hasta los vecinos que no podían dormir por los gritos de los feriantes. Para cualquiera aquello solo hubiera sido una muestra más del inabarcable muestrario sevillano de lo encantados que estaban de haberse conocido. Pero para Lucía Gutiérrez fue algo más. Una puntilla. Una gota de angustia que colmaba un vaso al límite y que le imposibilitó dar un paso más.

Paralizada, se giró hacia al río e hizo lo que hacía siempre que se sentía perdida: encenderse un cigarrillo y dirigirse a Dios.

—Qué bien se le da a los demás vivir —comenzó su plegaria aquella madrugada—. Es como si tuvieran un guion de lo que deben hacer, sentir o pensar en cada puto momento. Visto desde fuera parece tan fácil. ¿Por qué a mí se me da tan mal? —preguntó a las aguas del Guadalquivir esperando sinceramente una respuesta—. ¿Por qué no puedo ser más cercana? ¿Por qué soy incapaz de decirle a nadie lo que quiere oír? Es como un idioma desconocido para mí. ¿Por qué me cuesta tanto expresar cariño? Me gustaría decirle a

alguien que le quiero. O que le entiendo. O no decirle nada, simplemente escuchar y compadecerme de él. Pero es imposible, cada vez que llega el momento de ser generosa con alguien levanto un muro de frialdad. ¿Quién coño me he creído que soy? —volvió a dejar una pregunta en el aire mientras soltaba una bocanada de humo—. Quiero pensar que es un mecanismo de defensa, que me protejo para que no me hagan daño. Pero ¿y si no es eso? ¿Y si soy tan rígida simplemente porque soy una mala persona? Puedo soportar casi cualquier cosa. Tú lo sabes. Me han dicho de todo y, casi siempre, me lo merecía. Te diría que incluso me pone. Es como un reto. Demostrarles que soy mejor de lo que piensan. Nada de eso me afecta. Es gente que ni me va ni me viene. Pasan por mi vida de manera fortuita. La cosa cambia con Juan. O con Claudia. Incluso con Urbizu ¿Qué pensaran ellos de mí? ¿Sabrán disculparme? ¿Serán de los que saben que solo me protejo o habrán llegado a la misma conclusión que todos y opinarán que soy gilipollas? Te confieso que a eso sí le tengo miedo, a que se les pase por la cabeza durante un segundo que soy una persona tóxica y que les ha jodido la vida... En realidad, no es lo que opinen ellos. Es lo que creo yo. Cada día estoy más convencida de que sí, de que soy una mala influencia para todos ellos, de que todo lo que toco lo convierto en un problema, en un conflicto, en una batalla en la que estás conmigo o contra mí. No tengo tanta autoestima como para no darme cuenta. Me veo desde fuera y quisiera matarme veinte veces al día... Creo que nunca te lo he dicho, pero me he cansado de mí. Me aburre profundamente ser Lucía Gutiérrez. Aborrezco todas y cada una de mis palabras, de mis gestos, de mis continuas decepciones. Es como si yo también tuviera un guion, uno malo, de un personaje plano, sin matices, al que todo le sienta mal y no hace nada por cambiar... Odio a esa persona con todas mis fuerzas.

La exguardia civil apuró el pitillo y después lo arrojó al río. Esperó unos segundos a que Dios le diera alguna palabra de ánimo, pero tal vez ni siquiera Él la comprendía y todo lo que obtuvo fue un lapidario silencio.

***

## 9
## Alfalfa, Sevilla

Estaba amaneciendo cuando Cárcamo y Fernández le anunciaron a Montoya que en aquel piso de la Alfalfa no había nada que les hiciera sospechar que Rodrigo Carranza pudiera estar relacionado con la desaparición de Carmen Camacho. Todo allí era perfectamente normal. Habitaciones limpias, la ropa de invierno y la de verano separada y un ambientador de lavanda en el baño. De lo único que era sospechoso aquel prodigio de lo insustancial era de estar patrocinado por Zara Home.

—¿Cómo te lo hiciste? —le preguntó Montoya al hijo del candidato.

—¿Lo de la pierna? Haciendo el tonto... —dijo, pero al ver la cara de pocos amigos del policía, procuró ser más específico—. Jugando al fútbol.

—¿Cuándo?

—Creo que el sábado...

—Necesito que seas más preciso. ¿Tienes el parte médico para que pueda consultarlo? —quiso saber el inspector sin terminar de fiarse de él.

Como si estuviera esperando la pregunta, Rodrigo Carranza se metió la mano en el bolsillo y sacó un papelito doblado que le entregó despreocupado.

—Qué suerte que lo tuvieras tan a mano —ironizó el policía.

Montoya le echó un vistazo y le hizo un par de fotos con el móvil. De primeras le extrañó que el hospital estuviera en Castilleja de la Cuesta, así como la hora del ingreso, las ocho y media de la mañana. No obstante, quería comprobar un par de datos antes de lanzarse a la piscina.

—¿Podrías facilitarme el nombre de todos con los que jugaste al fútbol?

—Sí, por supuesto. ¿Tiene bolígrafo para apuntar?

La suficiencia con la que respondía aquel engreído molestaba sobremanera al inspector. Pese a ello, le hizo caso y sacó un lapicero dispuesto a anotar el listado de amigos y conocidos.

—Jesús Carranza, mi padre. Seguro que lo conoce.

—¿Nadie más?

—¿Le parece poco?

Montoya supo entonces que aquello no era una pregunta sino una advertencia. Consciente de que se movía en terreno pantanoso, miró a Cárcamo y Fernández y les hizo una señal. Había llegado la hora de marcharse de allí.

***

## 10
## Puente Internacional del Guadiana, Portugal

Con las primeras luces del día, Bruna Pinheiro cruzó el puente del Guadiana que unía la localidad portuguesa de Vila Real con Ayamonte. El retrovisor central reflejaba una estúpida sonrisa que no se había podido quitar desde que se subió en el coche. No solo había logrado convencer a su marido de que estaba ante una buena historia, también consiguió que se quedará al cargo de Sabali. Puede

que no tuviera el don de la humildad, pero sí era una buena negociadora. Tanto como para que Antonio llegase a pensar que la parte más importante de aquel reportaje le correspondía a él, proteger una fuente, cuando, en realidad, lo que le estaban pidiendo era hacer de niñera.

Había planeado que su primera parada fuera en Huelva. Allí había logrado citarse con un agente español con facilidad para filtrar informes policiales a cambio de no demasiado dinero. Una práctica bastante habitual en el periodismo de sucesos, arte en el que se había consagrado la reina de las mañanas, a la que algunos en Portugal acusaban de sensacionalista. Ella siempre se defendía con esa cosa tan abstracta del interés informativo, que abarcaba desde dar cobertura a abogados indeseables como a maltratadores. Le daba a la audiencia lo que el público le pedía, y si los espectadores le demandaban basura, ella intentaba envasarla de la forma más digna posible. ¿Qué otra cosa podía hacer? Por supuesto que le hubiera encantado dedicar horas al calentamiento global o a la turistificación de las ciudades. Pero aquello desanimaba a los televidentes, que lo que realmente buscaban al encender el televisor era sentirse mejores que alguien, no culpables.

En cuanto divisó el cartel del término municipal de Ayamonte, su teléfono empezó a vibrar.

—Voy conduciendo, ¿te puedo llamar en un rato? En hora y media como tarde estoy allí —dijo Bruna tras descolgar.

—Cambio de planes. No puedo desplazarme hasta Huelva. ¿Puedes venir tú a Sevilla?

Bruna lo pensó. No le gustaban los cambios de última hora. Le hacían sospechar. No obstante, Reyes nunca le había fallado y se había ganado su respeto. Lo conoció en sus tiempos de cobertura en el caso de Madeleine McCann. En aquellos años estableció muchos

contactos con españoles a los que se les daba bien escarbar en la basura y que tenían los mismos pocos escrúpulos que ella. De entre todos ellos, hubo uno que le llamó la atención más que los demás. Se trataba del brigada, al que no parecía interesarle en absoluto la fama. Se movía solo por dinero y prefería seguir en la sombra que ponerse en el foco. Era un tipo listo y resolutivo. Pensaba en aquello como un trabajo a largo plazo y no se dejaba marear por las luces de la televisión.

—Está bien —dijo la presentadora después de pensarlo mejor—. Pero la gasolina me la descuentas —bromeó.

***

## 11
## Espartinas, Sevilla

Reyes colgó y se dirigió a las cabellerizas de la Hacienda de Loreto, una finca semiabandonada en la carretera que unía Espartinas con Valencina. A pesar de su estado de abandono, ni siquiera la maleza y la broza que ocultaban el color albero de la vivienda le restaban ni un milímetro de belleza. Desde hacía años era usada por los ganaderos de la zona como abrevadero. No era un sitio especialmente concurrido, pero de vez en cuando tenía visitantes, especialmente vacas y terneros.

El brigada apoyó el móvil sobre uno de los muros del establo y conectó la grabadora de voz. En cuanto la activó, se alejó unos pasos y giró hacia el aljibe de la finca cuya compuerta de acceso estaba oculta bajo materiales de obra. Con cuidado los apartó y se introdujo en el depósito subterráneo de agua.

Como el resto de la hacienda, la cisterna estaba en desuso y si bien las malas hierbas se habían apoderado de las juntas que unían

los ladrillos, el espacio se conservaba de manera aceptable. Ni siquiera detectó un olor a humedad particularmente desagradable, lo que sorprendió al guardia civil.

Tras un breve vistazo en el que se cercioró de que no había moho ni filtraciones en la estructura, el brigada tomó aire y seguidamente empezó a gritar. Lo hizo de una forma tímida, como si le avergonzara llamar la atención. Reyes era de los que habitualmente dormía en el borde del colchón, tuviera o no compañía. Desde su adolescencia se comportaba así, temiendo ocupar más espacio del que merecía, al menos en la intimidad. En su trabajo era todo lo contrario. Su ambición no encontraba un molde en el que encajara. Siempre había algún trabajo extra o misión indecorosa que le pudiera granjear amistades interesadas. Antes que guardia civil, era un relaciones públicas buscando contactos y conexiones. Había aprendido desde pequeño que en la vida había dos tipos de energía que hacían mover el mundo, el de la supervivencia, destinado a aquellos que se agarran con uñas y dientes al último suspiro para aguantar un día más sobre la faz de la tierra, y el del aspiracionista, el que nunca está conforme con la posición en que le ha colocado la sociedad y no deja de subir y subir peldaños de una cúspide que no tiene fin. Reyes pertenecía a esta última especie.

Al comprobar que sus chillidos no provocaban nada en el exterior, probó a gritar con mayor fuerza. Arqueado sobre sí mismo, soltando todo el lastre acumulado durante años, se desgañitó de una manera que sobrecogía. Las humillaciones, los fracasos, las decepciones... Todo aquello que había reprimido, quedaba liberado con cada grito. Lo que empezó como un ensayo terminó en algo más parecido a una catarsis. En los ojos de Reyes aparecieron un par de lágrimas mientras sus alaridos reverberaban con fuerza dentro del aljibe. Solo

cuando sintió que se iba a quedar afónico, dio por finalizado el ejercicio.

Con unos veinte kilos menos de peso, el brigada salió del depósito secándose las lágrimas y volvió a las caballerizas en busca de su teléfono móvil. Utilizando el pulgar, interrumpió la grabación y lo reprodujo de inmediato.

De los cinco minutos de registro sonoro tan solo quedó grabado el sonido del viento recorriendo las veinte hectáreas de la hacienda. No había constancia de ningún chillido, ni tan siquiera de un lejano murmullo, lo que provocó que Reyes dibujara en su cara una sonrisa de oreja a oreja.

***

## 12
## Los Bermejales, Sevilla

—Han identificado el cuerpo —dijo Lucía inmediatamente después de abrir la puerta del coche y sentarse en el asiento del copiloto.

Urbizu no entendió a lo que se refería. Llevaba toda la noche despierto, atento a los movimientos de Martínez y la cabeza no le daba para más.

—La chica de Isla Canela, la han conseguido identificar —eludió referirse a Carmen Camacho y a cualquier detalle escabroso que le hiciera sentir como la mala de la película.

—Te dije que no era buena idea —señaló él tras un largo bostezo, luchando con todas sus fuerzas contra la somnolencia.

—Tan mala como haber llegado hasta aquí para solo tener el nombre de Martínez en la pizarra.

—No voy a discutir lo mismo una y otra vez.

Lucía Gutiérrez tampoco quería perder el tiempo con tonterías. Estaba cansada de ella misma y de esa absurda manía de querer llevar razón. Todavía no había pronunciado ninguna palabra de la que se tuviera que arrepentir y estaba a tiempo de reconducir la situación sin perder los nervios.

Así que se encendió un cigarrillo y bajo la ventanilla del coche deseando aportar algo útil a la conversación que no fueran simples reproches. Después de dos caladas purgantes y otro ataque de tos, retomó la conversación.

—No vamos a tener otra oportunidad. En cuanto Reyes se entere, nos va a retirar su confianza.

—Estas cosas pasan, nunca puedes deshacerte del todo de un cuerpo. Además, es imposible que lo logren conectar con Carranza. Todavía tenemos margen.

—No, no hay margen —dijo tajante Lucía—. Hay algo que no te he contado —añadió meditando las palabras que iba a pronunciar mientras exhalaba el humo del tabaco.

Urbizu suspiró. Lucía Gutiérrez llevaba tatuada en la frente la palabra problemas. Daba igual lo mucho o poco que te relacionaras con ella. Bastaba un leve roce para quedar unido para siempre a su fatalidad.

—¿Me das uno? —se rindió a lo que estaba por venir pidiéndole un pitillo.

—Puede que nos perdone la cagada de la chica de Isla Canela, pero no lo de Ibrahim —dijo ella prendiéndole el cigarro con el encendedor del coche.

—¿Qué ha pasado con Ibrahim? —preguntó por cortesía, aunque se podía hacer una idea.

—¿Hace falta que te lo diga? ¿Cómo crees que conseguí el nombre de Martínez?

—Sí, hace falta. Quiero saber a lo que nos exponemos.

—Está sumergido en el Guadalquivir con un bloque de cemento. Si lo dejaba con vida iba a ser un problema.

Urbizu se tragó el humo y lo retuvo en la boca tratando de ordenar los pensamientos que se le acumulaban en la cabeza. A decir verdad, le molestaba más que se lo hubiera ocultado que otra cosa. ¿Acaso no había hecho lo suficiente para ganarse su confianza? Hasta había accedido a ser el padrino de su boda cuando lo odiaba. ¿Qué más necesitaba aquella mujer para dejar de tener secretos? No, Urbizu no estaba molesto, estaba dolido. Le había mostrado todo su catálogo de buenas intenciones y aun así no lograba que se fiara de él.

—Será mejor que me vaya a dormir —dijo finalmente expulsando el humo por la ventanilla.

—¿Es todo lo que vas a decir? —le preguntó decepcionada Lucía Gutiérrez, que esperaba una reprimenda que le sacudiera los demonios que la consumían por dentro. Hay quien se crece con el cariño y quienes lo hacen con el castigo. Ella formaba parte de este último grupo. Necesitaba ser escarmentada para activarse, para olvidarse por un momento de que era incapaz de construir absolutamente nada y que su única gran virtud era arruinar lo que los demás lograban edificar.

—Si has venido buscando bronca, lo siento, no estoy interesado —dijo Urbizu abriendo la puerta del coche.

—Necesito acabar con esto ya...Voy a perder a Juan —señaló antes de que se marchara.

Lo hizo emocionada, al borde de la lágrima, sincerándose por primera vez ante un ser humano en lugar de escondiéndose con aquellas ridículas plegarias. Se había inventado un Dios a su imagen

y semejanza con el que desahogarse simplemente para evitar compartir con nadie más su fragilidad y su enorme herida.

El ejercicio de rara honestidad dejó sin argumentos a Urbizu, que cuando estaba a punto de marcharse, rectificó. Era la primera vez que le dejaba entrever miedo en lugar de rabia o ganas de revancha.

—¿Y qué quieres hacer? —preguntó mientras cerraba de nuevo la puerta del vehículo y le concedía el beneficio de la duda. Después de todo, si se había mostrado vulnerable era porque realmente confiaba en él.

—Usar los pocos recursos que tenemos —dijo ella recomponiéndose.

—Te escucho.

Lucía Gutiérrez compartió con él lo que tenía en mente y esperó su reacción. Pero cuando Urbizu quiso rebatirle un par de cuestiones, el comisario salió de casa inesperadamente.

—Tenemos compañía —señaló a Martínez abriendo otra lata de Red Bull y temiendo que aquella jornada no acabara nunca—. ¿Vienes o te quedas?

***

## 13
## Nervión, Sevilla

La noche y el alcohol habían dejado en la comisaría aroma de reyerta. Hombres de mediana edad a los que el alcohol les sentaba regular y habían terminado la noche con ganas de gresca. Las excusas para partirse la cara eran de lo más pueriles. Atestados que recogían frases tipo como «a mi madre la respetas». O bien, «te tienes que lavar la boca para hablar de mi mujer». O la más común

de todas, «los hijos son sagrados y del mío no te ríes». Siempre había un familiar o una relación de parentesco que servía al susodicho para tratar de ganarse la empatía de un agente y hacerle ver que no tenía otra salida que defender el honor de sus seres queridos a guantazo limpio. Un relato paternalista con el que esconder que tras aquella triste pelea solo había dos rebujitos de más y una existencia que les había defraudado profundamente.

Ajeno a todo ello, Montoya cotejaba en su despacho la coartada de Rodrigo Carranza. Las horas no le cuadraban. Si había ingresado a las ocho y media de la mañana en Urgencias, ¿a qué hora había ido a jugar al fútbol con su padre? ¿A las siete de la mañana? ¿Tenía sentido que en plena campaña el candidato madrugara para jugar al fútbol con su hijo de más de treinta años? ¿Y por qué desplazarse hasta un hospital en Castilleja de la Cuesta cuando estaban en la zona centro?

Aquello solo eran conjeturas y siendo hijo de quien era, convenía no meter la pata en el procedimiento y prestar atención a todos los detalles. El parte estaba firmado por una tal doctora Laura Herrera, a la que, por supuesto, ya había interrogado. Se trataba de una traumatóloga con más de quince años de experiencia, que recordaba perfectamente el ingreso y todo tipo de detalles, como los colores de la ropa deportiva que llevaba Rodrigo Carranza, el lugar exacto de la fractura y la hora de salida. Algo que le llamó la atención al inspector. No era frecuente que la gente retuviera tantos detalles. Su sensación al escucharla fue que prácticamente lo estaba recitando de memoria.

Al igual que tenía habilidad para adivinar los golpes de su adversario en un cuadrilátero, Montoya tuvo un pálpito y cotejó las redes sociales de la traumatóloga para comprobar su declaración.

La doctora solo tenía cuenta en Instagram. Entre sus últimas fotografías había una de ella bocabajo en clase de yoga el mismo día del presunto ingreso hospitalario de Rodrigo acompañada de una cita: «Todo lo bueno de la vida despeina». Por supuesto, la imagen venía acompañada de la ubicación, Centro de Yoga Shangri-La.

Había dado con una más que probable contradicción en su declaración. Tan solo debía localizar el centro y hacer las preguntas pertinentes para salir de dudas.

Casualidades de la vida, Shangri-La no estaba enclavado en el extremo occidental de las Montañas Kunlun como se describía en la novela *Horizontes Perdidos*, sino en el mismo barrio de Nervión, a apenas cinco minutos andando desde la comisaría, al lado de una tienda de yogur helado. Nunca un paraíso le había quedado tan cerca, así que decidió ir dando un paseo hasta allí.

En la fachada principal le esperaba una estatua sedente de Buda que compartía espacio con un rótulo en el que se podía leer en mayúsculas «CONSTELACIONES FAMILIARES». Montoya no tenía claro de qué se trataba exactamente, pero le sonaba a disco de *Siempre Así* si *Siempre Así* se fuera de romería a Nepal en lugar de a la aldea del Rocío.

La encargada refutó cada uno de sus prejuicios. Llevaba el pelo teñido de malva, unas gafas de ojos de gato y hablaba con una pausa muy poco natural. Arrastraba las vocales y las consonantes por la lengua y el paladar como si sufriera astenia primaveral.

—¿Está interesado en alguno de nuestros cursos? —preguntó Camila, la dueña del centro.

—Estoy interesado en una de sus alumnas.

La respuesta sonó más rancia de lo que le hubiera gustado, así que decidió aclarar la situación cuanto antes.

—Soy inspector de la Policía Nacional, Marcos Montoya. —Mostró su placa para dejar claro que no era un pervertido.

—¿Ha ocurrido algo?

—Nada grave. Es una cuestión rutinaria.

—No hay nada rutinario. Todo ocurre por algo —dijo con una convicción firme en que las casualidades no existían—. Puede que le haya traído otro motivo, pero su destino era venir hasta aquí y hablar conmigo.

—¿Y hacerme las constelaciones familiares? —señaló con ironía el inspector.

—Creo que su herida es más profunda. ¿Ha probado la ayahuasca? A mí me ha ayudado mucho a conocerme.

Tan cierto como que Montoya tenía una herida profunda era que jamás la compartiría con aquella aficionada al horóscopo y a las cartas astrales. Por no hablar de que eran horas para tomarse un café con una entera de tomate en lugar de para experimentar con alucinógenos.

No había dado una respuesta cuando Camila le agarró con fuerza la mano como si tratara de transmitirle en ese mismo momento fuerza, sabiduría y miles de años de filosofía oriental a través del tacto. Incapaz de zafarse de su apretón, el inspector soportó con estoicismo una diatriba infinita sobre la capacidad de las drogas para desbloquear traumas sin terminar de entender cómo la vida le había llevado aquella mañana hasta aquel centro de yoga donde a todas luces se les daba mejor provocar incomodidad que relajar a sus clientes.

—Tienes cara de haberlo pasado mal —concluyó Camila después de mirarle a los ojos que, además de organizar ceremonias con peyote en la sierra, presumía de tener dotes adivinatorias.

—No tanto como en estos cinco minutos. —Se liberó finalmente de su mano.

—El humor como escudo... un clásico. Déjame adivinar, ¿tu padre no te hacía caso y tú temes hacer lo mismo con tu hijo?

El policía tragó saliva. Aquella loca había dado en el centro de la diana y solo había necesitado un apretón de manos. Trató de pensar en una respuesta que le ayudara a salir del paso, pero ya era demasiado tarde. Camila había entrado en combustión al darse cuenta de que había tocado hueso. En un movimiento rápido que no vio venir, le volvió a agarrar de la mano y elevó la voz.

—He acertado, ¿a qué sí?

Montoya se rascó la mejilla, nervioso. Temía darle la razón y que le obligara a lamer un sapo allí mismo para superar el trauma que le había causado su padre. No tenía pruebas, pero estaba prácticamente seguro de que Camila resolvía todos y cada uno de sus problemas con estupefacientes, desde un trauma infantil a un ardor de estómago.

—Necesito confirmar que Laura Herrera estuvo aquí el lunes —cambió de tema abruptamente para recuperar el control.

—Lo haré encantada a cambio de una cosa, que pruebe una terapia de constelaciones familiares.

—No estamos negociando. Si se niega a darme esa información, será sancionada —dijo más incómodo de lo que quería admitir.

—Sé que he dado en el blanco. Ahora le toca usted dar el siguiente paso cuando se sienta preparado. Yo no me voy a mover de aquí —señaló amable mientras se acercó al ordenador del mostrador—. Laura Herrera tiene clases de yoga todos los lunes y miércoles por la mañana, y sí, este lunes estuvo aquí.

—¿A qué hora?

—¿Qué es lo que está comprobando exactamente?

—Es una información que no le puedo revelar.

—Le iría mejor si se abriera un poco a los demás. ¿Piscis?

—No, gitano. Somos mucho más cerrados.

—Estuvo de ocho y media a diez de la mañana —se rindió finalmente Camila al comprobar la rigidez del policía.

—Gracias, eso es todo —dijo exultante Montoya, que al fin vio un resquicio donde poder atacar a la familia Carranza.

—Sé que nos veremos pronto, no me equivoco nunca —se despidió de él Camila.

Y Montoya tuvo el mismo pálpito.

***

## 14
## San Juan de Aznalfarache, Sevilla

—Entras después del bloque de la feria —le comunicó la directora a Jesús Carranza mientras la maquilladora le corregía los brillos.

—¿Cuánto tiempo tengo? —preguntó él con los ojos cerrados, dejando que la esteticista le pasara el pincel por los párpados.

—Ocho minutos.

—¿Solo? —se quejó Sebastián, su ayudante.

—Dos más que el anterior, es lo que os toca por ley.

—¿Y por amistad qué es lo que nos toca? —preguntó el político.

La pregunta no tenía nada de inocente. Era una forma elegante de refrescarle la memoria y de que tuviera bien presente que si había conseguido ese puesto en Canal Sur había sido gracias a su influencia. O lo que era lo mismo, que lo podía perder de la misma manera.

—Veré lo que puedo hacer —reconsideró finalmente su postura la ejecutiva.

—Muchas gracias, Lola, valoramos tu esfuerzo —dijo el asistente de Carranza sin que en su tono de voz se percibiera ni medio gramo de aprecio, más bien todo lo contrario.

—¿Me puedes disimular las ojeras? —El candidato se volvió a centrar en lo realmente importante, su aspecto físico.

—Milagritos a Lourdes —contestó en tono jocoso la maquilladora, que al ver la cara de pocos amigos con la que había recibía el político el comentario, decidió esmerarse.

Cuando acabó de corregirle las imperfecciones, Sebastián se acercó hasta él y se apoyó en sus hombros en un gesto que los trabajadores de la televisión pública entendieron como una señal para dejarles a solas.

—¿Quieres que lo repasemos?

—No, no quiero parecer un robot que repite de memoria un texto. Se me da mejor improvisar.

—Entonces te dejo a solas para que te relajes —dijo el secretario despegando los manos de los hombros del candidato.

—Solo hay una cosa que me relaja. —Le agarró Carranza por las muñecas impidiéndole que se separara de él.

Y por supuesto su ayudante sabía a lo que se refería. Después de que el político le liberara las manos, sacó el teléfono de su bolsillo y eligió una canción desde Spotify. Sonaba *Lady Blue* de Enrique Bunbury cuando el secretario se puso de rodillas y le practicó una felación.

—Más alto. Ponla más alta —le pidió fuera de sí.

Siempre se lo pedía. La voz de Bunbury era para aquel cincuentón una especie de afrodisiaco. Le excitaba sobremanera aquella voz afeminada en la garganta de un hombre.

—Así, así —dijo Carranza orgulloso de la fuerte erección que le propiciaba el que fuera líder de Héroes del Silencio.

Con el volumen al máximo y Bunbury lanzado con el estribillo, Sebastián Álvarez volvió a lo suyo, a relajar al político antes de aquella trascendental entrevista.

—No pares —le susurró entrelazando sus dedos con el cabello del joven.

Era cuestión de segundos que el candidato eyaculara y se quedara en perfectas condiciones para hablar de vivienda pública, desempleo y gentrificación como el paladín de las luchas sociales que creía ser.

Pero algo ocurrió y la canción se cortó abruptamente.

—¿Quieres entradas para el concierto de Aitana? Entra en el *banner* y consíguelas antes de que se agoten —dijo entusiasmada la locutora.

El pene del candidato se vino abajo automáticamente, así como sus deseos de acabar con las desigualdades en la ciudad. De repente, lo único que sentía era un vacío inmenso.

—Perdón, no tengo la versión prémium —se explicó el asistente después de sacarse de la boca aquel miembro ya flácido—.La pongo otra vez desde el principio.

—Prefiero que te vayas —dijo Carranza caprichosamente, que disponía de los demás cuándo y cómo él quería.

En cuanto el ayudante se marchó, echó un vistazo a los mensajes de su teléfono. En lo que había durado la sesión de maquillaje había acumulado tres llamadas perdidas de un número desconocido y unos cincuenta mensajes de wasap de los que prefirió no leer ninguno para salvaguardar su estado de ánimo antes de entrar en directo.

—Somos el partido de la gente —recitó frente al espejo con media sonrisa. Gesto que se esforzaba para que resultara natural—. No excluimos ni a los que no piensan como nosotros. El partido de la gente, de toda la gente.

Una nueva llamada del mismo número desconocido interrumpió el improvisado ensayo. Intrigado, decidió ver de quién se trataba.

—Me dice un pajarito que te entrevistan en la tele. Sé bueno conmigo y yo lo seré contigo —dijo Reyes a modo de saludo.

—El partido me presiona para que siga con lo de las casas de apuestas. Necesito un poco de tiempo...

—Lo que necesitas es decidirte, ¿quieres acabar el día como un candidato incoherente o como un candidato imputado por un delito de encubrimiento?

La puerta del camerino se abrió antes de que pudiera dar una respuesta.

—Entras ya. Te he conseguido cinco minutos más de entrevista. Me debes una y de las gordas —le anunció la directora.

Jesús Carranza colgó y se miró una última vez en el espejo. Se le había puesto cara de perdedor. En su mueca congelada estaban reflejadas todas las derrotas del día a día. Un cuarto puesto con diploma olímpico. Un «no se va con las manos vacías, se lleva el juego de mesa de nuestro concurso». Un paupérrimo «te quiero, pero como amigos». Aquella sonrisa artificial no podía enmascarar que estaba acorralado. No solo tenía que dar marcha atrás con su principal y única promesa electoral, sino que, además, se iba a quedar a merced de la entrevistadora durante unos eternos quince minutos.

—Pocos son para todo lo que tengo que decir —acertó a decir al candidato, que podía admitir un fracaso ante el espejo, pero nunca ante los demás.

***

## 15
## Los Bermejales, Sevilla

Martínez salió del chalet preguntándose cómo hacían los demás para sentir sus casas como un hogar. Desde luego la suya era muchas cosas menos un lugar confortable o seguro. Dentro de aquellas cuatro paredes todo eran problemas. Una hija adolescente con trastornos alimenticios y una mujer que no se hablaba con sus hermanos por culpa de una herencia. Quejas y reproches cada minuto que pasaba allí. Entre ser útil y aportar soluciones, el comisario había hecho una apuesta decidida por guardar silencio, por ser un padre y un marido tan transparente como los visillos de las ventanas, incapaz de comunicarse con ellas en otros términos que no fueran meramente administrativos. Entendía el lenguaje de los pagos y las facturas, pero era un completo analfabeto en cuanto el idioma derivaba en sentimientos y emociones. Ante cualquier eventualidad familiar, salía al jardín a fumar y se aseguraba de permanecer allí hasta que se solucionaba el inconveniente o se cansaban de esperarle. Con el tiempo, ambas asimilaron que se le daba mejor ofrecerles la tarjeta de crédito que una palabra de aliento.

Las cosas le iban bastante bien en cuanto salía de allí y ponía los pies en la terraza de la comisaría. En aquellas alturas el lenguaje que se empleaba era accesible para él. La gente acudía con problemas tangibles. Nadie le venía a hablar de salud mental, responsabilidad afectiva o todo ese neolenguaje abstracto que había conquistado su modesto chalet de Los Bermejales. Allí arriba los problemas tenían solución. Y también un precio.

Martínez entró en el coche y respiró aliviado. Amaba profundamente aquella berlina, no tanto porque fuera un amante

empedernido del motor sino porque le alejaba de Heliópolis y de su insoportable vida doméstica.

Camino a la comisaría de Nervión paró a comprar churros. Faltaban pocos días para que entrara el calor y como buen sevillano se iba despidiendo poco a poco de aquellos privilegios del clima primaveral.

Tan concentrado iba en el desayuno que no se dio cuenta que a pocos metros le seguía de cerca Urbizu, que en el momento en el que vio que Martínez entraba en el parking de la jefatura, se desvió y estacionó lo más alejado posible de las cámaras de vigilancia.

—Tienes mala cara, Montoya, coge uno —le ofreció al inspector un churro cuando se cruzó con él en el pasillo.

—No, gracias. Prefiero hablar...

—Si me vas a dar malas noticias, mejor con el estómago lleno. Hazme caso... —Le volvió a mostrar el papelón.

—El hijo de Carranza miente. Construyó una coartada falsa y fue el último en ver a Carmen Camacho. Creo que deberíamos hablar con fiscalía y solicitar prisión provisional.

—¿Qué carajo estás diciendo?

—Está todo en este informe. Si lo lee, creo que entenderá de lo que estoy hablando —trató de convencerle el inspector mostrándole el expediente que había elaborado.

—No me voy a leer una mierda. Estamos en período electoral y tú quieres enmarronar al hijo de un candidato. Se me puede caer el pelo por eso.

—Es el principal sospechoso. Algo tenemos que hacer.

—No vas a hacer nada hasta que se vote el domingo.

—Lo siento, pero no me parece adecuado. El tiempo es clave, podría eliminar pruebas...

—Montoya, no te conviene discutir una orden directa en mitad de un pasillo. Obedece o atente a las consecuencias.

La voz del comisario fue tan rotunda como la advertencia y el inspector entendió que no era ni el momento ni el lugar para alargar aquella discusión. En lugar de montar un número delante de sus compañeros, prefirió marcharse a su despacho.

Hasta que recordó algo más.

—Por cierto, han identificado el cadáver de Carmen Camacho en la chabola calcinada de Lepe. Nos esperan a mediodía.

Martínez se rindió y tiró de mala gana los churros a la papelera. No podía imaginar que tan solo media hora después de escapar de allí, echara de menos su casa en Los Bermejales.

—Cada uno en su coche —le dijo a Montoya de camino al parking. Tenía que hacer llamadas incómodas y necesitaba mantenerlo alejado al menos durante un tiempo.

***

## 16
## Río Guadalquivir, Sevilla

El Luna de Sevilla pasó por debajo del puente del Alamillo entre la indiferencia generalizada del pasaje. Después de haber navegado junto a la torre del oro, aquello se les quedó en poca cosa.

—No he venido a hacer turismo —dijo Bruna mientras el brigada consultaba en la guía del barco la fecha de construcción de aquella obra de ingeniería hecha para la Expo del 1992.

—¿Y a qué has venido? —preguntó mientras dejaba en el asiento el mapa del crucero y se hacía una foto con ella.

—A por información, ya lo hemos hablado —respondió incómoda con el selfie—.¿Qué estás haciendo? —subió la voz la reina de las

mañanas al ver que no dejaba de hacerle fotografías.

—Me gusta tener un recuerdo de mis amigos, especialmente cuando son famosos. A algunos con el paso del tiempo se les olvida los momentos tan bonitos que pasamos juntos —trató de intimidarla, dejándole claro que esas imágenes eran su garantía de que no le iba a fallar.

—Quiero tener acceso al informe policial y al atestado de los bomberos.

—No te va a salir barato.

—Tú dime si lo puedes conseguir o no, el precio no será un problema.

—Puedo.

—¿Y la autopsia de Carmen Camacho?

—¿De qué autopsia me estás hablando? —preguntó sorprendido, mirando de soslayo a los turistas japoneses a los que el calor del río les empezaba a abochornar.

—La de la chica desaparecida en Ayamonte. Ha resultado ser el segundo cadáver en la chabola de Sabali.

Reyes palideció. Aquello era una muy mala noticia. No solo porque le iba a complicar las cosas a los Carranza, también a él, que estaba a punto de ponerle en bandeja a una periodista información delicada. Aunque bien pensado, en esos informes los únicos que podían salir perjudicados eran Martínez y sus hombres, lo cual no era malo. El comisario empezaba a resultarle molesto y le convenía tener guardado un as en la manga.

Cuando todavía estaba estudiando la manera de retomar el control y sacar ventaja de la situación, Bruna Pinheiro le volvió a dejar sin aliento.

—¿Qué sabes de Lucía Gutiérrez?

El brigada guardó silencio y se concentró en los tirantes de acero del puente de Calatrava. De la misma forma se sentía él en aquel momento, como si alguien acabara de tensar todos los músculos de su cuerpo. En un par de días, todos sus muertos estaban saliendo de las tumbas.

—¿Qué es lo quieres saber? —terminó por seguirle la corriente y averiguar si debía o no estar preocupado.

***

## 17
## Los Bermejales, Sevilla

Madre e hija salieron de casa enzarzadas en una discusión absurda. La menor se quejaba amargamente de tener solo ropa horrible en el armario y que así no podía ir a la feria. La adulta amenazaba con abandonarles a ella y a su padre un día no muy lejano. Vistas desde fuera parecían actrices representando una comedia costumbrista llamada *Sobrevivir a la adolescencia*.

El argumento no daba para más. La hija se despidió con un lapidario «qué ganas tengo de morirme» y la madre cerró la función con un acertado «pues a ver si es antes de la paga y nos la ahorramos».

Una y otra se separaron sin dedicarse ni una sola palabra de cariño, acumulando en la memoria revanchas y desagravios que se convertirían en traumas en un futuro no muy lejano.

Lucía Gutiérrez esperó un par de minutos más por si alguna de ellas había olvidado algo. Pasado un tiempo prudencial, decidió que había llegado el momento de entrar en la vivienda de la familia Martínez.

En la puerta exterior había un azulejo en el que se podía leer «Villa Felicidad», un estado en el que difícilmente Lucía podía situar a ninguno de sus miembros. La casa guardaba más relación con nombres como resignación, frustración o desengaño. Requería de otra nomenclatura que resumiera en apenas dos palabras que dentro de esa villa se toleraban por la ausencia de una alternativa mejor. Pero quién era ella para juzgarlos cuando estaba cerca de batir un récord con el matrimonio más breve de la historia y tenía a su hija trabajando de voluntaria para reducir una condena por un delito de atropello y fuga. Definitivamente no estaba en la mejor posición para valorar la forma en la que los demás decidían engañarse.

Le extrañó que la cancela de entrada al chalet no tuviera el candado echado. En Villa Felicidad las puertas no se cerraban, como si ninguno de sus residentes quisiera obstáculos por si alguna vez se animaban a escapar. Con tan pocos impedimentos, Lucía accedió fácilmente al patio. Le bastó con esperar que no pasara nadie y saltar a través de la verja de medio metro que estaba instalada en el frontal.

Dentro tampoco había demasiada seguridad. Ni demasiado gusto. El jardín estaba decorado con los peores muebles de exterior de Leroy Merlin. El plástico de las sillas se encontraba en malas condiciones, roído y carcomido por el desgaste del sol. Misma suerte corrían los limoneros que habían colocado a ambos lados de la puerta de entrada. Los dos macetones tenían la tierra seca y las hojas amarillas y enrolladas sobre sí mismas. De alguna manera, el patio era una prolongación del fracaso de la convivencia. Un epítome conciso de lo que se encontrarían las visitas en el interior de Villa Felicidad.

Lucía Gutiérrez le echó un ojo a la fachada y estudió con detenimiento por dónde podía entrar. La ventana de la cocina

parecía de fácil acceso. No estaba enrejada y tenía las contraventanas de seguridad abiertas.

Con el mantel de linóleo que había en la mesa del jardín, se cubrió el codo y el resto del brazo y rompió el cristal. No lo quebró del todo, tan solo se limitó a hacer un pequeño orificio en torno al pomo de seguridad que le permitiera abrirla.

Ya dentro de la casa, lo primero que hizo fue orientarse y averiguar cómo estaba distribuida. En la planta de abajo se encontraba la cocina, el salón y el aseo. Estancias en las que *a priori* no esperaba encontrar gran cosa y que decidió dejar para el final.

Las escaleras de mármol, colmadas de fotos de viajes familiares con las que trataban de perpetuar la mentira de que eran felices, llevaban hasta la planta de arriba, donde estaban los dormitorios.

El de la hija de Martínez era un templo dedicado a reverenciar la figura de Ana Mena. Fotos, pósteres y entradas de conciertos cubrían por completo cada milímetro de las paredes. La exguardia civil ni siquiera hizo el amago de entrar allí. Siempre que veía a una mujer más joven y atractiva que ella se ponía estúpidamente a la defensiva, así que prefirió ahorrarse una situación incómoda y se dirigió al dormitorio principal.

Allí no le esperaban imágenes de una cantante adolescente, sino de la Virgen de la Macarena, cuyo retrato estaba colocado sobre el cabecero de la cama. Detalle que a Lucía le resultó excesivo. Aunque desconocía los problemas de disfunción eréctil de Martínez, presentía que aquel somier estaba dedicado al culto y no a mantener relaciones sexuales.

Sintiendo los ojos de la Virgen de Sevilla en su nuca, registró las dos mesillas de noche, la cómoda y el armario sin encontrar nada que llamara su atención. Desde un principio tuvo claro que aquella era una misión suicida y que el comisario no sería tan estúpido como

para tener pruebas que le incriminaran en su propia casa. Pero cuando el tiempo corre en tu contra, cualquier opción resulta mejor que quedarse de brazos cruzados.

Todavía estaba palpando los bolsillos de los pantalones y las americanas por si daba con un ticket, un papel o una llave que le resultara sospechosa, cuando sintió unas ganas feroces de orinar. La vida siempre se imponía a todo lo demás, incluso cuando lo demás era infiltrarse en la casa de un comisario de la Policía Nacional que colaboraba con una banda criminal.

Quiso no pensar en ello y seguir inspeccionando las pertenencias de Martínez. Pero cuanto más se esforzaba en ignorar la llamada de la naturaleza, más incapaz se veía de contener el flujo urinario en su vejiga. Lo quisiera o no, aunque fuera una agente experimentada, también era una mujer de cincuenta y dos años premenopáusica cuyo cuerpo cambiaba cada minuto.

Algo avergonzada acudió al baño y liberó las aguas. Mientras lo hacía pensó en lo ridículo de la situación. No recordaba ninguna escena en la que Tom Cruise tuviera que interrumpir una operación en *Misión Imposible* por una cistitis. Ni siquiera ahora con más de sesenta años tenía problemas con su vejiga. Tal vez eso fuera lo más increíble de esas películas. Varones en edades de riesgo que jamás sufrían achaques, ni siquiera lumbago o migraña. Siempre dispuestos, siempre preparados. Había menos verosimilitud en todo aquello que en cualquier escena de acción encima de un helicóptero.

Maldiciendo que esos policías de la ficción no tuvieran problemas ni con la caída del cabello, tiró de la cadena y se encontró con un nuevo imprevisto; la cisterna se quedó atorada y los restos de su orina flotando en el váter. Todo en aquella incursión estaba siendo un completo desastre.

Apurada, levantó la tapadera de la cisterna para ver si aquello tenía solución y para su asombro, se encontró con algo flotando en el agua. Una especie de bolsa estanca que retiró con cuidado. No le costó mucho abrirla y descubrir que contenía un teléfono de prepago en su interior. La menopausia al fin la daba algo a cambio de sofocos y sequedad vaginal.

***

## 18
## Alfalfa, Sevilla

Rodrigo volvió a consultar por novena vez la web del *Diario de Sevilla* buscando algo que le entretuviera sin encontrarlo. Desde que se fue la policía, el hijo del candidato no se había movido del salón. Reyes le había recomendado que se quedara allí hasta tener una resolución policial, pero el tiempo pasaba muy lento y la casa se le caía encima.

Odiaba estar en ese piso. Cada estancia de la casa guardaba algún recuerdo de Macarena. Daba igual dónde mirara, en todos lados había un rastro nostálgico que le conducía irremediablemente a rememorar sus días de pareja. El sillón orejero donde le gustaba sentarse a leer revistas de moda con las piernas estiradas en el respaldo y la cabeza apoyada en el asiento. La mesa donde apoyaba la copa de vino blanco sin utilizar jamás posavasos. La estantería donde tuvieron una discusión absurda por no ponerse de acuerdo en qué película ver. Le bastaban apenas segundos para visualizar todos aquellos recuerdos y poco más de un minuto para romper a llorar y notar que le faltaba el aire.

Durante los últimos meses experimentaba con cierta frecuencia ataques de ansiedad. Su memoria era tan elocuente que cuando

volvía al presente y se daba cuenta de que nada de aquello estaba pasando realmente, sentía un agujero en su interior que lo engullía todo. Una especie de aspiradora que se llevaba por delante hasta la respiración. En momentos así, prefería salir a la calle y rodearse de gente que dejarse morir en soledad.

«No hay nada peor que vivir con un fantasma», le decía siempre su padre al comprobar que era incapaz de pasar página. Y era cierto. O al menos lo fue hasta que empezó a convivir con dos. En aquella casa no solo se había instalado el recuerdo de Macarena. Desde hacía un par de días, también estaba empadronada allí Carmen Camacho. O la idea que tenía de ella. Al contrario que de Macarena, de Carmen conservaba pocas anécdotas. Si cerraba los ojos solo la podía ver esnifando cocaína o con el cuerpo ensangrentado.

Las evocaciones de una y otra se superponían constantemente en su cabeza, de manera tan angustiosa, que la décima vez que entró en la página web del *Diario de Sevilla* y se encontró con las mismas noticias, decidió que necesitaba salir de allí, aunque fuera en contra de las sugerencias del brigada.

A poca distancia de su casa se encontraba uno de sus bares favoritos, El Tremendo, una de esas rarezas sevillanas que sobrevivía exclusivamente con afluencia local y que había logrado mantener a distancia a los turistas. Se decía que allí se tiraban las mejores cañas de la ciudad, pero a él lo que de verdad le gustaba era que siempre había gente. Se trataba de un local de tamaño bastante reducido, lo que provocaba que todo el mundo estuviera apretujado alrededor de la barra y rodeado de desconocidos que le daban codazos y lo pisoteaban. Para otro aquella hubiera sido la definición misma de la incomodidad, para él, por el contrario, lo era de la compañía.

Solía ser una cervecería ruidosa, sin embargo, cuando Rodrigo entró a pedir un vermut, reinaba un extraño silencio. La clientela

estaba concentrada ante el televisor mientras la presentadora de un *magazine* interrumpía la información del corazón para dar una última hora: Carmen Camacho, la chica sevillana que desapareció hacía un par de días, había sido hallada calcinada en una chabola del cementerio municipal de Lepe.

—¿La quemaste, hijo de puta? —preguntó Macarena, que de golpe dejó de ser un recuerdo para convertirse en una fiel más de El Tremendo, que se abría hueco en el local a empujones hasta colocarse a la misma altura que Rodrigo.

—No —contestó él avergonzado.

—Fueron sus amigos —le aclaró la misma Carmen Camacho, que bebía una cerveza mientras un brote de sangre salía de sus orificios nasales.

—No son mis amigos —se excusó nervioso el hijo del candidato.

—¡Qué asco me das! Ya me lo decía mi madre, las mosquitas muertas como Rodrigo son las peores. ¡Qué razón tenían!

—¡Yo no he hecho nada! —elevó la voz, solo que esta vez aquella línea de diálogo sobrepasó los límites de su cabeza y los parroquianos se le quedaron mirando extrañados, sin entender a qué venían esos gritos.

Ruborizado, se disculpó con el camarero y salió del local acompañado de sus dos fantasmas que, para colmo de males, ahora se apoyaban la una a la otra como si fueran una versión espectral de Thelma y Louise.

Fuera de El Tremendo, en los alrededores de la plaza de San Pedro, se concentró para hacer desaparecer a Macarena y a Carmen. Necesitaba silencio para pensar qué debía hacer. Era cuestión de tiempo que la policía le colocara como principal sospechoso y volvieran a su casa a hacer preguntas.

Pero por mucho que se esforzara, era incapaz de vivir en el presente y mantener a raya a sus fantasmas, que ni siquiera necesitaban manifestarse físicamente para atormentarle. Desde su cuenta de Tinder, recibió un nuevo mensaje de Carmen, que parecía haber elegido aquella app de citas en lugar de la güija para comunicarse con él desde el más allá:

«vas a pagar por esto hijo de puta».

Estaba escrito sin comas y sin mayúsculas, tal y como escribe la gente desde la rabia, con las palabras de odio acumulándose en la punta de la lengua.

Y por primera vez vio claro lo que debía hacer: eliminar su perfil de Tinder. Por supuesto aquel gesto no iba a solucionar el embrollo en el que andaba metido, pero al menos le iba a ayudar a reducir el número de espectros que le acompañaban.

***

## 19
## Lepe, Huelva

—No sé qué cojones le pasa conmigo. Le molesta hasta mi tono de voz —dijo Montoya cuando dejaron atrás la provincia de Sevilla.

—No le podemos caer bien a todo el mundo —replicó sin muchas ganas Cárcamo, que estaba más atento a la carretera que a las quejas del inspector.

—No le quiero caer bien, me conformo con que no piense que soy subnormal.

—No creo que piense eso —señaló con indulgencia el agente mientras cambiaba de quinta a sexta, confiando en zanjar lo antes posible aquella conversación.

A Cárcamo no le entusiasmaba hablar. Era una persona que se expresaba a través de muecas. Tampoco se le daba bien animar a los demás. Cada vez que lo intentaba decía algo inconveniente. Con su pareja le pasaba continuamente. Quería expresarle algo bonito cuando la veía triste y lo que salía de su boca eran expresiones del tipo: «Estás muy guapa, no pareces tú». Tenía una especie de don para meter la pata, así que, entre una cosa y otra, estaba deseando llegar a Lepe y evitar el contacto personal.

Por desgracia para él, Montoya no dejaba de darle vueltas al asunto. Era incapaz de entender por qué el comisario le reprendía constantemente en lugar de felicitarle.

—¿Perdona? Creo que ha quedado bastante claro que lo piensa —insistió en hacerse la víctima.

—Sí, vale, lo piensa. Pero no es personal. Lo piensa de todo el mundo.

—De ti, no —se quejó celoso, consciente de que era mucho más simpático con aquel bruto que con él.

En lugar de responder, Cárcamo pegó un frenazo y estacionó el coche en el arcén de la autovía.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber el oficial, al que la maniobra le había sacudido del asiento.

El agente dudó un par de segundos hasta que decidió que no tenía más remedio que ser sincero con él.

—No se me dan bien estas cosas. Así que voy a ser claro. En esta vida hay dos tipos de personas, los que caen bien y los que caen mal. Y tú eres de los que caen como el puto culo. Da igual lo que te esfuerces. La gente te odia. Asúmelo.

Montoya recibió aturdido el baño de realidad. Sabía que tenía sus detractores en comisaría, pero no pensaba que fuera algo tan generalizado.

—¿La gente me odia? —preguntó el inspector dolido.

—No sabes cuánto. No lo intentes entender. Hay algo en ti que provoca rechazo. A lo mejor es tu apariencia, o tu forma de hablar, o esas ganas que tienes de demostrarle a los demás que eres el mejor... No lo sé, pero nadie te traga.

Una densa capa de silencio lo envolvió todo. Montoya necesitaba procesar toda esa información y Cárcamo estaba enfadado consigo mismo por su incontinencia verbal. Sabía que pasaría justo eso en el momento en el que empezara a hablar. No tenía control sobre las palabras. Eran ellas las que iban configurando su pensamiento y no al revés.

Arrepentido, se dispuso a incorporarse de nuevo a la autovía y concentrarse en el tráfico cuando el inspector le agarró del brazo.

—¿A ti también te caigo mal?

Cárcamo no dijo nada, dejando en el aire lo que resultaba evidente: sí, le caía mal. Estaba empeñado en demostrar que era un gitano diferente, alguien que tenía la sagrada misión de cambiar la mirada que tenían los demás de toda una raza. No era un policía, era un profeta, y en esta vida se podía ser cualquier cosa menos un pesado. Y él lo era y mucho con la causa de los gitanos.

El agente no quiso darle una nueva oportunidad para retomar la conversación y puso el intermitente para volver a la carretera. Como no tenía claro que Montoya hubiera entendido que no pensaba hablar más del tema, decidió sacar uno nuevo.

—¿Crees que Rodrigo la mató?

—Mejor no hacer conjeturas hasta tener los datos de la autopsia.

—¿Lo ves? Eres un coñazo, Montoya. Relájate. No tienes que hacer siempre lo correcto.

El inspector miró a su compañero y se dio cuenta de que tenía razón. Había una fuerza superior a sí mismo que le obligaba a

respetar escrupulosamente las normas, como si aquella sumisión fuera el sacrificio que debía hacer para que los demás vieran en él a un policía competente y no a un simple gitano.

—Creo que no nos ha dicho la verdad... Y eso le convierte en sospechoso. Tiene muchas cosas que explicarnos —dijo finalmente lo que pensaba sin abandonar del todo la prudencia en su diagnóstico.

—Joder, ¿eso es para ti relajarte? —le recriminó Cárcamo—. Eres muy redicho.

El inspector se quedó pensativo e hizo un último intento de liberarse.

—Sí, estoy seguro de que fue él y su padre le ayudó a deshacerse del cadáver.

—Ahora empezamos a hablar, Montoya. Prueba a vivir con menos filtros, te irá mejor.

—Ya que me he soltado aprovecho para decirte que me mareo si no conduzco yo. ¿Te importa que lo lleve un rato?

—No te vengas arriba. Me sigues cayendo como el culo —sonrió Cárcamo.

Poco más tarde llegaron al asentamiento chabolista del cementerio de Lepe. Allí les esperaban un par de patrullas de la Policía Local, que habían acordonado la zona ante los nuevos hallazgos y la dimensión que estaba tomando el caso. En la misma zona estaba también aparcado el coche de Martínez, por lo que dedujeron que les había adelantado durante el trayecto.

Cárcamo se acercó al inspector antes de cruzarse con nadie y le dijo algo en tono confidencial.

—No intentes caerles bien. Toma nota de cómo se hace —le susurró y justo después se adelantó pasando por debajo del cordón policial.

—Ya se van los teloneros, ahora llegan las estrellas —le dijo a los municipales que volvían a comisaría después de escoltar a Martínez hasta el lugar de los hechos.

—¡Gilipollas! —le insultó uno de ellos.

—¿Eso no es lo que te piden en las oposiciones para ser Policía Local? —le respondió envalentonado.

—¿Quieres llevarte dos hostias?

—Si tienes cojones, acércate...

Los policías estaban a punto de encararse cuando Montoya frenó a Cárcamo y le empujó para que siguiera caminando. Tal vez el viaje les hubiera acercado un poco a él, pero era evidente que no se parecía en nada a aquel cafre.

—Deberías ponerle un bozal a tu chihuahua —le recriminó el municipal mientras abría la puerta del coche de policía.

Tal vez fue por lealtad o tal vez fue porque estaba harto de mediar entre hombres adultos que insistían en seguir comportándose como niños, pero fuera por un motivo o fuera por otro, el inspector se sintió en la necesidad de intervenir.

—Y tú deberías centrarte en poner multas de aparcamiento.

—Al final me vas a terminar cayendo bien, Montoya —dijo Cárcamo con una sonrisa de oreja a oreja.

Uno y otro llegaron hasta la escena del crimen y se encontraron con Martínez, el sargento del puesto de la Guardia Civil de Lepe, y el forense que se había encargado de identificar los restos de Carmen Camacho. Los tres hablaban del caso mientras Montoya esperaba en un segundo plano sin ganas de interrumpir por miedo a llevarse una reprimenda.

—Lo encontró una voluntaria de Asnuci en las inmediaciones de la chabola calcinada. —Le entregó el sargento el móvil de Sabali a Martínez.

El comisario tomó la bolsa donde estaba custodiado el teléfono y se percató de la presencia de Montoya.

—¿Estás esperando una invitación formal? —le recriminó al verlo allí parado.

El inspector se integró en el grupo nuevamente herido en su orgullo y trató de reengancharse a la conversación. Martínez apuraba un cigarrillo nervioso. En un primer momento lo que hacía se podía describir como fumar, pero bastaba conocerlo un poco para saber que lo que estaba haciendo era provocarse un enfisema pulmonar que le sacara de aquel caso.

—En condiciones normales no hubiéramos sido capaces de identificarla. Cuando los bomberos llegaron, el cuerpo estaba casi hecho cenizas. La única evidencia que se pudo recoger fue este tornillo —dijo el forense mostrando la pieza dentro de una bolsa de plástico—. Se trata de un tornillo de interferencia femoral para reconstruir un ligamento cruzado anterior que sobrevivió a las altas temperaturas. Gracias a él hemos podido identificar a Carmen Camacho, que según nos ha confirmado su hermana fue sometida hace tres años a una artroscopia de rodilla.

—¿Está seguro al cien por cien? —preguntó el comisario incómodo.

—Sí, lo que no puedo confirmar es la causa de la muerte ni el día en que ocurrió. Si bien el otro cuerpo murió por inhalar humo, del de Carmen no tenemos ninguna evidencia que nos indique si estaba viva o muerta cuando las llamas la calcinaron.

—Por lo que la principal sospechosa sigue siendo Sabali Idrissi —dijo Martínez moviendo la bolsa que contenía el móvil de Sabali.

—Desde luego tiene que dar muchas explicaciones. Hemos ensanchado el cerco y la policía portuguesa va a colaborar con nosotros —recogió el guante al sargento de la Guardia Civil.

—Si necesitan un refuerzo de la Policía Nacional, cuenten con ello —señaló el comisario algo más aliviado.

—¿Cuándo murió Joaquín Hernández? —intervino repentinamente Montoya.

En el momento en que Cárcamo se dio cuenta de que aquel gitano obstinado se estaba pegando un tiro en el pie, fingió que acababa de recibir una llamada de teléfono y se alejó unos pasos de la escena de los hechos. Puede que fuera un bruto, pero hasta él sabía que Montoya se había convertido en chapapote y convenía estar lo más alejado de él para no contaminarse.

—Hace cuarenta y ocho horas, de eso no tenemos duda —aclaró el forense.

—Carranza sigue siendo el último que la vio con vida —le dijo el inspector a Martínez—. No podemos descartarlo. Y más teniendo en cuenta que su coartada no encaja.

—¿De verdad crees que alguien con un esguince de rodilla puede arrastrar un cadáver desde Ayamonte hasta aquí?

—Tal vez le ayudaron. Lo que tengo claro es que miente —se envalentonó el inspector sin darse cuenta de que no era ni el momento ni el lugar.

Martínez tiró el cigarrillo de mala gana y le echó una mirada fulminante.

—Espérame en el coche.

Lo dijo de una manera que a Montoya le quedó claro que no le convenía replicarle. Cabizbajo, obedeció y se retiró de allí.

En su camino se tropezó con trabajadoras de la fresa que volvían exhaustas a sus chabolas para almorzar. Sin embargo, ni siquiera ellas parecían tan derrotadas como él. No hay mayor dolor que el de un varón que no alcanza sus metas en tiempo y forma. Nadie puede ponerse en esos zapatos que la mayoría del camino han sido

confortables y, de repente, provocan rozaduras. Una sensación completamente nueva y desconcertante. ¿Qué se hace con ese dolor? ¿Dónde se coloca esa incómoda sensación de que no vas a llegar donde habías planeado? ¿Qué era esa presión en el pecho que le dificultaba respirar?

Cuando pasó al lado de Cárcamo, este le ignoró de manera burda y el inspector se dio cuenta de lo delicado de su situación. Tal vez por miedo hizo lo que tantos otros hacen en su lugar cuando sienten que todo está perdido, buscar una foto de su mujer y su hijo, una familia que durante días había ignorado y que ahora se convertían en el último clavo al que agarrarse. Aunque se esforzaba en creer que todo lo que hacía era por ellos, también barajaba la posibilidad de que el verdadero motor de su vida fuera la soberbia y, que tal y como le había dicho su compañero, estuviera empeñado en representar a toda una raza y demostrarle al mundo que era mejor que todos ellos.

—Lo siento —le dijo al comisario en cuanto se reunió con él en el muro del cementerio donde habían aparcado los coches.

—Tarde. Estás fuera —respondió sin concesiones Martínez—. Cárcamo se pondrá al frente.

—No creo que... No está preparado para llevar un caso como este.

—Ni tú tampoco. Es la segunda vez que me llevas la contraria en público. No va a haber una tercera.

—¿Y cree que ese cafre lo va a hacer mejor?

—¿Me aceptas un consejo? Te vas a quedar sin amigos y eso no es bueno en este negocio.

El comisario se marchó sin decir una palabra más y Montoya tuvo la certeza de que su carrera estaba igual de muerta que la de los vecinos residentes del cementerio.

***

## 20
## San Juan de Aznalfarache, Sevilla

—No podemos hacer esto solos. Una iniciativa de este tipo requiere del respaldo de las leyes y para eso necesitamos que Gobierno y oposición lleguen a un acuerdo —dijo Jesús Carranza, al que los focos y las contradicciones de su discurso le estaban haciendo sudar de lo lindo.

—Tengo la sensación de que está dando un paso atrás. Hace unos días era mucho más contundente cuando prometió a los sevillanos la eliminación de las casas de apuestas —le apretó las tuercas la periodista de Canal Sur.

—No es exactamente un paso atrás —se defendió como pudo el candidato—. Lo que no quiero es que nadie se lleve a engaño. ¿Queremos acabar con las casas de apuestas? Sí. ¿Podemos hacerlo? Hay que estudiar la manera. A eso es lo que me puedo comprometer en este momento —dijo sin decir absolutamente nada, una suerte para la que estaba sobradamente preparado.

—Muchas gracias y buena suerte, señor Carranza. Y ahora nos ocupamos de la noticia del día. Lamentablemente las labores de búsqueda de Carmen Camacho han sido interrumpidas esta mañana cuando los especialistas del Instituto de Medicina Legal de Huelva conseguían identificar los restos de la joven sevillana desaparecida entre las cenizas del incendio de la chabola del asentamiento del cementerio municipal de Lepe —anunció la conductora del programa mientras desmicrofonaban a Jesús Carranza, que veía como a todos sus problemas, se le sumaba una nuevo.

Todavía estaba decidiendo qué hacer, cuando conectó su teléfono móvil y vio que estaba lleno de mensajes y llamadas perdidas, la mayoría de la presidenta del partido.

De un vistazo, pudo comprobar la gravedad de la situación.

«¿Has perdido la cabeza?»

«Te acabas de cargar tu candidatura.»

«No voy a tener compasión contigo.»

Mientras leía uno a uno los wasaps de Adriana Requena, la pantalla del teléfono se iluminó. Era ella. Otra vez. Durante un instante dudó. ¿Debía cogerlo? ¿Qué le iba a decir? Con los periodistas era fácil parlotear naderías, pero ella hablaba su mismo lenguaje y no iba a ser capaz de darle ni medio capotazo. Definitivamente, no era buena idea descolgar. Debía ocuparse de otros incendios más urgentes.

—¿Qué hacemos? Tengo a toda la prensa local pidiendo entrevistas —le anunció Sebastián cuando le terminaron de quitar el micro al candidato.

—Dame un minuto, antes tengo que hacer una llamada —pidió un descanso Jesús del Gran Poder, que a aquellas horas del día hacía poco honor a su apodo y había cedido toda su soberanía a Reyes, del que dependía absolutamente para cada uno de sus movimientos.

El candidato buscó un lugar discreto en uno de los interminables pasillos que conectaban los platós con la redacción y llamó al brigada.

—Te he visto de puta madre, cuenta con mi voto —dijo el guardia civil en cuanto descolgó.

—¿Cómo han encontrado el cuerpo de esa desgraciada? Estoy haciendo el ridículo por tu culpa para nada.

—Calma, calma, Jesús. No digas algo de lo que te puedas arrepentir. Está todo controlado. El policía que estaba tocando las narices, ya está fuera. Ahora mismo el foco está en otra sospechosa.

—¿En quién?

—En alguien sin tu influencia ni tu dinero para defenderse.

—Si este tema me salpica, estás muerto.

—Siento hacerte lo mismo que a Bruce Willis en *El sexto sentido*, pero el que está muerto eres tú y todavía no te has dado cuenta —le hizo saber Reyes antes de colgar.

Jesús del Gran Poder veía debilitados sus poderes una y otra vez frente al brigada. Era algo así como su kriptonita. Todas sus acciones quedaban anuladas por él con una llamada. Una simple palabra de Dios bastaba para sanar y una de Reyes era suficiente para desmontar sus estrategias.

Frustrado, el candidato la emprendió a patadas con una de las papeleras del pasillo hasta tumbarla y desparramar por el suelo latas y vasos de plástico. En su cabeza era algo parecido a un desahogo. Visto desde fuera era simplemente patético.

***

## 21
## Plaza de Armas, Sevilla

El parking de plaza de Armas estaba prácticamente vacío cuando Martínez accedió al recinto, lo cual agradeció después de un día lleno de sobresaltos. El comisario no era una persona a la que le gustaran los desafíos. Le incomodaba tener que esforzarse por hacer realidad sus deseos. Comía fruta solo si ya estaba pelada, no leía, escuchaba audiolibros y aparcaba en batería de frente porque odiaba maniobrar. A su entender, pocas cosas en la vida merecían ponerle empeño y pasión. Salvo el Betis, todo lo demás le aburría profundamente. Daba lo mínimo de sí mismo y cumplía con las tareas que tenía encomendadas de manera administrativa. En el trabajo y en el ocio era un funcionario las veinticuatro horas.

Con esa indiferencia que le caracterizaba, se metió la mano en los bolsillos y caminó hasta el interior de la estación de autobuses.

Trabajadores y estudiantes se cruzaron con Martínez buscando el andén que debía llevarlos a su destino. Tampoco había prisa en ninguno de ellos. El tiempo en aquel tipo de lugares ni pasaba rápido ni pasaba lento, simplemente se estancaba.

El comisario dejó atrás el *lobby* central y se dirigió hacia la zona en la que estaban las consignas, donde había menos ajetreo que en el resto de la estación. Salvo algún turista despistado que había terminado allí en busca de un Starbucks, era una zona poca transitada. Un espacio íntimo en un lugar público, el sueño de todos aquellos que tenían una doble vida.

De su manojo de llaves, eligió la más pequeña y abrió la taquilla número doce, que eligió en su día porque se encontraba en la esquina inferior izquierda, un punto ciego para las cámaras y para los pocos transeúntes que había en aquella zona. Nadie salvo él podía ver lo que guardaba en el interior del armario metálico.

Le bastó que la consigna quedara entreabierta para apreciar que dentro no había absolutamente nada. O al menos nada que él estuviera buscando. Hizo un amago de rebuscar entre las carpetas que tenía allí por si el paquete que esperaba encontrar hubiera quedado oculto. Un par de meneos le bastaron para certificar que no habían cumplido con su palabra.

Fue entonces cuando aquel policía indolente y poco amante de los esfuerzos simuló en su frente algo que se podía considerar como un brote de furia. Tan pronto como cerró la consigna, volvió al parking contrariado y dispuesto a pedirle explicaciones a Reyes.

Desafortunadamente, no era su día y una nueva sorpresa le aguardaba dentro del vehículo. Alguien le esperaba agazapado en la parte de atrás y que en cuanto vio que el comisario se apoyaba en el asiento, se abalanzó sobre él con una bolsa de plástico con la que le cubrió el rostro por completo.

—Puedo hacerlo por las buenas o puedo apretar hasta que te desmayes, ¿qué eliges? —preguntó Urbizu mientras luchaba contra el movimiento de brazos de Martínez, que trataba de resistirse como buenamente podía.

Finalmente, su naturaleza cansada se impuso y desistió de esforzarse más. Bajó los brazos como muestra de que no iba a mostrar resistencia y esperó nuevas instrucciones.

—Muy bien, así me gusta, te voy a quitar la bolsa muy despacio y te vas a meter en el maletero, ¿de acuerdo? No quiero movimientos bruscos. Al primer amago que interprete como sospechoso, no voy a dudar en disparar —insistió el exguardia civil.

—Entendido —dijo jadeante el comisario, al que la bolsa había estado a punto de asfixiarle.

Poco tiempo después, estaba encerrado en el maletero de su propio coche camino de un destino incierto. Cualquiera en su lugar habría estado aterrado, él trató de pensar en la parte positiva: se iba a ahorrar tener que conducir en hora punta.

***

## 22
## El Arenal, Sevilla

Los comercios del centro comenzaban a echar la persiana cuando Lucía Gutiérrez hizo todo lo contrario, levantar la de su negocio. Ir a contracorriente era parte de su ADN. No en vano, tenía más cosas en común con los salmones que con los sevillanos y había hecho de la natación contracorriente parte de su identidad.

Con la persiana todavía a medio abrir, echó un vistazo a la calle. Aquellas tardes en que la gente se iba en tromba al Real de la Feria eran una bendición para ella. Se podía escuchar el canto de los

gorriones o pasear con tranquilidad sin la presencia molesta de grupos de turistas.

Pese a que la ciudad invitaba a disfrutarla sin las avalanchas habituales, ella estaba intranquila. Desde que salió de la casa de Martínez con el teléfono de prepago que encontró escondido en la cisterna, tenía grabado a fuego los nueve dígitos del número que más se repetía en el listado de llamadas habituales: el mismo que tenían Urbizu y ella para ponerse en contacto con Reyes.

No es que el vínculo le pillara por sorpresa ni mucho menos. Era lo que esperaba. Pero sí había algo que no tenía previsto. En la correspondencia que ambos mantenían por mensaje de texto, siempre se hacía referencia a una tercera persona. Alguien al que nunca llamaban por su nombre sino por una especie de nombre en clave: «Gallo».

Gallo era aparentemente una figura de más poder. Cualquier tema del que hablaran debía ser aprobado antes o después por él, ya fueran operaciones o cifras de dinero. Obviamente, nunca se concretaba nada en aquellos intercambios de SMS. Todo el lenguaje que se empleaba estaba más o menos cifrado. No había nombres propios, ni direcciones concretas. Se trataban de referencias que solo ellos conocían, coordenadas que había que desencriptar para poder entender a qué se referían exactamente. Poca recompensa para todo lo que se había tenido que exponer.

Una vez dentro del local, volvió a echar un vistazo al listado de últimas llamadas por si se le había escapado algo. Además del número de Reyes, había un tercero con el que hacía tiempo no se comunicaba, al menos desde esa línea. Podía tratarse de Gallo o no, pero no perdía nada por intentar ponerse en contacto con él y averiguar algo más.

Tras darle un par de vueltas, optó por escribir una frase lo bastante ambigua como para no levantar sospechas y lo suficientemente inquietante para llamar la atención de su interlocutor:

«Tenemos que hablar».

En cuanto su pulgar apretó el botón de enviar, el sonido de otro teléfono móvil se escuchó dentro de la trastienda y a Lucía Gutiérrez se le encogió el corazón. Fue tan inesperado que no supo calcular exactamente la procedencia. Puede que fuera una simple casualidad o puede sencillamente que Urbizu la hubiera utilizado todo este tiempo. En uno u otro caso, necesitaba salir de dudas y solo existía una forma, volver a escribir un nuevo mensaje.

Los dedos de Lucía teclearon nerviosa los botones del Nokia. Tan pronto escribía algo, lo borraba. Las palabras traidor, embustero e hijo de puta se le cruzaban constantemente por el cerebro, pero en lugar de eso, eligió algo más confuso:

«Es urgente».

En esta ocasión, antes de enviarlo, estudió atentamente la trastienda del local para hacerse una idea precisa de los posibles rincones en los que podía estar oculto. Cuando retuvo mentalmente los espacios, al igual que si se tratara de una bomba que estaba a punto de detonar, Lucía Gutiérrez presionó el botón.

Sus presentimientos se tornaron en realidad. En el mismo momento en el que el mensaje se envió, el timbre de otro teléfono móvil retumbó de nuevo en el interior de la tienda. A la propia Lucía le sorprendió la forma en que un simple sonido predeterminado atronó en su cabeza. Sonaba como suenan las decepciones, exactamente igual que todos los desengaños que había sufrido en su vida.

Con la boca seca y una punzada en el estómago provocada por la gigantesca vergüenza que le daba haber confiado una vez más en quien no debía, detectó finalmente el lugar en el que estaba oculto el teléfono, justo detrás de una hilera de cámaras compactas que pasaban completamente desapercibidas.

—¿Cómo has podido ser tan idiota? —se dijo a sí misma sin dejar de rebuscar con la mano en la estantería cuando, en realidad, se quería preguntar: ¿por qué pensaste que alguien te podía querer?

Su mano tropezó al fin con el móvil y certificó al tocarlo que su intuición estaba tan caduca y desfasada como aquellas cámaras fotográficas. Había tenido delante todo este tiempo el gran nombre que le faltaba en la pizarra y no se había dado cuenta.

***

## 23
## Albufeira, Portugal

Zaida alucinó cuando entró en la habitación número ocho y descubrió a su amiga tumbada en la cama con un albornoz y la cara embadurnada de crema hidratante.

—Pensaba que no había nadie —dijo en un tono que nadaba entre dos aguas, la disculpa y la incomprensión.

Antes de que Sabali pudiera reaccionar, Antonio salió de la terraza con una de sus hijas en brazos y puso las cosas en su sitio.

—Y no hay nadie. ¿Tú ves a alguien? Yo no veo a nadie —dijo en un tono amenazante.

Pasara lo que pasara allí, Zaida entendió que no era de su incumbencia. Hubiera preferido que aquella chica se ganara la vida de otra manera, pero quién era ella para juzgar a los demás.

El decoro no te garantizaba una vivienda digna. Y mucho menos una habitación de lujo como aquella.

—Es una larga historia —se justificó Sabali cuando su amiga se estaba retirando.

—Me gustan esas historias. Cuando quieras, me la cuentas. —Le guiñó un ojo al salir sin incomodarla.

Antonio dejó a su hija en la terraza y siguió a Zaida por el pasillo del hotel.

—Esta historia no te concierne —le dijo mientras le deslizaba un billete de cincuenta euros entre los dedos.

—¿Y esto?

—Para que quede entre tú y yo. Soy una persona casada —contribuyó el esposo de Bruna a darle alas a la primera impresión que se había llevado la camarera del hotel.

Zaida le miró con algo de rabia. Se había sentido insultada. Detestaba a ese tipo de hombres que pensaban que todo se podía comprar con dinero, ya fuera sexo o silencio. A pesar de ello, aceptó el dinero y se marchó de allí.

—Tengo que seguir limpiando —se despidió sin mirar atrás, guardándose el billete en el canalillo del sujetador.

Al acabar la jornada laboral, se reunió con Nahid y Rania en el vestuario de los trabajadores para quitarse el uniforme. Por un momento, prefirió seguir el consejo de Antonio y guardar silencio. Estaba cansada y no tenía fuerzas para complicarle la vida a nadie.

Sin embargo, las cosas cambiaron cuando el resto de los empleados se marcharon y ellas se quedaron a solas.

—Y parecía tonta tu amiga —dijo Rania subiéndose el pantalón vaquero.

—¿Tú también te has enterado? —preguntó sorprendida Zaida.

—Lo sabe todo el mundo, nena. Está en todos los periódicos —se unió a la conversación Nahid.

—¿Por acostarse con viejos? —seguía sin dar crédito la joven marroquí.

—Joder, estás siempre empanada —le reprochó Rania que viviera en la inopia mientras buscaba en su teléfono la noticia—. ¡Por asesinato! Trajiste a una perla buena a mi casa.

Zaida se acercó a la pantalla y leyó con atención la crónica donde se denunciaba que aquella chica, ahora embadurnada en cremas caras, era la principal sospechosa de haber asesinado a dos personas en Lepe y que estaba en busca y captura. La foto que ilustraba la noticia era inequívocamente de ella.

—Y no se llama como yo —dijo indignada Nahid, a la que avergonzaba compartir nombre con una homicida.

Efectivamente, según alertaba la prensa se llamaba Sabali Idrissi, tenía veinticinco años y había sido contratada desde Marruecos para trabajar en la temporada de la fresa. Tal vez fue por la necesidad de demostrar que no era tan despistada como el resto de sus amigas pensaban o por hacerse la importante, pero decidió confiarles su secreto.

—Sé dónde está —terminó por decir.

Rania y Nahid la miraron fijamente sin necesidad de verbalizar lo que estaban pensando. Las tres habían pasado por demasiadas situaciones en las que su color de piel, o su religión las convertían automáticamente en sospechosas de cualquier cosa. En el colegio siempre las acusaban a ellas cuando un brote de sarna, piojos o liendres estallaba en el aula. Si a la vuelta del recreo faltaba una mochila, un estuche con rotuladores o una Nintendo DS... eran el blanco de todas las miradas. Una situación que se siguió repitiendo en el instituto y en su centro de trabajo. No había robo, negligencia

laboral o altercado en el que sus nombres no salieran a la palestra. Así que Zaida supo de inmediato lo que sus amigas le trataban de decir con aquella mirada intensa; por mucho cariño que le tengas, si no la denuncias, existe una alta probabilidad de que la policía nos termine acusando a nosotras de encubrirla.

—¿Me acompañáis a comisaria? —les pidió ayuda finalmente.

***

## 24
## Los Remedios, Sevilla

Caía la tarde en Los Remedios cuando la calle Asunción entró en ebullición con los miles de sevillanos que querían atravesar la avenida para pasar la noche en la feria. Era tal la avalancha que Rodrigo no pudo conseguir un taxi para llegar a casa de su padre.

Lo intentó con un autobús de línea, pero también estaban completamente desbordados. Así que al hijo del candidato progresista no le quedó otro remedio que pisar la calle y cruzar Sevilla con muletas.

No fue lo peor que le deparó la tarde noche. Al llegar a los alrededores de la vivienda familiar, una turba de gente obstaculizaba el acceso al portal. Pensó que se trataría de una de esas peñas o grupos de amigos que se juntaban espontáneamente para cantar y bailar de camino al Real.

Nada más lejos de la realidad. Cuando logró hacerse un hueco entre el barullo, se dio cuenta de que el ambiente distaba mucho de ser festivo. Los hombres y mujeres que estaban allí congregados gritaban fuera de sí. Traidor, chaquetero, mentiroso, vociferaban los más prudentes. Pero la mayoría era más hostil y aprovechaban el

sentirse arropados por un grupo numeroso para faltar sin ningún tipo de pudor.

El centro de todos los ataques era su padre, Jesús Carranza, que se había quedado atrapado entre una multitud que le zarandeaba. El candidato trataba de llegar a la puerta a trompicones mientras le tiraban huevos a la cara.

A pesar de la mala relación que mantenían, por primera vez en su vida lo vio frágil y ese le despertó un deseo de protección completamente inédito. Las yemas de los huevos le resbalaban por el pelo y la espalda. En su cara había una mezcla de miedo e incredulidad. Tan acostumbrado estaba a intimidar a los demás que aquella situación le sobrepasó, casi tanto como a su hijo, que observaba la escena como si estuvieran derribando la estatua de un dictador tras estallar una revolución.

Alguien próximo a él le arrojó un nuevo huevo a la cara y Rodrigo no lo pudo soportar más. A empujones y cojeando se abrió paso entre los exaltados y acudió a auxiliar a su padre como si fuese el último soldado leal al tirano. Tan pronto como llegó a su lado, le protegió con el brazo de los ataques.

—Corre —le incitó para que se diera prisa, algo que sorprendió hasta al propio candidato, más acostumbrado a ver a su hijo titubear que a comportarse como un héroe.

Ambos avanzaron lo más rápido que pudieron al mismo tiempo que los gritos se hacían más intensos. A los huevos le sucedieron globos de agua y uno de ellos estalló en la oreja de Rodrigo. Durante unos segundos se quedó sordo y no pudo escuchar cómo su padre le daba las gracias. Hecho que no se volvería a repetir en toda su vida.

Todavía asustados, entraron al portal y cerraron la puerta sin que aquella turba les dejara de increpar. Incluso hubo algunos que

amenazaron con echar la puerta abajo, totalmente fuera de sí.

—¿Qué carajo le pasa a esta gente? —le preguntó a su padre cuando estaban a salvo en el ascensor.

—Son de la plataforma de afectados por las casas de apuestas. Están cabreados y con razón...

—Te he visto en Canal Sur, ¿por qué no has sido más claro?

—¿Tú qué crees?

El ascensor llegó a la séptima planta y se paró. No hacía falta que se lo aclarara. Había estado un par de horas con Reyes por la mañana para saber que no le costaba mucho obligar a los demás a hacer cosas en contra de su voluntad.

—¿Quieres una copa? Yo necesito una urgentemente —dijo Jesús en cuanto entraron al piso—. Eso y una ducha. Huelo a mierda.

Desde el exterior se colaba el eco de los insultos de la muchedumbre. Los decibelios habían bajado mucho, pero no lo suficiente para que Rodrigo aprovechara la coyuntura y también se sublevara.

—Lo he estado pensando... Creo que lo mejor es que me entregue.

—¿Lo mejor para quién? —Se paró en seco el candidato ante aquella revelación.

—Para ti, para la familia de esa chica...

—¿Para mí? ¿Quieres decirme cómo me ayudas entregándote a la policía y confesando que yo te ayudé a deshacerte del cadáver? Sabía que eras gilipollas, pero no tanto.

Rodrigo se arrepintió de inmediato de haber sentido lástima por aquel tirano. Estaba claro que un instante de vulnerabilidad no bastaba para derrocarle.

—¿Y qué vamos a hacer? Esta situación es insoportable.

—Lo podías haber pensado mejor cuando te cargaste a esa desgraciada.

—Yo no hice nada, murió de sobredosis.

—Eso es lo que te dices para sobrellevar la culpa. Pero no te engañes, esa chica seguiría con vida y yo con opciones de ganar las elecciones si a ti no se te hubiera ido la olla.

—Eres un hijo de puta, lo único que te importa es el poder —gritó indignado mientras se daba la vuelta para marcharse.

—¿Dónde vas? Ahora no te puedes ir, te han visto ayudarme, la van a tomar contigo.

Rodrigo se dio cuenta de que su padre tenía razón y de que hiciera lo que hiciera siempre iba a estar dominado por él. Así que se tomó una pequeña venganza y le desobedeció.

Salió del piso, bajó en el ascensor y antes de abrir la puerta del portal miró a la masa enfurecida a través del cristal. Y entonces entendió que no se había ido por orgullo sino para recibir un castigo. Necesitaba ser increpado, que le insultaran, que le gritaran y le zarandearan. Si iba a evitar la prisión, al menos necesitaba un escarmiento.

Convencido de lo que estaba haciendo, abrió la puerta y sintió alivió al recibir el primer huevo que le arrojaron a la cara.

***

## 25
## Espartinas, Sevilla

Lo primero que vio Martínez cuando Urbizu abrió el maletero fue la estúpida sonrisa de Reyes mientras le apuntaba con un arma.

—Bienvenido a nuestro resort de lujo —le dio el brigada su merecido recibimiento.

—Puedes bajarla, el comisario va a colaborar.

—Nunca te fíes de un policía que suda —replicó Reyes sin bajar la pistola—. Y este suda como un pollo asado.

El comisario no se ofendió por llevar la camisa empapada. Llevaba encerrado en el maletero más de una hora y le faltaba el aire. Estaba más preocupado por la situación que por su aspecto físico.

En cuanto salió del vehículo y oreó sus axilas, echó una ojeada al terreno. De un vistazo advirtió que estaban en una finca completamente aislada, el tipo de sitios al que te llevan para liquidarte. La presencia de los dos guardias civiles tampoco le invitaba a soñar. Normalmente, acudían a su encuentro uno u otro, nunca los dos juntos.

—Por si te lo preguntas, no hemos venido de retiro empresarial —le empujó Urbizu para que echara a andar sobre la pista de tierra.

Empezaba a anochecer y solo la luz de los faros del coche evitaba que estuvieran completamente a oscuras. La hacienda que presidía la finca tenía aspecto de estar abandonada. Las ventanas estaban selladas con ladrillos y la pintura de la fachada se había venido abajo. El camino de piedra por el que le llevaban se podía transitar, pero la mayor parte de la propiedad se encontraba en malas condiciones, con zonas donde el matorral se había comido por completo las edificaciones.

—No es una situación agradable. Me eres más útil en comisaría que enterrado en un descampado, pero ya sabes cómo funcionan estas cosas —continuó hablando Urbizu—. No voy a hablarle de putas a La Tacones.

Martínez tropezó con la raíz de un arbusto y cayó al suelo. Fue un talegazo estúpido, como la mayor parte de las caídas involuntarias, que le sirvió para darse cuenta de que ya no tenía nada que perder. Una vez que te han humillado, qué más daba rebajarse algo más.

¿Dónde se ponía el límite? ¿Había alguna diferencia entre ser despreciado y ser muy despreciado? Si la había, desde luego el comisario la desconocía.

—Seguro que todavía hay algo que puedo hacer por vosotros, Gallo —dijo de rodillas, tratando de incorporarse.

—¡Te lo dije! Nunca te fíes de un policía que suda —advirtió Reyes, que estaba disfrutando inmensamente con la situación—. Y menos de uno que se vende por Viagra.

Al comisario aquello sí le ofendió. Podía tolerar que le pegaran un tiro en la sien, pero no que se pusiera en duda su vigor sexual. Un hombre, incluso vencido, seguía siendo un hombre.

—Todavía no estoy muerto, ten cuidado con lo que dices —se revolvió Martínez dándole un empujón al brigada que le cogió por sorpresa y le hizo tambalearse.

Enfadado, en cuanto recuperó la estabilidad, Reyes levantó el arma y le encañonó.

Antes de que pudiera poner el dedo sobre el gatillo, Urbizu templó los ánimos pegando un tiro al aire. Un disparo que ni siquiera provocó que los pájaros se asustaran. De aquella finca abandonada habían huido todos los seres vivos.

—Espera, dale una oportunidad, tal vez tenga algo interesante que ofrecernos —se mostró conciliador el exguardia civil.

—¿Qué queréis?

—Que arregles tus cagadas —se adelantó Reyes, algo pasado de vueltas.

—Estoy en ello.

—El tiempo de intentarlo caducó. Lo sabes tan bien como yo. Hay que cerrar el caso —elevó el tono Urbizu.

—No es tan fácil, es una operación conjunta.

—En ese caso no hace falta que perdamos más tiempo hablando.

Los tres hombres continuaron el camino en silencio. Martínez era cada vez más consciente de que aquel paseo campestre sería el último de su vida. Hubiera deseado despedirse del mundo en el Benito Villamarín, pero cuando uno elige vivir en el filo, tiene que ser consciente de que la muerte le aguarda en cualquier esquina.

—Espero que te gusten las sorpresas, comisario. Tenemos una para ti —sonrió Reyes cuando llegaron a la altura del aljibe.

El tono en el que lo dijo le resultó aterrador. Había pocas cosas más estremecedoras que tener la seguridad de que ibas a morir en apenas unos segundos y aun así tuvo la extraña sensación de que al otro lado de la puerta le esperaba algo aún peor.

Y no se equivocaba, en el interior del aljibe había dos mujeres atadas a sendas sillas con los ojos enrojecidos de llorar y gritar. Una era su mujer, la otra su hija.

—¿Lo sigues viendo igual de complicado? —le preguntó Urbizu sin darle tiempo para que digiriera aquello—. La noche puede acabar de dos formas. En una, tu hija, tu mujer y tú os vais en tu coche y sois felices y coméis perdices en Los Bermejales. En la otra... bla, bla, bla, ya te puedes hacer una idea.

Martínez tragó saliva. Tan cierto era que aquellas dos mujeres le hacían completamente infeliz como que presenciar su muerte a manos del brigada le resultaría insoportable.

—¿Qué quieres que haga, Gallo?

—Ya te lo he dicho, cerrar el caso.

—Aunque pudiera, estas cosas llevan tiempo —dijo el comisario con la voz entrecortada.

—Lo sé. Por eso te lo vamos a poner fácil. Saca de la ecuación a Carranza y cárgale los dos muertos a la mora.

***

## 26
## Albufeira, Portugal

Sabali y Antonio jugaban a sacar la carta más alta de una baraja de naipes mientras las niñas se entretenían viendo dibujos en el televisor. Normalmente, no les estaba permitido hacerlo por las noches, pero era obvio que ninguno de ellos estaba teniendo un día normal.

—¿Cómo lo haces? —preguntó el marido de Bruna cuando la marroquí volvió a ganar por décima vez consecutiva.

—Tengo buena suerte... —sonrió la joven, que a pesar de lo complicado de su situación, disfrutaba de la agradable sensación de tener algo parecido a una familia que se preocupaba por ella.

Desde que tenía memoria, siempre había sido ella la que estaba obligada a cuidar a los demás. Era la única constante de su vida. El mundo cambiaba, pero no así sus compromisos. Estuviera en el lugar del mundo que estuviera, debía atender a los demás. A sus hermanos, a su padre o a los capataces de la finca de Lepe.

Todo aquello era una experiencia completamente nueva. Desear algo y que alguien lo hiciera realidad en cuanto lo verbalizaba. Daba igual el capricho. Una crema, una Coca-Cola, cacahuetes... Tan solo tenía que pedirlo y de inmediato lo tenía. La riqueza debía ser eso, no esforzarse lo más mínimo para conseguir cualquier antojo.

—Una última ronda y nos vamos a dormir, ¿te parece? —le preguntó Antonio, al que los párpados le empezaban a pesar.

—Doble o nada, el que saque esta vez la más alta, gana.

—Estás tentando al diablo, querida —sonrió al ver una última oportunidad de reponerse a tantas derrotas.

Sabali barajó las cartas y cortó el mazo por la mitad. El primero en elegir fue Antonio, que no pudo esconder en sus ojos que había tenido una buena mano. Le siguió ella, que ni siquiera miró el naipe

que le tocó. Estaba dispuesta a estirar hasta el extremo la suerte de la noche.

Cuando el marido de Bruna puso sobre la mesa el rey de espadas, la puerta de la habitación tembló. Alguien desde fuera la estaba aporreando.

—Policía, abran la puerta —gritó uno de los agentes en portugués.

Después de eso, todo ocurrió muy rápido y en poco tiempo, Sabali estaba inmovilizada contra el suelo mientras la policía registraba la habitación.

Uno de los agentes giró la carta de la joven temporera. Se trataba de un as de picas. Sin duda, fue la victoria más amarga de su vida.

***

## 27
## Espartinas, Sevilla

Martínez abandonó la hacienda con una misión prácticamente imposible, plantar pruebas falsas que incriminaran a Sabali Idrissi en ambos asesinatos. Era eso o perder a su mujer y a su hija. La vida era una elección tras otra, salvo que en aquella disyuntiva no había ninguna opción mejor que otra. Tenía que elegir entre arruinarle la vida a una inocente o ver morir a sus seres queridos.

El coche del comisario levantó una gran polvareda y se adentró en la profundidad de la noche. Cuando se perdió en el horizonte, Reyes cerró con un candado la puerta del aljibe.

—Lucía Gutiérrez se ha convertido en un problema —dijo Urbizu mientras encendía la luz de una linterna.

—Siempre lo fue. Te lo advertí.

—Pensé que la podía controlar, pero es incapaz ni de controlarse a sí misma. Ha llegado hasta Martínez, es cuestión de tiempo que

llegue a mí. Necesito que te ocupes de ella... Yo no puedo —le tembló la voz al exteniente, como si de verdad tuviera un problema de conciencia con aquello.

# Cuarto día de feria
# Jueves 9 de mayo de 2019

## 1
## Arenal, Sevilla

El tóner de la fotocopiadora empezaba a dar muestras de estar agotado. Las copias de la última foto del cuerpo ensangrentado de Carmen Camacho tenían poca fuerza y tanto el rostro de la joven como el de Rodrigo Carranza estaban demasiado difuminados como para servirle de seguro de vida. Ni siquiera la sangre parecía real. Tenía un tono de rojo marrón que descafeinaba la escena del crimen.

Lucía Gutiérrez observó con detenimiento la imagen que había escupido la máquina y comprendió que solo tenía dos alternativas: o cambiaba el cartucho, o se marchaba de allí. Seguir haciendo fotocopias de tan baja calidad era una auténtica pérdida de tiempo.

Desde que localizó el móvil de Urbizu en la trastienda, supo que estaba en peligro y que tenía que protegerse. No encontró mejor chaleco antibalas que tener por duplicado todos los trabajos que había realizado con el exguardia civil en el último año.

Cualquiera en su lugar hubiera salido corriendo de inmediato, pero desde hacía años se había convencido de que daba lo mejor de sí cuanto más presionada estaba. Disfrazaba de virtud su adicción al sufrimiento y, sin saberlo, había idealizado aquellos escenarios de tensión sinsentido.

Tras considerarlo unos segundos, decidió guardar en la carpeta las últimas copias y regresar a casa. Era tarde, hacía tiempo que no sabía nada de Urbizu y no quería exponerse por más tiempo a ser descubierta.

Las calles del Arenal continuaban desiertas y las terrazas cerradas, de idéntica manera que cuando llegó y subió la persiana de su negocio. Pero entre un momento y otro parecía haber pasado toda una vida y lo que antes le invitaba a pasear y disfrutar de la ciudad, ahora le causó malestar. Un eufemismo con el que evitaba decirse a sí misma que estaba triste y decepcionada por lo que acaba de destapar. Emociones a las que trataba de no dedicar ni un segundo. Sabía perfectamente que cuando el desencanto cristalizaba en su sistema nervioso, sus ganas de beber se acrecentaban. Tal vez no era lo más sano para su salud mental, pero negar la evidencia y aplastar cualquier emoción negativa, era el único truco que tenía para evitar una recaída.

«Ya está, no pasa nada», se decía siempre que sufría un revés y rápidamente su cerebro se ponía a funcionar para superar la decepción. Más que un truco, era un sucedáneo barato del arte de esconder bajo de la alfombra todo lo que resulta incómodo. El problema era que en su moqueta no cabía nada más y mucho menos algo tan aparatoso como una traición del que pensaba era su mejor amigo.

«Ya está, no pasa nada», se repitió a sí misma al pasar frente a un supermercado veinticuatro horas, tirando de repertorio para afrontar ese duro paseo de vuelta a casa. Era el único local abierto a aquellas horas y la luz de su interior, aunque tenue, le invitaba a pasar.

«Ya está, no pasa nada», insistió en el mantra mientras se secaba las lágrimas y experimentaba un vacío enorme en las costillas.

Sentía que sobre sus huesos no había músculo sino una mezcla pesada de rabia y desilusión. Un cóctel que le paralizaba las funciones corporales esenciales y provocaba que arrastrara los pies de la misma manera que lo haría un moribundo.

«Ya está, no pasa nada», dijo con menos fe al entrar en el establecimiento con un ataque de ansiedad que le hacía soltar hipidos prolongados. Deseaba con todas sus fuerzas pasar página antes si quiera de haber procesado el golpe. Demostrarle a los demás que los años le habían cambiado y las decepciones apenas le afectaban.

«Ya está, no pasa nada», invocó desesperada a su cerebro para que le protegiera de sí misma cuando se encontró de frente el pasillo de las bebidas y los cantos de sirena de las botellas de *whisky* y vodka.

Pero sí que pasaba algo. El mazazo había sido demasiado duro y ni siquiera una prodigiosa escapista como ella podía zafarse.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el cajero después de pasar por el código de barras una botella de ginebra.

—Sí, nada grave —le mintió. Se mintió.

Un año después, todo lo que tapaba Lucía Gutiérrez bajo lo alfombra salió a flote.

***

## 2
## Hotel Alfonso XIII, Sevilla

«La opción elegida por los viajeros de lujo desde 1928» rezaba el eslogan del hotel Alfonso XIII, algo con lo que no estaban de acuerdo los huéspedes de la planta tercera, que desde hacía horas

se quejaban del elevado volumen de la música como si hubieran reservado alojamiento en un vulgar hostal del centro.

El encargado de dar la noticia en recepción fue Darío Martín, máximo responsable de los conserjes del hotel, que, sin andarse por las ramas, informó que el cliente de la habitación 302 no dejaba de escuchar en bucle *La gata bajo la lluvia* de Rocío Durcal.

—Rodrigo Carranza —confirmó la recepcionista tras consultarlo en el ordenador—.Vino ayer de madrugada y pagó por adelantado. Un tío raro. Me dijo que quería dormir hasta tarde y que no entrara nadie a molestarle. ¿Has llamado a su puerta?

—Sí, y al teléfono de la habitación, pero no contesta.

—¿Qué hacemos? Hay gente muy importante en esa planta.

Y así era. Actrices, músicos y empresarios elegían religiosamente el Alfonso XIII aquella semana. Si uno no se alojaba o se tomaba el aperitivo allí para mostrarlo en redes sociales, era como si no hubiera ido a la feria.

—Llamar a la policía —dijo serio Darío, desesperado por acabar cuanto antes con las quejas de los visitantes.

Poco más tarde, agentes de la Policía Local de Sevilla se personaron en el hotel, le pidieron al conserje una llave maestra y subieron en ascensor hasta la tercera planta.

La habitación de Carranza estaba al principio del pasillo y no tardaron mucho en percatarse de que, efectivamente, la música estaba alta.

—Me encanta esta canción —dijo el más mayor de los agentes.

—Prefiero la versión que hicieron en *Operación Triunfo* —señaló el que tenía más tatuajes mientras llamaba a la puerta sin que nadie respondiera.

—¿Tú ves esa mierda? Ese programa se ha cargado la música de este país —contestó airado el veterano, con más ganas de tertulia

que de hacer su trabajo.

—Aitana salió de allí y te encanta.

—Encantar, encantar... Me gustan algunas canciones. Ya está.

—¿Cuál?

En tanto se decidía por una con calculado desinterés, utilizó la llave maestra que le había dado el conserje y probó a entrar. Necesitó tres intentos para darse cuenta de que estaba cerrada por dentro y que tendrían que utilizar la fuerza física para forzar la cerradura.

—¡A ver si se te nota el gimnasio! —le pidió a su compañero que se encargara del trabajo físico.

—Hasta que no me digas qué canción de Aitana te gusta, no me voy a mover.

El policía lo consideró y finalmente accedió. Cualquier cosa antes que dejarse el hombro contra la puerta y perderse la semana de feria.

—Esa que habla de los primeros amores...

—Todas hablan de eso —señaló su compañero cruzándose de brazos y negándose a forzar la puerta—. ¿Puedes ser más concreto?

La música se cortó de golpe e interrumpió la conversación de los policías, que por un instante se olvidaron de Aitana Ocaña y fingieron interés por lo que podía estar ocurriendo en el interior de la 302.

—Hay que entrar —insistió el más mayor.

—Primero dame lo que quiero —bloqueó la entrada a su compañero.

Tras considerar sus opciones, resolvió que no le quedaba más remedio que humillarse y confesó su crimen.

—*Lo Malo*, ¿contento ya?

—Eso es de puto fan de OT y lo sabes —dijo sonriendo antes de derribar la puerta con un par de embestidas.

La habitación era de estilo clásico y colores neutros. Un canto aséptico que solo encontraba un respiro en la entrada, donde había una sala de estar con un piano de caoba y una lámpara de araña. Nada de eso llamó la atención de los agentes, que se centraron exclusivamente en un iPhone 11 apoyado en una de las mesas auxiliares.

El teléfono había estado conectado a través de Bluetooth a los altavoces de la televisión de plasma hasta que se quedó sin batería. De eso hacía más bien poco.

Pronto, aquello quedó en una mera anécdota. En el dormitorio, sobre el suelo de mármol, pegado a la cama, Rodrigo Carranza estaba tirado en el suelo bañado en restos de vómitos. Pegado a él, una caja de barbitúricos y un par de botellitas de vodka del minibar para que los somníferos le hicieran efecto más rápido.

—Llama a una ambulancia —gritó el fan de *Lo Malo* a su compañero, que en aquel preciso momento se encontró sobre el escritorio con tres cartas de despedida; una dirigida a su padre, otra a Irene Camacho y una más larga para Macarena.

***

## 3
## San Julián, Sevilla

Juan se asustó con su propio ronquido y despertó sobresaltado. Siempre que le ocurría, Lucía hacía chasquidos con la lengua para que dejara de resollar. Fue al no escucharla cuando se dio cuenta de que ella no estaba en la cama y automáticamente se vino abajo al recordar que la noche anterior habían discutido.

Lo primero que hizo fue conectar el teléfono móvil y comprobar si tenía algún mensaje de ella disculpándose.

No lo había.

Tampoco ninguno en el que le dijera que se iba a retrasar o no iba a dormir en casa. Nada. Ni siquiera una llamada perdida. Aquella mujer no había hecho ningún intento de arreglar las cosas y eso le ofendió. De ahí a sentir rabia tan solo necesitó unos segundos, lo justo para repasar mentalmente todo lo que había hecho por ella en el último año. Para Juan, el amor, la mayor parte de las veces, consistía en una deuda pendiente, un crédito en el que se cobraban con intereses todo lo que se daba, por lo que le sacaba de quicio que Lucía fuera tan mala pagadora.

Enfadado, farfullando para sí algún «no me merezco esto», salpimentado con un condescendiente «de bueno eres gilipollas», tiró el móvil de mala gana en la cama y se fue a la ducha convencido de que el agua caliente le ayudaría a despejarse y a bajar los decibelios de su enfado.

Sus planes de evasión duraron poco, lo que tardó en encontrarse en el salón con Lucía, que estaba dormida en el sofá abrazada a una botella de ginebra.

La rabia se volatilizó de inmediato y fue sustituida por la compasión. Juan se lamentó por haberla puesto en una situación extrema y luego abandonarla en el borde del precipicio, en una caseta de feria llena de tentaciones para una alcohólica.

Se acercó a ella despacio, tratando de dar con una palabra que consiguiera aliviarla, como si el diccionario contará con un término que pudiera salvarla, como si él pudiera rescatarla. Pronto se dio cuenta que ni el castellano ni él mismo podían auxiliar a nadie. Así que, en lugar de hablar, se agachó y la besó en la frente,

transmitiéndole de una forma dulce que, aunque no podía socorrerla, sí podía acompañarla.

Todavía inclinado sobre ella, observó que la botella de vodka estaba sin abrir y que Lucía no había sucumbido a la tentación. Una sonrisa de alivió brotó en sus labios.

—Ha faltado poco —dijo ella abriendo los ojos.

—Estoy orgulloso de ti —contestó Juan, que decidió sobre la marcha que el siguiente beso debía ser en los labios.

—Al menos alguien lo está —señaló ella con tristeza, teniendo la seguridad de que había llegado el momento de comunicarse con su marido en lugar de seguir escondiéndose con Dios—. Urbizu me ha utilizado.

Por un momento Juan tuvo la tentación de cobrarse facturas atrasadas y de tirarle a la cara un «te lo dije», pero en lugar de eso eligió el camino de la prudencia y dejó que se explicara. Después de todo, escucharla admitir un error no era tan frecuente, por lo que no quiso cohibirla.

—Tenías razón —se adelantó a cualquier impulso de su marido—. No quería justicia, quería venganza. Y no he sabido ver nada más.

Lucía Gutiérrez se incorporó. Por derrotada que estuviera, necesitaba mirar a los demás desde la misma altura. La inercia del movimiento provocó que la carpeta con pruebas que llevaba consigo se precipitará al suelo y dejara ver algunas fotografías de cadáveres.

—Todavía estás a tiempo —indicó Juan al ver las imágenes esparcidas en el suelo de la casa.

—¿De qué? —preguntó ella mientras las recogía y las devolvía al portafolios en un modesto intento de darles sepultura por segunda vez.

—De hacer justicia.

***

## 4
## Hotel Alfonso XIII, Sevilla

Rodrigo Carranza tuvo tres veces mala suerte: tener un padre narcisista, liarse con una mujer que sufrió una sobredosis en plena campaña electoral y morir el día que Dua Lipa llegaba a Sevilla y se hospedaba en el mismo hotel en el que él se había quitado la vida. El calendario no iba a tener piedad con él.

—Los años son como los bebés, nacen sin bautizar, esperando en capilla algún acontecimiento por el que se les conozca. El año de la guerra. El año en que cayó el Muro de Berlín. El año de la crisis. A nosotros nos gustaría que la feria de 2019 se recordara como el año en que Dua Lipa se quedó en nuestro hotel y no como en el que el hijo de un político se suicidó en una de nuestras habitaciones —le pidió sin ningún tipo de pudor el director del establecimiento a Cárcamo en cuanto lo vio llegar al hotel acompañado de Fernández y el equipo forense de Rubinstein.

—Se hará lo que se pueda —se mostró inesperadamente colaborador el flamante nuevo inspector de homicidios, al que ni tan siquiera le molestó que le obligaran a acceder a la tercera planta por la zona destinada al personal del establecimiento.

Durante el recorrido, el director les contó a los agentes que cada vez más gente elegía su hotel para quitarse la vida y que sus familiares no quedaran traumatizados. Se daban, por así decirlo, un último capricho antes de poner punto final. Hablaba con un punto de frialdad que a nadie le pasó inadvertido, como si fuera un cirujano que se ha acostumbrado a ver morir en una mesa de operaciones a niños y ancianos. Sin abandonar aquella inquietante distancia emocional, añadió que para ellos no dejaba de ser un inconveniente, pero algo que por suerte podían solventar más o menos rápido con una empresa especializada en limpiar las habitaciones de restos de

sangre. En el último año, habían contado con ellos hasta en dos ocasiones. Una joven que se había cortado las venas en la bañera y un jubilado que se pegó un tiro en la sien con una escopeta de caza y dejó las paredes como un lienzo de Jackson Pollock. Lo dijo sin ningún tipo de rubor, comparando escenarios de un crimen con cuadros de pintores de los que Cárcamo no había oído hablar en su vida.

—En menos de veinticuatro horas lo dejan todo impecable sin que los nuevos huéspedes sepan lo que pasó dentro —alabó el buen hacer de los empleados con su desapego habitual.

—Este ha sido muy limpito, lo mismo tiene su habitación disponible en un par de horas, señaló con ironía Rubinstein, algo que molestó al gerente, poco acostumbrado a que nadie le replicara.

Con un gesto de desdén, dejando claro que no estaban a su altura, se despidió de ellos. Los muertos y los que no entendían sus referencias al expresionismo abstracto le aburrían, así que volvió a ocuparse de la gente divertida, los famosos.

La 302 estaba todavía custodiaba por los agentes de la Policía Local, que en cuanto vieron llegar al inspector, se activaron.

—Escribió tres cartas de despedida —indicó el más veterano mientras se las mostraba a Cárcamo.

—¿Y cómo sé que son de la víctima y no tuyas? —preguntó serio el inspector.

—Porque estaban en la habitación.

—Exacto, estaban. Ahora están en tu puta mano. Has alterado la escena de un posible crimen. Estos indicios ya no valen en un juicio —se quejó Cárcamo alterado, quedándose él con la custodia de los tres sobres.

Mientras los municipales se retiraban avergonzados y el equipo de Rubinstein accedía al interior de la 302 para inspeccionar el cadáver

de Rodrigo Carranza, el nuevo inspector pidió a Fernández que le cubriera sin entrar en los detalles por los que se debía ausentar.

El oficial bajó al patio principal. En los pasillos del hotel, fotógrafos y fans de Dua Lipa buscaban el mejor lugar para retratar a la estrella del pop británico.

Apartado del bullicio, en una mesita al sol, Cárcamo se encendió un cigarrillo y leyó las cartas que el hijo del candidato había dejado escritas antes de suicidarse.

La primera de ellas estaba dirigida a su expareja, Macarena, a la que confesaba haber sido el amor de su vida. En palabras del propio Rodrigo, la había tenido presente hasta el último momento, escuchando la canción con la que se conocieron, *La gata sobre el tejado*. La segunda era para su padre, Jesús Carranza, y en ella le pedía perdón por no haber sido el hijo que esperaba y le deseaba suerte para la campaña. La última era para Irene Camacho, a la que confesaba todo lo que había ocurrido la noche en la que desapareció su hermana Carmen, desde el consumo de drogas a la posterior hemorragia por sobredosis, así como el plan para deshacerse del cadáver y no arruinar la campaña electoral de su padre. El chico lamentaba profundamente haber actuado así y le pedía perdón de manera compulsiva. Además de disculpas y remordimientos, la carta estaba salpicada de nombres propios como el de Alfonso Reyes o Jesús Carranza.

Cuando acabó de leerla, Cárcamo dobló el folio y lo devolvió al sobre, y seguidamente acercó el cigarrillo a la I de Irene hasta que el nombre y la carta quedaron reducida a cenizas.

***

## 5
## Triana, Sevilla

Puntual como un reloj suizo, Bruna Pinheiro se metió los dedos en la garganta una hora después de haber cenado copiosamente a orillas del Guadalquivir en un conocido restaurante de Triana. Ella lo llamaba purgas, su marido bulimia. ¿Qué sabría él? ¿Qué sabría ningún hombre lo que significaba ser mujer y trabajar en televisión? Siempre expuesta al ojo de los demás, siempre abierta en canal para que cualquiera pudiera hurgar en sus heridas. Veinticuatros horas, trescientos sesenta y cinco días cotizando en la bolsa de la inseguridad. Le faltan tetas. Le sobra culo. Hoy estás muy guapa. Ayer tenías mala cara. Deberías enseñar más pierna en pantalla. Se te nota la celulitis, intenta llevar faldas largas. Te falta. Te sobra. Pareces joven. Pareces mayor. En la tele se te ve más gorda. En persona era más delgada. Te falta. Te sobra. Te sentaría bien un retoque en la nariz. Te pasaste con el hialurónico en los labios. ¿Has probado el ayuno intermitente? Estás en los huesos, ¿has probado a cenar proteínas? Te falta. Te sobra. Una catarata constante de observaciones de la que nadie podía salir indemne y mucho menos ella que necesitaba del halago para rendir tanto como las plantas necesitan del sol para hacer la fotosíntesis. Un bucle del que no podía escapar ni siquiera ahora que no trabajaba en televisión y podía descuidar su imagen todo lo que quisiera.

El primer vómito fue un ensayo, una forma de calentar los motores de su organismo que solo dejó babas en el váter. El segundo sí fue una arcada magistral que le permitió expulsar el *carpaccio* de gamba roja al ajillo y el lenguado de estero a la bilbaína. El tercer vómito le valió para que se le cayeran las lágrimas, pero no para purgar el vino y el postre, que seguían allí, en alguna

parte de su aparato digestivo dispuestos a sabotear su figura si no se esforzaba un poco más.

El cuarto nunca llegó. Tenías los dedos dispuestos cuando alguien llamó de manera insistente a la puerta de su apartamento en la calle Pureza.

No abrió de manera inmediata. Prefirió tomarse su tiempo para limpiarse la boca y secarse las lágrimas. Más que una estrella de la televisión, ella se consideraba una artista del disimulo. Le pagaban por fingir, por hacer creer a los demás que era más lista, más guapa y más feliz de lo que realmente era.

Con el rostro dispuesto para una nueva función del *show* de Bruna Pinheiro, abrió la puerta y sonrió de la misma manera que si el piloto rojo de la cámara del plató estuviera encendido. Un derroche de carisma que no tuvo público que le correspondiera con un aplauso.

Al otro lado no había nadie. En lugar de a una persona, encontró apoyado en el felpudo un dossier con un pósit en el que se podía leer: «Tus deseos son órdenes».

La reina de las mañanas lo agarró del suelo y le echó un vistazo al interior de lo que parecía el atestado del incendio de la chabola de Sabali en Lepe. Entre la información había fotos de los restos calcinados de Joaquín Hernández, una imagen que la descompuso y le causó el cuarto vómito de la noche, con el que al fin pudo sacar de su cuerpo todo lo que sobraba. Fue un auténtico milagro que no vomitará también la cuenta.

Estúpidamente feliz, con la satisfacción del deber cumplido, se fue a la cama después de asearse y se dispuso a leer los informes de los bomberos y el de la Guardia Civil.

Una de sus liturgias favoritas era ponerse gafas para leer, unas de montura de pasta negra que no estaban graduadas, pero que desde luego le hacían parecer más interesante. Las había empezado

a usar en su programa como transición entre el bloque de los sucesos y el del debate político. Cuando el público la veía ponerse las lentes, entendía que estaba a punto de dar paso a los colaboradores expertos en política nacional.

Bruna quiso hacer eso mismo aquella noche, marcar un punto y aparte con la frivolidad de sus vómitos purgativos y ponerse seria, como si tuviera público ante ella las veinticuatro horas, como si fuera incapaz de distinguir dónde terminaba la ficción y empezaba la realidad. Hasta leía dando su perfil bueno a una cámara frontal que no existía.

Su *show* televisivo se vio interrumpido por una videollamada de Antonio. ¿Quién quería atender asuntos domésticos cuando estaba en medio de temas tan serios como el periodismo de investigación, con las gafas de pasta puestas y luchando como nunca antes nadie había luchado por la verdad?

Bruna se quitó las lentes para que su marido fuera consciente de que él entraba de lleno en el bloque de la intrascendencia y la banalidad, que no se merecía verla como una periodista de raza si no como una simple presentadora de televisión. Pero en el último momento cambió de opinión. Le quedaban demasiado bien para privar al mundo de ese espectáculo.

—Más te vale que sea importante. Estoy en medio de algo —quiso darse grandes aires y mostrar que estaba emparentada con Bob Woodward, al menos en la miopía.

—Han detenido a Sabali.

Bruna quiso gritar. Pero en lugar de eso, hizo lo que tenía que hacer: quitarse las gafas y preguntar qué había pasado.

***

## 6
## Los Pajaritos, Sevilla

Montoya se golpeó el pecho con ambos puños y subió al cuadrilátero a cobrarse tres días de estrés y un fracaso. Los guantes eran del color de los helados de turrón que le compraba su padre los domingos de julio y agosto. Tal vez el único recuerdo bueno que conservaba de él. Con ellos en las manos se sentía protegido. Llamarlo talismán hubiera sido excesivo. Aquello estaba más emparentado con una rara lealtad a un padre cuyas ausencias le habían servido para recordarlo mejor de lo que era.

Arriba le esperaba su *sparring* habitual, Domingo «Carita Linda» Pacheco, un dominicano que acumulaba el mismo número de derrotas en el *ring* que en la vida. A los golpes perdía siempre, pero a entusiasmo no le ganaba nadie. Acudía puntual a cualquier duelo que le planteaban por desigual que fuera. Su compromiso con el fracaso estaba fuera de toda duda.

Un frío saludo entre ambos bastó para dar inicio al combate después de que Salazar le recordará a los púgiles qué golpes estaban permitidos y cuáles no.

Carita Linda salió ligero y flexible, amagando y moviendo sus piernas de portentoso bailarín caribeño, convencido, como siempre, de que la victoria era posible. Bastó una contra de Montoya con un *crochet* para pillarle desguarnecido y acorralarle contra las cuerdas. Indefenso, se dejó golpear el abdomen una y otra vez hasta que Salazar paró el combate.

—Él no tiene la culpa de lo que te haya pasado. No intentes ganar aquí, lo que has perdido en otro sitio —le dijo serio el dueño del gimnasio apartándole de su adversario.

Montoya se pegó una ducha de agua fría y sintió que el madrugón no le había válido de nada salvo para quitarse horas de sueño.

Seguía con la misma rabia incrustada entre las tripas y las mismas pocas ganas de ir a la comisaría.

En Nervión su día no mejoró y pronto descubrió que no solo le habían sacado del caso sino también de su despacho.

—¿Dónde está Martínez? —preguntó indignado a un compañero al ver que habían cambiado la cerradura de la puerta.

—No te puedo revelar esa información —contestó lacónico el agente.

—¿Puedes al menos revelarme dónde están mis putas cosas?

—A mí me bajas ese tonito, que yo no tengo la culpa de nada.

Era la segunda vez en la mañana que le hacían ver que se equivocaba de rival y le dejaban sin una gresca con la que descargar la furia.

Después de cuatro encontronazos con compañeros de la comisaría, terminó por encontrar su nueva ubicación, una mesa fuera del Departamento de Homicidios con una máquina de escribir como único equipamiento.

—¿Es una broma? —preguntó a la primera policía con la que se cruzó—. ¿Qué coño hago con esto? ¿Escribir una novela?

—Y a mí qué me cuentas. Ni siquiera te conozco —le respondió enfadada.

Definitivamente había cabreado a la persona equivocada, que le hacía ver de una manera no muy elegante que ya no se fiaba de él. Frente a aquella Hispano Olivetti de los años cincuenta a la que le faltaba la letra A, el inspector dedujo que se había quedado sin alternativas. Podía seguir comportándose como un cretino y pagando su frustración con los demás o podía reconducir su ira y buscar una forma de calmarse fuera de allí.

Montoya eligió la segunda opción y solo se le ocurrió un lugar en el que podría templar los nervios sin molestar a los demás.

—Sabía que volverías —dijo Camila en cuanto le vio cruzar las puertas de Shangri-La.

—¿Voy a acabar como mi padre? ¿Sirven para eso las constelaciones familiares?

—¿Tienes tiempo? —preguntó ella sonriendo.

—Tiempo es lo único que tengo —dijo el inspector, sintiendo por primera vez en la mañana algo parecido a la calma, dispuesto a desmitificar la sombra alargada de su padre y la trampa que había construido alrededor de los helados de turrón.

***

## 7
## Aeropuerto de San Pablo, Sevilla

Aunque Lucía Gutiérrez se había quitado el cinturón y los zapatos, el escáner del control de pasajeros volvió a iluminarse por tercera vez.

—¿Qué más me tengo que quitar? ¿Las bragas? —protestó malhumorada, asumiendo que el propósito último de los aeropuertos no era conectar unos lugares con otros sino someter a los ciudadanos a un número infinito de humillaciones.

La agente de seguridad la miró con gesto cansado, dando pistas con su rostro de resignación de que al cabo del día tenía que enfrentarse miles de veces a conversaciones del mismo tipo. Sin necesidad de cachearla, se dio cuenta rápidamente de dónde estaba el problema.

—Se tiene que quitar el anillo, señora —le reprochó de una forma desapasionada.

Lucía se sintió profundamente estúpida. No solo por no haberse dado cuenta antes sino por ser incapaz de controlarse. Estaba más nerviosa que de costumbre. Se había tomado media pastilla de

Orfidal antes de salir de casa, pero aun así tenía palpitaciones. Se jugaba mucho en aquel viaje y era plenamente consciente de que cualquier error la pondría a ella y a su familia en peligro.

Con un movimiento rápido, se quitó la alianza avergonzada y la depositó en la bandeja de seguridad del aeropuerto. Mientras volvía a pasar por el escáner, se fijó en la marca blanca y circular que le había dejado el anillo de bodas en el dedo después de retirarlo tras tres días encajado en el mismo lugar. Le resultaba asombroso lo mucho que marcaba el matrimonio.

De la misma manera que si estuviera en un probador, pero sin cortina, Lucía se colocó el cinturón, los zapatos y el anillo delante de otra veintena de personas que hacían lo mismo, recuperar sus prendas y la dignidad a la mayor velocidad posible, como si temieran que les volvieran a hacer pasar por aquella situación una vez más si se retrasaban.

Más tranquila, revisó la mochila y comprobó que todos sus documentos seguían allí. Le hacía gracia que una carpeta llena de fotos de cadáveres pudiera pasar completamente desapercibida en un control de seguridad, pero fuera completamente imposible colar un bote de champú o un tubo de pasta de dientes.

El teléfono atronó en el mismo momento en que se puso en pie en busca de la puerta de embarque. En la pantalla del móvil pudo leer el nombre de Urbizu y la ansiedad hizo de nuevo acto de presencia.

Lo dejó sonar un par de veces y valoró qué era lo mejor, si ignorar la llamada o atenderla cuanto antes. Cada acción conllevaba un alto porcentaje de peligro, pero a su parecer, el menor de todos ellos residía en actuar con normalidad.

—¿Dónde estás? —preguntó Urbizu preocupado en cuanto la exagente descolgó—. No sé nada de ti desde ayer.

—Necesito unos días —dijo ella escuetamente.

—¿Unos días? Eras tú lo que tenía prisa por acabar con esto.

—Tenía, tú lo has dicho.

—¿Ya no? —reaccionó sorprendido Urbizu.

—No, ya no. Al final esto ha acabado conmigo. Ayer... ayer tuve una recaída —confesó emocionada, rememorando el momento en el que compró la botella de vodka y estuvo tentada de abrirla.

—¿Quieres que vaya a verte?

—Ahora mismo no me apetece ver a nadie, lo entiendes, ¿verdad?

—Claro... Si necesitas algo, solo tienes que pedirlo —señaló apesadumbrado Urbizu, que tan pronto quería quitársela de en medio como sentía compasión por ella.

Lucía Gutiérrez colgó. Y después lloró. Hasta a ella le costaba saber a ciencia cierta el motivo. La posibilidad de haber tenido una recaída era algo que la removía. La noche anterior estuvo bastante cerca de hacerlo saltar todo por los aires. Pero lo que de verdad le había sacudido era la certeza de haber hablado por última vez con Urbizu, de saber que aquella llamada había sido lo más parecido que ambos tendrían a una despedida.

En el panel de los vuelos de salida, apareció la puerta en la que debían embarcar los pasajeros con destino a Madrid. Lucía se secó las lágrimas y se dirigió hacia allí con la amarga sensación de haber perdido para siempre a un buen amigo.

***

## 8
## Nervión, Sevilla

Los alrededores de la comisaria de Nervión estaban abarrotados de periodistas. En contra de lo que hubiera requerido la situación, el furgón policial estacionó frente a la puerta principal en lugar de

ingresar a través del parking y la nube de fotógrafos se agolpó en torno a las puertas del vehículo.

—¡Vamos! —le dijo a Sabali el agente que la había custodiado desde la Albufeira hasta Sevilla.

La joven miró a través de la ventanilla y se asustó. Los reporteros le aguardaban como si fuera un trofeo de caza, con las cámaras sostenidas con impaciencia, de la misma forma que si fuera un rifle, dándose codazos los unos a los otros por tener una mejor perspectiva y ser los primeros en retratar a la asesina del cementerio, como la había bautizado la prensa.

Con las manos esposadas, Sabali se recolocó el velo para ocultar su rostro todo lo posible y sintió algo parecido a la deslealtad de clase. Quizás no fuera lo más importante en aquel momento, pero había hecho de aquella prenda un símbolo, una forma de mostrar orgullo frente a todos los que la querían retratar de fanática, intolerante o terrorista. Y de repente, les estaba dando la razón. Ponía en primer término el hiyab y se escondía detrás de él. Mañana, cuando las temporeras españolas de Lepe la vieran en la portada de todos los periódicos acusada de ser una asesina, no la identificarían a ella sino a su religión, a su cultura, a sus orígenes. Se darían la enhorabuena por haber estado siempre posicionadas en el lado bueno de la historia, en el de los países tolerantes cuyas creencias no les empujaban a salir a la calle con un arma blanca o una lata de gasolina y acabar con todos los que no pensaran como ellos.

En todo eso pensaba cuando el segundo de los agentes abrió la puerta y la invitó a salir del coche, lo que los fotógrafos entendieron como el pistoletazo de salida para deshumanizarla, para acercarle los micros y los objetivos de la cámara a un palmo de su cara, zarandeándola, tratándola como una simple primicia en lugar de como a una persona, alguien que ni siquiera necesitaba de un juicio

justo porque ya había sido condenada. Era lo que se conocía como «pena de telediario», detenciones televisadas para que la opinión pública sentenciara de antemano a los sospechosos y presionaran a los jueces. Una maniobra que no era nada inocente y que se había materializado a propuesta del comisario Martínez.

Escoltada por los dos policías, trataron de abrirse paso a empujones entre los fotógrafos. El trayecto era de unos escasos cincuenta metros, pero a Sabali se le hicieron eternos. En ese breve intervalo recibió manotazos, codazos, pisotones y hubo quien, incluso, trató de quitarle el velo de la cara.

Cuando finalmente accedieron a la comisaría, Cárcamo les esperaba en la recepción con una sonrisa esquiva, una mueca que reflejaba más altivez que hospitalidad hacia sus compañeros.

—A partir de aquí es cosa mía —dijo el inspector, quedándose con la custodia de la joven.

Sabali estaba terriblemente confundida. Desde que fuera detenida en el resort de la Albufeira, iba pasando de manos de unos policías a otros sin que nadie le explicara de qué se le acusaba. Tampoco es que hiciera falta, ella sabía perfectamente lo que había hecho, y era más que probable que si se volviera a encontrar en la misma situación, lo volviera a hacer. Pero el hecho de que nadie se tomara la molestia de contarle lo que estaba ocurriendo, le causaba indignación. Se sentía como un vulgar paquete de Amazon que transportaban de un sitio a otro sin que tuviera claro cuál era el destino final.

Por supuesto, Cárcamo, siempre parco en palabras y explicaciones, no fue una excepción. Se limitó a guiarla a través de un largo pasillo y abandonarla en lo que parecía una sala de interrogatorios.

—Espera aquí —fue lo único que le dijo el oficial antes de dejarla encerrada en aquella habitación con la única compañía de una botella de agua que no podía abrir por culpa de las esposas.

No tuvo que esperar mucho. Al cabo, la puerta se volvió a abrir y apareció un nuevo policía que no le dirigió la palabra hasta estar sentado frente a ella.

—Sabali Idrissi, natural de Tánger, de profesión jornalera y veinticinco años de edad, ¿es correcto?

—Sí —dijo en voz baja.

—Seré breve. Soy el comisario Eduardo Martínez y le informo que está usted acusada de un doble delito de homicidio en la localidad de Lepe. La primera víctima responde a las siglas J.H.D. y la segunda C.C.M. La investigación realizada por el Grupo VI de Homicidios de la Policía Nacional determina que hay más de una evidencia encontrada en el lugar de los hechos que la incrimina a usted como única responsable. Entre ellas el arma homicida con la que se acabó con la vida de C.C.M. Al hilo de las pruebas y teniendo en cuenta sus antecedentes, el juzgado de instrucción número 3 de Sevilla ha determinado su ingreso en prisión preventiva hasta que se le tome declaración. Eso es todo —dijo poniéndose de nuevo en pie —. Cualquier duda la consulta con su abogada.

—No tengo abogada —dijo extrañada Sabali cuando todavía estaba procesando que le culparán de dos asesinatos.

—Eso tendrá que discutirlo con ella.

A la sala se incorporó una señora de unos sesenta años vestida elegantemente. Martínez no la saludó. Aquella mujer suponía un problema imprevisto en la instrucción. Había dado por hecho que Sabali recurriría a un abogado de oficio y no a Inés Redondo, la penalista más famosa de Sevilla.

***

## 9
## Pino Montano, Sevilla

El espacio DIÁLOGO de la sede del partido progresista tenía una frase escrita en rojo que ocupaba toda la pared central: «Pelea hasta el final». Jesús Carranza, como todo iluminado, estaba convencido de que aquel eslogan de campaña era una señal inequívoca del universo para que no se rindiera, incluso cuando estaba siendo acorralado por Adriana Requena y el secretario provincial. Alguien tan prescindible que nadie más en la organización recordaba su nombre. ¿Era Francisco? ¿Javier? ¿Tal vez David? Ninguno lo sabía a ciencia cierta. Lo único que tenían claro era que solo estaba allí para comerse los marrones que les correspondían a los candidatos. Ese era su verdadero y único cometido.

—Yo todavía creo en la remontada —arrancó su alegato Jesús del Gran Poder sin dejar de mirar el lema de la pared—. Creí que este partido era el de las causas imposibles, el de ser pioneros en ampliar derechos y libertades. Avances que supusieron críticas, persecuciones y dimisiones. No he olvidado ese legado. Voy a pelear hasta el final y espero que vosotros también.

—El partido no te va a apoyar, estás solo —dijo menos entusiasta Adriana.

—¿Por qué?

—Jesús, la campaña no se sostiene. ¿No te quedó claro con el escrache en tu casa? Un candidato que se echa atrás con una promesa electoral es un candidato muerto. Lo sabes tan bien como nosotros.

—Pongamos sobre la mesa otra propuesta. Algo con la vivienda pública. O contra la turistificación. A la gente le dan igual las promesas, lo que quieren es que ganen los suyos.

—Es tarde para eso. Limítate a tener un perfil bajo y a perder con dignidad. No queremos una derrota dolorosa.

El teléfono móvil de Carranza le interrumpió cuando estaba a punto de replicar al secretario general de nombre incierto. La llamada era de Martínez, lo que le hizo reconsiderar su postura y excusarse de la sala. No le convenía hacer esperar a alguien al que debía favores.

—Estoy en medio de una discusión. Si no es importante, llámame más tarde.

—Tú hijo se ha suicidado... A mí me parece importante.

Las malas noticias siempre vienen juntas. Era una regla no escrita de la política y de la vida, como si el azar esperara pacientemente a nuestro momento más vulnerable para azotarnos sin piedad. Al menos era lo que había experimentado Carranza a lo largo de los años, al que ahora aquello de «pelear hasta el final» le parecía de un naíf insoportable.

Poco o nada recordaba el candidato de lo que ocurrió inmediatamente después. Puede que perdiera el conocimiento. O que sufriera un ataque de pánico. Puede incluso que fuera abrazado por el secretario general de nombre fluctuante y reconfortado por la mujer que más le detestaba sobre la faz de la tierra. De lo que no había duda alguna era de que cuando quiso tomar conciencia, estaba en un pasillo del Instituto de Medicina Legal de Sevilla sin saber ni cómo había acabado allí.

¿Qué le dijo la policía? ¿Y el forense? Una mancha negra de la misma viscosidad que el petróleo partía de su pecho y lo inundaba todo, ahogando conversaciones, muestras de afecto y pésames. Todo quedaba sepultado a su paso. Sus constantes vitales apenas percibían otra cosa que no fuera un dolor insondable, algo que

nunca antes había experimentado. Una fuerza descomunal que le oprimía los pulmones y apenas le dejaba respirar.

Un nuevo fogonazo dejó sin recuerdos a Carranza. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado? Frente a él apareció un desconocido abriendo la compuerta de una cámara frigorífica con un muerto en su interior. El muerto era Rodrigo. Eso sí lo sabía. Aunque, en realidad, no era su Rodrigo. Ese difunto no se parecía en nada a él. No había vida en sus ojos, ni brillo en su sonrisa. Guardaba cierta similitud, claro, pero como un pariente lejano al que le has perdido la pista.

El forense musitaba términos y nombres incomprensibles para su mermada atención. En lugar de escucharle, el candidato se quedó mirando fijamente la cicatriz en la frente de Rodrigo. Se la hizo un verano en Ayamonte de la forma más inverisímil posible, después de que el viento levantara una sombrilla y el acero de la punta del pedestal le dejara una brecha de diez puntos de sutura. Era la clase de tragedia que frecuentaba su hijo, con tendencia a invocar lo improbable desde que tenía uso de razón. Personas con todo para ser feliz, pero con muy mala suerte. Lo de Carmen Camacho era un ejemplo más de la fatalidad con la que tenía cosido su nombre en el destino.

Jesús Carranza se acercó hasta aquella primera cicatriz y la besó sin prestar atención a las explicaciones del forense sobre las causas de la muerte. ¿Importaba? ¿A qué padre le interesaba saber si su hijo había utilizado una soga o una escopeta para quitarse la vida? Al fin y al cabo, el verdadero causante de que estuviera cadáver en una morgue no era un arma, era él, Jesús Carranza. Una figura paterna que se había encargado día tras día de demostrarle que no estaba a la altura de lo que esperaba. Incluso cuando le ayudaba, lo hacía únicamente para hacerle ver que era un inútil.

El dolor se hizo a un lado y fue relevado por un sentimiento de culpa insoportable. No le cabía duda de que él le había empujado a matarse. Rodrigo le había pedido acabar con aquello, confesar, liberarse, pero no se lo había permitido. Como siempre que tenía que elegir entre la política y sus seres queridos, él escogía la política. Daba igual lo insatisfactoria que fuera su carrera o que prácticamente estuviera derrotado antes de celebrarse los comicios. Lo anteponía todo a la mínima, pequeña y miserable oportunidad de alzarse con la alcaldía de Sevilla. Hasta la vida de su hijo.

Carranza levantó la vista y se dio cuenta de que en la morgue las paredes eran blancas y no había ninguna consigna o eslogan que las decorara. Allí no se peleaba, allí iba uno a rendirse y eso es lo que él iba a hacer.

***

## 10
## Arenal, Sevilla

Urbizu no era la persona más sensible del mundo. Prefería dedicar su tiempo a cuestiones concretas y los sentimientos se le antojaban un caldo de cultivo para los poetas. La gente como él vivía en el presente a salvo de la melancolía. Cada uno de sus actos estaban orientados a resolver problemas, no a meditar sobre ellos. Gestionaba las emociones de la misma manera que un grupo de turistas una visita a un museo, en estampida, transitando de la rabia a la indiferencia a toda velocidad, sin que nada de lo que vivía le penetrara realmente. Pero incluso a un velocista como él, la sensiblería le alcanzaba de tanto en tanto y no pudo evitar lamentarse por la recaída de Lucía Gutiérrez. No se le escapaba la gigantesca contradicción que suponía querer deshacerse de ella y al

mismo tiempo experimentar tristeza por su fracaso. Le gustara o no, aquella mujer era lo más cerca que había estado nunca de tener un aliado. Podía fingir muchas cosas, una investigación o hacerla creer que ambos perseguían lo mismo, pero no podía falsear los afectos. No era tan buen actor. Por mucho que hubiera torpedeado los avances del último año, realmente sentía aprecio por ella. Todo era mentira, salvo el apego y la devoción que tenía por aquella cascarrabias.

Hubiera deseado otro final para ambos. Uno en el que cada uno siguiera con su vida, él con sus trapicheos y ella alejada del alcohol y las mafias, sin necesidad de verse diariamente, pero sabiendo que en el caso de que alguno pasara por un mal momento, el otro estaría dispuesto a echarle una mano. Una de esas amistades comunes y corrientes que pasan sin pena ni gloria el resto del año, pero que se escriben escrupulosamente un aburrido wasap todos los uno de enero para felicitarse el año.

Mientras borraba la pizarra y se deshacía de los pocos nombres a los que había dejado tener acceso a Lucía, Urbizu cayó en la cuenta de que tal vez ya no era necesario quitársela de en medio. Ella sola se había borrado del mapa. Tenía problemas más graves de los que ocuparse. Como poco estaría unos meses fuera de combate, tiempo más que suficiente para eliminar cualquier evidencia que la pudiera llevar a él o a los policías y guardias civiles con los que colaboraba. No le costaría mucho convencerla de que aquella situación era demasiado estresante para ella, que necesitaba olvidarse de este asunto y buscarse un trabajo de verdad, algo que le ayudara a afianzar su matrimonio y la mantuviera alejada de la tentación de resolver sus problemas con una botella de ginebra.

Cuanto más vueltas le daba, más claro tenía que aquella recaída le había salvado la vida a su *amiga*. Tan convencido estaba de que

Lucía iba a dejar de ser un inconveniente mientras se desintoxicaba, que empezó a plantearse seriamente detener su ejecución.

Urbizu soltó el borrador y fue a la estantería de las cámaras analógicas en busca de su teléfono desechable para comunicarle a Reyes el cambio de planes.

Toqueteó el fondo y no dio con él, por lo que decidió retirar una a una todas aquellas antiguallas. Había vaciado por completo la balda cuando aceptó que no estaba allí y que Lucía Gutiérrez le había mentido.

Traición era una falta exagerada para describir lo que sintió, después de todo, había sido él quien le había fallado a ella. Chasco o desilusión se aproximaban más a lo que estaba experimentando. La mentira era parte de su oficio y siempre estaba dispuesto a perdonarla. No significaba casi nada. Lo que de verdad le irritaba era haberse mostrado compasivo con quien no lo merecía, haber depositado sus escasas reservas de cariño en un ser tan rastrero como él. Lucía Gutiérrez no era una víctima en esta historia, tan solo alguien con ganas de revancha.

A la velocidad que acostumbraba, pasó de la rabia a la calma y procuró dedicar sus esfuerzos a algo más práctico que los reproches. Lo primero era dejar a Reyes al margen. Antes de involucrarlo debía comprobar hasta qué punto Lucía había dejado de confiar en él.

Ese fue el motivo que le llevó hasta su domicilio en San Julián. Tras varias llamadas al portero electrónico sin que nadie respondiera, llegó a la conclusión de que no había nadie, lo que consideró una oportunidad para registrar la vivienda y descubrir qué sabía realmente.

No le costó mucho esfuerzo entrar en el portal. Esperó a que alguna vecina abriera la puerta y una vez dentro, subió hasta el cuarto piso, donde estudió con detenimiento la situación. Como la

mayor parte de las viviendas del centro, se trataba de una puerta antigua, sin alarma y sin cerradura de seguridad.

Antes de forzarla, comprobó una vez más que no había nadie. Llamó al timbre hasta en cinco ocasiones y luego la golpeó un par de veces con los nudillos.

Nada. Nadie.

Sin miedo a encontrarse sorpresas, entró en la casa. El piso estaba vacío, con las persianas echadas y en silencio, tan solo el ruido del motor del frigorífico le hacía compañía mientras procedía a registrarlo. Aunque en la calle era primavera, en el interior de aquella casa se respiraba ambiente de verano.

En la cocina había platos y vasos sucios metidos descuidadamente en el fregadero. Una mosca planeaba sobre ellos buscando restos de comida, acrecentando la sensación de estar en agosto en lugar de en mayo. A escasos metros, sobre la encimera, sí encontró algo que le llamó la atención, una botella de ginebra. Algo no muy común en la casa de dos exalcohólicos ¿Y si Lucía no le había mentido del todo? ¿Podría haber sufrido de verdad una recaída?

Tras comprobar que estaba sin abrir, continuó con el registro del piso. Los armarios del dormitorio principal y el de Claudia estaban prácticamente sin ropa, lo que indicaba que habían hecho las maletas recientemente. Puede que para ocuparse de ella o puede que para huir de él. Todavía no le quedaba claro.

Abrió cajones, revisó mesitas de noche, cómodas y hasta el mueblecito del cuarto de baño sin encontrar nada que le aclarara el panorama. Harto de no dar con una respuesta convincente, descansó un rato en el sofá del salón y decidió ser más directo.

«Sé que es mal momento, pero me llaman de la tienda para firmar un albarán al de los refrescos. ¿Puedes ir tú? Yo estoy reunido con Martínez.»

Urbizu revisó el mensaje de wasap y se lo envió a Lucía Gutiérrez, que lo leyó de inmediato, pero tardó unos minutos en contestar.

«No voy a salir de casa en unos días. Tengo mucho en lo que pensar.»

Si el exteniente fuera capaz de derramar lágrimas, aquel hubiera sido el mejor momento para estrenarse. La respuesta era la sentencia de muerte de Lucía, algo que merecía una despedida del tipo: «Lo siento», «Te echaré de menos» o «Nada de esto es personal. Eres tú o yo». Sin embargo, siguió fingiendo hasta el final:

«Mucho ánimo, amiga. Cualquier cosa estoy aquí».

Tan pronto como envió el mensaje, tiró el teléfono a la otra punta del sofá. Cualquiera que no lo conociera, hubiera pensado que estaba decepcionado.

***

## 11
## Aeropuerto Adolfo Suárez, Madrid

Los pasillos de la T4 no tenían fin. Para los pasajeros que llevaban en tránsito horas era un suplicio, para gente sin paciencia como Lucía Gutiérrez era aún peor, un infierno hecho a su medida. Atravesaba una pasarela mecánica tras otra con la sensación de que los aviones conectaban ciudades y los aeropuertos las alejaban.

A través de los inmensos ventanales pudo observar esa mancha marrón y amarilla que era Madrid. Había detestado aquella ciudad toda su vida y, de repente, la divisaba a lo lejos con nostalgia. ¿Se podía echar de menos Madrid?, pensó al tiempo que recordaba sus terribles veranos, el tráfico denso a cualquier hora del día, los vagones de metro colapsados de gente en hora punta, los diez euros por un desayuno y los cincuenta por una cena medio decente.

Y, sin embargo, sí, añoraba vivir rodeada de aquella esquizofrenia, de aquella urgencia constante y, sobre todo, de tener que alcanzar una meta concreta: escalar socialmente al puesto que merecía, tener una vivienda mejor, ahorrar para salir de allí en agosto. Madrid era pura cartografía vital, le daba en todo momento la X en el mapa de «usted está aquí». Allí siempre sabía cuál era su lugar y adónde tenía que ir. Algo que desde hacía años no había vuelto a sentir. En esa ciudad tenía un trabajo estable, una familia y un propósito. Ahora, pasados los cincuenta años, fuera de la Guardia Civil, con problemas de alcoholemia y un año echado a perder en busca de una absurda venganza, se daba cuenta de que no tenía nada, de que todas sus redes de seguridad se habían caído y de que ya no había ninguna X en el mapa que le marcara dónde se encontraba. Estaba completamente perdida.

En realidad, no echaba de menos Madrid, sino la mejor versión de ella misma antes de que todo se torciera en Cobo Calleja y tuviera que huir de un sitio a otro: Morón de la frontera, Málaga, Sevilla... Desechaba ciudades como pañuelos de papel, buscando desesperadamente reencontrarse con ella. Pero todo lo que encontraba allí donde se empadronaba era frustración.

Tras quince minutos de dar vueltas por la terminal, por fin encontró la salida y a la persona a la que había ido a buscar.

No la dejó hablar, ni tan siquiera gesticular. Se acercó a ella y la abrazó con todas sus fuerzas, como si dentro de aquel cuerpo estuvieran todas las respuestas que andaba buscando, como si aquella mujer menuda fuera su X en el mapa.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Lucía Gutiérrez? —preguntó María Sánchez sorprendida con la reacción tan afectuosa de la que un día fue su superiora.

—Te echaba de menos —dijo Lucía cuando, en realidad, quería decir que echaba de menos a la persona que solía ser en su compañía años atrás.

—Lo disimulaste bastante bien el día de tu boda. ¿A qué viene ahora todo esto? La llamada de ayer, esta visita, el abrazo. Estoy un poco perdida...

—¡Qué suerte! Yo lo estoy totalmente —sonrió Lucía mientras se desprendía de ella—. Necesito fumar. Ven conmigo y te cuento. Menos para el abrazo, tengo explicaciones de todo.

Las dos mujeres salieron del vestíbulo de llegadas y recibieron una bofetada de calor en el exterior. Era uno de esos días de mayo que pone sobre aviso a los madrileños de lo que vendrá en julio y agosto, un calor tan seco y duro como la meseta sobre la que se asentaba. Nada comparado a la quemazón que sintió Lucía en los pulmones con la primera calada. Quizás no fuera el humo lo que le ardía en las entrañas sino la vergüenza de admitir ante un ser querido que sus largas ausencias del último año, sus constantes «mañana te llamo sin falta» o su escasa atención el día de su boda respondían a los más asquerosos motivos, a una idea simplona de venganza más propia del Conde de Montecristo que de una guardia civil. ¿Cómo se explicaba todo eso sin sentirse idiota? ¿Cómo se le contaba a otra agente que había abandonado la legalidad para desenmascarar ella sola a la mafia china y a la cúpula policial a la que sobornaban sin parecer engreída? ¿De qué forma podía justificar que había terminado ayudando a Reyes a deshacerse de cadáveres como el de Carmen Camacho con tal de aproximarse más a la estructura criminal para la que trabajaba? ¿Existía alguna manera de narrar todo aquello sin que se le cayese la cara de vergüenza? Si existía, ella no la conocía. Así que optó por lo que único que se puede hacer cuando el bochorno nos acorrala: pedir perdón.

—Lo siento, me he metido en algo feo y tú eres la única en la que confío para arreglarlo —dijo finalmente después de apurar el cigarro y toser amargamente.

—¿Has ido al médico? —prefirió dejar de lado la sargento las cuestiones personales y abordar antes de nada aquella tos que tenía tan mal aspecto.

—¿Para qué me diga que tengo que dejar de fumar? Eso ya lo sé yo sin necesidad de estar toda una mañana en el ambulatorio.

Después aplastó la colilla contra la papelera y dio muestras de que no estaba en sus planes hablar más de ese tema.

***

## 12
## Nervión, Sevilla

Tal vez todo lo que había ocurrido dentro de las paredes del Shangri-La fuera una farsa, pero Montoya salió de allí en paz, con la sensación de conocerse un poco mejor y comprendiendo que rechazar a su padre era rechazar a la mitad de sí mismo. Si quería recuperar el equilibrio interno, debía reconciliarse con él.

Aquello, por supuesto, no iba a ser cosa de un día, se trataba de un trauma que le había marcado la infancia y la adolescencia. Hasta donde tenía memoria, su padre se pasaba la mayor parte del tiempo trabajando. O estaba en el colegio, o estaba con ellos corrigiendo exámenes. Pero su cabeza nunca estaba del todo en casa. Tenía más interés en cualquier otro niño o niña que en él. Desconocía por completo cuáles eran sus aficiones, sus dibujos animados favoritos o cuál era su comida preferida. A veces trataba de llamar su atención con alguna trastada. Pintar en las paredes solía ser la más recurrente, algo que ni siquiera era castigado. Cuando su madre le

pedía que le reprendiera, él desistía alegando que un hijo rebelde que desafiaba la autoridad era una muestra de buena educación.

Y como ni el escarmiento ni la atención llegaban, Montoya fue subiendo el nivel de las gamberradas hasta que le expulsaron del instituto. Fue una etapa confusa de la que solo pudo escapar gracias al club de boxeo Avispón. Allí acababan todos los adolescentes de Los Pajaritos cuyas madres no sabían qué hacer con ellos. En el barrio se decía que, si Humberto no les enderezaba, nadie podía hacerlo. Por fortuna para él, la disciplina, el deporte y sobre todo la atención que le dedicaba Salazar lograron cambiar su rumbo. A efectos prácticos, el dueño del Avispón fue la figura paterna que necesitaba.

Montoya estaba a punto de entrar en comisaría cuando sintió la imperiosa necesidad de hablar con su hijo y preguntarle lo que desconocía de su vida, que era casi todo. Más allá de que le gustase el fútbol, le sucedía lo mismo que a su padre. No conocía su comida preferida o la clase de dibujos animados que le gustaban. Dispuesto a resolver en cinco minutos una larga ausencia, llamó a su mujer.

—Pásame a Miguel —le dijo a Lola eufórico, como si una hora de constelaciones familiares le hubieran transformado por completo en una persona mucho mejor.

—Está en natación.

—Ah, es verdad —mintió para no parecer un mal padre, o al menos no tan malo como el suyo—. Oye, sé que he estado unos días un poco raro, ¿os apetece que esta noche vayamos a la feria?

—Le prometí que hoy íbamos a ver al cine la última de *Cómo entrenar a tu dragón*. Ya sabes que esa peli le vuelve loco.

—Sí, es verdad, le encanta —volvió a mentir. Lo último que recordaba haber visto con él era *Pocoyo* y de eso hacía un millón de años.

Montoya se despidió de su mujer y asumió que una simple llamada no iba a cambiar nada, el panorama era mucho más desolador de lo que intuía. Casi tanto como el laboral. En la entrada de comisaría tropezó con Cárcamo y Fernández. Ambos fumaban con cara de satisfacción. Pensó en ignorarles y pasar de largo, pero ni el boxeo ni la visita al Shangri-La habían calmado del todo sus ganas de gresca.

—Es la primera vez que no me gorroneáis tabaco, ¿os han subido el sueldo?

—Mejor, hemos cerrado el caso. La mora no tiene defensa posible —dijo Cárcamo dejando en el ambiente un pesado olor a Ducados y a xenofobia.

—Te ha ido bien sin mis consejos, pero te voy a dar uno gratis. No saques de la ecuación al hijo de Carranza.

—Se ha sacado él solo. Apareció esta mañana muerto en el Alfonso XIII. Suicidio —aclaró Fernández.

—Te voy a dar yo otro. Pulsa fuerte las teclas de la máquina de escribir, que se quedan atascadas —le provocó Cárcamo.

Montoya sonrió. E inmediatamente se revolvió hacia él hecho una furia y levantó el puño. Antes de que impactara en su rostro, frenó el golpe abruptamente cuando el policía ya se estaba preparando para encajar el impacto.

—No mereces la pena —se despidió el inspector finalmente.

—Gitano y cobarde, lo tienes todo, Montoyita —gritó Cárcamo cuando desapareció en los pasillos de comisaría.

Todavía enfurecido, el oficial se sentó frente a la máquina de escribir y pagó su frustración con ella, que se llevó el puñetazo que tenía que ir destinado a la cara del que fuera su compañero.

La Olivetti quedó intacta. Fue poco menos que una caricia para su pesado armazón metálico. Peor suerte tuvo él, al que el impacto le

provocó sangre en los nudillos y una creciente sensación de que era profundamente estúpido.

Mientras se lavaba la mano en el baño, no dejaba de pensar en Rodrigo Carranza y en su triste final. ¿Le había empujado él al suicidio o habían sido los remordimientos? ¿Por qué Martínez tenía tanta urgencia en descartarlo? ¿De verdad lo único que le preocupaba eran las elecciones? Por mucho que trataba de abrir su mente y no dejarse llevar por la intuición, le resultaba imposible entender los motivos de una temporera de la fresa para asesinar a una mujer con la que no tenía ninguna relación.

La sangre dejó de brotar de sus dedos y cerró el grifo del agua. Para Montoya lo único que guardaba coherencia era que la cita entre Rodrigo Carranza y Carmen Camacho no saliera como ellos esperaban y que ella terminara muerta por razones que no tenía del todo claras. Algo ocurrió esa madrugada en Ayamonte que el joven no quería confesar.

Fue entonces cuando tuvo un pálpito y salió a toda prisa del baño.

—Registro de la Propiedad, ¿en qué puedo ayudarle? —le preguntó una mujer al otro lado de la línea telefónica.

—Inspector Montoya, Policía Nacional. Estoy investigando un homicidio y necesito que me facilite el listado de propiedades a nombre de Rodrigo y Jesús Carranza.

***

## 13
## Espartinas, Sevilla

—¿Té, café, o prefieres pasar directamente al *whisky*? —bromeó Reyes para añadir en seguida—. Estamos a punto de salir de un agujero, así que piensa bien con qué quieres celebrarlo.

Martínez consultó el reloj. No eran ni las doce y lo único que había desayunado era media pastilla de bromazepam. Los últimos días había convertido las benzodiacepinas en una especie de zumo de naranja con el que arrancar las mañanas con fuerzas, o al menos no tan desanimado como para dar lástima a los demás. Antes de eso había probado con tilas y pastillas de herbolario, pero nada de aquello silenciaba la ruidosa voz que le gritaba en el interior de su cabeza que era un inútil incapaz de empalmarse o de mantener a salvo a su familia. Así que, aunque le tentaba la idea de apretarse un *whisky* de buena mañana y olvidarse por un rato de lo injusta que había sido la vida con él, se dio una tregua y eligió aparentar ser una persona normal y no un despojo.

—Un café está bien —afirmó dejando entrever una tímida sonrisa.

—Ni para ti, ni para mí, un carajillo y salimos ganando los dos —zanjó el brigada la discusión.

Reyes se fue a la cocina de la hacienda, que había adecentado para poder pasar unos días allí, y dejó al comisario a solas con Urbizu.

—La chica insiste en declararse inocente de la muerte de Carmen Camacho —señaló nervioso Martínez.

—¿Y eso es un problema?

—No lo sería con otra abogada, pero ha conseguido que la defienda una tocapelotas. Es posible que detecte irregularidades en el proceso.

—¿Cómo qué?

—Como lo de plantar un arma en la chabola de esa desgraciada. Bomberos, Policía Local y Guardia Civil estuvieron antes y no recogieron nada de eso en sus atestados.

—Seguro que encuentras una solución. No me gustaría que volvieras a pasar por una situación como esta —le amenazó de

buenas maneras Urbizu, que ya no escondía aquella rara habilidad de empatizar con todos aquellos a los que extorsionaba.

Reyes volvió al salón con tres vasos de tubo de plástico llenos hasta el borde de *whisky* barato.

—No había café —se justificó al mismo tiempo que repartía las bebidas—. ¡Por la amistad! —dijo alzando su vaso.

Martínez decidió no seguirle el juego. Con aquella gente no convenía ser sumiso. Si te consideraban dócil, no había forma de quitárselos de en medio. De ahí que de vez en cuando tratara de ser molesto. El disparo en el hombro al brigada días atrás no fue casualidad. Martínez tenía claro que la única forma de maquillar una mala reputación era crearse otra peor.

—Quiero ver a mi familia. He hecho todo lo que pedisteis.

—¿Vas a despreciarme una copa? No te conviene desafiarme.

—Déjale —le pidió Urbizu—. Tiene cosas más importantes de las que ocuparse.

El comisario salió a toda velocidad del edificio en busca de su mujer y su hija. Urbizu le observó divertido, como un niño mira a una hormiga antes de aplastarla, y después le dio un trago al *whisky*.

—Lucía Gutiérrez ha desaparecido con uno de mis teléfonos. Puede que también se haya llevado información comprometida —compartió sus inquietudes con el brigada cuando se quedaron a solas.

—¿Y qué quieres que haga?

—Que la encuentres... y te la quites de en medio.

—Es la segunda vez que me lo pides. No va a haber una tercera. ¿Lo tienes claro?

—Sí —dijo con un leve temblor de voz aquella suerte de sicario sentimental en el que se había convertido.

***

## 14
## Aeropuerto Adolfo Suárez, Madrid

—Será mejor que no te expongas con más llamadas. Ya hablaremos cuando todo se haya resuelto. Si se resuelve... —dijo Juan antes de colgar, intuyendo que cabía la posibilidad de que no hubiera un *después* para ellos.

Su marido tenía una rara habilidad para elegir las peores palabras posibles antes de despedirse. Aunque también era probable que no hubiera una manera adecuada de hacerlo. Resultaba más fácil despedirse de alguien que estaba muerto. El castellano había diseñado un amplio abanico de fórmulas protocolarias que siempre eran bien recibidas por los familiares de la víctima: «Siento su pérdida». «Hay que seguir adelante.» «Es ley de vida.» Una serie de frases hechas que resultaban eficaces tanto para el que las ejecutaba como para el que las recibía. Pero, ¿cuál era la mejor manera de despedir a alguien que estaba casi muerta, que en el mejor de los casos terminaría en la cárcel y en el peor con una bala en la cabeza? ¿Qué se debía decir? ¿Desearle suerte al otro para que encontrara una nueva pareja cuanto antes? ¿Advertirle de que nunca iba a encontrar a alguien como ella? ¿Pedir una última oportunidad? ¿Qué le esperara después de haberle fallado? Había tantas opciones y todas tan malas que resultaba imposible saber qué decir en un momento así.

—Pase lo que pase, quiero que sepas que eres de lo único de lo que no me arrepiento en esta vida —quiso contestar Lucía antes de que la comunicación se cortara, tratando de prolongar aquella conversación que languidecía a la misma velocidad que su

matrimonio. Pero en lugar de eso, optó por un perfil bajo, una concatenación de palabras que no mostraran del todo su debilidad—. Cuidaos. —usó el plural para incluir a Claudia y eludir de todas las maneras posible la idea de pareja y los peligros que le acechaban.

Esperó unos segundos antes de colgar, escuchando la respiración de Juan, como si necesitara estar conectada a ese aire turbio y lejano para seguir con vida. Ni ella misma era capaz de entender por qué se esforzaba tanto en exprimir las últimas migajas de lo que fue una mesa opulenta, por qué se arrastraba por un simple intercambio de obviedades, por qué tanto miedo a poner punto final a un diálogo cruzado que sería capaz de reproducir una inteligencia artificial no demasiado sofisticada.

Aunque no sabía a ciencia cierta a qué se debía ese comportamiento mezquino, lo sospechaba. Intuía que una vez que la llamada acabara y dejara de escuchar su respiración, solo quedaría silencio.

—Cuídate tú también. —Colgó finalmente Juan.

Lucía Gutiérrez miró la pantalla del móvil de la misma manera que si fuera una máquina de respiración asistida que se apaga y haciendo de tripas corazón, regresó al coche de María Sánchez estacionado en el parking del aeropuerto.

—Todo en orden —mintió. Se mintió. Tragó saliva y se sentó, cruzando los dedos para no romperse.

—¿Qué es todo esto, Lucía? —le preguntó la guardia civil sin dejar de mirar el interior de la carpeta que le había entregado antes de que se excusara para avisar a su marido de que había llegado bien.

La exteniente se agarró con la mano derecha al apoyabrazos del vehículo. Lo hizo con fuerza, buscando encontrar un punto de apoyo que evitara su definitivo hundimiento. Aunque pareciera estar

sentada, en realidad, continuaba en caída libre desde que se «despidió» de Juan.

—¿No está claro? Eso es mi puto orgullo. Me he creído más lista que todos y he terminado siendo la más gilipollas.

María la miró de forma severa. Hablar de orgullo era un mastodóntico eufemismo para no pronunciar la palabra delito. No obstante, conocía de sobra la capacidad de aquella mujer para el autosabotaje y le dio más tiempo para explicarse.

—He estado un año en las cloacas, María. Colaborando mano a mano con Urbizu en encubrir delitos para desmantelar la red china que nos expulsó del Cuerpo. Hemos hecho cosas de las que me abochorno profundamente... —dijo señalando una de las fotografías de Carmen Camacho embadurnada de sangre que estaban en la carpeta que la agente Sánchez sostenía en su regazo.

Lucía se agarró con más brío a la puerta del coche. Cada palabra que pronunciaba era un nuevo salto al vacío que dejaba al desnudo todas sus vergüenzas.

—Estaba convencida de que era la única manera de hacer justicia... Pero, en realidad, solo estaba siendo vengativa. Me conoces de sobra, no hace falta que te explique lo rencorosa que puedo llegar a ser. Solo que esta vez... he ido demasiado lejos.

A medida que confesaba sus más oscuros secretos, María Sánchez iba pasando una a una con la mano fotos y fotos de cadáveres de mujeres y hombres que habían sido arrojados al mar o enterrados en cunetas.

—No puedo ayudarte. Esto... esto no es como quitarte una multa de tráfico —dijo finalmente la agente cerrando de mala gana la carpeta, horrorizada con aquella galería macabra.

—Escúchame bien, no he acudido a ti para que me ayudes a taparlo. —Soltó su mano derecha del apoyabrazos para agarrar por

el hombro a la que fuera su compañera. Después de todo, si iba a caer, prefería el contacto humano—. Quiero hacer las cosas bien y levantar las alfombras, aunque eso me lleve a mí también por delante.

—¿Y qué pinto yo en todo esto? Hace años que apenas sé nada de ti y ahora me vienes con esta puta carpeta ¿Te has parado a pensar en lo injusto que es? ¿No podías simplemente ser una persona normal y corriente y venir de visita? ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué tienes que arrasar con todo lo que se te pone por delante?

Lucía Gutiérrez no tenía una respuesta. Tan solo podía darle la razón. Le gustara o no la idea, era exactamente igual que el alquitrán de sus adorados cigarrillos, allá por donde pasaba resultaba ser nociva para los demás. Con su hija, con su marido y hasta con una amiga. No tenía ningún límite. Empezaba a valorar que al igual que las cajetillas de tabaco ella también debía llevar pegada en la frente una advertencia a los demás: «Tratar con esta mujer perjudica seriamente la salud».

A pesar de que le apetecía embarrarse en el charco de la autocomplacencia, decidió que no era el momento. Ya no podía caer más abajo, ya no tenía que disimular o disfrazar nada más. Ya no valía la pena agarrarse a ningún apoyabrazos. Había tocado fondo y estaba completamente quebrada.

Ahora tocaba levantarse.

—Eres la única en la que confío —dijo con la voz temblorosa—. Hay gente importante implicada en todo este asunto: políticos, empresarios, jueces y, sobre todo, policías. Personas que no van a dejar que esto trascienda y van a hacer todo lo posible por acabar conmigo. El primero, Urbizu.

—Creía que erais amigos.

—Yo también lo creía. Pero solo ha jugado conmigo todo este tiempo. Sospecho que es el que maneja los hilos. Ayer descubrí esto —dijo Lucía sacando de su bolsillo el teléfono de Urbizu—. Lo utiliza para comunicarse con Reyes y otros policías.

—Necesito fumar —indicó María Sánchez, superada después de leer varios mensajes.

—¿Desde cuándo fumas?

—Desde que te has convertido en una asesina a sueldo.

La agente le dio la mano a Lucía Gutiérrez y esta sonrió. Fue un gesto breve, pero lo suficientemente cariñoso para que se diera cuenta de que no la iba a dejar tirada.

***

## 15
## Nervión, Sevilla

Bruna Pinheiro se quedó dormida esperando a que Inés Redondo, su abogada, terminara de hablar con Sabali. Habían sido días muy intensos y el cansancio le terminó pasando factura.

Estuvo amodorrada en una silla de plástico hasta que el sonido de la sirena de un coche de policía la desveló. Fuera la hora que fuera, cuando despertaba seguía una estricta rutina: tomarse un café mientras veía vídeos de YouTube de antiguos programas suyos.

Tras conseguir un cortado en la máquina de *vending* de la comisaria, eligió para terminar de espabilarse una entrevista que le hizo al presidente de la República en el Palacio Nacional de Belém en el año 2006, justo cuando este estaba a punto de dimitir.

«Épica.»

«Legendaria.»

«Puro éxtasis.»

No lo decía ella, eran los comentarios que añadían los fans al vídeo. Y Bruna estaba de acuerdo con ellos. Fue espectacular. De esas raras veces en las que el entrevistado entraba en su juego y se producía la magia. Incluso terminaron cantando un fado de Amália Rodrigues que al público le entusiasmó y que, todavía hoy, seguía apareciendo en los *reels* de Instagram como uno de los más populares del país.

Verse a sí misma disfrutar en el pasado era como consumir heroína de una forma legal. Bruna tenía claro que la nostalgia era la droga más dura que existía y que por alguna extraña razón, sí estaba permitido traficar con ella. Aquellos vídeos de YouTube la dejaban igual de aturdida que un chute. Más que a la fama, a lo que de verdad estaba enganchada era al pasado. A esa vida que cada vez quedaba más lejos y que, por momentos, parecía que solo hubiera existido en su cabeza. Contemplar la gloria en esos antiguos programas le ayudaba a confirmar que no fue un sueño, que todo aquello ocurrió de verdad.

La gente la quería.

Y ella también se quería.

Aquello fue real. Y como lo fue, podía seguir estirando el chicle y justificando que a día de hoy siguiera comportándose como una idiota.

Porque *antes* fue Dios. Fue esa persona que reunió a tres millones de personas frente al televisor suplicándole que no se fuera y cantara una canción más con el presidente.

Fue ese objeto de deseo al que acorralaban en la calle pidiendo que les regalara una foto dedicada, una mirada, un segundo. Fue una respuesta a la insatisfacción. A la frustración. Al descontento de una generación de mujeres. Un respiro. Un pasaporte de cuatro horas a un lugar mejor lejos de matrimonios tediosos, comida de

oferta y manos que olían a lejía. *Ahora* podía permitirse el lujo de ser una imbécil porque *antes* fue una válvula de escape.

Lamentablemente el efecto de la nostalgia era más breve que el de la heroína, apenas duraba unos segundos. Con miedo de volver a caer en las garras del presente, Bruna puso la vista de nuevo en el vídeo de YouTube. El presidente terminó de cantar pidiendo un aplauso para ella. Y Bruna hizo lo mismo, pidió otro aplauso para ella. El equipo técnico se rio a carcajadas. La gente la quería. La adoraba. Era el Dios impertinente que buscaban. Un soplo de autenticidad en una habitación viciada por lo políticamente correcto. Un ídolo imperfecto, pero igualmente inmortal.

Después de esa entrevista no había nadie en Portugal que no estuviera sediento por agradarla. Por devolverle el favor de elevar sus tristes vidas. En aquel momento podría haber dicho en pleno directo que odiaba la *ginjinha* y su repugnante sabor ácido y la hubieran seguido amando. Podría haberles obligado a conquistar un país para ella. A volver a colonizar Macao y Timor Oriental. Podría haberles pedido hasta que le trajeran la cabeza de Cristiano Ronaldo en una bandeja de plata. O al menos la de Luis Figo. Podría haberles pedido cualquier cosa y ellos hubieran obedecido.

Bruna detuvo el vídeo justo en el momento en el que el presidente le aplaudía a ella, que era, poco más o menos, lo mismo que si todo Portugal le aplaudiera, y fantaseó con la posibilidad de construirse una casa en aquel fotograma. Mataría por despertar todos los días en ese momento concreto, en ese instante de felicidad, en esa hermosa cripta funeraria en la que la municipalidad de Lisboa pudiera honrarla con una placa que acreditara su paso por allí: «En este *frame* vivió la reina de las mañanas, Bruna Pinheiro».

—Le acusan de doble asesinato. —Inés Redondo la devolvió al presente muy a su pesar.

La presentadora se guardó el móvil avergonzada y le hizo hueco a su lado para que la pusiera al día.

—Ella lo niega, al menos el de Carmen Camacho. Según su versión, en el momento en que prendió fuego a la chabola solo estaba Joaquín Hernández.

—Es lo mismo que me contó a mí. ¿La crees?

—Tengo mis dudas. En la escena del crimen encontraron el arma homicida con la que pudieron asesinar a la joven. Unas tijeras de podar que pertenecían a Sabali con restos de sangre de Carmen Camacho —dijo la abogada mostrándole el informe policial—. Lo tiene todo en contra, aunque pueda demostrar que es circunstancial, la presión pública va a ser definitiva. Inmigrante y con antecedentes penales, un combo complicado en estos tiempos.

—¿Tiene antecedentes?

—En Tánger. Parece que no nos había contado toda la verdad.

La reina de las mañanas le arrancó el informe policial de las manos y se quedó un buen rato mirando la fotografía de la podadora. Además de un ego desmedido, Bruna tenía buena memoria. En principio la utilizaba para recordar fechas claves en su vida tales como récords de audiencia, premios y homenajes, pero de vez cuando también la empleaba para algo útil.

—No es el mismo informe que tengo yo. —Le mostró a la abogada pantallazos del atestado de la Policía Nacional.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunto la penalista sin dejar de mirar la pantalla.

—Una periodista nunca revela sus fuentes.

Inés Redondo suspiró y siguió leyendo. No soportaba a los juntaletras, pero puede que aquella diva venida a menos le hubiera dado algo valioso.

—No es la única anomalía. El informe actual está firmado por un tal Cárcamo. Sin embargo, la investigación de Carmen Camacho la inició el inspector Marcos Montoya. Si quieres ayudar a esa chica, vas a tener que decirme de dónde lo has sacado.

—Quiero ayudarla, pero a mí manera. ¿Qué está haciendo ahora?

—Esperando a la Policía Judicial. La van a trasladar a prisión. El juez ha ordenado preventiva.

—¿Cuándo?

—En una hora.

—Entonces tenemos tiempo.

—¿Para qué?

—Para influir en la opinión pública. Ayúdame y te cuento todo lo que sé —dijo entusiasmada, como si, además de pasado, tuviera futuro.

***

## 16
## Santa Justa, Sevilla

Reyes salió del coche sin quitarse las gafas de sol, con esa actitud chulesca que tantas conquistas le había propiciado a lo largo de su vida. Llevaba un bidón de color rojo en la mano derecha y otro de color negro en la izquierda.

—¿Qué te pongo? —preguntó el encargado de la estación de servicio, tan cansado de estar trabajando como de permanecer en el mundo un día más.

—95 sin plomo —dijo sin quitarse las gafas.

El empleado de la gasolinera puso mala cara y emitió algo parecido un gruñido, dejando claro que había algo que le había molestado.

—¿Hay algún problema? —preguntó el brigada pensando que no quería rellenarle los bidones.

—¿Te puedo hacer una recomendación? No te lleves esa. Yo se la ponía a mi coche y me jodió el motor en menos de cinco años. Mira —dijo señalando el surtidor—. Llévate la *effitec plus*. Es la Rafa Nadal de los combustibles. Te da hasta la última gota.

—No es para el coche —se defendió el guardia civil.

—¿Y para qué es?

—Para quemar un local de unos cien metros cuadrados. Más o menos...

El empleado no supo cómo encajar la confesión hasta que vio reírse a Reyes y entendió que era una broma.

—¡Joder, me la he comido enterita!

Reyes sabía ganarse a la gente. Tenía ese don innato de caer bien a los demás en poco tiempo. Cuando su luz te iluminaba, resultaba casi imposible resistirse a su poder de atracción. Lo que se tardaba en aprender era que aquel fulgor no se asemejaba a un faro en la tormenta sino a una lámpara antimosquitos. Su luz te llevaba a la muerte.

Tras juguetear con aquel hombrecillo como lo haría un gato con una araña, se despidió de él, abrió el maletero del coche y depositó allí las garrafas llenas.

—¿Era necesario el numerito? —le preguntó Urbizu enfadado cuando arrancó.

—Relájate, Gallo, empiezas a parecer una suegra. Deberías probar yoga, a mí me ha cambiado la vida.

—¿Haces yoga?

—¿Por qué te sorprende tanto?

—No te ofendas, pero has tenido secuestrada a la mujer y a la hija de Martínez hasta hace cinco minutos. Es como si me dijeras que un

miembro de Al Qaeda hace *aquagym* después de provocar un atentado.

—Más a mi favor. El yoga me ayuda a soportarme ¿Qué haces tú para olvidar que eres un hijo de puta?

El vehículo cruzó la avenida Buhaira en silencio. Urbizu no tenía una respuesta. Lo único que hacía para tolerarse era no dormir. Hacía dos años que no pegaba ojo. Los remordimientos no le dejaban descansar. Tenía una voz dentro del cerebro que no paraba de gritarle que era una mala persona. Lo había intentado todo para que le entrara sueño. Se pasaba las noches cambiando los muebles de sitio. Al principio le preocupaba despertar al vecino, luego se enteró de que era testigo de Jehová y ya no le agobió tanto. También leía. Mayo acababa de empezar y ya había acabado *Los Episodios Nacionales*, los cuarenta y seis volúmenes. Pero todo resultaba inútil. En algún punto de la madrugada siempre recordaba algunas de las caras que acababa de enterrar en una cuneta.

—¿Conoces algún sitio en Sevilla que me puedas recomendar? —reculó finalmente, consciente de que no perdía nada por probar.

—No, pero puedo preguntar en mi grupo de wasap.

—Te lo agradecería.

—¿Cuál es tu rollo?

—¿A qué te refieres? —preguntó Urbizu totalmente desorientado.

—¿Qué tipo de yoga te gusta más? ¿Físico o pasivo?

—No sabría decir...

—Con eso ya me lo has dicho todo. Salta a la vista que a ti te va lo tranquilo. A lo mejor me equivoco, pero diría que lo tuyo es el yoga restaurativo.

—¿En qué consiste?

—Es una forma muy suave de yoga que combina la relajación física y la mental.

—Suena bien.

—Te aviso que esto engancha. Se empieza así y se termina haciendo retiros en Cuenca.

Reyes estacionó el vehículo frente a la tienda de suvenires de Arenal y cambiaron por completo el ánimo.

—Tenemos cinco minutos —advirtió Urbizu colocándose un pasamontañas en la cabeza.

—De sobra —le imitó el brigada, que salió del coche ya con el rostro cubierto.

Mientras Urbizu subía la persiana del negocio que les había servido de tapadera hasta entonces, el brigada tomó los bidones de gasolina del maletero. Una vez dentro, se repartieron las garrafas y las fueron vaciando por todo el recinto, especialmente en las zonas donde había información comprometida.

Cuando Urbizu estaba a punto de prenderlo todo con una cerilla, algo distrajo a Reyes.

—Novedades —señaló el brigada haciéndose el interesante.

—¿Del grupo de yoga?

—Mejor, de Lucía Gutiérrez. La han visto en Barajas. La hija de puta está en Madrid.

—Va a denunciarnos —dijo el padrino de su boda tras tirar la cerilla al suelo y que el local empezara a arder.

***

## 17
## Nervión, Sevilla

A Marcos Montoya se le aceleró el corazón mientras anotaba una dirección en un folio en blanco. Puede que se le diera mal ser padre, pero no policía. Poseía algo que se tenía de nacimiento o no se podía aprender, intuición.

—Muchas gracias, ha sido muy amable —dijo después de soltar el bolígrafo.

Como sospechaba, la familia Carranza contaba con una segunda residencia en Ayamonte, concretamente en Isla Canela, un chalet situado en el paseo de los Gavilanes al que el inspector quería echarle un ojo en Google y trazar distancias.

Lamentablemente, su Olivetti no contaba con acceso a internet, así que decidió esperar a que una de las policías que compartía con él plaza en el gulag del pasillo se fuera al baño para tomar prestado su ordenador.

Montoya tecleó en el buscador «Paseo de las Gavilanes, 4» e inmediatamente apareció su localización en el mapa.

La casa estaba situada en primera línea de playa, frente a un par de chiringuitos. Tenía un amplio jardín y a primera vista parecía el tipo de sitio al que te llevarías a una cita de Tinder.

Según le había contado la hermana de Carmen Camacho, el encuentro entre ambos tuvo lugar a las nueve de la noche en la plaza de la Laguna, muy próxima a la desembocadura del río Guadiana y a la zona de bares de Ayamonte. Desde allí al chalet de la familia Carranza había una distancia de siete kilómetros y medio, algo que en coche no suponía más de un cuarto de hora.

De momento, las cifras le daban la razón para suponer que ambos pasaron la noche juntos en el chalet del paseo de los Gavilanes. Pero algo ocurrió allí que terminó con la muerte de la joven. ¿Una discusión? ¿Un intento de violación? No lo sabía, pero estaba casi seguro de que Carmen Camacho salió ya cadáver de esa casa.

De aquella vivienda a la chabola de Sabali en el cementerio de Lepe había veintiséis kilómetros, o lo que era lo mismo, menos de media hora de coche. Aunque no era lo habitual, resultaba más que posible que el incendio en el poblado le sirviera al hijo del candidato para deshacerse del cadáver sin dejar huellas y sin posibilidad de que se le pudiera hacer una autopsia. Era una hipótesis que exigía que Rodrigo, o quien le ayudase, tuviera acceso a ese tipo de información. Alguien que consideró que era mejor llevarla hasta allí e involucrar a terceras personas en lugar de enterrarla en un descampado o tirar el cuerpo en el mar. Un tipo de criminal con oficio y sangre fría capaz de tomar decisiones difíciles en momentos calientes. Perfil que no casaba exactamente con el carácter de Rodrigo, pero sí con el de su padre, conocido en Sevilla por echar siempre una mano a los amigos que tenían problemas con la justicia. Era un secreto a voces que en la agenda de Jesús del Gran Poder había más delincuentes que políticos. Se decía de él que tenía contactos hasta en el infierno y aquello parecía llevar la firma del mismísimo diablo.

Mientras seguía trazando distancias que le permitieran validar su teoría, el ajetreo y el vaivén de policías en la sala contigua, le distrajo. No sabía de qué se trataba, pero cada vez congregaba a más agentes.

Vencido por la curiosidad, Montoya cerró todas las ventanas que había dejado abiertas en el ordenador de su compañera y fue a ver qué ocurría.

Un grupo de no menos treinta personas estaban arremolinadas frente al televisor. El presentador de informativos pedía disculpas a los espectadores por la interrupción de la programación, pero lo justificaba en el alcance informativo de la noticia: la sospechosa del doble asesinato de Lepe, Sabali Idrissi, había sido entrevistada en

exclusiva por la conocida periodista portuguesa, Bruna Pinheiro, momentos antes de entrar en prisión.

—¿Qué está pasando? —le preguntó el inspector a uno de los agentes tratando de acercarse al televisor.

—Que se ha liado, la hija de puta acaba de denunciar abusos sexuales en los campos de fresa de Lepe. Dando nombre y apellidos.

Montoya alzó la vista y vio cómo en la pantalla aparecía la temporera llorando mientras la periodista portuguesa la tomaba de las manos para consolarla.

—Sé que es duro, pero tienes derecho a contar tu versión y que la gente conozca mejor tu historia. ¿Cuándo comenzaron las agresiones?

—Casi desde que llegué. Era eso o morirme de hambre. Me engañaron. Me dijeron que habría casa y trabajo para mí. Pero no había nada. Me dijeron que, si era cariñosa con los capataces, no tendría que preocuparme de nada.

—¿Y lo hiciste? ¿Fuiste cariñosa con ellos?

—No. Me obligaron. Me amenazaron con decirle a mi familia que era una prostituta. Tenía miedo. Y hambre...

Cárcamo entró en la sala visiblemente alterado y apagó el televisor de inmediato.

—El que haya permitido esto, se le va a caer el pelo. ¡Todo el mundo a trabajar! —gritó para que los agentes se dispersaran y volvieran a su puesto de trabajo.

Todos menos Montoya, que se quedó allí retándole con la mirada.

***

## 18
## El Palo, Málaga

Juan estuvo toda la mañana, encerrado en la cocina. La excusa era preparar algo que compensara todo aquel viaje precipitado a casa de sus padres en Málaga. Aunque la verdadera razón era que necesitaba estar a solas y pensar en todo lo que estaba ocurriendo con su matrimonio. Empezaba a tener serias dudas de que su historia pudiera funcionar. Había conocido a demasiados alcohólicos como para ignorar que no se puede querer a quien no se quiere a sí mismo. Y Lucía apenas se toleraba cinco minutos al día. Su espectro destructivo abarcaba un vasto territorio que iba desde la amenaza constante de una recaída a misiones suicidas como querer acabar con la mafia china ella sola. En aquella relación todo eran arenas movedizas. No había ningún aspecto en la vida de su mujer que no fuera delicado. Como madre, como viuda, como amante, como amiga, como trabajadora... Se dejaba la piel a jirones en cada una de las relaciones que mantenía. No entendía de matices. Con ella todo era blanco o negro, no dejaba espacio para los grises. Se estaba con ella o contra ella y eso terminaba agotando a cualquiera. Incluso a él.

Juan apagó el fuego de la hornilla y sirvió el puchero en cuatro platos de la vajilla que le regalaron sus padres en la boda y que ella rechazó categóricamente por algún motivo que ahora no recordaba. Allí donde miraba, ella había dejado alguna cicatriz.

—La comida ya está —anunció con la voz más apagada de lo que le hubiera gustado.

Ni Claudia ni los abuelos contestaron. Los tres parecían concentrados en el televisor.

—He dicho que la comida ya está —salió finalmente de la cocina enfadado.

—Tengo que volver a Sevilla —dijo Claudia señalando el plasma, donde se podía ver a Sabali confesar todos y cada uno de los abusos

que había sufrido como jornalera en Lepe.

El marido de Lucía miró la pantalla. El testimonio de la joven era realmente escalofriante. Entre lágrimas narraba cómo los capataces la violaron sistemáticamente desde su llegada a la finca, entre ellos Joaquín Hernández, del que la temporera defendía que su asesinato fue en defensa propia.

—No, tenemos que quedarnos aquí. Ya lo sabes. Órdenes de tu madre.

—¿Crees de verdad que ella sabe lo que es mejor para nosotros? ¿En serio? Piénsalo bien, ni siquiera sabe lo que es mejor para ella.

Juan torció el gesto. Claudia tenía toda la razón, pero no quería quedar desautorizado ante sus padres. A pesar de que tenía cincuenta y cinco años, todavía se sentía juzgado por ellos.

—Es peligroso —insistió—. Espera al menos que tengamos noticias de ella.

—¿Aceptas un consejo? No vivas pendiente de mi madre o te arrasará —dijo levantándose del sofá, camino de su habitación para coger la maleta—. Eres buen tío, Juan. Pero tienes que empezar a tomar tus propias decisiones. Me he mudado tres veces de ciudad en los últimos cinco años. He tenido que cambiar de colegios, amigas y dejar a parejas para seguirla a ella. Me cansé. Vuelvo a Sevilla. Llevo seis meses trabajando en una demanda colectiva de estas mujeres contra las agresiones y abusos en los campos de fresa y no voy a dejar escapar la ocasión por otro brote justiciero de mi madre.

Claudia desapareció dejando a Juan con un mar de dudas y alguna certeza. Y como siempre que un adulto estaba a punto de colapsar, fingió que no pasaba absolutamente nada.

—Espero que tengáis hambre, he hecho puchero para un regimiento —le dijo a sus padres que le miraban atónitos.

Con aquella excusa volvió a la cocina a por los platos y en el camino tomó una primera decisión, quitarse la alianza hasta que aclarara sus sentimientos.

***

## 19
## Barajas, Madrid

El coche se paró frente a un bar de aspecto humilde en el que había más denuncias por salmonelosis que gente sentada en la terraza. De hecho, hasta al propio dueño de Los Claveles le causó extrañeza que alguien bajara de un automóvil para ir a su establecimiento.

—En media hora estaré de vuelta —se despidió María de Lucía Gutiérrez.

—Más te vale. Si no me mata Urbizu, lo hará este sitio.

La sargento sonrió, no tanto por la broma sino por la forma evidente que tenía aquella mujer de disimular el miedo, de poner constantemente un escudo con el que esconder la fragilidad en la que vivía envuelta.

—Será mejor que tires el móvil y pagues en efectivo. En algún momento, Urbizu va a tratar de rastrearte.

—Dalo por hecho —respondió Lucía, cuando lo que verdaderamente quiso decir fue: «¿Y Juan? ¿Cómo me comunico con él? ¿Cómo voy a salvar mi matrimonio si ni tan siquiera puedo hablarle y confesarle que le echo de menos y que voy a cambiar? ¿Cómo le digo todas esas cosas que se dicen cuando una relación está a punto de fenecer? ¿Cómo me miento a mí misma haciendo todo tipo de promesas que voy a ser incapaz de cumplir con tal de mantener con vida cinco minutos más esta ficción de que nos

amamos y estamos hechos el uno para el otro? ¿Cómo me pides que le retire los cuidados paliativos a este enfermo terminal?».

En lugar de todo eso, añadió un sincero y discreto:

—Gracias por todo, María.

Sánchez se despidió de la que fuera su mentora y avanzó por la avenida central en dirección a la sede de la UCO. No tenía claro lo que sentía por aquella mujer. Probablemente, algo que basculaba entre la pena y la ternura. A pesar de todo lo que se esforzaba en parecer autosuficiente, Lucía Gutiérrez necesitaba ayuda constante para salir adelante.

Atravesó un sinfín de hangares y naves industriales que vivían del aeropuerto hasta que alcanzó la fachada principal de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil. No llegó a entrar a las dependencias de Salinas del Rosío. Se trataba de un asunto delicado que convenía no quedara registrado en ningún sitio. Así que estacionó en uno de los muchos descampados que había en los alrededores e hizo una llamada perdida.

Al cabo se aproximó una mujer vestida de negro y con el pelo recogido en una coleta tirante.

—No puedo quedarme mucho —dijo Elisa Muñoz, teniente en el Grupo de Equipos contra el Crimen Organizado.

La había conocido tiempo atrás en un operativo contra la mafia rusa en el que colaboró el Departamento de Cibercrímenes, del que la agente Sánchez era miembro. No se podía decir que fueran amigas, pero se tenían aprecio, lo cual ya era bastante en una ciudad donde lo que se estimulaba era la competitividad.

—¿De qué se trata? —preguntó Muñoz bajando el volumen de la radio.

—Mafias chinas, ¿te interesa?

—Depende de lo que tengas.

—Una confidente. Tiene nombres, pruebas y un listado de agentes corruptos que trabajan para ellos.

—¿Algo que pueda ver?

—Primero quiero garantías.

—¿De qué tipo?

—Si esta persona habla contigo y te muestra la documentación que tiene, su vida va a estar en peligro. De hecho, ya lo está. Necesita protección.

—Antes de prometerte nada, tengo que charlar con ella y ver de qué se trata.

—Yo he visto todo lo que tiene —se arriesgó más de la cuenta María—.¿Te vale con mi palabra?

—No. Lo siento, las cosas son así. Antes del sexo, me gusta tener una cena romántica.

—Lo hablaré con ella.

—Necesito una respuesta hoy. Hay más colaboradores pendientes de lo mismo. Pero al menos ellos sí han dado la cara.

Elisa Muñoz se bajó del coche dejando en el interior cierta aroma de pesimismo.

***

## 20
## Alfalfa, Sevilla

Después de la segunda raya, Jesús Carranza se encontraba mucho mejor. O al menos no tenía el corazón congelado y esa sensación de ahogo que le había dejado ver el rostro frío y sin vida de su hijo. La mayoría de las veces la cocaína le ayudaba a concentrarse, a sacar lo mejor de sí, pero aquella tarde el efecto fue como el de un desfibrilador, un choque eléctrico que reanimó su ritmo cardíaco.

Desde que reconoció su cadáver en el Instituto de Medicina Legal, el candidato se había refugiado en el piso que Rodrigo tenía en la Alfalfa. Lo hizo convencido de que al estar rodeado de sus cosas tendría la oportunidad de despedirse de él. Sin embargo, tan pronto como abrió la puerta, supo que las cosas no serían tan fáciles.

El primer mal trago lo tuvo frente a las estanterías. Jesús contempló uno a uno los libros del hijo y en lugar de notar su presencia en ellos, advirtió su ausencia. De la misma forma que Rodrigo había muerto hacía escasas horas, las hojas de aquellas novelas murieron con él. No tenían brillo. Estaban apagadas. Desdibujadas. Si aquellas cubiertas no estaban sostenidas en las manos de Rodrigo, nada tenía vida. Algunas de ellas todavía tenían la faja puesta, atestiguando que ni siquiera habían sido leídas, que a su hijo le faltó tiempo, lo que sumió al político en una profunda melancolía, en esa cosa que sabe como el agua cuando lo que deseas beber es *whisky*. No resultaba del todo desagradable, pero no era lo que esperaba de aquella tarde. Había una falta total de correspondencia entre las expectativas que tenía al entrar en ese piso y la realidad de lo que estaba sintiendo.

Tampoco le ayudó ver las fotografías que había por toda la casa, ni los muebles que él le ayudó a comprar ni mucho menos comprobar que Rodrigo guardaba en una caja del salón recortes de prensa con todas sus campañas electorales. Ahí fue cuando se vino abajo del todo y necesitó de la primera raya.

¿Qué había hecho para ser admirado? ¿Qué le había demostrado en todos esos años salvo menosprecio? ¿Por qué no había sabido quererle? El candidato se hacía todas esas preguntas mientras cortaba la cocaína en la mesa de escritorio con la tarjeta de crédito, al lado de una fotografía de su hijo con ocho años en la feria vestido exactamente igual que su padre.

De repente, tuvo la necesidad de oler su ropa, de abrir el armario y pasar la nariz por sus camisas. Algunas de ellas todavía conservaban el aroma a la colonia que usaba, que era la misma que la suya. Hasta en eso le imitaba.

Abatido, se hizo la segunda raya de la tarde y vio las cosas con algo más de claridad. No estaba allí para rodearse de las cosas de su hijo, estaba allí para recogerlas, para vaciar el piso y empezar el luto.

Jesús Carranza fue a la cocina en busca de bolsas de basura en el preciso momento en el que la puerta de la vivienda se abrió por sorpresa.

—¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú —señaló su mujer entre lágrimas—. Necesitaba despedirme de él.

Marido y mujer se abrazaron y compartieron duelo por un instante. Tal vez fue la culpa, o tal vez fue la cocaína, o quizás simplemente que la victoria electoral estaba muy lejos de su alcance, pero entre los brazos de Candela sintió la necesidad de contarle la verdad.

—Todo esto es culpa mía.

—No es culpa de nadie. Son cosas que pasan. Ocurre en todas las familias —le consoló su mujer apretándole el brazo con la mano.

—Tienes que saber lo que ha pasado y después tienes que acompañarme a comisaria a denunciarlo. No puedo hacer esto solo —dijo deshecho Jesús Carranza, que en aquel momento decidió que la única forma de honrar a su hijo era contar la verdad, primero a Candela y luego a la policía.

***

## 21
## Barajas, Madrid

La tarjeta SIM del teléfono giraba sobre sí misma en el centro de la mesa. Lucía Gutiérrez jugaba con ella mientras se pensaba en tirarla a una alcantarilla o conservarla para una emergencia.

No era una decisión fácil. Desprenderse de ella significaba romper el cordón umbilical que le mantenía unida todavía a Juan. Dejar de leer sus «buenos días» acompañados de aquellos ridículos emojis de caras con corazones en los ojos que tanta vergüenza le daban en tiempos de abundancia y que hoy echaba de menos. O sus extensas notas de voz en las que no contaba realmente nada, pero que a ella le hacían compañía. Eliminar la posibilidad de no tener nada de eso durante días o semanas le aterraba. Podía llamarle desde otro teléfono o escribirle un email desde un locutorio, pero tenía la sensación de que eso sería enterrar definitivamente la ya frágil comunicación entre ambos.

María Sánchez estacionó frente al bar y Lucía se guardó apresuradamente la tarjeta en el bolsillo, aplazando aquella delicada decisión para más tarde.

La cara de la sargento no mostraba ninguna emoción, por lo que le fue imposible saber si la reunión había ido bien o mal. Le chocaba comprobar cómo aquella chica que se ponía nerviosa conduciendo por las calles del centro de Morón, ahora se desenvolvía con tanta soltura en Madrid.

—¿Te molesta que pida una cerveza? —preguntó en cuanto se sentó a su lado.

—¿Tan mal ha ido?

—Ni bien ni mal. Nada concreto.

—En ese caso, pide la cerveza. Y luego me echas el aliento —bromeó a fin de destensar el ambiente.

—Si quieres protección, tendrás que hablar directamente con ella. No quiere intermediarios.

—Eso no es lo que hablamos.

—Es todo lo que puedo hacer —se disculpó María antes de pedirle una caña al dueño.

—No la conozco de nada, podría trabajar también para Urbizu.

—Es de fiar. No quiero convencerte de nada. Solo te puedo decir que es una tía integra.

—¿Pones la mano en el fuego por ella?

—Eso ya solo lo hago por mí.

El dueño trajo la cerveza y ambas se quedaron en silencio. A Lucía Gutiérrez no le gustaba la situación. Aquello era ponerse en peligro sin ningún tipo de garantías, la clase de escenario que tiempo atrás hubiera abrazado sin pensarlo dos veces haciendo gala de su habitual egoísmo. Estaba allí para hacer las cosas de forma diferente y resarcirse, dejar atrás todos los vicios. Había descubierto demasiado tarde que el alcohol era tan solo una de sus adicciones, pero que había otras que le perjudicaban de la misma manera. Entre ellas, su enganche emocional a las situaciones límites en busca de la muerte y del perdón.

—Necesito consultarlo con mi familia —dijo finalmente mientras sacaba la tarjeta SIM del bolsillo y la volvía a colocar en el teléfono —. Ya sé, ya sé, tendría que haberla tirado. Pero las cosas no son siempre como queremos.

María apuró la caña en un par de tragos y Lucía Gutiérrez se desplazó hasta la acera, donde se encendió un cigarrillo. Después de darle un par de caladas y templarse, buscó en la agenda el número de Juan y llamó.

—Estoy con mis padres. No puedo hablar mucho —dijo él fríamente.

—Necesito saber tu opinión.

—Es un poco tarde para eso.

—Fuiste tú el que me animaste —señaló Lucía dolida.

Juan respiró profundamente. Estaba confundido. Su mujer tenía razón, pero deseaba poner límites, dejar claro que no era un pelele y que no iba a permitir que jugara con él. Un estado que rara vez permitía tener una conversación de igual a igual. Razón por la cual hizo un último esfuerzo y le dio la oportunidad de explicarse.

—¿De qué se trata?

—De nosotros. De ti y de mí. De nuestro futuro.

—¿Y cómo es nuestro futuro? —quiso saber Juan.

—Incierto. Depende de lo que haga. Puedo volver a casa ahora mismo y dejar todo esto atrás sin complicarme la vida.

—No suena mal.

—No, no suena mal...

—¿O? ¿Qué otro futuro está en juego?

—O puedo convertirme en confidente. Confieso mis pecados a la UCO y les entrego a Urbizu, Reyes y Martínez.

—¿A cambio de qué?

—De jodernos la vida. En el momento en que me reúna con ellos, voy a tener que vivir con escolta y programar con antelación cada una de mis salidas con ellos. No quiero tomar esta decisión sola. Esta vez, no. Si todavía crees que hay alguna posibilidad de salvar lo nuestro, quiero saberlo... Dime que no lo haga y no lo haré. Dime... dime que todavía me quieres y vuelvo ahora mismo contigo.

A Juan las palabras de Lucía le arrasaron como una de esas trombas de lluvia en verano contra las que las alcantarillas no pueden hacer nada. Juan estaba inundado, completamente abnegado de responsabilidad, culpa y lodo. Sobrepasado al descubrir que, de repente, una decisión tan importante recaía en su mano. Por

supuesto que agradecía que por una vez en la vida Lucía tuviera en cuenta su opinión. Sin embargo, para él las dos opciones que planteaba eran realmente la misma. Le encantaría que todo se pudiera resolver con amor, que fuera así de fácil, que él le dijera *ven* y a partir de ahí fueran felices. Pero la conocía de sobra como para saber que después llegarían los remordimientos. Y tras los remordimientos, las noches en vela. La sensación de que había fallado a Carmen Camacho y al resto de las víctimas. Entonces se vendría abajo y volvería a coquetear con el alcohol o con la idea de hacer algo para vengarse de Urbizu.

En aquella historia solo había un final, la insatisfacción, y él tenía que decidir si la quería lo suficiente para soportarlo.

—No puedo tomar esa decisión por ti —dijo finalmente.

—¿Qué significa eso?

—Significa que te quiero. Claro que te quiero. El problema es que no te quieres tú. Y hasta que eso no ocurra, no vamos a tener una oportunidad.

No quiso remover más en la herida de su mujer, pero estaba claro que aquello no iba de convertirse o no en confidente, aquello iba de que recuperase la autoestima.

—Creo que estoy de acuerdo —respondió Lucía al cabo de unos segundos, después de apurar el cigarro y digerir aquella información —. Y justo por eso solo puedo tomar una decisión. Espero que la entiendas... y que me esperes. He cometido muchos errores y la única forma de que me vuelva a tener algo de cariño es rendir cuentas y poner toda la información que tengo a disposición de la justicia.

—Es la decisión correcta —le dio la razón Juan.

—Te quiero —se despidió Lucía mientras tiraba la colilla al suelo y se apoderaba de ella un fuerte ataque de tos.

—Cuídate mucho —evitó corresponderle en el sentimiento su marido, que tenía mucho en lo que pensar antes de hacerle falsas promesas.

Con pocas certezas sobre el futuro, uno y otra tomaron inmediatamente pequeñas decisiones. Él, volver a ponerse la alianza, ella, tirar la tarjeta SIM al hueco de la alcantarilla. El amor y la vida compartían un lugar común, lo que ocurriese mañana era incierto.

***

## 22
## Los Bermejales, Sevilla

Los discursos no eran lo mejor de Martínez. Era un hombre de pocas palabras que se sentía más cómodo en los silencios. Para él no había mejor manera de expresar amor que a través de acciones concretas y jugarse la carrera para rescatar a su mujer y a su hija se parecía bastante a una muestra de afecto. De ahí que considerara oportuno no añadir una sola palabra que empañara el gran gesto de cariño que había tenido con ellas.

De Espartinas a Los Bermejales, en aquel coche familiar, solo se escuchó música clásica. No hubo «te quieros», ni «os he echado de menos». Por no haber, no hubo ni una explicación de por qué habían acabado secuestradas y retenidas en un aljibe en mitad de la nada. Para Martínez, todo eso era innecesario. Con un discreto «volvemos a casa» dio por bueno todo intercambio de información. Por eso le sorprendió la reacción de su hija cuando estaban enfilando la avenida de la palmera.

—¿Qué coño ha pasado? ¿Nadie va a decir nada? —preguntó incrédula Carlota, que necesitaba una respuesta a por qué había estado a punto de morir.

Martínez esperó como siempre a que fuera su mujer la que resolviera aquella cuestión sin importancia. A ella se le daban bien las palabras y justificar su comportamiento. Era la mujer que todo padre necesitaba, la que se metía en el fango por él, la que se manchaba construyendo un elocuente relato a sus espaldas de que todo lo que hacía era por el bien de ellas.

Sin embargo, la tarde venía cargada de sustos y la esposa leal, en lugar de remangarse el pantalón y entrar en el barro por él, decidió unirse a la rebelión.

—Creo que nos merecemos una explicación —señaló indignada, dejando entrever que podía lidiar con un marido taciturno y problemas de erección, pero que hasta ella tenía límites.

Tan ensimismado vivía que al comisario aquella reacción le pilló por sorpresa. ¿Desde cuándo a él se le pedían explicaciones? ¿No tenían suficiente con estar a salvo? ¿Qué más querían aquellas dos adictas al melodrama? El adjetivo *histéricas* merodeó por la punta de su lengua y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no lanzarlo al aire.

—Ahora queréis respuestas. ¿Por qué no las pedís para preguntarme de dónde sale el dinero? ¿No os parece raro el ritmo de vida que llevamos con un sueldo de policía? Mientras todo ha ido bien, no habéis querido saber nada —dijo enfadado, echando la mirada atrás para enfrentarse a su hija.

—Lo que ha pasado no es normal —se defendió ella.

—¿Y qué ha pasado, Carlota? Tú estás bien. Tu madre está bien. Lo único que ha ocurrido es que te has perdido un día de feria, ¿ese es el gran drama de tu vida? ¿Quieres que te cuente yo todos mis problemas?

Cuando su hija estaba a punto de decirle que sí, que le gustaría que rompiera su hermetismo habitual y le contara sus problemas o

cualquier otra cosa, el coche impactó contra algo. Martínez volvió a mirar al frente y descubrió la mano de Cárcamo golpeando la luna del automóvil.

—¿Dónde te habías metido? Te llevo llamando desde hace una hora —se sumó el inspector a la inesperada oleada de demandas de explicaciones.

El comisario miró de reojo la pantalla del móvil y de un vistazo descubrió el frontal saturado de llamadas pérdidas.

—No es buen momento —dijo después de bajar la ventanilla y señalarle que estaba con su familia—. Dame diez minutos.

—La abogada de la mora tiene el primer informe. No me voy a comer este marrón —le anunció nervioso el policía mientras su mano traspasó la ventanilla y le agarró con violencia por el hombro—. Si me dejas solo, voy a tirar de la manta, cabrón.

Madre e hija contemplaron la escena confusas. Habían vivido durante años creyendo que aquel hombre era un misántropo empedernido y, en realidad, se estaba destapando como un tipo oscuro lleno de secretos.

—He dicho que me des diez minutos —repitió apartando la mano del oficial.

—Me has vendido, dijiste que era una muerta de hambre. Y ahora resulta que tiene una abogada de puta madre y a una periodista que le ha hecho famosa.

—¿De qué estás hablando? —preguntó extrañado mientras salía del coche en vista de que aquella conversación no iba a acabar y que su familia estaba escuchando más de la cuenta.

—De esto. Está en todos lados —dijo el policía mostrándole que Sabali y Bruna eran tendencia en Twitter.

Martínez buscó un lugar con sombra y contempló el vídeo de la polémica. Pronto se dio cuenta de la gravedad de la situación. De

improviso, todos los focos iban a estar en aquella instrucción irregular, algo que les iba a complicar y mucho las cosas.

Aunque no le hacía gracia, debía ponerse en contacto con Urbizu cuanto antes y que él buscará soluciones. Aquello requería de contactos del más alto nivel.

—¿Qué hacemos? —preguntó desesperado el inspector.

—De primeras, relajarte, y cuando te hayas calmado, deshazte del móvil de la mora. Nos puede traer problemas —dijo el comisario pensando en los mensajes que podían desmontar el relato de los hechos que habían construido.

Tras asegurarle Cárcamo que no le iba a dejar tirado, volvió al auto con su mujer e hija.

—Ahora ya sabéis de dónde sale el dinero —fue la única explicación que dio.

Esta vez ni una ni otra quisieron que les aclarara nada más. El silencio volvió al coche familiar y todos se sintieron más cómodos. Después de todo, Martínez había logrado su cometido, que sus acciones hablaran por él.

En el interior de Villa Felicidad continuaron con su ritual más antiguo y desaparecieron de la vista del otro. Carlota se encerró en el dormitorio. Su madre en la cocina. Y el comisario fue directo al baño. Allí levantó la tapa de la cisterna y rebuscó con la mano el teléfono desechable para hablar con Urbizu. Desafortunadamente, la tarde seguía empeñada en asombrarle a cada minuto y advirtió que ya no estaba allí. Estuvo cerca de entrar en pánico y arrojar la tapadera contra el suelo. Pero en lugar de eso, revisó el resto de la casa por si faltaba algo más y hacer control de daños.

Todavía estaba en la planta de arriba cuando un grito de su mujer le llevó hasta la cocina y se percató de que habían roto la ventana para entrar en la vivienda.

—¿Qué está pasando? —volvió a preguntarle asustada su mujer.

—Será mejor que os vayáis a casa de tu madre —fue lo único que se le ocurrió decir, adivinando que las cosas se iban a complicar y que debía quitárselas de encima para no ser un blanco fácil.

***

## 23
## Restaurante Cañabotas, Sevilla

En la escala de valores de Bruna Pinheiro solo existía algo por encima de ser famosa: ser muy famosa. Y ella empezaba a serlo. Desde que subiera la entrevista de Sabali a sus redes sociales, le habían llamado para participar en todos los programas de actualidad de la televisión española. Algo que empujó de forma definitiva para que en Portugal también quisieran tenerla en directo y contar con su opinión de lo que estaba sucediendo en los campos de fresa del país vecino.

De un momento para otro, la mujer más frívola y narcisista que había dado el audiovisual en años, una marca, por otro lado, terriblemente codiciada por cientos de presentadores, pasó a ser la voz autorizada de las miles de temporeras marroquíes de la fresa. Sin apenas pestañear hablaba de abusos sexuales y laborales como si los hubiera vivido ella en primera persona en lugar de Sabali. Qué más daba que fuera una blanca europea privilegiada, la fuerza de su relato residía en que narraba los hechos de la misma manera que si hubiera nacido en la región más pobre de Marruecos. Utilizaba el plural mayestático, se incluía como temporera, como explotada y como luchadora incansable. Era una compañera más. Otra damnificada del capitalismo. Una mujer racializada siendo engullida por el sistema. Y en su fuero interno de veras lo creía. ¿Acaso la

televisión no era igual? ¿Podía alguien discutirle que la temporalidad y los abusos laborales no estaban a la orden del día en las productoras audiovisuales?

Estaba tan encantada de ser el centro de atención, que incluso se permitió en un par de conexiones ponerse sus adoradas gafas de intelectual para exigir a la Unión Europea actuar de forma inmediata contra todas aquellas empresas que se saltaban los derechos laborales en la provincia de Huelva. Desde su punto de vista, no bastaba con la colaboración de las ONG´s, aquellas mujeres debían crear su propio sindicato. Y cuando se refería a aquellas mujeres, se refería, en realidad, a ella. Bruna Pinheiro, marroquí del año, no se iba a limitar a denunciar los hechos, en un ejercicio de condescendencia sin límites, también iba a darles las herramientas para que se organizaran y lucharan por sus derechos. La compañera Pinheiro no quería ser como los demás y limitarse a darles un pez, ella quería enseñarles a pescar. Y puede que también estirar el chicle todo lo que pudiera para no perder el foco mediático. ¿Qué más daba el motivo? Lo realmente importante era que al fin se hablaba de las lamentables condiciones laborales de las temporeras en *prime time*.

Pero, sin duda, el momento que más disfrutó la reina de las mañanas fue cuando recibió la llamada de Sosa, el director de su antigua cadena. En ese momento decidió esconder por unos segundos a la sindicalista y dejó airear a la diva.

—Estaba esperando este momento —dijo en cuanto descolgó.

—Lo sé. Siempre has disfrutado viéndome humillado —afirmó Sosa.

—¿Y qué es lo que quiere PPTV de esta vieja presentadora que no vale para nada? —se regodeó todo lo que pudo.

—¿Vamos a ser los únicos a los que dejes sin conexión? —preguntó el ejecutivo después de que el director de informativos se quejara por no contar con la mujer del momento—. ¡No puedo creer que nos hayas vetado después de tantos años juntos!

—Querido —dijo con un tono que mostraba todo lo contrario al aprecio—. ¿Cómo voy a vetar a la que ha sido mi casa? Vetar es una palabra muy fuerte, simplemente no tengo tiempo.

—Solo serán cinco minutos, Bruna. Dame eso, aunque solo sea por amistad.

—Lo siento, te tengo que dejar. Tengo una entrevista importante —dijo al ver a su cita entrar en el local.

Bruna colgó y sonrió. Aunque pudiera parecer que estaba ejecutando una venganza, lo cierto era que no mentía, tenía una reunión muy importante.

—¿Inspector Montoya? —preguntó la presentadora de televisión cuando el hombre se acercó a su mesa.

—El mismo —dijo el agente dándole la mano—. Un sitio un poco caro para una primera cita —añadió incómodo al ver el tipo de gente que frecuentaba aquel restaurante de Estrella Michelín.

—No es una cita, es una alianza —sonrió levantando su copa de vino blanco.

***

## 24
## Chamartín, Madrid

Raúl Ojeda no era un ser humano, era un homenaje a lo que debe ser un policía. Alto, fuerte, con cara de chulo, un tribal tatuado en el brazo y la palabra golfo cosida en los hoyuelos. Cumplía en su trabajo, pero realmente destapaba el tarro de las esencias pasadas

las ocho de la tarde. En cuanto el sol caía, sus hormonas burbujeaban y se transformaba en un depredador. Las mañanas y el servicio al ciudadano eran el precio que debía pagar para disfrutar de la noche y las mujeres.

En otro tiempo había soñado con ser futbolista, pero una lesión en la rodilla frustró su prometedora carrera en la cantera del Atlético de Madrid. Después de aquello, sus objetivos en la vida cambiaron por completo. Aprobó con lo justo las oposiciones para ser policía nacional y se centró en lo que verdaderamente le apasionaba: follar todas las noches y moldear su cuerpo en el gimnasio.

Teniendo siempre presente sus dos metas, aquella tarde se esmeró especialmente levantando peso en el *press* de banca para ganar volumen en el pecho. Estuvo dos horas castigándose hasta que se miró en el espejo y le gustó el resultado. Tanto que decidió ponerse la camiseta de algodón más ajustada que tenía, una que le marcaba hasta los suspiros. Completó el *outfit* con unos vaqueros azules lavados a la piedra, un aro en la oreja izquierda y gomina Giorgi en el pelo. Ni mucha ni poca, la cantidad suficiente para que su cabello pareciera revuelto.

Satisfecho con el resultado, aquel canalla de laboratorio subió a su moto, porque por supuesto se desplazaba en moto, y cruzó Madrid para plantarse en La Latina, el territorio que había consignado al saqueo desde tiempos remotos.

Aparcó en la calle Calatrava, frente al Bar Muñiz, y desde allí se desplazó andando hasta el número siete.

—¿Tienes cerveza? —le preguntó cuando esta le abrió la puerta en pijama.

—Creo que no... —dijo ella intentando recordar

—Mejor, porque no he venido a beber —sonrió, marcando por igual tanto los hoyuelos como los pectorales, un ataque combinado

que resultó insoportable para Julia, que cuando se quiso dar cuenta le estaba comiendo la boca a Raúl y empujándole al interior de la casa.

Siempre que las cosas eran así de fáciles, aquel policía terminaba por convencerse de que la otra persona deseaba tener sexo duro. El consentimiento inmediato era una prueba inequívoca de que podía hacer lo que le diera gana. Así que tras un par de besos y unos cuantos preliminares, Raúl cruzó varias fronteras en la cama, poniendo su cuerpo al límite como si siguiera en el gimnasio. Follar para él tenía algo de rutina deportiva.

Julia no tenía claro cómo reaccionar. Aquel policía le ponía, de eso no cabía duda, pero aquello estaba siendo un poco raro. Aguantó unos minutos sin decir nada, tratando de decidir si le estaba gustando o, todo lo contrario.

—Para —dijo cuando consideró que la experiencia no estaba siendo de su agrado.

Raúl fuera de sí, no la escuchó y siguió empujando con violencia hasta que Julia le puso una mano en el pecho y le detuvo en seco.

—¡Para! —gritó.

Fue entonces cuando el plusmarquista de colchón se asustó y paró de inmediato.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? —preguntó sobresaltado.

—No, tranquilo, soy yo. Tengo la cabeza en otro lado —le tranquilizó Julia echándose a un lado de la cama mientras Raúl hacía lo mismo.

—La próxima vez di: «Amarillo».

Julia le miró sin acabar de comprender y él se explicó mejor.

—Es la palabra de seguridad que usan en *Cincuenta sombras de Grey* cuando están incómodos.

—Además de empotrador, eres un intelectual —dijo ella sonriendo, a la que le sorprendía que aquel hombre hubiera leído algo que no fuera una receta de un batido de proteínas.

—No me gusta que me encasillen —dijo él como si de verdad creyera que era una persona cultivada.

A Julia aquella confesión le dio ternura y se sintió obligada a darle un abrazo.

—¿Quieres quedarte a cenar?

—Amarillo —bromeó el policía, aunque no estuviera bromeando. No era de abrazos ni de pasarse la noche viendo una peli. En realidad, desde que ella le había pedido que parara, su cabeza ya estaba pensando a quién podía llamar para culminar su fantasía con otra.

—¿Qué acaba de pasar? —quiso saber Julia al ver que le despreciaba el abrazo.

—No sé si estoy preparado para ese tipo de relación...

—¿Qué tipo de relación?

—Ya lo sabes... ¿Por qué complicarlo?

—Claro, porque lo que tenemos ahora es la hostia de sencillo —dijo Julia enfadada.

Antes de que la discusión fuera a más, alguien llamó a la puerta. Mientras ella acudió a ver quién era, Raúl aprovechó para ponerse la ropa.

—Te buscan a ti —le gritó desde la puerta.

El policía se encogió de brazos. ¿Quién más sabía que estaba allí? Lleno de curiosidad, abandonó el dormitorio y fue hasta la entrada, donde se encontró con una yonqui a la que le temblaban las manos, dando evidentes señales de que estaba con el mono.

—Esto es para ti —dijo entregándole un teléfono de prepago.

Raúl Ojeda le echó un vistazo y vio que había un mensaje guardado.

—¿Quién te lo ha dado? —preguntó, aunque lo podía imaginar.

—A mí no me metas en follones. Solo soy una mensajera —señaló antes de salir corriendo.

—Para no querer tener ese tipo de relación, vas dando mi dirección a cualquiera—. No quiero volver a verte —le invitó Julia a marcharse, algo que agradeció Ojeda.

Durante el trayecto en el ascensor, el agente leyó el mensaje completo: «Unicornio suelto en Madrid. Visto en Bar Los Claveles, Barajas. Vigila hasta que llegue la caballería».

Y una vez que lo ojeó, se atusó el pelo frente al espejo.

***

## 25
## Alfalfa, Sevilla

Todo lo que le contó Jesús Carranza a su mujer tuvo en ella un impacto demoledor. Por un lado, estaba toda aquella historia sórdida de drogas y alcohol de la que no sabía absolutamente nada y que provocaron la muerte de Carmen Camacho. Una historia en la que Rodrigo jugaba un papel importante, primero como incitador al consumo y más tarde como instigador para que se deshicieran de ella. De alguna manera, Candela también se sentía cómplice. Llevaba toda la mañana llorando como una magdalena por su hijo pensando que no había sido capaz de superar una ruptura y ahora descubría que lo que no había superado era la culpa por ocultar un cadáver. Y, por otro lado, estaba su marido, o su ex, o lo que fuera aquel hombre en su vida, dispuesto a todo con tal de que nada de eso le perjudicara en las elecciones.

¿Cómo había pasado? Era el tipo de sucesos que siempre le ocurrían a los hijos y los maridos de las demás, esa clase de noticias que cuando aparecían en los informativos respiraba tranquila al tener la certeza de que algo así nunca le podría ocurrir a ella. Y, de pronto, una mañana de feria, se veía convertida en ese prototipo de mujer que asegura ante el juez que no sabía absolutamente nada de lo que hacían o dejaban de hacer uno y otro.

Aterrada por lo que opinarían los demás, se prometió a sí misma no ser esa persona.

—No vas a denunciar nada —dijo ella después de refrescarse la garganta con un vaso de agua.

—Tengo que hacerlo, se lo debo a Rodrigo.

—Si crees que voy a quedar como la gilipollas de esta historia, estás equivocado. ¿Quieres honrar a tu hijo? Gana las putas elecciones.

—Las encuestas no son buenas... —le aclaró Carranza, al que la actitud de Candela le desconcertó por completo. Pensaba que su reacción sería otra, que se vendría abajo y le recriminaría no haberse comportado con un poco de compasión. Sin embargo, por momentos, parecía tan cínica como él.

—Quedan tres días y acabamos de perder un hijo. Podemos jugarlo en nuestro beneficio. Voy a ayudarte a ganar, pero a cambio quiero respeto y que no me ocultes nada. He tragado demasiado como para quedar ahora como una estúpida delante de toda Sevilla. Si salgo en televisión, va a ser celebrando la victoria como la persona que cambió el rumbo de las elecciones —dijo completamente convencida.

Contagiado por el entusiasmo de su mujer, se acercó a ella para besarla.

—Ni se te ocurra —le frenó en seco—. Las mariconadas las dejas para tu amiguito. Tú y yo no somos un matrimonio, somos una empresa —le aclaró por si todavía le quedaban dudas.

***

## 26
## Atocha, Madrid

Atardecía sobre Madrid cuando el AVE dejó a un lado el cerro del Tío Pío, popularmente conocido como el parque de las Siete Tetas. La luz, entre rosa y anaranjada, hacía más amable la vista de todos aquellos edificios pegados los unos a los otros que desdibujaban el horizonte. Reyes sacó su teléfono para hacer una foto y seguir demostrándole al mundo que solo era uno más, prácticamente un extra, una de tantas personas que más tarde subirían la imagen a Instagram para convencerse de que vivían en el mejor sitio posible.

Mientras contemplaba el resultado en la pantalla, la megafonía del tren anunció que estaban a punto de llegar a Madrid. Como si fuera el pistoletazo de salida de una carrera, la mayor parte del pasaje salió disparada a por sus maletas, dispuesta a hacer cola frente a la puerta.

A pesar de su empeño por mimetizarse en el ambiente, aquello sacaba de quicio al brigada, que no terminaba de entender por qué la gente prefería esperar quince minutos de pie que aguantar pacientemente hasta que el tren se parase del todo. Por una vez en la vida, lejos de parecer uno más, se convirtió en un disidente y permaneció sentado en su asiento.

Completamente solo, mientras el resto de los pasajeros se agolpaba en el pasillo, aprovechó para cambiar de tarjeta SIM y consultar los siguientes pasos a dar.

Un mensaje escueto de Ojeda le ayudó a salir de dudas.

«Unicornio localizado: Antigua fábrica Roca, Alcalá de Henares.»

El tren finalmente entró en la estación de Atocha. Reyes miró por la ventanilla y sonrió ante su propio reflejo en el cristal. Madrid siempre le daba buena suerte. Antes de volver a cambiar de tarjeta, aprovechó para informar a Urbizu.

«Unicornio a la vista. Esta noche seremos tres para cenar. ¿Está contento el Gallo?»

***

## 27
## Antigua fábrica Roca, Alcalá de Henares

Lucía Gutiérrez se encendió un cigarrillo antes de entrar en la nave central de la antigua fábrica. Necesitaba quitarse los nervios y encharcarse los pulmones era lo único que le solía funcionar. En la mano derecha llevaba la carpeta con todos los documentos que había logrado recopilar del local de Arenal y en la izquierda el paquete de tabaco, que no lo soltaba ni un solo segundo. No solo porque le resultaba más práctico que guardarlo, también porque en el plástico del frontal llevaba una estampita del Nazareno. Se la había dado María para que le trajese suerte. Era la imagen favorita de su familia en Morón de la Frontera y a ella le pareció que no iba a encontrar un mejor talismán que aquel Cristo con una cruz a cuestas.

Apuró el pitillo en pocas caladas y una vez que lo consumió, accedió al edificio. Aunque llevaba años abandonado, no tenía mal aspecto. Más allá de estar algo desvencijado, el suelo y las ventanas estaban limpios. El techo, colocado a gran altura, destacaba por encima de todo lo demás. Lo atravesaba una gran tubería de acero

policromado y en las partes más altas presentaba un gran número de ventanucos que permitían que entrara la luz del exterior.

—Lo utilizan de vez en cuando en rodajes —le confesó la teniente de la UCO al comprobar cómo la candidata a confidente observaba la construcción embelesada—. Pese a ello, es un sitio discreto. No tiene de qué preocuparse —quiso tranquilizarla—. Soy Elisa Muñoz.

Lucía le tendió la mano y la miró a los ojos. Siempre lo hacía cuando conocía a alguien. Necesitaba saber de inmediato qué le transmitía y las pupilas verdes de la oficial le contagiaron seguridad. Debía tener unos diez años más que ella. Tenía el pelo canoso y sin teñir, lo que indicaba que era una mujer con mucha personalidad, algo que le generaba de forma automática simpatía.

—Supongo que está al tanto de mi historial, así que para qué andarse con rodeos —dijo entregándole la carpeta.

Muñoz la abrió con urgencia y repasó el contenido, procurando no mostrar ninguna emoción cuando vio las imágenes de los cadáveres.

—Desde que me echaron del Cuerpo, he estado un año en las cloacas trabajando para otros policías. No estoy orgullosa, pero pensé que era la única forma de saber quiénes me traicionaron.

—¿Y lo ha descubierto?

—En parte, sí.

—¿Conozco a alguno?

—A Enrique Urbizu, dirigía Asuntos Internos, lo echaron al mismo tiempo que a mí.

—¿Y qué más agentes hay implicados?

—Que haya descubierto, el brigada de la Guardia Civil, Alfonso Reyes y el comisario de la Policía Nacional, Eduardo Martínez. Los tres trabajan para las mafias chinas.

—Es una acusación muy grave y aquí solo hay fotografías de cadáveres. Con esto solo podría incriminarla a usted.

—Tengo algo más —dijo insegura sacando del bolsillo del pantalón dos teléfonos—. Pertenecen al comisario y a Urbizu, aquí encontrara mensajes y llamadas entre los tres de los que se puede deducir que participaron encubriendo delitos.

Elisa Muñoz alzó la mano para cogerlos, pero antes de que los pudiera alcanzar, Lucía los retiró.

—No, hasta que me dé alguna garantía.

—Con lo que me ha enseñado, no puedo. Tendría que ver el contenido de los teléfonos.

—Me está poniendo en una situación de peligro.

—No se lo tome a mal, pero ahí se ha puesto usted solita. Nadie le obligó a hacer todo esto —dijo meneando el contenido de la carpeta.

Y era cierto. No podía culpar a nadie más de ser una irresponsable. Lucía Gutiérrez comprendió que no tenía más opciones y se los entregó finalmente.

—Necesito analizar todo esto con mi equipo. Si tal y como sugiere esos mensajes son inequívocos, mañana mismo tendrá protección.

Muñoz abandonó la fábrica sin ningún tipo de promesa que la tranquilizara, tal vez por eso agarró con fuerza la cajetilla de tabaco con la imagen del Nazareno, intentando buscar suerte donde no la había.

No obstante, aunque las cosas no habían salido como esperaba, todavía guardaba esperanzas. Confiaba en lo que había entregado, no tanto en el equipo de la teniente. Si algo había aprendido aquel año trabajando para Reyes y Urbizu era que sus tentáculos llegaban a todos sitios.

Lucía Gutiérrez cruzó la fábrica y entró en el coche que le había dejado María. En cuanto puso el culo en el asiento, pulsó el encendedor y prendió un nuevo cigarrillo. Pero esta vez no llegó a

saborearlo. Antes de que la boquilla rozará sus labios, una soga le rodeó el cuello y la estranguló lentamente.

# Quinto día de feria
# Viernes 10 de mayo de 2019

## 1
## Centro Penitenciario de Mujeres, Alcalá de Guadaíra (Sevilla)

Cuando su abogada le dijo que iba a una cárcel de mujeres, Sabali respiró aliviada. La cabeza de aquella chica era una fortaleza inexpugnable. Por más que la realidad se empeñara en complicarle la existencia, ella encontraba constantemente rendijas de optimismo con las que amortiguar los golpes. Otra, en su lugar, se hubiera echado a temblar, pero ella eligió pensar que una cárcel de mujeres sonaba menos hostil que una prisión mixta.

Tan solo le bastaron un par de minutos allí para darse cuenta de su error.

—Las bragas también —le reclamó la funcionaria de prisiones al ver que la joven no se animaba a quedarse desnuda del todo.

A la propia Sabali le resultaba contradictorio avergonzarse de su cuerpo después de un año en el que prácticamente todos los capataces la habían visto desnuda y se habían animado a opinar abiertamente de su pecho plano o el abundante vello de su pubis.

Y, sin embargo, allí estaba ella, temblando, cubriéndose los senos con los brazos, tratando de no perder la poca dignidad que le quedaba y disimulando las ganas de salir de allí corriendo a orinar.

—Tranquila, no tengas miedo, es un control rutinario. En cuanto te cachee, puedes irte a dormir.

Siempre que alguien en aquel país le pedía que se tranquilizara, ocurrían cosas desagradables. Al igual que un relámpago antecedía a un chaparrón, en su caso, la petición de calma precedía los abusos. La amabilidad la estresó todavía más, especialmente cuando la funcionaria se acercó a ella y la tomó del brazo. Sintió que la vejiga le iba a explotar mientras ella le hablaba.

—Confía en mí —le dijo cariñosamente.

Aquella fue la segunda señal de alerta para Sabali. Las desgracias empezaban con un «tranquila» y se desataban finalmente con un «confía en mí». Por no hablar de la mano, la perversa mano que la sujetaba del antebrazo fingiendo ser una caricia cuando, en realidad, era un gesto que buscaba el sometimiento. Algo que identificó al instante. La habían acorralado así muchas sobremesas. Demasiadas. A pesar de ser de las que veían siempre el vaso medio lleno, no se le escapaba que todo eran malos presagios. Tantos que el miedo la venció y no pudo contener por más tiempo la orina.

Como una niña en su primer día de colegio, Sabali empapó las bragas y perdió definitivamente la poca autoestima que le quedaba.

—No eres la primera a la que le pasa... —se compadeció de ella sin soltarle el brazo—. Vamos a hacerlo de otra manera. Dúchate primero y luego seguimos con esto —dijo la funcionaria pidiéndole que la acompañara.

Pese al pánico inicial, la ducha le sentó bien. De la misma manera que su cuerpo guardaba una relación de ansiedad con los hombres, con el agua se calmaba. Le pasaba lo mismo con el mar, tan solo necesitaba verlo en la distancia para sentir que su ritmo cardíaco bajaba.

—Te he traído ropa limpia y algo de cenar. Tan solo me tienes que dejar hacer mi trabajo y esto habrá terminado.

Como ya estaba desnuda, Sabali accedió a que la cachearan y dar por finalizado cuanto antes aquel largo día que había empezado en un hotel de lujo y había acabado en los baños de una prisión.

Tal y como le prometió la funcionaria, en cuanto acabó de comprobar que no ocultaba nada en su cuerpo, le entregó ropa interior limpia y una bandeja con comida.

Menos sobresaltada y dispuesta a confiar en ella, la siguió a través de los pasillos del recinto mientras el resto de las presas dormían.

—He pensado que esta noche mejor duermas sola. Han sido demasiadas emociones —se apiadó de ella la funcionaria mientras la puerta del que iba a ser su calabozo se abría.

El portón crujió con el movimiento en un sonido que estremeció a la joven temporera. Era un ruido grave ideado para que todos las que traspasaran esa frontera, tuvieran la certeza de que, al cruzar al otro lado, sus vidas iban a cambiar para siempre.

Una vez que la verja se abrió del todo, el zumbido cesó y Sabali recuperó el aliento suficiente para coger del antebrazo a la trabajadora. Fue un gesto sencillo, casi mínimo, pero para ella el contacto era una frontera todavía más difícil de cruzar que los portones de prisión.

—Gracias.

—No hay de qué, solo hago mi trabajo —se quitó méritos la funcionaria para luego desaparecer por el mismo pasillo por el que habían venido.

Tras abandonar el módulo donde se encontraban, la empleada pública se desvió de su camino y se dirigió a otra de las celdas, una que sí permanecía cerrada y que estaba separada de la de Sabali por apenas cien metros.

Del bolsillo se sacó un inocente cepillo de dientes como si su altruismo no tuviera límites y aun tuviera tiempo de hacerle un nuevo favor a otra reclusa.

—Celda 104. He dejado la puerta abierta —dijo con un tono de voz completamente diferente al que había utilizado hasta entonces —. Está muerta de miedo —le aclaró mientras le ofrecía entre los barrotes el utensilio de limpieza a una presa.

***

## 2
## M-30, Getafe

Lucía Gutiérrez abrió los ojos después de haber perdido el conocimiento y, todavía aturdida, adivinó que estaba encerrada en el maletero de un coche. No fue su único descubrimiento. Al tratar de moverse, sintió que sus extremidades estaban bloqueadas y que tenía las manos atadas a los pies, lo que le provocó una sensación de angustia que quiso paliar chillando. Fue así como asistió al tercero de sus fatídicos hallazgos, alguien le había tapado la boca con cinta americana.

A pesar de ello, gritó. O al menos lo intentó. Cada uno de sus chillidos morían en el adhesivo como las olas mueren en la orilla. Entonces se asustó. ¿Qué otra cosa cabía hacer cuando le habían negado hasta el derecho al pataleo? Inmóvil y enmudecida tan solo le restaba dramatizar. Su muerte era cuestión de tiempo. Sospechaba que la próxima vez que se abriera el maletero donde permanecía encerrada, todo acabaría ahí. En un descampado. O en una cuneta en la sierra. Algún sitio recóndito donde el sonido de un arma pasara desapercibido y fuera fácil deshacerse de un cadáver. Uno de esos sitios a los que ella misma había llevado decenas de

cuerpos sin vida en el último año. Si lo pensaba bien, aquel final tenía algo de justicia poética.

El vehículo en el que viajaba frenó de golpe y su cuerpo se cimbreó hasta chocar contra la chapa metálica. De un momento a otro, el miedo de Lucía Gutiérrez se transformó en alivio. ¿Qué sentido tenía aferrarse tanto a la vida? ¿Para qué seguir luchando? Más temprano que tarde volvería a decepcionar a todas las personas que quería. Así que, bien pensado, un tiro en la nuca podía acabar con todo aquello. Con la frustración, la rabia, la insatisfacción, las decepciones, la celulitis, la menopausia, las mamografías, los espejos de los ascensores en los que no se veía bien, las discusiones con Claudia, las mentiras a Juan, los meses de julio y agosto en Sevilla. Adiós a todo lo que le aturdía, adiós a la porquería de vida que había elegido, adiós a culparse por absolutamente todo. Un tiro y sería libre. Un disparo y tendría al fin un merecido descanso.

El maletero se abrió y la luz de una linterna la deslumbró.

—Hemos llegado —le anunció Raúl Ojeda—. No hagas tonterías y todo irá bien.

El agente se inclinó para sacarla de allí y una sombra, que no supo reconocer, se aproximó hasta él.

—Le pides mucho, ella solo sabe hacer tonterías. ¿Por qué te crees que ha acabado ahí dentro? —preguntó con desdén Reyes.

—Ni lo sé, ni me importa. Lo único que quiero es largarme de aquí cuanto antes.

El policía la agarró como un fardo y la lanzó contra el suelo sin ningún miramiento.

Dolorida, la exguardia civil alzó la vista para ver dónde se encontraba y supo al momento que su final no iba a ser tan rápido como un tiro en la nuca. Aquel sádico tenía pensado un escarmiento a la altura y había elegido para ajusticiarla el peor lugar posible.

***

## 3
## Plaza de la Encarnación, Sevilla

Unas luces de color rojo y verde iluminaban por la noche la gigantesca estructura de madera del Metropol Parasol, más conocida en la ciudad como las setas. Bruna Pinheiro las miraba con curiosidad, decidiendo mentalmente si aquello era un horror estético o una proeza. Antes de que saliera de dudas, Montoya la interrumpió.

—¿De dónde has sacado esto? —quiso saber el inspector al ver el primer informe de la Guardia Civil en el incendio de la chabola de Sabali.

—La pregunta no es esa —dijo indignada la reina de las mañanas al tiempo que recuperaba el documento.

—¿Y cuál es la pregunta?

—¿Qué tienes tú a cambio que me pueda resultar útil?

Montoya la contempló molesto. No le gustaba la manera en que resaltaba una y otra vez que era solo un pueblerino que no estaba a su altura, como si en cada intervención tuviera que demostrar que no era idiota y debiera ganarse el privilegio de que le siguiera hablando.

—¿Quieres recuperar tu puesto o no? Yo puedo conseguirlo, pero necesito que me des algo. Si lo voy a hacer yo todo... para qué quiero una alianza —le insistió ante la falta de una respuesta.

Definitivamente, no soportaba a esa mujer ni sus aires de grandeza. Pero qué otra cosa podía hacer. No tenía nada mejor a lo que agarrarse. Si se quedaba callado y rechazaba ayudarla, al día

siguiente se volvería a encontrar frente a la máquina de escribir que le habían asignado sin ningún informe que redactar.

—Tengo un sospechoso. Al menos de la muerte de Carmen Camacho. —Se mostró prudente el inspector.

—¿Quién?

—El hijo de Jesús Carranza, el candidato a la alcaldía de Sevilla.

—¿Qué tienes contra él? —Le brillaron los ojos a la presentadora al intuir que aquella historia podía tener todos los ingredientes para ser carne picada de *prime time*.

—Contradicciones en su declaración.

—Eso no vale una mierda en la tele, querido —señaló Bruna decepcionada, que no sabía evaluar de otra manera que no fuera en términos de audiencia.

—Puedo tener algo mejor, pero necesito tiempo.

—¿Cuánto?

—Veinticuatro horas.

—Está bien, a mi vuelta de Tánger volvemos a hablar.

—¿Tánger? ¿Te vas de vacaciones?

—Mejor, voy a conseguir que recuperes tu puesto de trabajo.

Por mucho que se esforzara, Marcos Montoya sentía constantemente jugar en desventaja contra todos los demás, incluida aquella mujer presuntuosa, que parecía tener mucha más información de la que le había revelado.

Sin tiempo para preguntarle a qué se refería, Bruna Pinheiro se subió a uno de los taxis que hacían cola en calle Imagen y se despidió de él lanzándole un beso, como si en lugar de un policía se estuviera despidiendo de un fan.

En cuanto el vehículo se puso en marcha y desapareció en la plaza de San Pedro, Montoya se giró y se quedó contemplando de mala

gana la enorme estructura de madera, que en comparación con el ego de aquella periodista ahora le parecía modesta.

***

## 4
## Esclusa Puerta del Mar, Sevilla

«Está todo ardiendo. Ayuda», leyó Cárcamo el último mensaje enviado por Sabali Idrissi antes de arrojar el teléfono a las aguas del Guadalquivir. Una confesión que podía complicarles la vida, especialmente a él, que era quien se estaba jugando el pellejo, firmando informes falsos y sobornando a policías para tener acceso a la cadena de custodia de las pruebas del caso.

El inspector esperó a que el móvil se hundiera del todo en el río mientras el agua le empapaba la ropa. Desde hacía un rato, la lluvia de primavera había hecho acto de presencia en Sevilla y el caudal de la esclusa había aumentado en poco tiempo.

Aquella ciudad solo entendía el lenguaje del exceso. Cuando hacía calor, hacía un calor extremo, de la misma manera que cuando llovía, lo hacía de manera exagerada.

Estaba a punto de volver al coche a resguardarse cuando algo llamó su atención. Entre las cañas y ramas que empujaba el río, había algo incrustado. En un primer momento pensó que se trataba de un neumático o cualquier otro tipo de escombro que el fuerte caudal había levantado del fondo de la esclusa. Fue el brillo de un reloj lo que le hizo cambiar de idea.

Intrigado, Cárcamo se aproximó a la orilla y alumbró la zona hasta percatarse de que lo que iba enganchado a las cañas era, en realidad, un cadáver.

***

## 5
## Barajas, Madrid

El dueño de Los Claveles apagó el televisor y dio a entender a los pocos parroquianos que resistían a aquellas horas en el bar que había llegado el momento de que se fueran a su casa. Un mensaje inequívoco que María Sánchez no supo interpretar.

El resto de los clientes salieron del local arrastrando sus cuerpos tambaleantes mientras ella siguió bebiendo agua con gas y mirando la pantalla del móvil de manera compulsiva.

—Estamos cerrando, señorita —le dejó más clara la situación el propietario al ver que la agente no reaccionaba.

—Para usted, sargento primero de la Guardia Givil —contestó ella sin dejar de mirar el teléfono—. Y no va a cerrar hasta que haya terminado el operativo.

—¿Qué operativo? —preguntó extrañado el dueño, que no terminaba de encajar que su humilde cafetería fuera el epicentro de una operación de la Guardia Civil como las que veía en los informativos.

—Es confidencial —dijo ella mostrándole las credenciales.

El dueño comprobó que eran auténticas y el mundo se le vino encima. Llevaba horas fantaseando con volver a casa y tirarse en la cama. No entraba en sus planes hacer horas extras, con lo que se quedó pasmado frente a ella sin saber qué hacer. Por un lado, sondeó la posibilidad de fregar por si venía un equipo de televisión, pero por otro estaba extremadamente cansado. Finalmente, entre el deber y el placer, eligió ser un referente de los madrileños de más de sesenta años.

—¿Le importa que ponga *El chiringuito*?

—Pero bajito, por favor —le concedió el capricho la sargento.

El televisor quedó prendido de nuevo y en la pantalla apareció un primer plano de un tal Tomás Roncero besándose el escudo del Real Madrid frenéticamente mientras el camarero asentía emocionado con la cabeza. María los contempló de soslayo y sintió lo mismo que se debe sentir al mirar fijamente el abismo, una sensación de vacío insoportable.

Tan solo fueron un par de segundos, los suficientes para salir fuera y darle intimidad a aquellos dos pobres hombres que hacían de lo rancio su Fort Apache y disfrazaban con bufandas lo que claramente era onanismo.

A aquellas horas no había un alma, ni tan siquiera circulaban taxis por la calle, lo cual preocupó todavía más a la sargento. Madrid en silencio era una película de terror, una extensión infinita de cemento y ladrillo a la que le faltaba el pulso. No tenía ni idea de cuánto tiempo podía tardar una reunión de aquel tipo, pero empezaba a sospechar que no tanto. Algo le había pasado a Lucía Gutiérrez. Puede que nada grave. Tal vez el encuentro no fue bien y terminó bebiendo a escondidas en otro bar. O fumando a solas. O buscando un teléfono con el que hablar con su marido. Fuera lo que fuera, necesitaba salir de dudas.

María Sánchez miró de nuevo la pantalla de su *smartphone* y decidió hacer la llamada que había estado evitando desde hacía media hora.

—Más te vale que sea importante, no son horas —dijo Elisa Muñoz con voz de cansada.

—¿Eso quiere decir que estás en casa?

—¿A qué viene esta llamada? —preguntó desconcertada al mismo tiempo que su marido le reprochaba con la mirada que siguiera

trabajando de madrugada.

—¿Hace cuánto acabó tu reunión con Lucía?

—Hará cosa de hora y media, ¿por?

La sargento Sánchez torció el gesto y concluyó que aquel retraso era más grave de lo que pensaba.

—Necesito que me ayudes a encontrarla. Creo que está en peligro.

***

## 6
## Centro Penitenciario de Mujeres, Alcalá de Guadaíra (Sevilla)

No hay ruido más atronador que el silencio, pensó Sabali mientras trataba de dormir hecha un ovillo sobre el catre de la celda. Tenía las rodillas flexionadas a la altura del pecho y los brazos recogidos sobre las piernas. Literalmente estaba hecha una bola. Era un armadillo protegiéndose del miedo, de la soledad y de la calma asesina de los pasillos de prisión. Había dedicado casi el mismo tiempo a pensar en cómo había acabado en un centro penitenciario que a imaginar los motivos del resto de las presas. ¿Quién más estaba allí? ¿Con qué clase de personas estaba compartiendo espacio? ¿Asesinas? ¿Traficantes? ¿Estafadoras? Cuanto más vueltas le daba, con mayor fuerza cerraba los ojos, como si aquello sirviera para teletransportarla a otro lugar, a alguno con buenos recuerdos.

Por desgracia para ella, cada vez que imaginaba un refugio feliz, no lo encontraba. Desde luego no estaba en Lepe, pero tampoco en Tánger o en los cultivos de Gharb-Loukkos. Era la maldición de los que tenían mala suerte, que ni tan siquiera tenían un sitio en la memoria al que huir.

Sabali hizo un último intento de coger el sueño y volvió a cerrar los ojos con fuerza. Esta vez lo hizo acompañado de movimientos respiratorios controlados con los que tratar de domar la ansiedad. Inspiraba durante un par de segundos, retenía la respiración durante otros tantos y exhalaba lentamente.

Repitió aquel patrón hasta que sintió una punzada en la garganta. Un pinchazo desagradable que le hizo perder la concentración y abrir los ojos de par en par.

—¡Bienvenida, compi! —dijo la reclusa presionándole la yugular con un cepillo de dientes meticulosamente afilado—. Si se te ocurre gritar, te rajo ahora mismo.

Sabali levantó la vista y estudió momentáneamente a su oponente. Aunque no tenía la mejor de las perspectivas, pudo ver que le faltaba un trozo del lóbulo de la oreja, como si alguien se lo hubiera arrancado de un bocado en una pelea. Debía tener diez años más que ella. Le resultaba difícil adivinar su edad. Era joven y era anciana al mismo tiempo, de esas mujeres a las que la vida y los dramas le han pasado por encima demasiado pronto.

—Hay una forma de que esto no acabe mal. Declárate culpable de los dos homicidios y vivirás bastante bien. Yo me encargaré de que no te pase nada. De lo contrario, no vas a durar ni tres días aquí. ¿Me has entendido, morita, o hace falta que te lo diga en otro idioma?

—En... entendido —dijo Sabali con esfuerzo, sintiendo cómo el filo del cepillo cada vez le presionaba más el cuello.

—Así me gusta, que me hagas más caso que a Mahoma —la amenazó deslizando la punta del cepillo por su vena.

Cuando Sabali se quiso dar cuenta, estaba sangrando y echando de menos la vida que tenía cinco minutos atrás. Después de todo, aquella noche averiguó que su refugio mental eran los raros

momentos donde lo más peligroso que le podía pasar era tener insomnio.

***

## 7
## Polígono Calonge, Sevilla

Las luces de tubo del espejo del baño parpadearon, dejando en el ambiente un efecto de irrealidad aumentado por los dos *whiskys* que Martínez se acababa de tomar.

Algo mareado, se refrescó la cara con el agua del lavabo y se tragó su última pastilla de viagra chino. Entretanto le hacía efecto, se quedó un rato hipnotizado con su propio reflejo en el espejo. Hacía tiempo que no se observaba al detalle y le costó reconocerse. ¿Quién era esa persona gorda y calva que estaba al otro lado? ¿Cómo era posible que hubiera envejecido tanto? ¿Qué iba a hacer alguien tan mayor si perdía su puesto de trabajo? Al contrario que otros policías retirados, él no era tan ingenuo como para pensar que por fin iba a disfrutar de su tiempo y hacer todo aquello que su empleo no le había permitido durante los últimos treinta años. Aquel trabajo era su ocio. Su estilo de vida. No tenía un plan alternativo. No le gustaban las manualidades. Ni la jardinería. Se le daba fatal el deporte, y mucho peor cocinar. Además de ser policía no había nada más en la vida que se le diera bien. Últimamente ni siquiera follar. Infelizmente casado y con una hija a la que apenas hablaba, ¿qué iba a hacer con cincuenta y cinco años, presbicia y dolores musculares cada cambio de estación? ¿Qué se podía hacer con esa ingente cantidad de tiempo libre salvo ir al médico a quejarse de los achaques?

La luz dejó de parpadear para apagarse definitivamente, lo que le supuso un verdadero alivio. Con los primeros síntomas de una erección, el todavía comisario, salió del baño dispuesto a olvidar su deterioro físico con un orgasmo.

Fuera le esperaba la Mami Flores, que le guiñó un ojo al policía en cuanto le vio salir del aseo de El Secreto, un conocido club de *striptease* en el polígono Calonge que solía frecuentar y en el que se le permitía casi todo dada su posición.

La mujer le condujo por un largo pasillo decorado con fotos de mujeres desnudas en posturas que desafiaban la ley de la gravedad.

Al final del angosto corredor, subieron unas escaleras iluminadas por la luz de un neón azul y salieron a la sala principal donde se mezclaba la música con los gritos de pervertidos entusiasmados con los bailes de las *strippers*.

El local, sin ser elegante, estaba decorado con cierto gusto. El suelo tenía alfombras de color vino y las paredes estaban cubiertas con tapices de color verde. Había tres pistas de baile, una grande, tipo pasarela al centro, otra de cristal suspendida que pertenecía a los clientes más distinguidos, y otra circular y diminuta enfrente de la entrada destinada a hombres de negocio con prisa. Como no podía ser de otra manera, Martínez pertenecía a la selecta dinastía VIP y la Mami Flores le dispuso una de las mejores mesas donde bailaba una colombiana de no más de dieciocho años.

—Deberías estar en el colegio —le dijo el comisario a la corista en cuanto vio que le faltaban curvas y pericia en los movimientos.

El comentario desconcertó a la joven, más acostumbrada al halago baboso que al rechazo y, de forma inmediata, se esforzó en mostrar todas sus virtudes por miedo a que eso pudiera significar un despido.

Afortunadamente, la señora Flores sí entendió de primeras a lo que se refería el comisario y la retiró de inmediato a empujones.

—¡Ya váyase a dormir, pinche chamaca! —le gritó la madama con marcado acento mexicano.

En el momento en que ambas desaparecieron de la pista de cristal, Martínez se encendió un cigarrillo y echó un vistazo a su alrededor. Habría más de cincuenta bailarinas de todo tipo: morenas, extranjeras, altas, bajas, flacas, con sobrepeso... A pesar de sus evidentes diferencias, casi todas compartían un rasgo común, tenían las piernas amoratadas. Un claro síntoma de que no habían acabado allí libremente sino bajo amenazas y el ejercicio de la violencia. Delitos y faltas que el oficial dejaba pasar a cambio de algunos privilegios.

—¿Esto es lo que entiendes por un sitio discreto? —le preguntó Urbizu después de tomar asiento al lado del comisario.

—¿No te gustan las chicas, Gallo? Podemos pedir un bailarín si lo prefieres —le contestó con la insolencia del que se siente ya acorralado y sin mucho que perder.

—No acostumbro a mezclar negocio y placer —afirmó sin sentirse ofendido y sin resolver su tendencia sexual.

Consciente de que el juego no daba más de sí, Martínez puso sobre la mesa un par de fotografías y las desplazó hasta la esquina donde estaba sentado Urbizu. En ellas se podían ver a Sabali con heridas en el cuello.

—Mañana cambiará su declaración —afirmó el comisario.

Urbizu sonrió. Ciertamente, no esperaba que aquella hiena sin escrúpulos pudiera ser tan resolutiva.

—También la tengo grabada en vídeo si no te fías.

—¿Quién no se fiaría de ti? —dijo con la misma calculada ambigüedad con la que había expuesto su orientación sexual, sin

dejar claro si confiaba o no en él.

Martínez no tuvo tiempo de indagar más. Una nueva llamada de Cárcamo le distrajo. A pesar de que no era el mejor momento para descolgar, echó una mirada al móvil y leyó sus mensajes.

—Ha aparecido el cadáver de Ibrahim en la esclusa, ¿qué hacemos con él?

—Llamar a un forense —dijo Urbizu sonriendo. La noche solo le estaba trayendo buenas noticias. Todavía estaba a tiempo de quitarse de en medio a Lucía Gutiérrez sin necesidad de pegar un tiro.

La Mami Flores apareció en la mesa con una rubia a la que puso a bailar de inmediato. Al contrario que la anterior *stripper*, la chica estaba cerca de los treinta años y tenía abundante pecho.

—Se llama Anastasia. Espero que te guste más —dijo servicial la madama.

El comisario movió la cabeza en señal de asentimiento y se concentró en los movimientos de la joven.

—¿Y no tiene un hermanito Anastasia? —intervino repentinamente Urbizu, que animado por la oleada de buenas noticias, se permitió un capricho.

Por supuesto que lo había. Todo lo que se pudiera pagar estaba disponible en El Secreto. Con la discreción que caracterizaba a Mami Flores, en lugar de hacer preguntas, le hizo un gesto para que la siguiera.

La anfitriona le llevó hasta el corazón del club, el vestuario, en el que habría unas veinte bailarinas más aguardando su turno.

Lo primero que llamó la atención del exguardia civil fue el exotismo de la habitación, compuesto por cientos de perfumes baratos y diversos acentos extranjeros. Allí había chicas de Colombia, Argentina, Hungría, República Checa y Brasil. Mujeres que

hablaban entre sí mientras se rasuraban las piernas, peinaban sus largas extensiones con dedicación o rezaban desnudas con los ojos cerrados frente a un busto de la virgen de la Esperanza.

La señora Flores entró en el camerino y acarició una a una a todas las mujeres como si realmente fuera una madre que se despide de sus hijas antes de irse a la cama. Cuando acabó de dedicarle a cada una de ellas un arrumaco, se dirigió a la esquina donde aguardaba un muchacho rubio al que dio un tierno beso en la frente.

El chico miró al otro lado del camerino hasta que localizó a Urbizu en la puerta y entendió lo que iba a suceder sin que nadie le explicara nada.

—Aquí dentro no puedes tocarle, no puedes quitarle la tanga a la hora del baile, y por supuesto, no puedes darle propina —le recordó las normas una vez que les dejó en una sala privada a los dos.

—¿Y fuera? —preguntó con picardía Urbizu.

Al exteniente siempre le pareció barato todo lo que se podía pagar con dinero, así que no le importó demasiado abonar todos los gastos extras que conllevaba salir acompañado de El Secreto con tal de quitarle la ropa interior a aquel querubín del Este.

En cuanto pusieron un pie en la calle, donde las normas no tenían vigencia, Urbizu intentó robarle un beso a su acompañante, pero este le frenó en seco.

—Aquí no, sígueme —dijo con un pronunciado acento extranjero que disparó la lívido del exoficial.

No anduvieron mucho. En la parte de atrás del local había una calle privada en la cual se situaban tres casas semiabandonadas. Según le contó el propio Ángel, que así decía llamarse el estríper, allí vivían todas las extranjeras que no podían o no querían pagarse un apartamento en la ciudad. Al mismo tiempo servía como escondite por si había una redada en el local.

Sin duda, era un lugar un tanto siniestro, sucio y oscuro, más propio del lumpen que del deseo. Una especie de Sodoma abandonada a la que solo podían entrar fantasmas o indigentes. Pero por alguna razón, todo aquel ambiente de marginalidad y degradación excitaba a Urbizu, al que ni encontrarse el piso colmado de cigarros, jeringas y copas sin terminar, le disminuyó la fogosidad.

Ángel tomó de la mano a su acompañante y le llevó hasta su modesto aposento, donde finalmente pudieron besarse a escondidas.

Un par de morreos más tarde, el chico comenzó a desnudarse sumisamente. En esta ocasión fue Urbizu el que le frenó, deseando paladear el momento con calma.

—¿Una copa?

—No, el alcohol me arruinó la vida —dijo el crío deslizando la mano en la entrepierna de su amante.

En realidad, no era más que una mentira, los chicos como Ángel querían acabar cuanto antes con aquellos servicios. A partir de entonces ya no habría más besos ni más caricias. Todo sería rápido y anodino. Por eso se esforzó en frotar su miembro y en morderlo con la boca. Con un poco de suerte, en cinco minutos ya estaría fuera fumando.

—¿Qué te pasó? —Le frenó Urbizu de nuevo, que de repente se mostraba más interesado en su historia que en follar.

—No me apetece hablar de eso. —Volvió el muchacho a morderle el miembro al que, en realidad, no le apetecía hablar de absolutamente nada con aquel desconocido.

Pero ya era demasiado tarde. La fantasía de Urbizu había volado en mil pedazos. En su cabeza solo existía ya hueco para una única realidad, para el mismo pensamiento agotador que le llevaba torturando desde hacía rato: Lucía Gutiérrez.

—Ni a mí lo que estás haciendo —se desentendió finalmente de Ángel y salió con urgencia de aquella casa cochambrosa.

***

## 8
## Barajas, Madrid

La madrugada cobija las desgracias mejor que la luz del día. Sobre su manto ceniciento, María Sánchez había sido testigo de una cantidad interminable de infortunios a lo largo de su carrera. Había una especie de pacto no escrito entre las malas noticias y los agentes de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad por las que estas hacían acto de presencia a partir de la medianoche.

Por supuesto, aquella madrugada, en un triste descampado de Barajas, no fue una excepción.

—Deja que hable yo —le pidió la teniente Muñoz a María después de estacionar frente a la zona acordonada.

Las dos mujeres bajaron del vehículo y atravesaron el cordón policial. Una todavía con sueño, la otra ya sin padrastros que morderse. La llamada que les había llevado hasta allí no había sido lo suficientemente concreta, un vehículo ardiendo cuya matrícula correspondía con los datos de la sargento Sánchez. No tenían la certeza de que dentro estuviera Lucía Gutiérrez, pero ninguna de las dos era demasiado optimista al respecto.

Un equipo de bomberos sofocaba las últimas llamas que asediaban el coche cuando el policía a cargo del atestado las abordó y las puso al corriente.

—No hemos encontrado restos humanos. Ni en los asientos ni en el maletero.

María Sánchez alzó la vista y examinó en la distancia lo que quedaba de su Renault Megane. Apenas se distinguía el chasis, todo lo demás eran cenizas. A pesar de ello, trató de buscar alguna esperanza a la que agarrarse.

—¿A qué hora avisaron los vecinos del incendio? —desoyó la petición de Muñoz e hizo ella las preguntas.

—Media hora exacta.

—Entonces no deben andar lejos...

—¿Quiénes? —quiso saber el policía desconcertado.

—Los que la secuestraron —dijo de mal humor María Sánchez, como si su tren de pensamiento tuviera que ser obvio para todo el mundo.

—No hemos encontrado huellas de otro coche en las inmediaciones que indique que fue un secuestro.

—¿Y qué coño han encontrado? —Perdió los nervios definitivamente.

—¡Basta! Las preguntas las hago yo, sargento —le recriminó la oficial.

Las muestras de tensión entre las dos mujeres le resultaron más que evidentes al policía, que entendió que sobraba allí y prefirió desplazarse hasta donde estaban los bomberos para darles algo de intimidad.

—Esto es exactamente lo que pasa cuando alguien cercano se encarga de una investigación, que lo hace todo personal. Si existe una mínima posibilidad de que encontremos con vida a Lucía Gutiérrez, será mejor que me dejes a mí llevar la voz cantante.

—Lo siento —se disculpó enseguida—. ¿Estamos a tiempo de montar un dispositivo especial? No ha pasado mucho tiempo desde que se deshicieron del coche.

—Por última vez, soy yo la que está al mando y soy yo la que toma las decisiones. Si ves que la situación te supera, vete a tu casa. Es lo mejor que puedes hacer por tu amiga.

—Lo siento —volvió a disculparse la sargento, a lo que los nervios y las ganas de ayudar no le dejaban pensar con claridad—. Tiene razón. ¿Puedo preguntarle algo? ¿Qué pasara con la investigación si no la encontramos?

Elisa Muñoz bajó la vista al suelo y casi se lo dijo todo sin abrir la boca.

—Supongo que te haces una idea. Las pruebas que ha presentado solo la incriminan a ella y los mensajes del teléfono del comisario están escritos en clave. Sin su testimonio esto no tiene mucho recorrido.

María Sánchez se quedó en silencio como si ya estuviera guardando luto por su muerte. Sin embargo, al cabo, una idea le vino a la cabeza.

—¿Y si logro desencriptarlos?

La teniente Muñoz volvió a subir la vista y ahora la miró a los ojos.

—Es lo mejor que puedes hacer por ella ahora mismo.

***

## 9
## Los Pajaritos, Sevilla

Carita Linda no era un hombre feliz aquella madrugada y entró en su casa bebiendo los restos de una botella de ron. Algo le mordía por dentro, aunque no recordaba bien el qué. El alcohol tenía la fea manía de colocarle en un terreno confuso, un estado que transitaba de la misma manera por la tristeza que por la alegría. Las dos a la vez y las dos con la misma intensidad.

A pesar de su empeño en desconectar con la bebida, no lo logró del todo. Acababa de perder la custodia compartida de sus dos hijas, que era lo mismo que decir que había perdido las dos piernas. En el horizonte tan solo le quedaba un guacamayo ciego, dos meses de paro, un apartamento de apenas treinta metros cuadrados y seguir perdiendo combates en el *ring*. Con tan pocas esperanzas, no había manera de desear que llegara un nuevo día. Ni siquiera para los entusiastas como Domingo Pacheco, ni siquiera para los guapos como Carita Linda.

—Tengo un trabajo para ti —dijo Montoya, cuya voz le sonó al portorriqueño como suena la voz de los teleoperadores del teléfono de la esperanza.

—Cuenta conmigo —contestó sin pensar, sin preguntarse qué hacía aquel hombre, que por la mañana le había golpeado con rabia en el abdomen, sentado en su sofá a aquellas horas. Domingo no se hizo preguntas, porque ya estaba muerto y los muertos solo quieren descansar.

—¿No quieres saber de qué se trata?

—Me da igual. —Y era verdad. ¿Qué más le daba estar allí que en cualquier otro lugar? Una vez muerto, ¿qué otra cosa podía hacer más que vagar errante?

Montoya le miró y se compadeció de él. Salía al *ring* derrotado antes de ponerse los guantes. Carita Linda era el mejor *sparring* del mundo y, por consiguiente, el mejor compañero posible para la misión que tenían por delante, en la que de una forma o de otra, antes o después, el fracaso era la única opción viable para ambos.

—Al menos tienes que saber que nada de lo que vamos a hacer a partir de ahora va a ser legal.

Carita Linda no se inmutó. Las mismas caderas que habían conquistado a mujeres a cada orilla del Atlántico, ahora permanecían

entumecidas. Al igual que sus ojos y su boca, todo en aquel mulato estaba ya descompuesto a falta de que los gusanos y los insectos cadavéricos lo devoraran.

—Cómprame otra de estas y haré lo que quieras —dijo señalando la botella de ron.

—Cuando acabemos, de momento te necesito despierto —señaló el inspector creyendo que su resurrección era todavía posible.

***

## 10
## Cobo Calleja, Madrid

—¿Lo reconoces? —quiso saber el brigada—. Espero que sí.

Una nausea invadió el estómago de Lucía Gutiérrez en cuanto identificó la nave de Cobo Calleja donde tuvo su primer encuentro sexual con Reyes. En aquel entonces tenía treinta y ocho años, el vientre plano y la estúpida creencia de que tenía todo el futuro por delante. Un polvo después en ese polígono industrial ya no tendría nada.

—Aquí comenzó nuestra historia. Me pareció simbólico que también acabara aquí —le refrescó la memoria mientras la agarraba de un brazo para levantarla y empujarla hasta el interior del edificio.

El tacto del brigada la agitó. Las vidas se arruinaban así, con una caricia, con un leve contacto. Para algunos el roce hacía el cariño, para ella abría las compuertas del sótano donde tenía ocultos los buenos momentos que pasó con aquel guardia civil en ese mismo edificio.

Al igual que ella, la fachada principal estaba más deteriorada que años atrás, con centenares de cicatrices que salpicaban el hormigón

de la estructura. Ni uno ni otra parecían haber soportado bien el paso del tiempo.

No se podía decir lo mismo de Reyes, cuyo rostro seguía tal y como lo recordaba, sin arrugas ni surcos en la piel. De la misma manera resistía su cuerpo, que no tenía un gramo de grasa de más. Todo en él seguía donde debía seguir. Hasta su pelo era prácticamente el mismo. Pertenecía a esa estirpe privilegiada cuyo envejecimiento se frena a la edad de cuarenta años y a partir de ahí dejan de cumplir más.

Los dedos del suboficial la presionaron con fuerza el antebrazo para que obedeciera y accediera al interior del recinto. Aunque sabía que le restaban segundos de vida y que haría bien en dedicarlos en despedirse mentalmente de Juan, de Claudia y del resto de los seres queridos, su mente tenía otros planes para ella.

El tacto persistente de aquel hombre, odiado ahora y deseado tiempo atrás, la arrastraba sin remedio al año 2005, al coche patrulla donde hacían guardia, a elevar los brazos hacia el techo del vehículo impulsándose con fuerza para recibir en menos corto plazo de tiempo las embestidas del brigada, a contemplar distraída desde el espejo retrovisor a uno de los cientos de chinos que recorrían el polígono de Cobo Calleja, a correrse sin tener la más mínima sospecha de que resultaría ser la misma persona que iba a herir con un arma de fuego a los dos compañeros que estaban en el interior.

Lucía Gutiérrez recordaba aquel orgasmo como si fuera una cicatriz y desde entonces mantenía una relación extraña con el placer, sintiéndose culpable por disfrutar de su cuerpo, temiendo que tras un gemido le acechara una nueva tragedia.

La mano de Alfonso Reyes, que catorce años atrás se deslizaba por su sexo, se desprendía ahora de su antebrazo para finalmente tomar impulso y arrojarla contra el suelo.

Desde allí tuvo tiempo para comprobar que el edificio estaba completamente vacío y que resultaba absurdo pedir auxilio o rebelarse. Estaba desarmada y en clara desventaja. Tan solo le quedaba la esperanza de que el desenlace no se demorara en exceso.

—Para lo lista que eres, siempre has sido muy fácil de manipular —dijo al mismo tiempo que la encañonaba.

Hecha un guiñapo y con lágrimas en los ojos, Lucía Gutiérrez entendió que ni tan siquiera eso le iba a ser concedido. Le esperaba un escarmiento final, una última humillación que la removiera por dentro antes de disparar.

—Lo normal es que la gente se deje avasallar por dinero. Pero tú... tú necesitas mucho menos. Solo hay que darte un poco de cariño para que se te nuble la razón. Pensaba que habías aprendido la lección después de tantos años, pero no, tropiezas una y otra vez con la misma piedra. Una caricia y... haces padrino de tu boda al mayor hijo de puta que conozco —dijo el brigada, que estaba disfrutando con la tortura.

—Has descubierto que me odio, enhorabuena. Ojalá te den una medalla al mérito por eso —respondió Lucía secándose las lágrimas, fingiendo estar más entera de lo que estaba. Por muchos años que hubieran pasado, aquel hombre tenía intacta la capacidad de desnudarla, ya fuera para follar o para menospreciarla.

—En el fondo, si lo piensas bien, deberías darme las gracias. De todos los finales posibles, este es el mejor para ti. Estabas a punto de arruinar otro matrimonio y de echarle más mierda a tu currículo. Era cuestión de tiempo que volvieras a beber. Este final es el único donde puedes parecer una heroína —dijo acercando el dedo al gatillo—. ¡De nada!

Lucía Gutiérrez cerró los ojos y esperó el fatídico final. En parte, Reyes tenía razón. Aquella bala iba a limpiar su imagen. Mañana nadie la recordaría como una madre ausente, una esposa que se marchó de su convite de bodas o una exguardia civil con problemas de alcoholemia que había acabado sus días encubriendo asesinatos.

Mañana, todo serían halagos. Mañana sería un referente, alguien que dio su vida por los demás. Un ejemplo. Una inspiración para otros. Algo a lo que estando viva nunca podría aspirar.

—Gallo quiere hablar contigo —interrumpió Ojeda la metamorfosis de borracha a heroína de Lucía Gutiérrez.

—¿Qué quiere ahora? —preguntó impaciente Reyes, que deseaba acabar cuanto antes con la espinilla en el culo que era esa mujer.

—Quiere matarla él.

***

## 11
## Zoco Chico, Tánger

Los comensales del patio del Palais Zahia estaban algo fríos aquel viernes de primavera. Ni siquiera los deliciosos tés marroquís del local parecían sacarles de ese estado letárgico. Se miraban los unos a los otros sin animarse a romper el silencio, tan apáticos como la propia meteorología, que tan pronto parecía que les iba a regalar una mañana soleada como indicaba todo lo contrario y se nublaba con la promesa de una lluvia torrencial.

Esa incertidumbre les mantenía entumecidos, más atentos a si tenían que salir corriendo al interior del hotel a refugiarse de la lluvia que al *harsha* que les servían.

Al pianista del restaurante no le hizo falta que el jefe de sala le pidiera transformar la inquietante atmósfera que se respiraba en el

patio central. Tenía la suficiente experiencia para saber qué hacer en esos casos de indolencia burguesa: tocar los primeros acordes de *Água de março*.

La canción de Tom Jobim sobrevoló el palacete y donde antes había incertidumbre, se instaló un estado generalizado de optimismo que desembocó en que algunos de los comensales olvidaran sus cautelas y se pusieran a entonar el estribillo. Tal era la fuerza de aquella melodía que abuelas, padres y niños se olvidaron durante un momento de los rayos y los truenos que iluminaban violentamente la fuente central. Como bien sabía el músico, aquella no era una canción sino un bote salvavidas.

Menos propenso a sus encantos, Malek se empezaba a impacientar. Su cita se retrasaba más de media hora y, aunque conocía que los retrasos en Tánger eran habituales por el tráfico, el asunto que le había llevado hasta la Medina era tan espinoso que no sabía cómo encarar aquella demora. ¿Se habría arrepentido? ¿Lo habrían descubierto? ¿Estaba en problemas y sería mejor marcharse de allí?

De un momento a otro su cerebro se convirtió en algo similar a un ordenador que se apaga repentinamente por saturación del sistema y necesita ser reiniciado para volver al funcionamiento. Salvo que, en su caso, cuando el cerebro volvió a restablecerse y el fundido a negro dio paso de nuevo al salón principal del Palais Zahia, el sistema no se recuperó.

No sabía dónde estaba o quién era toda esa gente. A decir verdad, ni tan siquiera sabía qué hacía allí. Estaba desorientado y confuso. Súbitamente cayó en la cuenta que su desconocimiento de la situación era tal que no tenía ni idea del día de la semana que era y mucho menos del año en que se encontraba. El apagón que sufrió, de apenas un segundo, había devastado por completo su memoria.

No recordaba cómo se llamaba o a qué se dedicaba. La angustia era tal que no podía ni tragar saliva. Solo deseaba escapar de ese agujero negro y llorar.

Pero por más que se esforzaba en encontrar una puerta de salida no era capaz de hallarla.

—¿Malek Rahmani? —le preguntó Bruna Pinheiro al encontrarlo dando vueltas por el patio aturdido.

La presentadora de televisión identificó en un abrir y cerrar de ojos aquella mirada de incertidumbre. Era la misma que la de la mayoría de los adultos de esa edad, esos que están a punto de dejar de ser humanos para transformarse en jarrones delicados a los que apartar en residencias del extrarradio.

Aunque no pareció reconocerla, el hecho de que alguien le llamara por su nombre, le sirvió para recuperarse del apagón y reestablecer los servicios mínimos.

Malek respiró aliviado cuando por fin recordó quién era y qué hacía allí. Era la tercera vez que le ocurría algo así en el último mes. Breves episodios de confusión y desorientación en el que durante unos segundos tenía graves problemas de memoria y razonamiento. Aunque trataba de seguir con su vida de la forma más normal que podía, obviamente la palabra alzhéimer revoloteaba todo el rato en su pensamiento como una mosca obstinada a la que es imposible apartar. En el hospital habían tratado de tranquilizarle y descartaban, de momento, que pudiera tratarse de algo tan espinoso. Sin embargo, para alguien acostumbrado a detectar embustes en interrogatorios, aquello no era más que una mentira piadosa. Un dardo tranquilizante con el que aguantar el tiempo suficiente hasta que tuvieran un diagnóstico definitivo o el dinero suficiente para afrontar pruebas médicas. Había llegado a una especie de pacto con el doctor Bouazza por el que, si volvía a sufrir un episodio de las

mismas características, acudiría de manera urgente al hospital acompañado de un familiar para someterse a una resonancia magnética y salir de dudas. Y ciertamente, aunque no le hacía gracia invertir parte del dinero de su jubilación en que le dijeran que iba a perder la cabeza, esta vez el susto fue mayor.

—¿Nos conocemos? —preguntó Malek, temeroso de que esta vez el apagón hubiera tenido consecuencias más graves y hubiera borrado de su memoria a aquella mujer.

—Soy Bruna Pinheiro, la periodista. Habíamos quedado hoy, ¿lo recuerda?

El investigador respiró de nuevo aliviado. En realidad, no tenía por qué conocerla. Era la primera vez que se veían después de varias llamadas telefónicas. La había convocado allí para tener una buena excusa con la que ausentarse de su fiesta de jubilación en comisaría.

—Sí, claro, no la había reconocido. ¿Todavía está interesada en el informe de Sabali Idrissi?

—Para eso he venido a Tánger —sonrió nerviosa la reina de las mañanas, temiendo que el policía se echara atrás en el último momento.

—Será tuyo, pero a cambio necesito que me haga un favor —le devolvió la sonrisa Malek sin desvelar cuál era su intención.

***

## 12
## Isla Canela, Ayamonte

La humedad caía a plomo sobre los coches, dejando empañados por completo las lunas de los cristales. Montoya activó el limpiaparabrisas cuando perdió la perspectiva de la calle. En un par

de zigzagueos de las escobillas, el cristal le permitió comprobar de nuevo que allí no había ni un alma.

—Ahora o nunca —le dijo el inspector a Carita Linda mientras este apuraba un café industrial que sabía exactamente a lo mismo que su vida, a pura decepción.

Montoya abrió la puerta y agarró su mochila. El portorriqueño, sin embargo, sacó de su bolsa de deportes un sobre rectangular que desconcertó por completo al policía.

—¿Qué es eso?

—Una llave maestra —sonrió el *sparring* sin aclarar el contenido.

Los dos hombres avanzaron en silencio a través del paseo de los Gavilanes. Lo único que se escuchaba a aquellas horas era el sonido del mar de fondo.

En el número cuatro, la puerta de entrada del chalet tenía las luces encendidas. Dos faroles situados en cada poste de la cancela alumbraban tenuemente la fachada.

—Me dijiste que no habría nadie.

—Y no hay nadie. ¿Tú dejas las luces encendidas cuando estás dentro?

Carita Linda lo pensó y llegó a la misma conclusión que él, aquello no era más que una medida disuasoria.

—Están programadas para que se enciendan todos los días a la misma hora. Es la homeopatía de la seguridad.

Montoya dejó de hablar y arrojó por encima de la verja su mochila. Cuando comprobó que ninguna alarma saltaba, decidió trepar por encima del portón, obligando a Pacheco a hacer lo mismo.

Del interior del macuto sacó una palanca de acero e intentó forzar la puerta principal. Tras varios intentos, le cedió su puesto al boxeador, que volvió a lanzarle una sonrisa mostrándole su

misterioso sobre. Para sorpresa del policía dentro únicamente había una simple radiografía.

—¿Esa es tu llave maestra?

—Sí, es de la mano de mi hijo. Me trae suerte —le explicó Pacheco, callándose que esa fractura en la falange la había provocado él por permitirle boxear siendo demasiado pequeño. Cualquier otro padre lo hubiera entendido como un recordatorio constante de una imprudencia que no volvería a repetir, él la lucía como una medalla, como el único momento en que uno y otro se sintieron próximos. La utilizaba siempre que se veía obligado a asaltar casas, sin darse cuenta de lo inmoral que resultaba. Ser padre se le daba igual de mal que abrir negocios o aguantar dos asaltos en el *ring*.

El púgil caribeño besó la medalla del niño Jesús que colgaba de su cuello y seguidamente introdujo la radiografía por la parte superior de la cerradura, encajándolo en el hueco de la rendija que existía entre el marco y la puerta. En cuanto sintió que la placa había encajado en el pequeño cerco, la bajó con decisión hasta que tropezó con el resbalón de la cerradura y se hundió dentro del propio mecanismo, de idéntica manera que si hubiera metido una llave.

—Nunca falla. —Volvió a besarse la medallita mientras abría la puerta.

Montoya le arrebató incrédulo la radiografía para comprobar en qué consistía el truco. Tras un rato observándola, no encontró nada raro.

—Abrir puertas se me da bien, lo que se me da mal es cerrarlas —resumió así Pacheco su vida, en la que rara vez había logrado poner fin a ninguna de sus historias de manera natural.

El *sparring* devolvió al sobre la preciada radiografía y Montoya entró al fin en la vivienda.

En cuanto puso un pie, le asaltó un fuerte olor a lejía y desinfectante, como si hubieran limpiado recientemente. Detalle que no le pasó desapercibido en una vivienda en la que en principio solo usaban en los meses de verano.

Pacheco reaccionó de la misma forma e, incluso, le brotó un repentino ataque de tos.

—¿A qué huele?

—A delito —dijo Montoya, que cada vez estaba más convencido que aquella casa había sido testigo de un asesinato y alguien se había tomado muchas molestias en limpiar cualquier rastro—. Encárgate de revisar la planta de abajo. Cualquier cosa que te llame la atención, avisa —le ordenó a Pacheco antes de subir a las habitaciones.

Las paredes de las escaleras tenían un par de cuadros abstractos que al inspector no le dijeron gran cosa. Suponía que eran caros, pero a él le parecían simples garabatos. No obstante, no estaba interesado en el gusto artístico de los Carranza sino en sus suelos. La luz de la linterna recorrió concienzudamente cada uno de los peldaños en busca de alguna mancha de sangre que se les hubiera pasado desapercibida.

Cuando llegó a la segunda planta, resopló. Al igual que abajo, allí también olía fuerte a amoniaco. Sin duda, habían limpiado a conciencia y no tenía demasiada fe en poder encontrar algo que le ayudara a demostrar que allí se había cometido un crimen.

En el dormitorio principal el tufo a desinfectante era mayor que en el resto del chalet, lo que le hizo sospechar. Tanto el cabecero de madera de la cama como la cómoda estaban dañados en la

superficie. Una prueba más de que se habían pasado con los productos de limpieza.

Como le ocurría siempre, una corazonada le hizo cambiar de planes y Montoya decidió tirarse al suelo para revisarlo detenidamente con la luz de la linterna.

Debajo de la cama, en uno de los pies del somier, por fin dio con algo. Una diminuta gota de sangre pegada al acero de la pata.

—Te tengo, hijo de puta —celebró el hallazgo.

***

## 13
## Hospital de Mohamed V, Tánger

Malek dejó olvidado en la camilla un billete de veinte dírhams y media vida. El sonido de la máquina de resonancia magnética todavía perforaba sus oídos mientras se abrochó el último botón de la camisa. Era un ruido con alma de despertador, la señal de aviso de que justo en aquella sala comenzaba su vejez.

—¿Puedo saber qué estamos haciendo aquí? —preguntó Bruna en cuanto le vio aparecer en el vestíbulo.

—Un obra de teatro benéfica. Vas a interpretar a mi hermana.

La estrella de las mañanas le exigió más explicaciones enarcando las cejas como solo sabían hacer las divas de la televisión.

—El médico me pidió que viniera con un familiar cercano... No quiero preocupar a nadie hasta que no sea necesario.

—¿Me puedes adelantar algo? —quiso saber Bruna Pinheiro, que nunca se lanzaba a un plató sin tenerlo todo controlado.

—Cuanto menos sepas, más creíble parecerá todo —dijo Malek, sin demasiadas ganas de dar explicaciones.

El inspector dio medio vuelta y se internó en los pasillos del hospital, obligando a su hermana de ficción a hacer lo mismo.

En la consulta de la unidad de neurología, el doctor Rahmani les esperaba con la pantalla del ordenador girada, mostrándoles la resonancia de Malek.

Sin mediar saludo alguno, el neurólogo fue directo al grano.

—Hemos descubierto estructuras proteicas y lisas en las neuronas, que hemos identificado como cuerpos de Le...

—Déjese de rodeos. Sé que tengo alzhéimer —le interrumpió el inspector.

El neurólogo guardó silencio. Le costaba dar un dictamen negativo. Por más que estuviera acostumbrado, había una parte de él que se sentía responsable de las malas noticias. Tal vez por eso, el oficial le echó una mano y rellenó los espacios vacíos.

—Todavía soy un buen policía —justificó así su buen olfato.

—Podría ser alzhéimer. Pero me inclino a pensar que se trata de demencia con cuerpos de Lewy.

—¿Qué es eso?

—Es parecido al alzhéimer...

—No me venga con tecnicismos. No le quite su última victoria a un jubilado —dijo Malek confundido, que llevaba las últimas horas poniéndole nombre y apellido a su enfermedad para que ahora vinieran a arrebatarle hasta eso.

—También comparte síntomas con el párkinson.

—El *pack* completo.

—Lo que explicaría esos temblores...

—¿Qué temblores? —preguntó extrañado el inspector.

El neurólogo señaló con la mirada la mano derecha de Malek, que temblaba ligeramente. Al verlo, se asustó y en un gesto instintivo

utilizó la izquierda para cubrirla y evitar que los demás pudieran ver su deterioro.

—¿Es hereditaria? —se metió Bruna en el papel, harta de ser una simple secundaria en aquella función, dejando todavía más descolocado al inspector.

Cuando el médico resolvió todas las dudas, los falsos hermanos abandonaron la consulta y salieron al exterior.

En el trayecto, ninguno de los dos dijo nada. Malek estaba concentrado en contener el temblor de la mano y Bruna meditando cuándo sería buen momento para preguntarle por el informe de Sabali sin parecer insensible.

—Gracias —dijo el policía ofreciéndole a la presentadora el tan ansiado expediente—. Te diría que me dejes al margen y no saques mi nombre a relucir. Pero es evidente que antes o después, voy a olvidarme de esto —lo dijo en tono de broma, pero el diagnóstico era demasiado reciente para que alguno de los dos sonriera.

Bruna Pinheiro dudó entre darle un abrazo o un apretón de manos, pero, en lugar de eso, optó por hojear el informe directamente. Después de todo, no había caricia posible que salvara a aquel hombre, pero entre aquellos papeles sí había esperanza todavía para Sabali Idrissi.

—Puede que ahora te sepa a poco, pero has ayudado a una víctima —dijo dándole un golpecito en el hombro, dejando a Malek con la duda de si se refería a Sabali o ella misma.

***

## 14
## Los Remedios, Sevilla

La vida después de sobrevivir a un hijo se parecía a un domingo de agosto. Discurría lenta y tediosa, con un único y firme propósito, acabar el día cuanto antes.

Al menos eso pensaba Jesús Carranza mientras la maquilladora le quitaba los brillos y le rebajaba las ojeras.

—Cuando quieras, cariño —avisó la joven a Candela de que había llegado su turno.

—No necesito maquillaje —contestó ella, cuyo rostro estaba salpicado del dolor de las últimas horas—. El sufrimiento no se puede esconder.

Aquello confundió a Jesús Carranza, que estaba a punto de ceder la silla a su esposa y se quedó pensativo. Si ella iba a aparecer en televisión al natural, tal vez él debería hacer lo mismo. ¿Qué iba a pensar la gente si la veían a ella destrozada y a él con un aspecto saludable? No es que quisiera competir con ella en sufrimiento, desde luego que no. La política no le había convertido del todo en un cretino. Se trataba de otra cosa. Algo que había aprendido tras varios fracasos. No había nada que transmitiera más al electorado que la verdad. Cuanto más artificial se había mostrado, cuanto más elaboraba sus discursos o cuidaba su imagen, peores eran sus resultados.

Así que, tras considerarlo unos segundos, se volvió a sentar.

—¿Puedes quitármelo? Quiero que se me vean las ojeras —señaló el candidato menos poético que su mujer.

Sin cosméticos, con los rostros cansados y vestidos de negro, marido y mujer comparecieron rotos en el salón de su casa, donde les esperaba una periodista y un cámara.

—Si en algún momento quieren interrumpir la entrevista, solo tienen que decirlo —indicó la entrevistadora al ver que ninguno de los dos parecía pasar por su mejor momento.

—No tenemos nada que esconder —dijo Carranza, al que le faltó tiempo para replicar el discurso de su mujer—. El dolor no se puede ocultar.

***

## 15
## Puerto de Sokoburu, Hendaya

El horizonte era tan difuso como el futuro. Una niebla espesa se había extendido entre la bahía de Txinguidi y el estuario del Bidasoa dejando el puerto deportivo sin apenas visibilidad. De alguna manera, el clima también le quería dejar claro a María Sánchez que se olvidara de tener esperanzas.

La sargento de la Guardia Civil miró impaciente a un lado y a otro buscando a su cita. Aunque trataba de no perder el buen ánimo, aquella demora no pintaba bien y empezaba a pensar que se había arrepentido. Aquella clase de hombres siempre se arrepentía.

—No pensaba venir —dijo detrás de ella un individuo de voz grave y cuerpo menudo.

La sargento se giró y allí descubrió a un hombre de origen asiático de unos sesenta años trepando a una embarcación de nombre Sokuburu.

—Me ha convencido mi mujer —puntualizó mientras ayudaba a subir a la suboficial—. Ella cree que os lo debemos.

Decía llamarse Bernard como podría haber dicho cualquier otro nombre. Era un seudónimo, tan falso como todo lo demás. Aparentaba ser un hombre de mar, pero sus movimientos dentro del barco a motor eran torpes y deslavazados, como de alguien que llevaba poco tiempo lidiando con la navegación. Algo que

acreditaban sus manos, que no estaban dañadas ni agrietadas. Más que un oficio, lo de Bernard parecía un *hobby* de jubilado.

—Tienes siete minutos —señaló arrancando el motor fueraborda.

El Sokuburu se adentró en la niebla blanca y húmeda como si penetrara dentro de un sueño, uno de esos en los que se despierta con la inquietante sensación de que todo lo vivido ha sido real.

—¿Por qué siete? —preguntó la sargento, a la que desconcertó tanta exactitud.

—Son los minutos que se tardan en llegar a España. En cuanto atraquemos en Hondarribia, no quiero saber nada más de ti.

Bernard no siempre fue Bernard. En otra vida no muy lejana se llamó Li Jie y fue chófer de Mr. Wang, un conocido cabeza de serpiente de las triadas en el Levante que se dedicaba al tráfico de metanfetaminas. Un día se hartó de hacer turnos de catorce horas por un sueldo miserable y quiso prosperar. En realidad, más que eso, lo que deseó fue la misma vida opulenta que su jefe y cambió el coche por una moto en la que repartía *speed*. Hizo dinero. Mucho dinero. Pero también enemigos. Y, además de adquirir un ático en el Grau como los que tenían los amigos de Wang, acabó con su madre y su hermana colgadas del puente de la avenida l'Alcora de Valencia.

—Necesito tu ayuda.

—No.

—Todavía no te he contado de qué se trata —se quejó María Sánchez.

—Todos venís a lo mismo.

Bernard soltó la mano del motor y miró con pesar a la sargento. Estaba acostumbrado a recibir visitas como aquella. Cada tanto tiempo, alguien se presentaba por allí queriendo sacarle información y obligándole a revivir un pasado doloroso. Por mucho que se esforzara, no había forma de matar a Li Jie.

—Si me ayudas, será la última vez. Te lo prometo.

El falso marino puso rumbo a Hondarribia sin creerla. Quien ha construido una vida de engaño, reconoce una mentira con facilidad.

—Será mejor que te pongas esto —dijo Bernard lanzándole un chaleco salvavidas—. Con este tiempo nunca se sabe.

La agente le hizo caso de inmediato. Una parte de ella quería agradarle y otra tenía miedo. La visibilidad fuera del puerto era prácticamente nula y Bernard se guiaba casi a ciegas por el GPS.

—Me gusta esta vida, no quiero cambiarla.

—¿Y por qué tendrías que hacerlo?

—Por seguridad. Cada vez que ofrezco ayuda, tengo que hacerlo. Antes de Hendaya, estuve en Nantes. Y antes en Guimarães.

Bernard era testigo protegido. La violenta muerte de sus familiares le llevó a colaborar con la Guardia Civil para desmantelar la red de Mr. Wang. Ni él mismo tenía claro si lo hizo por venganza o por proteger a su mujer. Lo que sí tenía claro era que quería dejar de huir. Necesitaba construir una vida en cualquier sitio, la que fuera, incluso la de Bernard paseando a turistas por la bahía de Txinguidi le parecía una buena opción.

—La vida de una mujer está en tus manos —se sinceró María Sánchez, dándose cuenta de que aquel hombre atormentado por la ficción, valoraba la verdad por encima de todo—. Alguien que, como tú, tomó malas decisiones.

—¿Qué malas decisiones? —preguntó mientras el puerto deportivo de Hondarribia asomaba entre la bruma.

Al trayecto le debían quedar apenas un par de minutos, por lo que la sargento se dejó de rodeos y decidió contarle todo lo que había hecho Lucía Gutiérrez en el último año. No ocultó nada por miserable o peliagudo que fuera.

Tras la confesión, el puerto apareció ante ellos. Bernard atracó y se quedó un buen rato valorando qué hacer hasta que emitió su fallo.

—El viaje ha terminado —dijo seco, al tiempo que invitó a la guardia civil a bajar de su embarcación.

—¿No la vas a ayudar?

—¿Por qué me la iba a jugar por alguien así?

María Sánchez encajó la respuesta lo mejor que pudo. Hasta cierto punto, ella se lo había puesto en bandeja.

—Porque todos necesitamos una segunda oportunidad. Si Li Jie la tuvo, ¿por qué no ella? —le preguntó a Bernard deshaciéndose del chaleco salvavidas.

Una corriente de viento comenzó a levantar la niebla y dejó la embarcación a merced de las olas. Un bamboleo que solo resultaba agradable para los que se han acostumbrado a vivir en el desequilibrio.

—No te lo quites. Tienes otros siete minutos para explicarme qué quieres exactamente de mí —acertó a decir mirando con nostalgia Hendaya, como si ya se estuviera despidiendo de ella y de Bernard.

***

## 16
## Centro de Día de Asnuci, Lepe

«He llegado», escribió escuetamente Claudia en el teléfono en cuanto el autobús estacionó en la dársena de la estación de Lepe. Antes de que tomara su mochila del portaequipaje, recibió una respuesta de Juan: «Ten cuidado».

La hija de Lucía Gutiérrez valoró contestar con un emoji, elegir alguna cara sonriente o con corazones en los ojos que evitara

prolongar en exceso aquella conversación sin llegar a ser maleducada. Tuvo pulsado un *smiley* que lanzaba un beso, pero lo descartó inmediatamente. Si podía vivir sin una madre, también podía hacerlo sin un padrastro.

Claudia bajó del autobús y se puso en marcha. El municipio tenía poco ajetreo a aquellas horas. Los temporeros que dormían en la estación comenzaban a levantarse y a asearse en los baños mientras que en la calle el olor a pan recién hecho persuadía al resto de que era un día normal y corriente si habías nacido en el lado bueno.

Más trajín había en el centro de día de Asnuci, donde un grupo de jornaleras africanas hacían cola para conectarse a internet, ducharse, lavar la ropa, gestionar papeles o recibir clases de español.

Un poco más apartada estaba Bamba, que en cuanto vio a Claudia, se fundió en un abrazo con ella.

—¿Qué haces aquí tan pronto? Sabes que no abrimos hasta las diez.

—Estaba nerviosa.

—¿Ha vuelto a ocurrir? —preguntó de la forma más respetuosa que se le ocurrió.

—No va a volver a pasar. Por eso estoy aquí. Quiero hablar con la abogada.

Aunque el fondo de la cuestión era triste, Claudia no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción. Llevaba meses intentando convencerla para que denunciara a los capataces y por fin se atrevía a dar el paso.

—Todo va a salir bien —le dijo a Bamba acariciándole el brazo. Ella, sin embargo, prefirió callar. La vida le había hecho desconfiar de aquel tipo de consignas. Al igual que vivía sin luz ni agua, se había acostumbrado a hacerlo sin esperanza.

Sin querer atosigarla, la hija de Lucía entró en el edificio y le sorprendió encontrar allí a otras cinco temporeras más tomando el té. Trabajaban en una finca diferente a la de Bamba y Sabali. Apenas chapurreaban un par de palabras en español. Aunque no las conocía en profundidad, sí tenía la constancia de que eran mucho más herméticas.

—¿Cómo habéis entrado? —quiso saber extrañada.

—Ana —se limitó a decir una de ellas—. Ana. Ana. Ana, —repitió compulsivamente la única palabra que sabía decir en su idioma hasta que la joven comprendió que si quería más respuestas, debía buscar a la abogada.

Al igual que ella, Ana Postigo trabajaba de voluntaria ofreciendo servicios legales cuando podía. Vivía en Huelva y se desplazaba una vez en semana a Lepe y a Palos de la Frontera, las dos poblaciones que más temporeros recibían.

A Ana le gustaba el *heavy metal* y siempre llevaba auriculares puestos. Le ayudaba a concentrarse o, al menos, eso aseguraba ella. Claudia sospechaba que lo hacía para desconectar de quejas y lamentos. Por eso no le extrañó nada encontrarla en el aula de español con los cascos puestos y mirando fijamente la pantalla del ordenador.

—¿Black Sabbath? —le preguntó a bocajarro.

—No, Bruna Pinheiro —contestó la abogada quitándose uno de los auriculares y ofreciéndoselo a la joven—. Está en directo denunciando que los delitos de homicidio de Sabali en Marruecos son falsos.

Claudia corrió a su lado y se colocó el airpod en su oído derecho. La presentadora portuguesa estaba en lo que parecía la sala de embarque de un aeropuerto mostrando a la cámara de su teléfono un informe.

—Este es el expediente original de Sabali Idrissi que tiene la Sûreté Nationale. La única denuncia que figura en él está hecha en Tánger, su ciudad natal, y es ella la que denuncia a sus hermanos por abusos sexuales continuados —dijo Bruna afectada, con esa artificialidad tan suya que estaba pidiendo a gritos tener una música triste de fondo para empujar al llanto a sus seguidores—. Ninguna pena de homicidio pesa sobre ella. No tiene antecedentes penales. Toda esta documentación, obviamente, está en manos de la Dirección General de la Policía Nacional y ahora depende de ellos mantener o no en el cargo al comisario Martínez y al inspector Cárcamo, que claramente han incurrido en una negligencia policial. No sé si por dejación de funciones o por algún tipo de interés oculto. Sabali Idrissi es una víctima, con un pasado dramático que nadie se ha molestado en comprobar y que actuó en defensa propia tras sufrir nuevos episodios de abusos en Lepe, al igual que otras muchas temporeras que no se han atrevido a denunciar. Cada segundo que pasa en prisión, estamos lanzando un mensaje equivocado: los abusadores pueden actuar con total impunidad...

El ordenador de Ana Postigo se apagó en mitad del alegato de la reina de las mañanas.

—Me he quedado sin batería —dijo la abogada al mismo tiempo que lo ponía a cargar—. El vídeo no ha dejado de circular en los asentamientos. Están viniendo mujeres que nunca habían hablado.

—¿Cuántas? —preguntó Claudia, todavía prudente.

—Ahora mismo tenemos más de veinte seguras y cinco que se lo están pensando. Pero vendrán más. Lo de Sabali es la gota que ha colmado el vaso.

La hija de Lucía Gutiérrez no se pudo contener por más tiempo e hizo lo que estaba deseando desde que llegó a Lepe, responderle a

Juan de manera afectuosa: «Tú también cuídate». Después de todo, pensó, la felicidad no existía del todo, si no era compartida.

***

## 17
## Cobo Calleja, Madrid

El eco de un portazo se coló en el cuartucho en el que estaba retenida Lucía Gutiérrez. Si bien no estaba dormida, el estruendo la hizo sobresaltarse y despertar definitivamente del duermevela en el que se hallaba. Tras varias horas maniatada a una silla, su cuerpo estaba entumecido, al igual que su cabeza.

La habitación, que no debía tener más de diez metros cuadrados, estaba llena de cajas, vacías la mayoría de ellas o rellenas con papel de periódicos viejos. Encima de su cabeza había una ventana diminuta por donde se colaban los rayos de sol. Las paredes rezumaban humedad y, aunque era primavera, dentro del habitáculo hacía frío.

Como había hecho tantas veces antes desde que Ojeda la encerrara allí, Lucía inspeccionó a conciencia el espacio en busca de algo que la ayudara a liberarse sin demasiado éxito. Todas sus búsquedas terminaban siempre en el mismo sitio, en un estúpido almanaque chino de 2003 consagrado al año de la cabra.

Tardó más de lo que le hubiera gustado en darse cuenta de que el calendario estaba sujeto con una alcayata de rosca. En cuanto lo hizo, se lamentó por no ser más observadora e inmediatamente después arrastró con dificultad su cuerpo, atado a la silla, contra la pared.

Cuando lo logró, giró sobre sí misma y se colocó de espaldas al clavo. Después de varios errores de cálculo, al fin logró colocar sus

ataduras sobre él y rozarlo contra el filo. Una y otra vez repitió el movimiento hasta que sintió que le sangraban las muñecas.

A pesar del dolor, Lucía Gutiérrez continuó frotando las cuerdas convencida de que podría desatarse.

—Tráela, Gallo está al llegar —escuchó a Reyes gritarle a Ojeda.

Mientras sentía una quemazón terrible en la piel, un nuevo portazo la desconcentró. Sabía que le quedaban pocos segundos antes de que su captor apareciera en el cuartucho, por lo que debía recurrir a métodos más expeditivos.

Aprovechando que sus manos estaban entrelazadas con la alcayata, aproximó con fuerza parte del antebrazo hasta que el clavo le fue desgarrando la piel y se le quedó incrustado en la epidermis.

Un leve grito mudo fue toda la queja que exhibió. No tenía tiempo para lamentarse. Debía soltarse antes de que el policía abriera la puerta.

Sus pasos se empezaban a escuchar al fondo del pasillo y temió por su vida. Con la ayuda de la yema de los dedos, arrastró la escarpia hasta su mano derecha mientras el metal iba destrozando su piel de idéntica manera que si fuera un barco rompehielo.

Cuando al fin pudo sostener la alcayata con los dedos, le resultó más fácil frotar la cuerda que la mantenía maniatada y en poco tiempo logró quebrarla.

Con las manos liberadas, no le costó demasiado esfuerzo desatar las bridas que le ataban los pies. Lo hizo mientras la sangre le goteaba de manera aparatosa por los brazos.

Una vez que pudo incorporarse, se lanzó contra la puerta. Los pasos de Ojeda estaban cada vez más próximos, por lo que giró el picaporte para escapar. Enseguida descubrió que estaba bloqueada por fuera y que huir de allí era imposible.

—Buenos días, tienes visita —le anunció Raúl Ojeda al abrir la puerta.

Para su sorpresa, no encontró a nadie dentro de la habitación, solo un diminuto rastro de sangre que desaparecía justo a su izquierda. Antes de que pudiera girar la cabeza, Lucía Gutiérrez le reventó la silla, en la que había estado inmovilizada, contra la cabeza y el policía perdió el conocimiento al instante.

Una mancha de sangre inundó el hormigón del suelo cuando la exagente de la Guardia Civil se agachó para arrebatarle el arma que llevaba oculta en una funda interior y el teléfono móvil.

***

## 18
## Real de la Feria, Sevilla

Jesús del Gran Poder pisó el albero de la feria y se sintió como un torero haciendo el paseíllo. A su izquierda caminaba su mujer, que no le soltaba la mano, y a su derecha, la líderesa regional, Adriana Requena.

Los tres avanzaban con la cabeza alta y en silencio, coreografiados, con una precisión fascinante mientras la multitud les observaba con una mezcla de expectación y respeto que terminó con una ovación cerrada.

Los aplausos certificaron que en política no hay mayor aval que una tragedia y ellos habían sido castigados con la peor de todas ellas, sobrevivir a un hijo. Con aquellas palmas, el CIS que tenía la ciudad para demostrar sus preferencias, los sevillanos les reconocían la valentía de seguir adelante a pesar de todo.

El teléfono del candidato recibió una llamada y este tuvo la tentación de abandonar el cortejo por un momento. Era la quinta

vez que Martínez trataba de ponerse en contacto con él sin que pudiera atenderle.

—Cuando estéis en público, no os separéis. La gente os quiere ver juntos —se quejó Requena en cuanto vio que Carranza le soltaba la mano a su mujer para descolgar y averiguar qué estaba pasando.

—Será solo un segundo. Es urgente.

—No —dijo su esposa agarrándole de la mano para que no escapara—.Tiene razón.

A Jesús Carranza no le hacía demasiada gracia que Candela hubiera tomado las riendas de la campaña, pero la necesitaba. Las primeras encuestas después de la entrevista señalaban que el carisma de ella le había hecho aumentar su porcentaje de intención de voto. Al contrario que él, era una persona que no temía mostrar sus sentimientos a cámara, transmitía verdad, lo que los electores traducían como una suerte de honestidad.

Tras dudar unos segundos, el candidato rechazó la llamada y volvió a tomar la mano de su mujer. Un gesto que coincidió con la llegada de la comitiva a la caseta del partido, lo que se tradujo en una nueva ovación, en este caso de los militantes, que le habían hecho al matrimonio un pasillo como homenaje.

—Se acabaron las casas de apuestas. De aquí al fin de campaña centraros en la salud mental —se despidió de ellos la presidenta regional para que disfrutaran de su momento—. Es el mejor homenaje que le podéis hacer a vuestro hijo —dijo mientras se abrazaba a Candela.

Cuando Requena se quedó en un segundo plano, Carranza trató de recuperar el protagonismo y saludó a los presentes uno a uno. Lo hizo como si fuera un embajador aterrizando en su ciudad de destino, atento, pero frío, dando la mano, evitando por todos los medios que alguien se excediera y le diera un achuchón.

Exactamente todo lo contrario que su mujer, que se dejó querer y consolar por todos ellos. Compartió confidencias, palabras de ánimo e incluso lágrimas con los que habían sido compañeros de su marido durante tantos años. Una exhibición de personalidad que hizo que los fotógrafos dieran de lado al candidato y se centraran en ella.

La envidia cegó a Carranza. ¿Debía imitarla? ¿Tenía que empezar a abrazarlos a todos y repetir frases vacías con toda aquella morralla sedienta de morbo o a él se le notaría que no tenía ninguna gana de estar allí?

Mientras se preguntaba qué debía hacer, alguien se le adelantó y le dio un sentido abrazo.

—¿Te crees que me puedes dar de lado? —le susurró al oído el comisario Martínez—. Si yo caigo, tú caes conmigo —le amenazó al tiempo que se apartó de él.

—Espérame fuera. No es bueno que nos vean juntos aquí.

—No, hablamos ahora —dijo mientras lo volvía a abrazar—. Las normas las pongo yo. Si tanto miedo le tienes a la prensa, haber contestado el puto teléfono.

Martínez agarró del brazo a Carranza y lo arrastró al interior de la caseta para conversar lejos de la mirada de militantes y fotógrafos.

—Es una conversación privada —señaló el comisario en cuanto vio que una mujer les seguía hacia el fondo del local, a un discreto reservado separado del resto por una celosía de madera.

—Mi marido ya no tiene conversaciones privadas —respondió Candela.

Martínez se mostró desconcertado y dirigió la mirada a Carranza en busca de una respuesta que él no era capaz de dar.

—¿Qué sois, los Obama?

El candidato bajó la cabeza, avergonzado. Sentía que había perdido su independencia, que era como un niño al que sus padres

configuran la conexión a internet para que los buscadores solo le ofrezcan contenidos adecuados. Carranza era menos libre y menos hombre. Al menos eso sentía desde que su mujer le había arrebatado el terreno de la intriga y la confabulación.

—¿Qué es lo que quieres de nosotros? —dijo finalmente Jesús del Gran Poder, dejando claro que su mando y poderío ahora era compartido.

—Que me blindéis antes de que me investigue Asuntos Internos.

—Todavía no hemos ganado —le recordó Candela.

—Ni lo haréis si me dejáis con el culo al aire. O este señor me respalda, o empiezo a soltar mierda.

—Habla con Urbizu. Él se mueve mejor en este terreno.

—¿Crees que no lo he intentado? Me ha enterrado antes de que me maten y yo no voy a cargar solo con esto.

—Necesito..., necesitamos —se corrigió a tiempo Carranza su desliz melancólico— tiempo para pensarlo.

—Tenéis una hora para decidiros. Si no tengo noticias vuestras, me voy a pensar concederle una entrevista a esa periodista portuguesa. Depende de vosotros que hable o no con ella.

***

## 19
## Cobo calleja, Madrid

Urbizu era menos Urbizu. Su rostro áspero y esquivo era el mismo de siempre. También el cuerpo de faquir que se escurría entre la tapicería y se desmoronaba en cada frenazo. Hasta las manos huesudas agarraban el volante de la misma manera que lo hacía cualquier día, como un ancla que trata de sostener en el mar un barco con las velas hecha jirones.

Urbizu, para el ojo inexperto, parecía Urbizu. Pero no lo era en absoluto. Había algo en él que modificaba por completo su fisonomía. No era el insomnio. Tampoco la falta de apetito ni el cansancio. Ni siquiera le afectaba el más que probable descalabro de Martínez y la posibilidad de que se fuera de la lengua en cuanto le abrieran una investigación. Estaba acostumbrado a lidiar con el desastre sin pestañear.

Urbizu era menos Urbizu por culpa de un pasajero inesperado, la emoción. Se había apoderado de él desde que cogió el coche en Sevilla y no la había soltado quinientos kilómetros después. Hasta en dos ocasiones se le humedecieron los ojos. No llegó a llorar. Eso hubiera sido excesivo. Pero no podía negar que en aquel trayecto había algo que le presionaba el pecho. Se asemejaba a los remordimientos, a un sentimiento de culpabilidad rara vez experimentado.

Urbizu estacionó frente a la nave de Cobo Calleja donde debía enfrentarse a su macabro destino y siguió sintiendo que la persona que tiraba del freno de mano era una versión empeorada de él. Una más sentimental, frágil, capaz de dudar a la hora de apretar el gatillo. El eslabón más débil en una estructura criminal, el que suele acabar con una bala en la cabeza antes de que muestre arrepentimiento con las víctimas y quiera resarcirlas.

Temiendo que Reyes le viera en aquel estado, aguantó unos segundos más en el interior del vehículo. Necesitaba calmarse y reencontrarse con el Urbizu frío y desapegado de todo y de todos.

El que fuera responsable de Asuntos Internos conectó su teléfono a la radio del coche y buscó una canción que le ayudara a reconectar con sus esencias. Pero tan pronto comenzó a examinar la *playlist* habitual, aparecieron en su cabeza una serie de preguntas incómodas. ¿Qué se escuchaba antes de matar a alguien que ha sido

algo parecido a una amiga? ¿Por qué el algoritmo de Spotify no adivinaba lo que necesitaba? Si te gusta Rosalía, te gustará Karol G, si vas a matar a sangre fría a la persona que más ha confiado en ti en el último año, te gustará... ¿C. Tangana? ¿Gloria Estefan? ¿Bruce Springsteen? ¿Qué podía escuchar que le diera confianza para disparar?

Había millones de opciones, pero en el fondo solo existía una elección posible, *Se Telefonando*, la canción que sonó en la boda de Lucía Gutiérrez mientras él la acompañaba al altar. Sin duda, era la mejor despedida que podía ofrecer. No solo a su compañera, también a aquella reinterpretación almibarada de sí mismo.

La voz de Mina se elevó por encima de la rutina dejando en la intrascendencia el estruendo de los camiones, las radiales y las carretillas que asolaban el polígono de Cobo Calleja a aquellas horas. Al otro lado del cristal, Urbizu dejó de ver el extrarradio de Fuenlabrada y el trasiego de trabajadores chinos. Frente a él apareció la imagen de una radiante Lucía Gutiérrez caminando de su brazo en dirección al altar. Lo hacía a cámara lenta, con ese vestido de flores que tan bien le sentaba, mirando en la distancia a Juan, con el mismo entusiasmo e incertidumbre que se mira al futuro.

En unos aspectos, la había tenido totalmente engañada. En otros... En otros, sentía que le había contado la verdad, que había sido más sincero con ella que con ningún otro. Nadie más sabía que su vida había estado determinada por un fantasma. Que cuando nació, heredó el nombre de su hermano muerto. Decía llamarse Enrique, pero ese era su segundo nombre. El primero pertenecía al fantasma, a Luis. Un niño de doce años que murió ahogado en el mar tras un hermoso día de playa. Era inteligente. Bueno. Cariñoso. O tal vez no lo era, pero la culpa con la que vivieron el suceso sus padres, le convirtieron en una criatura ejemplar, en un prodigio, en

un ideal con el que nunca podría competir. Nunca sería más inteligente, ni más bueno ni más cariñoso que Luis. Enrique nació sabiendo que ya era una decepción y que siempre viviría con el recuerdo inmaculado de un hermano que nunca existió del todo, un crío de doce años que se transformó en leyenda en las aguas del Atlántico.

Era imposible rivalizar con un ideal y así lo asumió desde pequeño. ¿Para qué esforzarse? ¿Para qué demostrar que él también tenía cosas que aportarle al mundo? ¿Para qué gastar saliva con sus padres en explicarles que merecía ser amado con la misma intensidad que si hubiera muerto ahogado? En lugar de eso, Urbizu, práctico desde su tierna infancia, prefirió quitarse el Luis de Luis Enrique y reducir algo la influencia del fantasma. Prohibió a sus maestros, compañeros de clase y amigos que le llamaran Luis. Si debía fracasar en la vida, prefería hacerlo como Enrique. Los demás se acostumbraron pronto al cambio. Más trabajo les llevó a sus padres, a los que de alguna forma les estaba pidiendo que renunciaran al recuerdo del hijo bueno y lo dejaran ahogarse por segunda vez en aguas del Atlántico. Algo que nunca pudieron hacer del todo. Solo a ellos les permitía seguir llamándole con el nombre del fantasma. ¿Contarle todo aquello a Lucía Gutiérrez no era una muestra de que, en realidad, nunca le había mentido? La confianza no se podía fingir. Nadie muestra sus heridas a gente que no quiere. Todo aquello había sido real. Por supuesto que lo había sido. Quería tanto a esa mujer que había ido hasta allí a matarla él mismo, a pesar de lo doloroso que le resultaba. En algún momento se le había pasado por la cabeza evitar su muerte y que la justicia se encargara de ella por el asesinato de Ibrahim. Pero las cosas entre ellos se habían complicado en exceso como para dejarla con vida.

*Se telefonando* acabó con Mina despidiéndose *«che il nostro amore appena nato é già finito»* y Urbizu lo entendió como una señal. También él sentía que aquella relación había llegado a su fin y debía darle digna sepultura.

De la guantera sacó la pistola y salió del coche decidido. Todavía no era plenamente Urbizu, pero se le asemejaba lo bastante para engañar a los demás.

«Estoy en la puerta», escribió desde el teléfono.

Inmediatamente, el portón de entrada a Anda Transportes y Logística SL se abrió y apareció Reyes desencajado.

—La hija de puta se ha escapado —dijo haciéndole señas para que entrara y le ayudara a encontrarla.

***

## 20
## Hospital Virgen del Rocío, Sevilla

El ascensor se paró y la abogada se echó un último vistazo en el espejo antes de que la puerta se abriera. La planta novena del Hospital Virgen del Rocío era un misterio para la mayoría de los sevillanos. Nadie sabía a ciencia cierta qué había allí, salvo que tenían el acceso prohibido, lo que había derivado en todo tipo de rumores y leyendas. La más extendida es que allí se trataba a los famosos, una planta dedicada en exclusiva a que los rostros conocidos de la ciudad pudieran pasar inadvertidos cuando padecían enfermedades. La realidad, como casi siempre, era bien distinta. Se trataba de la unidad de custodia hospitalaria, un recinto de seguridad para vigilar a personas privadas de libertad procedentes de centros penitenciarios que, por razones sanitarias, debían ser trasladadas a un hospital.

La puerta del ascensor se abrió y la abogada halló a una pareja de policías que la esperaban para que atravesara un arco de seguridad.

—DNI, por favor —le dijo uno de ellos en cuanto la vio salir.

Entre tanto comprobaba que el nombre y el número de documento se ajustaba a la de la persona que había solicitado la visita, su compañero dejó a un lado la novela policiaca que estaba leyendo y fue adelantando parte del protocolo.

—Saque las llaves, teléfono móvil, monedas o cualquier cosa metálica que lleve consigo y colóquelos en las bandejas de plástico —señaló sin dejar de mirarle el pecho a la letrada.

Incómoda, le hizo caso y pasó a través del arco de seguridad con la sensación de que estaba haciendo un baile privado para él.

—Puede seguirme —señaló el agente en cuanto descartó que llevara un arma.

Antes de abandonar la cabina de control, desde donde se distribuían las habitaciones, el policía recuperó la novela.

—Soy adicto a Carmen Mola —se justificó mirándole de nuevo el escote sin rubor.

—Y a mirarme las tetas —dijo ella molesta.

Uno y otra accedieron al pasillo principal. Él sintiéndose ofendido, ella deseando perderlo de vista cuanto antes.

—No soy la clase de persona que usted cree. Tengo bastante respeto por las mujeres —trató de justificarse—. Leo mucha literatura femenina.

A la abogada aquel pasillo se le hizo eterno. Sabía que no debía responder, que estaba obligada a cerrar cualquier resquicio de conversación. Pero el aliado de baratillo le estaba provocando y sabía que no iba a poder resistir mucho más tiempo.

—No todos los tíos somos iguales —dijo convencido de ser el primero en pronunciar esas palabras y de que aquello conmovería a

su interlocutora.

—Prefiero que me mires las tetas a que quieras convencerme de que eres feminista —le cortó antes de que siguiera por ese camino.

Descolocado, el agente decidió que lo más prudente era mantener silencio. Mientras la abogada entró en la habitación 906, él se quedó al otro lado con el libro de su escritora favorita. Entre ambos había una pared de cristal con la que poder seguir custodiando a la presa.

—No sabes lo que me alegro de verte —dijo Sabali en cuanto la vio aparecer.

—Y yo a ti.

La letrada dejó de lado el tono funcionarial y le dio un sentido abrazo. Como si fuera una madre, se quedó un rato mirando la cicatriz de la yugular. Lo hizo preocupada, consciente de que un par de centímetros más arriba le hubieran costado la vida.

—Esto no va a quedar así. Te doy mi palabra.

—No ha sido para tanto. Un simple arañazo.

—Entiendo que no quieras preocuparme, pero no sacan a nadie de prisión por un arañazo.

—¿Crees que estoy aquí por esto? —preguntó Sabali señalándose el cuello. ¿No te han dicho nada?

—¿Decirme el qué?

Sabali pensó bien cómo quería darle la noticia y después de darle un par vueltas, decidió que lo más eficaz era ser directa.

—Estoy embarazada. Me han traído para hacerme pruebas.

La abogada la cogió de la mano instintivamente. Parte de su trabajo consistía en hacer preguntas, pero entendió que no era el mejor momento. Después de todo, se podía hacer una idea. Cualquiera de los capataces de Lepe podía ser el padre.

—No quiero que nazca en prisión —le advirtió Sabali, dejando implícito en su respuesta que pensaba tenerlo a pesar de no haber

sido buscado—. Esto es un aviso. Si no cambio mi declaración, me harán la vida imposible. No puedo volver allí.

—Te lo prometo —se limitó a contestar, sin querer marearla con todas las novedades de última hora. Ya habría tiempo para contarle que Martínez y Cárcamo estaban contra las cuerdas y que era cuestión de tiempo que la dejaran en libertad—. ¿Qué te gustaría, niño o niña?

—Me gustaría que tuviera suerte, nada más —afirmó lacónica Sabali Idrissi.

Al darse cuenta de que la joven no iba a añadir una palabra más, la abogada le hizo varias fotografías de la agresión sufrida al tiempo que se preguntaba cuándo habría sido la última vez que le hicieron una foto por placer, durante un viaje, un cumpleaños o una escapada a la playa. ¿Cuál había sido la última foto feliz de Sabali?

***

## 21
## Sede UCO, Barajas, Madrid

—Nada de lo que hay en su wasap nos interesa —le dijo María Sánchez a la teniente Muñoz sosteniendo el móvil de Martínez en la mano.

Aunque no se daba cuenta, estaba acelerada. Se había tomado dos cafés y una Coca-Cola en el vuelo de Irún a Madrid y el corazón le palpitaba. Tenía hambre y dolor de cabeza, pero sobre todo tenía ganas de expresar muchas ideas en poco tiempo.

—¿Y por qué estás tan contenta? Esto complica todavía más las cosas.

Era una buena pregunta. Por desgracia no se sentía con fuerzas para darle una explicación satisfactoria en aquel momento.

Su consciencia era una moneda al aire. Podía salir cara y explicarse correctamente de una vez por todas o podía salir cruz y desmayarse de puro cansancio.

—Necesito azúcar. ¿Me acompañas?

Sin esperar una respuesta, la sargento de la Guardia Civil salió de la sala de reuniones y obligó a Muñoz a hacer lo mismo.

—Es largo de explicar —dijo frente a la máquina de *vending* mientras elegía un dónut de chocolate.

—Entonces será mejor que empieces ya.

María Sánchez le dio un bocado en cuanto lo quitó el plástico y sintió una fuerte decepción.

—Desde que los dulces no tienen aceite de palma, saben peor, ¿no te parece?

—Céntrate, por favor —le pidió la oficial, que empezaba a perder la paciencia—. ¿Ha válido para algo tu viaje?

La sargento se comió el dónut en un par de bocados y aprovechó la interrupción para recordar con precisión las palabras que Bernard había empleado en Hendaya.

—Estábamos mirando en el lugar equivocado. Ni Martínez ni Urbizu usan wasap para temas importantes. Al igual que las triadas, operan con una plataforma de mensajería encriptada conocida como Sky ECC.

—¿Qué es eso?

—Algo que utilizan los narcos en Bélgica y que ha empezado a popularizarse en el resto de Europa, un sistema de comunicación seguro que autodestruye los mensajes casi de forma inmediata y cuyo *hardware* no se puede manipular para recuperar la información borrada.

—¿Y existe alguna forma de rastrearlos?

—De momento, no. Los teléfonos con este sistema no poseen línea asignada. Solo pueden recibir mensajes de otros usuarios del servicio.

—Sigo sin entender por qué estás tan contenta —señaló contrariada la teniente Muñoz, que nerviosa, echó un par de monedas en la máquina para comprar una bolsa de patatas.

—Tenemos su teléfono. Solo necesitamos dar con la contraseña de acceso al sistema y será nuestro, mi teniente.

—Pero has dicho que los mensajes se autodestruyen, ¿de qué nos valdría?

—No podríamos llegar a los mensajes antiguos, pero sí a todo lo que escriban a partir de ahora.

Elisa Muñoz le dio un mordisco a una patata y se quedó pensativa. Empezaba a entender el buen humor de su compañera.

—¿Cuánto tiempo necesitas para hackearlo?

—No creo que mucho, un par de horas, mi teniente.

—Ponte a ello.

***

## 22
## Avenida Blas Infante, Sevilla

«Me voy unos días con el niño a casa de mi madre. Ya hablaremos tú y yo», leyó Montoya en tanto le ponían una caña. La vida, pensó, tenía la fea costumbre de desmoronarse mientras esperabas algo. Una cerveza, un ascenso, un hijo... Te pasabas años dejando que el tiempo hicieran realidad tus deseos para que todo se evaporara en cualquier momento. Por ejemplo, una semana de feria, una semana como cualquier otra donde el lunes esperaba empezar con buen pie

su carrera como inspector de homicidios y para el viernes ya se había quedado sin trabajo, sin mujer y sin hijo.

Más frustrado que enfadado, el inspector soltó el teléfono sobre la barra y se quedó embobado mirando una fotografía en blanco y negro de la Esperanza Macarena vestida de luto riguroso. Montoya no era un apasionado de la Semana Santa. Detestaba las bullas. Sin embargo, aquella imagen siempre le llamó la atención. Había ocurrido una única vez, un 31 de mayo de 1920 cuando por la muerte del torero Joselito «El Gallo», la hermandad decidió vestirla enteramente de negro, un rango reservado a viudas y a madres. Aunque la Virgen permaneció así ataviada solo durante aquella jornada, los sevillanos quedaron impresionados de por vida. Tanto era así que pocas tabernas se resistían a la tentación de colocar un retrato suyo de aquel momento.

El inspector sintió envidia de la imagen. La Esperanza Macarena lloraba sin pudor, dejaba escapar las lágrimas que a él nunca le habían permitido, al menos en público. Expresar sentimientos era un síntoma de debilidad, algo que no se toleraba en el entorno en el que había crecido. Los golpes se encajaban, no se padecían. Ya fuera en la vida o en el *ring* uno estaba obligado a mostrar que nada le afectaba.

Y así que eso es lo que hizo, fingir. Fingió que su vida estaba exactamente igual que a principios de semana y ocultó al resto del mundo que estaba muerto por dentro. Despreocupado, como solo un sevillano puede hacerlo, pidió una ensaladilla de gambas tapando el dolor con una mahonesa mediocre.

Fue entonces cuando volvió a sentir envidia de aquella Virgen, que tan solo tuvo que llevar el luto un día mientras que él estaba condenado a mantenerlo por siempre jamás.

—¿Y te la vas a comer a palo seco? —le preguntó el camarero, del que secretamente esperaba otra cosa. Una palabra de aliento, un «todo va a salir bien» o un discreto abrazo. Por ridículo que pareciera, Montoya confiaba en que, a pesar de no expresar sus sentimientos, los demás pudieran interpretarlos. Sabía ocultar la tristeza, pero no la decepción y sintió una profunda al descubrir que cuando pedía ensaladilla, la gente creía que realmente buscaba comer y no consuelo.

—Riégala con otra —mostró desencantado su vaso de Cruzcampo vacío.

Mientras el camarero atendía la petición, una mujer con el rostro cubierto por la capucha de una sudadera dejó un periódico enrollado a su lado y se marchó al baño. Era un ejemplar del *Diario de Sevilla* que en la portada tildaba de *histórica* la jornada de feria de la noche anterior. No obstante, no era esa la información que buscaba el inspector. Como si ya supiera lo que iba a encontrar allí, Montoya fue directamente a las páginas del interior y agitó el diario hasta que un sobre emergió.

En la solapa, escrito con un bolígrafo de tinta roja se podía leer: «Me debes una y de las gordas». Tenía esa letra tan característica de los médicos, prácticamente ilegible, con trazos que recordaban al castellano, pero que podían corresponder perfectamente con el lenguaje élfico. De Rubinstein se podían decir muchas cosas, pero al menos era leal, pensó el inspector en el mismo instante en el que abrió el sobre.

Dentro contenía un informe con los resultados de la muestra de sangre que había encontrado en el domicilio de Jesús Carranza en Isla Canela. Impaciente por naturaleza, el policía se saltó todos los preámbulos y fue directamente a las conclusiones, donde se estimaba que en un 99,9 por ciento pertenecía a Carmen Camacho.

Montoya sonrió ligeramente en lo que se podía interpretar como un alivio de luto. Tan solo le quedaba demostrar que la noche del cinco de mayo, Rodrigo Carranza también estuvo allí.

—Ponte otra, que tengo el cuerpo de feria —dijo el inspector después de beberse de un trago la cerveza.

***

## 23
## Cobo Calleja, Madrid

—No ha podido salir de aquí —dijo Reyes mientras levantaba el arma y volvía a entrar en la nave industrial.

—¿Va armada? —preguntó preocupado Urbizu, que al igual que el brigada sacó la pistola de la funda.

El guardia civil negó con la cabeza y le hizo un gesto para que guardara silencio. El recinto era diáfano y sus voces reverberaban como si estuvieran dentro de una cueva. Si querían sorprenderla, debían hacer el menor ruido posible. Lucía Gutiérrez no tenía grandes habilidades. Ambos la conocían bien. No se podía decir de ella que fuera rápida. O fuerte. O especialmente inteligente. Pero tenía algo que la hacía temible, instinto de supervivencia. Aquella mujer se agarraba a la vida con una insistencia superlativa.

Reyes le señaló a Urbizu las escaleras que llevaban a la segunda planta, un espacio más pequeño que el de la planta baja y en el que se sucedían una serie de pequeños despachos donde resultaba más fácil ocultarse.

El brigada se adelantó y dejó a su cómplice revisando la planta de abajo.

De una patada abrió la puerta de la primera de las estrechas dependencias y apuntó el arma hacia el interior.

—Estás un poco mayor para jugar a esto —dijo el suboficial revisando el habitáculo—. ¿Te he contado alguna vez lo poco que me gustaba follar contigo? ¿Seguro que te diste cuenta? Tardaba mucho en correrme. Mi cabeza siempre estaba en otro lado. Alguna vez tuve que meterme un par de rayas antes para excitarme. Follaba contigo como un funcionario rellena un expediente. —Trató de provocarla mientras abría la puerta del segundo despacho y repetía los mismos movimientos—. Eras solo trabajo. Y el trabajo, aburre. Me aburrías. Pero por alguna razón, eso parecía ponerte —señaló después de revisar el hueco debajo de la mesa de escritorio y poner rumbo a la siguiente habitación—. Siempre querías más. Te daba igual que tuviera la cabeza en otra parte o apenas te mirara. Eras insaciable. No he visto a nadie más humillarse por tan poco —dijo con crueldad al tiempo que inspeccionaba el último de los despachos sin encontrarla.

A pesar de sus intentos de sacar de quicio a Lucía Gutiérrez, no obtuvo ninguna respuesta de ella, de manera que cuando acabó el registro, pagó su frustración dándole una patada a una silla de oficina a la que faltaban un par de ruedas en las patas y que se desmoronó sobre el suelo con el impacto.

Misma suerte corrió Urbizu en las dependencias de la planta baja, donde lo único que encontró en el almacén en el que habían tenido retenida a la que hasta hacía escasas horas había sido algo más que su compañera fue el cuerpo inconsciente de Raúl Ojeda.

Con el arma empuñada en posición de guardia, el exoficial avanzó inseguro, temiendo que detrás de cualquier pilar pudiera estar ella acechándole con ganas de revancha.

Y no se equivocaba, antes de que pudiera reaccionar, sintió el cañón de un arma apretado contra su nuca.

—Respira y estás muerto, padrino —le susurró cerca del oído Lucía Gutiérrez.

—Eres demasiado sentimental para este oficio. No has aprendido nada.

—A no confiar en nadie.

—Un poco tarde para eso, ¿no te parece? —señaló con suficiencia Urbizu.

—Puede, pero las cosas han cambiado. Ahora soy yo la que tiene el control.

—¿Eso crees? Te hacía más inteligente.

—Sorpréndeme, no pierdas la oportunidad de que tus últimas palabras sean para explicarle a una mujer cómo funcionan las cosas.

—Esta historia solo tiene dos desenlaces posibles. En uno, disparas y acabas en la cárcel. Puedes alegar defensa propia y librarte del delito de homicidio, pero hay evidencias de sobra que demuestran que mataste a Ibrahim y que colaboraste conmigo y con Reyes. Por no hablar de todos los actores secundarios con poder a los que no les interesa que hables más de la cuenta. Conoces a algunos. Pero hay más. Muchos más.

—¿Y el otro? —preguntó Lucía acariciando el gatillo con el dedo índice.

—El otro es el final feliz, no disparas y llegamos a un acuerdo que nos satisfaga a los dos.

La seguridad con la que le hizo el ofrecimiento la confundió. Había pasado por una situación muy similar años atrás, un dilema en el que el protagonista se sentía igual que Urbizu, muy por encima del bien y del mal. Entonces tomó una mala decisión que la arrastró al abismo.

Lucía Gutiérrez dejó de ver la nuca del padrino de su boda y en su lugar divisó la estúpida sonrisa de Andrew Taylor en la presa de

Malpasillo, aquella mandíbula de actor de segunda imposible de olvidar.

## Morón de la Frontera, 2016

—Entrégate, no tienes otra alternativa —dijo la sargento apuntándole con el arma, después de haber logrado llegar hasta allí rozando la extenuación—. Mira a tu alrededor —insistió al darse cuenta de que Taylor comenzaba a titubear.

El marine miró a un lado y a otro apurado, sin que ninguna de las opciones le acabase de convencer. Podía enfrentarse cuerpo a cuerpo con Lucía e intentar alcanzar el otro extremo, pero para cuando lograra llegar hasta allí, ya le estarían esperando los vehículos de la Guardia Civil que acababan de partir en esa dirección. Así que valoró seriamente una tercera vía: saltar, aunque ello implicara acabar con su vida.

—No lo hagas —dijo la sargento después de verle observar el despeñadero como única salida.

—¿Por qué no? Deme una buena razón para no hacerlo —desafió Taylor a Lucía desde la calma del que ya no tiene absolutamente nada que perder.

—Está bien, tírate, no tengo un buen motivo que darte —contestó con sinceridad después de bajar el arma.

—¿Me está animando a suicidarme? ¿Seguro que es usted policía? —Sonrió el soldado.

—¿Sabes? La vida es bastante extraña. Hace unos años hubiera dado lo que fuera por tener la oportunidad de darle buenos motivos a mi marido para que no se suicidara. Pero no la tuve. Y ahora, un hijo de puta como tú, me pide que le convenza para no saltar.

—De acuerdo, le daré yo un buen motivo para no hacerlo. Si me entrego, el Gobierno de los Estados Unidos pedirá mi extradición y no podrán juzgarme aquí. Considerando que soy un héroe de guerra y que sé cosas que pueden comprometer al ejército de mi país, todo acabara en una simple sanción administrativa. ¿Quién sabe? En un par de meses o en un año, podría volver a Morón y hacerle otra visita a tu hija.

Lucía contempló con desagrado la sonrisa petulante de Taylor y reaccionó subiendo el arma nuevamente.

—¿Qué le has hecho?

—¿Cómo? ¿No querrá arruinarme la sorpresa? Tenga paciencia.

—Como le hayas tocado yo misma me encargaré de empujarte —dijo Lucía cargando el arma.

—¡Calma, sargento! No cometa ningún disparate, tenemos la situación bajo control —gritó Urbizu a través del megáfono, que no solo era testigo de cómo Lucía alzaba el arma si no que podía escuchar la conversación a través de la radio después de que esta olvidara desconectarla.

Al otro lado de la presa habían llegado finalmente la mitad de los efectivos de la Guardia Civil, con lo que Taylor estaba atrapado sin salida.

—Ya ha oído a su jefe, cálmese. Póngame las esposas y acabemos cuanto antes con esto —afirmó Taylor extendiendo las manos.

—No sé si te has dado cuenta, pero también hay motivos por los que deberías considerar que lo mejor que puedes hacer es saltar.

—¿Cuáles?

En cuanto terminó la pregunta, Lucía disparó a bocajarro en dirección a los genitales del marine americano. Sin esperarlo, una bala impactó en su escroto a una velocidad de trescientos metros por segundo y de inmediato se puso de rodillas llevándose las

manos a los testículos. El humo del proyectil contrastó con el rojo de la sangre, que en cuestión de segundos había encharcado el cemento de la estrecha pasarela.

—Apaga las luces —le dijo Urbizu al piloto del Eurocopter.

—¿Qué?

—Que apagues las luces, joder —repitió el teniente de malas maneras después de comprender que era mejor no ser testigos de lo que fuera a suceder a partir de ese momento.

Ya a oscuras, Lucía se acercó al soldado, que no cesaba de retorcerse de dolor.

—Motivos para saltar, tu vida es una mierda. Puede que salgas indemne de todo esto, pero voy a encargarme personalmente de hacer llegar tus datos a todas y cada una de las comisarías de policía europeas. En el hipotético caso de que te saltases los controles y pudieras acercarte a un niño, tendrás que conformarte con mirarlo, porque esa bala que tienes alojada en los cojones va a impedir que te empalmes el resto de tus miserables días.

Agarrándole de la cabeza, le obligó a fijar la mirada en la profundidad de las compuertas del embalse.

—¿Y bien? ¿Cómo lo ves ahora? ¿He podido echarte una mano para que tomes una decisión?

Con medio cuerpo en el filo del precipicio, el soldado miró la vertiginosa ladera de cemento y luego entornó los ojos hacia la sargento.

—No voy a saltar, puta —dijo casi sin aliento Taylor, escupiendo al suelo restos de un coágulo—. No voy a ponerte las cosas fáciles. Me has apartado de algo que me gusta y me voy a asegurar de joderte la vida.

—¿Algo que te gusta? ¿De qué estás hablando, pervertido de mierda? —dijo Lucía aplastándole la cabeza con la bota.

—De que tenía algo bonito con esos niños y lo he perdido por tu culpa —dijo después de que la sargento le levantara el pie de la cara.

—¿Por eso te llevaste a Claudia? ¿Para vengarte?

—Sí, por eso y para despedirme de ti. He fotografiado todo el proceso con tu hija. Estoy seguro de que lo encontrarás bastante ¿artístico? ¿Se dice artísti...

Lucía no le permitió acabar la frase y apuntó nuevamente con el arma a Taylor.

—Salta.

—No.

—Salta o te vuelvo a disparar en las pelotas hasta que no te quede un gramo de testosterona ahí adentro.

—¡Ayuda! —gritó el marine arrastrándose por el suelo—. ¡Quiero entregarme! ¡Ayuda!

En penumbras, con el foco de luz desconectado, los tripulantes del Eurocopter de la Guardia Civil eran testigos de los abusos y excesos de Lucía a través de la radio. Pero lejos de frenarla, encontró un inesperado aliado en quien le había hecho la vida imposible hasta entonces.

—Aterriza junto a la casa —ordenó a Urbizu al piloto.

—¿Está seguro, mi teniente?

—Nunca he estado tan seguro de algo —dijo y acto seguido desconectó la radio para no escuchar nada más.

En cuanto el helicóptero desapareció, fue Lucía la que sonrió con condescendencia al exiguo veterano.

—Grita todo lo que quieras. Nadie te escucha. ¿Te suena? Seguro que has utilizado una frase parecida en las últimas horas —dijo propinándole una escalofriante patada en el abdomen.

—¡Ayuda! —exclamó casi entre susurros, sin dejar de escupir coágulos de sangre.

—Voy a seguir golpeándote hasta que decidas por voluntad propia saltar. De ti depende que sea breve o largo —advirtió la agente pateando de nuevo el abdomen de Taylor.

—¡Ayuda! —repitió ya sin fe ni esperanza, reconociendo en la sed de violencia de su verdugo la suya propia. A medio camino de la resignación, comprendió que aquello no iba a parar y convirtió sus lamentos en casi una oración interior.

Con cada petición de auxilio, Lucía se acercaba más a él y como una posesa le aporreaba con una fuerza que hasta ella misma desconocía poseer. Ni los dolores musculares ni la cojera ni tan siquiera el flato, lograron reducir su ímpetu. Lo que empezó como un mero ejercicio de supervivencia y autodefensa, se había transformado repentinamente en un exorcismo. En un desesperado acto de redención que buscaba exonerar los pecados de los últimos diez años con cada brecha y cardenal que surgía en el magullado rostro de Taylor.

Del abdomen pasó a la mandíbula y de allí a las cuencas oculares. Atizó con saña y sin piedad lo que quedaba del soldado, que no tenía ya energías ni para quejarse.

No transcurrieron más de cinco minutos hasta que el teniente americano, completamente abatido, echó un último vistazo a los ojos de Lucía.

—¿Lo ves? No es tan difícil convertirse en un monstruo —consiguió acertar a decir no sin esfuerzo.

Al verle arrastrándose por el suelo con el rostro desfigurado y los genitales destrozados, la sargento se asustó de sí misma. ¿Cómo había ocurrido? ¿En qué momento se había dejado llevar? ¿Era

posible que incluso hubiera disfrutado con ello? ¿Se parecía en algo a aquel ser inmundo y despreciable?

Consciente de las dudas que atormentaban a la agente, el marine hizo un último esfuerzo para intervenir.

—Te contaré un secreto, los monstruos no existen. Los monstruos somos nosotros cuando nadie nos ve.

Incómoda con la idea de que pudiera tener razón, Lucía le asestó una nueva patada para callarle. Antes de que pudiera alcanzarle, el marine le lanzó una última estocada.

—Suerte, a partir de ahora tendrás que aceptar lo que eres. A mí me ha causado mucho sufrimiento.

Y dicho lo cual, se arrojó por el precipicio. Sin posibilidad de alcanzar el pantano, chocó contra las paredes de las compuertas hasta abrirse el cráneo con uno de los tejados de las edificaciones de la zona baja. Una gigantesca mancha de sangre le rodeó y dio sepultura.

## Cobo Calleja, Madrid, 2019

Lucía Gutiérrez dejó de ver el cuerpo demacrado de Taylor para volver a contemplar la nuca huesuda de Urbizu. No habían pasado más que un par de segundos entre una imagen y otra, sin embargo, todo había cambiado. La seguridad que había mostrado hasta entonces se difuminó por completo. En gran medida porque era una mujer equipada para sobrevivir de un instante al siguiente, no para tomar decisiones a largo plazo. Pero también porque se daba cuenta de que se había convertido definitivamente en la bestia de la que le advirtió Taylor, alguien incapaz de aceptar una derrota, que a menudo confundía la justicia con la soberbia, y que estaba dispuesta a cualquier cosa por llevar razón.

¿Qué debía hacer? ¿Qué final tenía que elegir? Por supuesto el cuerpo le pedía disparar y resolver con violencia aquella traición. Puede que ya no estuviera a tiempo de acabar con toda la estructura criminal, pero podía al menos hacer desaparecer a Urbizu y a Reyes. Sacarles para siempre de su vida y sentir algo de alivio. No demasiado. Un breve desahogo hasta que llegara otra injusticia que la obsesionara e hiciera saltar por los aires un nuevo matrimonio, la relación con su hija o su año sin probar una gota de alcohol.

Consciente de las dudas, Urbizu comenzó a darse la vuelta para rematar la negociación, mirándole a los ojos.

—Deja de boicotearte —le dijo cuando la tuvo al fin de frente—. Por una vez elige ser feliz.

Aquellas palabras condescendientes enrabietaron a Lucía Gutiérrez, tanto como para cargar el arma y arrastrar el cañón hasta la frente de Urbizu.

El monstruo estaba a punto de emerger de nuevo.

***

## 24
## Isla de la Cartuja, Sevilla

A Bruna Pinheiro no le hacía falta estar en un rascacielos para mirar a los demás por encima del hombro. Al igual que la torre de César Pelli, su autoestima medía aproximadamente ciento ochenta metros de altura, por lo que se felicitó de que hubiera un edificio en Andalucía a la altura de su arrogancia.

Aunque desde su habitación se podía divisar la ciudad entera, no estaba interesada en absoluto en las vistas. Su atención estaba en la pantalla del televisor, al igual que la de su acompañante, Marcos

Montoya, que contemplaba incrédulo el acto de campaña de Jesús Carranza en los informativos.

—Se cree intocable —señaló el inspector al verle darse un baño de masas en el recinto ferial.

—Pero tú y yo sabemos que no lo es —le tranquilizó Bruna pasándole la mano por el hombro. Veía al inspector de la misma manera que a sus hijas, alguien pequeño e indefenso al que había que proteger y entretener con carantoñas.

—No sabemos nada de ella.

—Llamará. Confía en mí.

Marcos Montoya miró de reojo el teléfono de la reina de las mañanas y comprobó que no había ninguna llamada entrante. No quiso insistir en el tema y parecer un pusilánime, pero era evidente que él se jugaba mucho más que ella en aquel asunto.

Mientras Montoya disimulaba como podía los nervios, en el televisor, Jesús Carranza hablaba con la prensa después del acto. Lo hacía al lado de su mujer, que no se apartaba en ningún momento de él.

—Quiero aprovechar para anunciar que, si salgo elegido alcalde, voy a hacer todo lo posible para que Eduardo Martínez sea el nuevo comisario provincial. Está siendo víctima de una campaña de desprestigio injusta cuando se ha dejado la piel en el distrito de Nervión...

—¡Lo van a blindar! —gritó decepcionado el inspector, que empezaba a rumiar que el único que iba a acarrear con toda la responsabilidad era él.

Bruna estaba a punto de pedirle silencio para seguir escuchando las declaraciones cuando al fin su teléfono se iluminó.

—Es ella. La pongo en manos libres.

Como un resorte, Montoya silenció el televisor y miró atentamente el *smarphone* como si tuviera ojos y boca.

—Quiero todo lo que tengáis —fue directa al grano Elisa Muñoz—. Lo que nos ha mostrado vuestra abogada parece coincidir con el relato de Lucía Gutiérrez.

—Se lo daremos, pero necesitamos garantías.

—¿Qué clase de garantías? —quiso saber la teniente de la UCO.

—Protección para el inspector Montoya. No me gusta el movimiento de Carranza.

—Es un brindis al sol. Ni aunque resultara elegido tendría competencias para decidir un puesto como el de comisario provincial.

—Puede que sea así, pero soy de la vieja escuela, me gustan las cosas por escrito.

—Lo tendrás.

Elisa Muñoz aceptó tan rápido que la presentadora tuvo la certeza de que le podría sacar mucho más. La edad le había arruinado su carrera televisiva, pero no el instinto periodístico e intuía que tenía mejores cartas que ella.

—Y también quiero algo para mí —lanzó un nuevo envite la presentadora.

—¿El qué?

—Una exclusiva.

—No me voy a comprometer a nada hasta no saber qué más tenéis.

Bruna Pinheiro le hizo una señal a Montoya para que fuera él quien pusiera sobre la mesa el as en la manga que guardaban.

—Una muestra de sangre de Carmen Camacho en la vivienda familiar de Jesús Carranza en Isla Canela —dijo con orgullo el inspector.

—¿Cómo la consiguió? —preguntó Muñoz tras permanecer en silencio unos segundos.

—¿Importa eso? —intervino la estrella de televisión, que no podía estar demasiado tiempo en un discreto segundo plano.

—Está bien. Tenemos trato —cedió finalmente la oficial del Grupo de Equipos contra el Crimen Organizado.

***

## 25
## Cobo Calleja, Madrid

Aunque tenía la boca del arma incrustada entre ceja y ceja, Urbizu sentía que Lucía Gutiérrez no iba a disparar. Había tenido tiempo de sobra para hacerlo y lo había malgastado hablando con él. En su fuero interno sospechaba que ella tenía los mismos problemas que él para poner fin a la extraña relación que mantenían. Por raro que pudiera parecer, ninguno se atrevía a decir adiós. ¿Dónde iban a encontrar otro aliado que los quisiera como ellos se habían querido? ¿Había algo más difícil de hallar que una persona capaz de apreciarte aun conociendo todos y cada uno de tus defectos? No solo conocían las heridas del otro, sino que, además, las compartían. ¿Quién puede romper un vínculo así?

Frente a frente, los dos abismos disfrazados de personas funcionales, se contemplaron como las parejas que se despiden en una estación de tren.

—Todavía no hemos hecho nada de lo que nos tengamos que arrepentir —dijo Urbizu sincero—. Seguro que hay algo que puedo ofrecerte.

—Lo único que quiero es justicia.

—Podrás engañar a otros, a mí, no. Te conozco bien. A ti te dan igual los chinos y su entramado. Nunca has mostrado verdadero interés por ellos. Ni por los policías o políticos que los sostienen. Desde que te conozco, solo te obsesiona una cosa: vengarte de Reyes.

Lucía Gutiérrez hizo un amago de apretar el gatillo. Le molestaba ser tan transparente para él. Consciente de que le quedaba poco tiempo, Urbizu remató la oferta.

—¿Quieres revancha? Yo te la puedo ofrecer. Tengo evidencias de sobra para entregárselo a la UCO. Fotografías, llamadas telefónicas, mensajes de texto... Nos quitamos a ese cabrón de en medio y tú y yo seguimos trabajando juntos. No te compliques la vida por despecho.

La palabra *despecho* le estalló a Lucía en el cerebro con la intensidad de unos fuegos artificiales. ¿Había echado perder los últimos años de su vida por un simple desengaño amoroso? Quería pensar que no, que ella estaba por encima de eso. Solo las mujeres mediocres se dejaban atormentar por un amor no correspondido. Ella no. Ella era diferente. Ella tenía ambición. ¿Cómo iba a sucumbir por un hombre? ¿Cómo iba alterarle tanto que alguien no la deseara? Muchas veces se había hecho esas mismas preguntas y tan solo una vez admitió que era tan mediocre como cualquier otra. Pero le incomodaba que los demás se dieran cuenta y mucho más que fuera el hombre que le había traicionado.

—Tienes razón —admitió finalmente sin bajar el arma, lo que invitó a Urbizu a ser optimista—. He sido demasiado sentimental. Pero te equivocas en una cosa. En esta historia hay tres finales, no dos.

—¿Cuál es el tercero? —preguntó el exteniente sin perder la esperanza de salir de allí con vida.

Lucía Gutiérrez metió la mano izquierda en el bolsillo del pantalón mientras mantenía alzada el arma con la derecha. Al cabo de unos segundos, sacó de allí el teléfono móvil que le había arrebatado a Ojeda y se lo mostró a Urbizu.

—Le envío esta conversación grabada a los agentes de la UCO junto a nuestra ubicación y dejamos que sean ellos los que juzguen nuestros pecados —dijo al mismo tiempo que presionó con el pulgar el botón de enviar—. Este es el único gatillo que voy a apretar, ¿qué te parece? ¿He aprendido o no la lección?

Urbizu mostró desconcierto, pero antes de que pudiera dar una respuesta, alguien se coló en aquella fiesta privada.

—¿Molesto? —preguntó Reyes apuntando por sorpresa a Lucía Gutiérrez.

***

## 26
## Cobo Calleja, Madrid

María Sánchez conectó al móvil de Martínez a un aparato del tamaño de una tablet. Se trataba de un equipo desarrollado por una empresa de inteligencia israelí que se utilizaba para hackear móviles y todo tipo de dispositivos electrónicos. Lo hizo de manera despreocupada, como si en lugar de un sistema de millones de euros, estuviera conectando una videoconsola.

En tanto el sistema trataba de romper la contraseña con la que estaba protegido el acceso al programa de mensajería encriptada, la agente buceó en los ficheros de EUROPOL tratando de saber algo más de aquel tipo de procedimiento. Aunque no existían excesivas referencias, ese mismo año, la policía belga advertía de la proliferación por parte de las mafias de este tipo de sistemas.

Desde Bélgica aseguraban que de los aproximadamente 171.000 teléfonos SKY ECC en circulación en todo el mundo, cerca del veinticinco por ciento de los usuarios se encontraban en su país (6.000) y la mitad de ellos en Amberes, sobre todo en la zona portuaria. Al percatarse de que los servicios prestados parecían estar destinados exclusivamente a satisfacer necesidades delictivas, la Fiscalía belga abrió una investigación a finales de 2018 contra SKY ECC y contra quienes distribuían aquellos teléfonos entre organizaciones criminales. Gracias a ella, al menos 48 personas fueron detenidas en Bélgica y 30 en Países Bajos hacía unos meses en una operación policial contra varios grupos del crimen organizado que operaban con este sistema. Conocida como operación «Andro», requirió de acciones policiales en La Haya y en Róterdam, entre otros puntos del país, incautando 28 armas de fuego y miles de kilos de cocaína.

Una de las empresas registradas en Róterdam era Euro Anda Srl, al frente de la cual se encontraba Huang Liou, sociedad que estaba estrechamente relacionada con Zhang Naizhong, al que Europol consideraba jefe de la mafia china en Italia y cuyas ramificaciones se extendían también por Hamburgo, Bruselas y Róterdam, tal y como Lucía Gutiérrez les había relatado.

En el mismo momento en el que María Sánchez abrió la ficha policial de Zhang Naizhong, la pantalla de su teléfono móvil se iluminó. Se trataba de un SMS cuyo número le resultaba desconocido. Aun así, decidió abrirlo y descubrió una grabación de audio junto a una ubicación: Anda Transportes y Logística SL, en el polígono Cobo Calleja de Fuenlabrada.

***

## 27
## Cobo Calleja, Madrid

—No, no molestas, justo estábamos hablando de ti —dijo Lucía Gutiérrez sin perder los nervios y, sobre todo, sin dejar de apuntar a Urbizu, que trató de revolverse para escapar en el mismo momento en el que entendió que las circunstancias habían cambiado.

—¿Y de qué hablabais? Espero que fuera bueno —señaló despreocupado Reyes, sabiendo que pasara lo que pasara, tenía ventaja y margen de reacción.

—Acaba ya con esto —instó Urbizu al brigada, temeroso de que la conversación se prolongara más de la cuenta.

El guardia civil cargó el arma y ajustó la trayectoria, tratando de que la dirección de la bala esquivara a Urbizu e impactara en la cabeza de Lucía. Sin embargo, antes de que pudiera presionar el gatillo, le distrajo con un movimiento inesperado.

—Las manos donde pueda verlas —le recriminó mientras ella sacaba de nuevo el teléfono de su bolsillo.

—¿No querías saber de qué estábamos hablando? —dijo reproduciendo la conversación que acababa de tener.

—Te está manipulando. ¡Dispara! —le azuzó Urbizu.

Reyes se sintió confuso. Por un lado, sabía que debía disparar cuanto antes, pero por otro, le producía una curiosidad malsana lo que pudieran haber dicho de él. De modo que se tomó unos segundos para decidir mientras escuchaba la grabación.

«Desde que te conozco, solo te obsesiona una cosa: vengarte de Reyes. ¿Quieres revancha? Yo te la puedo ofrecer. Tengo evidencias de sobra para entregárselo a la UCO. Fotografías, llamadas telefónicas, mensajes de texto... Nos quitamos a ese cabrón de en medio y tú y yo seguimos trabajando juntos. No te compliques la

vida por despecho», oyó perfectamente decir a Urbizu y su confusión fue en aumento.

—De eso estábamos hablando, de quitarte de en medio —trató Lucía Gutiérrez de aturdirle todavía más.

—Solo hacía tiempo mientras llegabas. Podría haberle prometido cualquier otra cosa... —se justificó el que fuera responsable de Asuntos Internos.

—Pero no lo has hecho. Le has ofrecido mi cabeza —señaló contrariado el brigada, que de un momento a otro, modificó la trayectoria del arma hasta apuntarle ahora a él.

—No caigas en la trampa. La UCO está en camino. Utiliza el puto sentido común —imploró después de comprobar que ahora estaba en su punto de mira.

—Eso voy a hacer —dijo el agente de la Guardia Civil mientras presionaba el gatillo y le disparaba en el entrecejo.

Tan pronto como Urbizu cayó abatido, Reyes alzó el arma y apuntó entonces a Lucía Gutiérrez. Pero fue demasiado tarde, en el preciso momento en el que logró encañonarla, ella disparó primero a su clavícula y la pistola cayó de la mano del brigada.

A pesar del dolor, el suboficial trató de rehacerse para recuperar el arma y defenderse. Estaba apenas a unos centímetros de él. Le bastaba un ligero movimiento del brazo para atraparla. Solo que ese leve desplazamiento con los tendones destrozados, le resultaba inviable.

Cuando sus dedos ya podían rozar la empuñadura, sintió la bota de Lucía Gutiérrez aplastándole las uñas. Le contempló desplomado en el suelo, suplicándole que le liberara la mano. No pedía por su vida o una muerte rápida. Tan solo quería dejar de sentir aquel dolor espantoso en los dedos.

—No he visto a nadie como tú humillarse por tan poco —dijo haciendo suyas las palabras de desprecio que no mucho antes había pronunciado el propio guardia civil.

En el amor y en el odio, Lucía Gutiérrez había hecho de Reyes un gigante que no era. Lo idealizó casi tanto como más tarde lo envileció. Le cargó durante años con todas las mochilas que la incomodaban: la alcoholemia, la poca autoestima, sus continuos intentos de boicotearse y hasta un refriado mal curado eran responsabilidad de Alfonso Reyes.

Al verle tirado en el suelo suplicando, se dio cuenta de que aquel hombre era tan pequeño como cualquier otro y que solo le podía culpar de su desprestigio laboral. De todo lo demás, la única responsable era ella misma.

A pesar de ser tan poca cosa, había una parte de ella que deseaba acabar con él. ¿Quién no estaría tentado de cobrarse todas las facturas de una vez? Nunca lo iba a tener tan fácil. Tan solo debía apretar el gatillo y alegar que fue en legítima defensa. No habría ninguna investigación posterior que pudiera desmentirla. Ni testigos. El único que podía ofrecer un testimonio diferente era Urbizu, pero desde hacía unos segundos estaba cadáver en el suelo.

Lo pensó una vez. Lo pensó dos veces. Y hasta una tercera. Su dedo índice jugueteó con el gatillo, dejándose tentar, fantaseando con la posibilidad de empujar hasta el final. Pero decidió que el monstruo que dejó salir en Morón de la Frontera ya había estado demasiado tiempo fuera.

Así que se quedó frente a él, disfrutando de algo tan sencillo como sentir su miedo. A veces, la venganza es solo eso, contemplar la dimensión real de tu enemigo.

Más calmada, se encendió un cigarrillo y esperó a que María Sánchez y la UCO llegaran a la nave y se ocuparan del hombre que

le había arruinado la vida. Después de todo, en las victorias y en las derrotas, aquella mujer todo lo celebraba con descargas de nicotina.

Tan pronto como le dio una calada, se apoderó de ella la tos áspera de cada cigarrillo, salvo que, en esa ocasión, escupió sangre en lugar de saliva y supo que algo no iba bien.

# Epílogo

Nuestras madres nos enseñan a hablar, y el mundo
nos enseña a callarnos la boca.

*Desierto sonoro*, Valeria Luiselli

## 1
## Cementerio de San Fernando, Sevilla

En pocas ciudades se amortizaba más un traje que en Sevilla. Su uso era tan común, que se le podía considerar un uniforme o un mono de trabajo. Si la excusa para ponérselo no era la Semana Santa, lo era la Feria y si no siempre había una boda, una comunión o el bautizo del hijo de un primo segundo que justificara sacar del armario la americana o el vestido de noche. Por desgracia, el motivo que había llevado a los presentes a sacar sus mejores galas aquella mañana no era lúdico, sino todo lo contrario: un funeral.

Sin duda, a todos les apenaba el motivo de la reunión, pero no tanto como para no preguntarse a quién se le ocurría morirse en julio. Desde luego, no a un sevillano. Ese tipo de ocurrencias solo se le pasaban por la cabeza a la gente de Despeñaperros para arriba.

Un gato negro se escondió bajo la sombra de un ciprés dando la razón a los asistentes. No eran más de las once de la mañana y el calor ya era insoportable hasta para aquellos profesionales del pañuelo en la solapa. Quién más, quién menos tuvo la tentación de ir contra su naturaleza ultraortodoxa y aflojarse algún botón de la camisa. Si no llegaron a ese punto de barbarie fue porque los operarios del cementerio de San Fernando pegaron la última paletada de cemento y el bochorno se congeló de golpe cuando el nombre de la muerta quedó visible para todos: Lucía Gutiérrez Arenas, febrero de 1967- julio de 2019.

Al leerlo, a Juan se le erizaron los vellos del brazo. Si no se echó a llorar de inmediato fue porque necesitaba consolar a Claudia. Desde

que habían recibido la terrible noticia, ambos tenían un pacto no escrito en el que no se desmoronaban nunca al mismo tiempo. Cuando uno se emocionaba, el otro sostenía. Lo hacían de manera instintiva, sin haberlo hablado previamente, con esa lucidez superlativa que otorga el duelo para autorregular los derrumbes. En las últimas horas nadie los había visto llorar al mismo tiempo. Iban vestidos de civiles, pero se comportaban como dos soldados en el frente, haciéndose relevos constantes para que el dolor no les consumiera por dentro.

Unos pasos más atrás, María Sánchez los observaba con un nudo en la garganta, acompañada de Elisa Muñoz.

—Ha venido poca gente —comentó discretamente la oficial al comprobar que no habría más de una decena de personas contándolas a ellas.

—Nunca fue una persona muy querida —verbalizó lo que era un secreto a voces.

—Aun así —señaló la teniente desencantada, como si Lucía Gutiérrez hubiera fallado hasta en morirse y fuera responsabilidad suya el escaso éxito de la convocatoria.

—Estamos los que tenemos que estar —dio por zanjado el debate la sargento, que prefirió acercarse a Claudia y mostrarle cariño antes que seguir ahondando en la poca huella que había dejado la que tiempo atrás fuera su mentora.

Desde allí observó el discreto nicho de hormigón en el que reposaban los restos de Lucía Gutiérrez. No había flores, ni velas ni siquiera una estampita con la imagen de la Macarena o la Esperanza tan habituales en el camposanto sevillano. Tan solo su nombre y dos fechas, la de su nacimiento y la de su defunción, separadas por un minúsculo guion que contenía más de cincuenta años de espinas.

Fue Juan el que, a modo de homenaje, repartió entre las amistades que acudieron a ofrecerles el pésame los mecheros que su mujer había ido acumulando en casa en los últimos años. El último de ellos, uno con la giralda de fondo, lo colocó sobre el borde de la lápida. Si había vida después de la muerte, aquello era lo que más iba a necesitar Lucía Gutiérrez.

***

## 2
## Rue de Blaye, Burdeos

La Bastide era un barrio diferente al resto de los que existían en Burdeos. Tal vez por estar al otro lado del río o por ser de construcción reciente. De lo que no cabía duda era que, en aquella orilla del Garona, Francia descansaba de ser Francia y abandonaba su pesimismo habitual para disfrutar de la vida sencilla en el extrarradio.

En los alrededores de la avenida Thiers, la gente parecía razonablemente feliz. Se desplazaban en bicicleta, compraban cruasanes recién hechos en Maison Lasserre y sacaban tiempo para nadar en las piscinas Galin. Hasta el más pesimista había encontrado en la margen derecha del río una excusa para estar contento. Incluso Anne Bernard, una recién llegada al vecindario de la que nadie sabía casi nada, salvo que vivía sola en el número cuatro de Rue de Blaye.

Anne se encendió un cigarrillo y abrió la ventana del dormitorio para que el humo saliera. Desde allí contempló a dos niñas de origen argelino jugar a la comba mientras su madre les grababa con el teléfono. Llevaba poco tiempo allí para entender toda la complejidad del francés, pero lo suficiente para adivinar que las crías se quejaban

amargamente ante su madre de que les estuviera grabando en vertical y no en horizontal.

Ajena a la discusión, Anne le dio una larga calada al pitillo, lo que le provocó una desagradable tos que se prolongó demasiado tiempo hasta que logró aliviar la carraspera. Sintiéndose culpable, contempló fijamente la cajetilla de tabaco donde guardaba la estampita del Nazareno que la había regalado María para que le trajese suerte.

—No me mires así, ya solo fumo dos al día. Uno por la mañana y otro antes de dormirme —le confesó a la imagen de Jesús con la cruz a cuestas como si este le estuviera juzgando—. Sé que tengo que dejarlo del todo, pero ahora no me veo capaz. Han sido muchos cambios en poco tiempo. Necesito acostumbrarme a todo esto antes de ponerme en serio. Deberías estar contento. Fumaba como un carretero y mírame... Cuando me entra el mono, prendó un cigarro y miro cómo echa el humo. Solo miro, no fumo, te lo juro. Sé que es raro, pero me ayuda más a ir tirando que los parches de nicotina.

Lucía dio una nueva calada y reprimió las ganas de toser, tratando de demostrarle que su salud estaba mejorando. Tras soltar una bocanada de humo, recuperó la oración y aquella particular manera que tenía de rezarle a Dios por las mañanas.

—Hace mucho que no hablamos. Ya sabes que he estado liada. La bronquitis y la mudanza me han tenido fuera de juego. ¿Por dónde empiezo? Supongo que por lo más evidente: he matado a Lucía Gutiérrez. No pongas esa cara. A ti también te caía mal. A todo el mundo le caía mal. Era un grano en el culo. Siempre de mal humor, haciéndole la vida imposible a todo el mundo con ese carácter de mierda. Me cansé de ser ella, la verdad. Ni siquiera tuve curiosidad por leer las esquelas en los periódicos. ¿Para qué? Ya sabes lo que dicen, un perro nunca vuelve a su vómito. En lo que a mí respecta,

Lucía Gutiérrez está muerta y enterrada. No deseó saber nada más de ella.

Anne Bernard frenó en seco la confesión al comprobar que se estaba emocionando. Aunque fingiera lo contrario, haber puesto fin a su vida en España le atormentaba. En el cementerio de San Fernando no solo había dejado enterrada a aquella guardia civil cascarrabias y rencorosa, también a un esposo y a una hija a los que nunca supo satisfacer. Por mucho que odiara esa vida, también la echaba de menos. En la distancia, hasta el infierno provocaba melancolía.

Por otro lado, pese a que Anne Bernard empezaba con el cuentakilómetros a cero, no tenía la garantía de que no fuera a contaminarla hasta convertirla en una mala copia de Lucía Gutiérrez con acento francés. Si algo había aprendido en estos años era que todo lo que tocaba, lo convertía en tragedia.

Anne dio una nueva calada y siguió poniendo al día a Nuestro Padre Jesús Nazareno en su improvisada capilla construida sobre el plástico del paquete de tabaco.

—Puede que no esté siendo del todo sincera, y aunque la muerte es una idea que siempre me ha rondado la cabeza, en realidad, fue la UCO quien asesinó a Lucía Gutiérrez. No te preocupes, no fingieron un suicidio, que sé que esas cosas no van contigo. Fue algo más elaborado. Aprovecharon mi ingreso en Urgencias a causa de la bronquitis para quitarme de en medio y convertirme en testigo protegido. Desde hace unos meses soy Anne Bernard, nieta de republicanos españoles que se exiliaron en Nimes cuando estalló la Guerra Civil y que vive de una generosa herencia familiar. Te vas a reír, pero se me da bien ser Anne. O al menos se me da mejor que ser Lucía. Tengo mucho tiempo libre. Duermo ocho horas, como mejor. Se acabó la comida precocinada, cocino yo todos los días.

Cuando no estás condicionada por el pasado, todo es un poco más fácil. Por las mañanas voy a clases de francés y por las tardes me he apuntado a un taller de cerámica. Este cenicero lo he hecho yo —mostró orgullosa al Nazareno su primera gran obra y aprovechó para arrojar la ceniza que se acumulaba en el cigarro—. ¿Quieres que haga un azulejo con tu cara? Quedaría bien en el salón.

Anne se tomó unos segundos de espera por si a su interlocutor se le ocurría responder. Pero como sucedía siempre con el padre, el hijo y el espíritu santo, ninguno de los tres se animó a alzar la voz.

—Aun así, no pasa un solo día que no esté tentada de llamar a Juan y a Claudia, aunque solo sea para escuchar su respiración —continuó ella rellenando los vacíos que dejaba el Señor de Morón de la Frontera—. A veces pienso que nada de esto tiene sentido, que tendría que haberme quedado con ellos y dejar las cosas como estaban. ¿Para qué tanto sacrificio? ¿En qué ha cambiado el mundo después de mi testimonio? Mañana habrá otros policías corruptos dispuestos a sustituir a los que hoy caigan. Y cuando ellos también hayan caído, surgirán otros nuevos. Es un bucle sin fin en el que solo caen peones y las piezas importantes permanecen intocables en el tablero de juego. Reyes ha sido puesto a disposición judicial, pero el resto de los implicados en lo que tendría que ser una macro causa han quedado absueltos por falta de pruebas. Pagarán los que cumplían órdenes y quedarán impunes los que las dictaban. Para que te hagas una idea, el hijo de puta de Jesús Carranza ha ganado las elecciones por mayoría absoluta. ¿Y qué es lo primero que ha hecho? Ponerle un cargo de confianza a Martínez en la Concejalía de Seguridad y Emergencias. El único que se enfrenta a un delito de falsedad documental es el desgraciado de Cárcamo, que de verdad pensó que le habían ascendido cuando solo le estaban utilizando de cabeza de turco firmando todos los expedientes irregulares. Bueno,

él y el capullo de Ojeda, otro que se limitó a cumplir órdenes y que se va a comer un par de años de cárcel por intento de secuestro. Lo de Urbizu no lo incluyo en todo esto. Terminar con una bala en el entrecejo no tiene nada que ver con la justicia. Al menos no del todo. Me enteré que sus padres le enterraron con una lápida que llevaba su nombre compuesto: «Luis Enrique». Lo van a recordar de por vida con el nombre que nunca quiso aceptar, al lado de la cripta de su hermano, atado al recuerdo del fantasma por los siglos de los siglos. Y eso sí me parece que es justicia, ¿no crees? —preguntó esperando una respuesta que nunca llegó.

»Es absurdo que la gente haya perdido la fe en ti y la siga manteniendo en la democracia. Los únicos que han pagado las consecuencias son los que se atrevieron a denunciar. A mí ya sabes que la jugada no me ha salido muy bien, lo he perdido todo a cambio de descubrir que se me da bien hacer ceniceros. Pero no soy la única a la que no le salen las cuentas. A Montoya lo han expulsado de la Policía Nacional. Parece que ahora es segurata en una discoteca, una en la avenida Torneo donde van los futbolistas del Betis y el Sevilla cuando se les complica la noche. Y él y yo nos podemos dar con un canto en los dientes. Al menos estamos en la calle. A la que han jodido de verdad es a Sabali Idrissi. Le han caído veinticinco años de prisión por homicidio y va a ser madre de una niña en el centro penitenciario de Alcalá de Guadaira. Dan ganas de prenderle fuego a todo, la verdad. La única a la que toda esta historia le ha beneficiado es a Bruna Pinheiro, que ha vuelto a la tele. Ahora dirige los informativos del canal del que la echaron. Me alegro por ella, pero me parece poco premio para todo lo que se ha puesto en juego.

Anne Bernard apuró el pitillo y contempló cómo las niñas ponían fin a su recreo para evaluar la calidad del vídeo que su madre les

había grabado. Después de haber descomprimido algo de la decepción contenida, prosiguió.

—A veces, cuando siento que nada de esto ha merecido la pena y que podía haber conservado mi vida, mi matrimonio y a mi hija, procuro pensar en cómo sería realmente esa vida. En cómo me haría sentir no haber hecho nada para mejorar las cosas, en cómo haría para dormir sabiendo que por miedo estaba condenando a otros a una vida peor. Y sé que antes o después habría acabado haciendo exactamente lo mismo. Es entonces, cuando perdono a Lucía Gutiérrez de todos sus pecados y le confieso que Anne Bernard estaría orgullosa de ella.

Anne espachurró la colilla en el cenicero que ella misma había hecho y puso fin al sacramento de la confesión. Como penitencia, en lugar de rezar un Padrenuestro y dos Avemarías, se pegó un parche de nicotina en el hombro y abrió el manual de gramática francesa. Los caminos del Señor y los de aquella mujer eran inescrutables.

*Dios sabrá vengarnos*
Sergio Sarria

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Del texto: Sergio Sarria

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-480-4580-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

# Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Cita
Prólogo. Noche del alumbrao Ayamonte, domingo 5 de mayo de 2019
Primer día de feria. Lunes 6 de mayo de 2019
Segundo día de feria. Martes 7 de mayo de 2019
Tercer día de feria. Miércoles 8 de mayo de 2019
Cuarto día de feria. Jueves 9 de mayo de 2019
Quinto día de feria. Viernes 10 de mayo de 2019
Epílogo
Créditos